

CRÓNICAS de CLAVERING I

Redención

JENNIE GOUTET

Copyright © 2023 por Jennie Goutet

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Traducido por L.M. Gutez

Diseño de portada por Shaela Odd de Blue Water Books

Redención

❧ CRÓNICAS de CLAVERING I ❧

JENNIE GOUTET

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Acerca del Autor](#)

*Para la mejor de las hermanas, Stephanie;
quien siempre compra mis libros, aunque no sean de su género preferido*

I



27 de diciembre de 1817
Hertfordshire

Sir Lucius Clavering, sexto baronet de Mardley, acababa de aflojarse la corbata y se había acomodado en el sillón más profundo de su ostentoso pabellón de caza cuando oyó el fuerte eco de la aldaba en la puerta principal y las pisadas de Briggs dirigiéndose a abrirla.

No esperaba visitas y no imaginaba por qué alguien llegaría a estas horas para perturbarlo, pero le había ordenado a Briggs que no lo molestara, así que, con una sonrisa de satisfacción, ignoró los ruidos del exterior de la biblioteca y cogió su brandy caliente. Un leño en el fuego crujió, y la chimenea bien limpia expulsó el humo hacia arriba. Durante la última hora, aromas agradables de caza asada y salsas francesas hirviendo a fuego lento se habían esparcido por la pequeña casa de piedra; aromas que invitaban a refugiarse. Había soportado una agotadora ronda de obligaciones navideñas en la finca, provocadas por su madre viuda, quien aún vivía allí, y las incesantes exigencias de los hermanos jóvenes que se creían superiores, cosas que surgían con una reunión así. Una comida tranquila en su propia compañía le devolvería la paz.

Unos suaves golpes en la puerta de la biblioteca acabaron con sus esperanzas. Lucius suspiró fuertemente y se preguntó qué podía ser tan importante como para molestarlo.

—Adelante.

—Una joven... *ejem*, dama, señor —dijo Briggs—. Parece que se ha perdido en la nieve y busca refugio.

—¿Sin compañía, supongo? —preguntó Lucius, enarcando una ceja. No era la primera vez. El número de *accidentes* ocurridos fuera de su propiedad londinense que lo obligaban a acudir al rescate de jóvenes y atractivas doncellas era inconcebible, y Lucius se impacientaba ante tan fastidiosa estratagema. Al parecer, ahora ni siquiera estaba a salvo en Hertfordshire.

—Naturalmente —respondió Briggs, con los ojos brillantes. Era tan astuto para las tretas como su amo.

—Hazla pasar, entonces —dijo Lucius con un suspiro.

La muchacha que entró en su biblioteca minutos después era un buen ejemplo de una de esas doncellas. Desde luego, era una preciosidad, con una dulce cara en forma de manzana y unos

ojos como de cierva, enmarcados por un halo perfecto de rizos dorados recogidos en un moño en la espalda. Él pudo apreciarlo, ya que ella se había quitado la capota.

—Siento mucho molestarlo, milord —dijo con una voz que apenas superaba el susurro.

—No soy 'milord' —respondió con toda la paciencia que pudo reunir—. Simplemente 'sir'. Dígame en qué puedo ayudarla.

—Usted es muy bueno —la joven observó la habitación con los ojos muy abiertos y, al ver un sangriento cuadro de una escena de caza que cubría toda la pared del fondo, se estremeció y le dio la espalda; el origen del gesto parecía provenir más de la artificiosidad que de la delicadeza.

Lucius esperó, con su irritación teñida de una dispuesta diversión.

—Pero, ¿cómo ha llegado hasta aquí, señorita...?

—Señorita Woodsley. El carruaje me dejó en la loma y confundí el lugar. Creí que era el camino que llevaba a casa de los Craigson.

—¿El carruaje ha llegado? Debe ser la primera vez que llega temprano —como ella no respondió, él inquirió—: ¿Y quiénes son esos Craigson?

La chica se mordió el carnosos labio inferior y lo miró fijamente a los ojos. Era bastante atractiva y, con una sacudida, Lucius se dio cuenta de que también había algo familiar en ella. ¿Sociedad londinense? ¿Una familia local? No podía ubicarla.

—Los Craigson son una familia numerosa de Hertfordshire. Su hija Constance me ha invitado a visitarlos.

Lucius frunció el ceño.

—Yo creía conocer a todas las familias del vecindario. ¿A menos que hayan alquilado la finca Burnham? —la miró—. ¿En qué pueblo se encuentran?

—Residen en Coddicot, milord... sir.

—¿Coddicot! Santo cielo, niña. Usted está muy lejos de allí. El carruaje se desvía al sur de aquí, en Welwyn, y ahora está al este de tu lugar de destino, en Woolmer Green.

Cualquier posible humor que él pudiera haber sentido por su fingida inocencia se desvaneció ante el aprieto en el que ella se encontraba ahora. Se vería moralmente obligado a acompañarla inmediatamente a casa de los Craigson. ¡Y con este clima! Eso puso fin a su paz.

—¿Cómo es que viaja sola sin nadie que vele por su seguridad?

La señorita Woodsley miró hacia arriba antes de contestar.

—La directora del seminario Paisley dijo que no era posible disponer de una criada para acompañarme, sir, y que todo estaría bien en el carruaje.

—En efecto. Qué idea más extraña para una directora, alguien que debería preocuparse por su bienestar. ¿Una joven delicadamente educada como usted abandonada a su suerte? No puedo comprenderlo —*yo tampoco puedo creerlo*.

La señorita Woodsley bajó la cabeza y estudió la nieve derretida a los lados de sus botas. Lucius sintió el peso de su presencia. Qué falta le había hecho esta tarde de soledad y calma, y su gusto por subir al carruaje con este clima era casi inexistente.

Hizo una pausa. Era probable que su hermana siguiera en St. Albans y, por tanto, no le era útil, pero tal vez lady Harrowden la acogería. Sería muy incómodo volver a ver a su antigua vecina después de haberla descuidado durante los dos últimos años, pero ¿seguramente ella se daría cuenta de que él estaba en apuros?

Lucius sacudió la cabeza. No podía molestarla a estas horas. Él tendría que ir a Coddicot.

—¿Ha comido? —preguntó finalmente Lucius—. Puedo pedirle a la cocinera que le traiga algo sustancioso mientras resolvemos qué hacer.

—Es muy amable, sir —su inoportuna invitada levantó la mirada lentamente para

encontrarse con la suya, y sus pestañas se sacudieron finalmente hacia arriba—. Aunque estoy ansiosa por irme, algo sustancioso sería muy bienvenido.

Listo. Comienza la seducción. Con toda seguridad, el timbre de la puerta sonaría a mitad de la comida y el indignado padre, o tío; quienquiera que fuera, quien había sido conducido a su pabellón de caza por intervención divina, irrumpiría en el comedor y jadearía ante la idea de que su inocente hija o sobrina cenara a solas con un *renombrado libertino* como sir Lucius Clavering, declarando que debían casarse *de inmediato* para salvar su inmaculada reputación.

Estaba seguro de que la señorita Woodsley no esperaba a que se intercambiaran los votos para mostrarse como una mujer astuta y gestora. En cuanto se firmara el contrato, ella comenzaría a interferir lentamente en la cómoda existencia de Lucius hasta que todos sus amigos sacudieran la cabeza con lástima. Él rechinó los dientes ante la imagen.

—Briggs la acompañará al comedor, donde pediré a la criada que la atienda —respondió con gélida cortesía—. Ella se asegurará de que todo se lleve a cabo con decencia —y aunque no podía estar seguro, le pareció ver un destello de decepción en los ojos de la señorita Woodsley. Su primera evaluación sobre ella había sido correcta.



La penúltima pasajera en abandonar el carruaje —una mujer pechugona que había afirmado ser enfermera de la alta burguesía—, bajó del vehículo inclinado en un remolino de copos de nieve que no parecieron preocupar al conductor, si sus gritos en cada parada eran un indicio y, por lo tanto, Selena Lockhart decidió que no la preocuparían. Los gruesos copos parecerían pequeñas cosas inofensivas y amistosas si no vinieran acompañados de un frío penetrante.

La pasajera que partió le dedicó a Selena un amable golpe en el hombro con la cesta que había colgado sobre su sólida espalda, un golpe que sin duda dejaría su marca. Aunque había sido parlanchina y olía a ajo y alcohol, Selena echó de menos su presencia en cuanto se cerró la puerta de la diligencia y continuaron su camino. Cuando las dos habían compartido el calor del carruaje cerrado, Selena había podido desechar sus desoladores pensamientos sobre el futuro. Sola, temblaba.

Al principio, el frío le provocó pequeños temblores mientras se adaptaba a la invasión de aire gélido, e intentó en vano envolverse aún más con la capa. Entonces empezaron a castañearle los dientes. De forma audible. *Bueno, Selena. Insististe en estas medidas y ahora debes llevarlas a cabo.* Además, cualquier cosa debía ser mejor que las desagradables atenciones de Robert Bromley, quien estaba entrando en la vejez y aún se imaginaba que ella debía estar agradecida por su oferta.

Tras otra media hora de meditación infructuosa, el carruaje se detuvo bruscamente y se inclinó sobre su eje. Selena se tambaleó hacia adelante, golpeándose la cabeza contra el asiento de enfrente con una fuerza que llenó sus ojos de lágrimas. Con la suerte que ella tenía, eso le dejaría otra marca, y una más visible. Se oyó un jaleo y un grito mientras el conductor, junto con el único pasajero sentado en la parte superior de la diligencia —quien había intentado entrar sin éxito, ya que no había pagado la tarifa adicional—, bajaban para inspeccionar los daños. Selena levantó la pesada cortina de cuero y observó la actividad desde su ventana.

—Estamos atascados —dijo el conductor con el ceño fruncido. Se quitó la nieve del sombrero y volvió a colocárselo en la cabeza.

—No es de extrañar, ya que manejas el carruaje con mucha imprudencia —el pasajero sacudió la cabeza con disgusto.

El conductor levantó la barbilla.

—¿Qué has dicho?

Selena se mordió el labio. Los dos habían estado intercambiando punzantes palabras desde que el pasajero subió al vehículo hacía varias horas, y las discusiones aumentaron su sensación

de aislamiento. Se le ocurrió una idea, fruto de la desesperación. Quizá estaba lo bastante cerca de su destino como para ir andando, ya que la siguiente parada era la suya. Sus voces seguían subiendo de tono y, antes de que los hombres empezaran una riña, Selena cogió su valija y abrió la puerta de un empujón. Si el valor no podía surgir por sí solo, ella debía conjurarlo.

—Señorita, no es necesario que abandone el carruaje —el conductor hizo una pausa en su altercado, tratándola con el tono despectivo que había empleado con ella desde que reconoció su baja posición social—. Volveremos al camino en dos sacudidas.

—¿Qué estás asumiendo? —el pasajero cerró las manos en puños y las colocó directamente sobre sus caderas—. Este carruaje no irá a ninguna parte. Necesitaremos un caballo de carga para sacarnos y varios hombres más.

El conductor sacó el pecho como un gallo de pelea.

—Tú no eres el conductor de este vehículo.

—Perdón —interrumpió Selena. No iba a dejarse intimidar por la prepotencia del conductor. ¿Qué sabía él de la posición de Selena de todos modos?—. ¿Alguno de vosotros sabe dónde estamos?

El conductor le dirigió una mirada impaciente y respondió secamente.

—Acabamos de entrar en Woolmer Green —volviéndose hacia el pasajero, añadió—: Y éste es un amplio tramo de camino llano...

Woolmer Green no significaba nada para ella.

—¿Qué tan cerca estamos de la finca Harrowden?

—¿Harrowden? —con deliberado desdén, el conductor apartó la mirada del pasajero y se frotó la barbilla—. Está a unos seis kilómetros de aquí, creo.

La determinación de Selena empezó a vacilar y se acurrucó en su capa, refugiándose de la ráfaga de copos de nieve.

—Entonces, no será posible caminar desde aquí —miró al cochero—. ¿Cuáles son sus planes, señor? ¿De verdad cree que saldremos de aquí? —suplicó en silencio con los ojos. *Nada de bravatas. Necesito la verdad.*

El conductor abrió la boca para dar una respuesta rápida, pero se detuvo cuando el pasajero enarcó las cejas. Finalmente, habló como si las palabras le hubieran salido a la fuerza.

—Quizá él tenga razón. La rueda ha chocado contra un surco helado y el eje se ha roto. La última casa de postas está a cinco kilómetros.

Luego, él observó con interés la figura de Selena envuelta en la capa.

—Desengancharemos los caballos y podrás cabalgar conmigo.

El destello de repulsión que la golpeó fue involuntario e instantáneo.

—No, no creo que lo haga —dijo Selena con una voz fuerte que la sorprendió incluso a ella.

Cogió con firmeza la asa de la valija que había estado sosteniendo entre sus brazos.

—Buscaré refugio en la casa de allá, cuyas ventanas están iluminadas. Estoy segura de que se apiadarán de mi situación y me ayudarán. Usted llevará mi baúl a la siguiente parada, como estaba previsto, y haré que lady Harrowden envíe a alguien a recogerlo a la casa de postas de allí mañana.

Selena hablaba con una confianza que estaba lejos de sentir.

—En cualquier caso, si unos bandidos vienen a saquear el carruaje mientras estáis lejos, Dios sabe que no tengo nada de valor digno de ser robado —ella no esperó a que reaccionaran, sino que giró y comenzó a caminar.

Unos metros más adelante, en el sendero bordeado de árboles, Selena ya no pudo oír su discusión, que había vuelto a surgir tras su partida. El silencio fue un alivio. Sabía muy bien en

qué posición vulnerable se encontraba, viajando sola con dos hombres de moral desconocida como únicos acompañantes. Cuanto antes se olvidaran de ella, mejor. No, era más prudente dirigirse hacia la mansión que veía a lo lejos. Era de un tamaño decente, lo que significaba sirvientes y respetabilidad; y mencionar que iba a visitar a lady Harrowden le daría la protección que necesitaba.

El silencio se volvió menos amistoso a medida que avanzaba por la nieve, y la casa le pareció más lejana de lo que había pensado en un principio. Un movimiento entre los árboles a su derecha hizo que su corazón latiera con fuerza, y le dolían los brazos por el peso de su valija y los libros que había guardado en ella. Los pies le ardían de frío, y trozos de nieve se introducían en la parte superior de sus botas mientras ella se hundía en el polvo blanco a cada paso.

Finalmente, Selena llegó y golpeó la aldaba de la puerta principal, que resonó en el interior. Intentó tragarse el nudo que tenía en la garganta mientras esperaba en el frío silencio, y recorrió con la mirada la mansión de piedra de dos pisos, con ocho ventanas en cada planta. Oyó el ulular de un búho entre los árboles, a su derecha, y dio un respingo al oír el inquietante y solitario sonido.

Tres años deberían haber bastado para prepararla para esto, pero el lapso de tiempo no parecía ser suficiente. Un año para recuperarse de la conmoción de que su padre hubiera jugado y perdido toda su fortuna y se hubiera sumido en la bebida, para que Matthew Downing anulara su oferta de matrimonio y para que la voluble atención de sus antiguos amigos en la *alta* se redujera a la nada. Un año para arruinar todas las esperanzas depositadas en la posibilidad de crear una nueva vida en la pequeña propiedad de su madre en Bedford, donde bastantes miembros de la alta burguesía estaban conectados con el ritmo de la sociedad londinense y sus deliciosos cotilleos. Un año para hundirse aún más en la pobreza cuando su padre sucumbió debilitado a la gripe y los cobradores llegaron a llevarse lo poco que quedaba.

Ya era bastante duro abandonar el hogar, siendo la hija responsable y la mayor de cuatro hermanos, pero había convencido a su madre de que era lo único que podía hacer tras negarse a contraer un matrimonio sin amor y, ciertamente, así era. No tenían medios para regalarles a sus hermanas una Temporada en Londres, donde sus dulces temperamentos y sus encantadores semblantes podrían hacer que algún caballero contemplara una pareja desigual. Al menos, con Selena fuera, habría una boca menos que alimentar para su madre. Y lady Harrowden ofrecía un sueldo respetable. Si alguna vez Selena había necesitado una señal de la Providencia de que estaba en el buen camino, el momento justo de este puesto lo era... o eso había pensado hasta ahora.

La puerta se abrió, pero el hombre que había detrás no parecía un criado. Sus ropas eran demasiado finas, y tenía una barbilla atractiva y una frente noble con una arruga prominente en el centro. Tenía una expresión de altiva superioridad y, si ella no se equivocaba, de ironía.

—¿Sí, señorita? ¿En qué puedo ayudarla?

—Buenas tardes, señor. Me dirigía a Harrowden, pero la diligencia se ha averiado. He visto las luces de esta casa desde el camino y había esperado encontrar ayuda aquí.

—No esperaba ser anfitrión de un gallinero cuando abrí los postigos hoy —su respuesta fue críptica—. ¿Harrowden? Al menos usted está en el pueblo correcto.

Qué saludo tan extraño. Selena no podía responder a eso, así que esperó a que él continuara.

—¿Y cuál es su asunto con lady Harrowden? —su mirada cínica recorrió a Selena y la hizo sentir tan harapienta como seguramente se veía. Su capa no sólo tenía ya varias temporadas, sino que había perdido su brillo en varias partes—. Una acompañante, supongo.

Selena se enfadó por un momento. Si este hombre la hubiera conocido antes de su desgracia,

nunca se atrevería a hablarle de una manera tan impertinente. No podía reprenderlo como deseaba, no cuando dependía de su ayuda.

¿Por qué iba a sorprenderle su reacción? Así era la sociedad.

—Ha supuesto correctamente, señor.

Selena esperó, aún en el umbral con el frío a sus espaldas, pero él no la invitó a entrar. Tal vez había cometido un grave error al venir aquí por su cuenta, pero ahora no tenía otro sitio al que acudir. El conductor de la diligencia se había marchado hacía tiempo y lo único que le habría quedado era un carruaje vacío o una caminata de seis kilómetros hasta Harrowden, donde seguramente se perdería o moriría congelada antes de llegar.

Detrás del caballero, un movimiento capturó su atención y se reveló en la forma de una mujer joven, elegantemente vestida con un vestido color crema y un Spencer amarillo pálido. Parecía joven para ser la esposa de este hombre, pero no había otra explicación.

Selena se relajó de inmediato y le dedicó una brillante sonrisa.

—Buenas noches, señora. Me alivia ver que la dueña de la casa está presente. Empezaba a temer haber caído en un establecimiento de solteros.

La mirada que la mujer dirigió a su marido confundió a Selena, porque no era una de autoconfianza. ¿Estaba recién casada y no se sentía cómoda en su posición? Selena entrecerró los ojos. Tal vez esta casa estaba dirigida por un déspota cuya propia esposa se acobardaba ante él, lo cual sería muy propio de este caballero si su saludo inicial servía de indicio. Pero no podía renunciar a esta oportunidad de recurrir a otra mujer. Toda su seguridad dependía de ello.

—Le aseguro que no la molestaré por mucho tiempo —dijo Selena, ignorando al caballero—. Si podemos enviar palabra hasta Harrowden, estoy segura de que enviarán inmediatamente a alguien a buscarme.

—Esto es grandioso —murmuró el caballero, mientras miraba a su esposa. Él dio un paso atrás y se cruzó de brazos, con una sonrisa burlona en el rostro. Sin posar sus ojos en él, Selena dirigió toda su mirada suplicante a quien podía ayudarla.

—Yo... yo... —musitó la mujer.

—Continúe —instó el caballero a su esposa, esperando a que hablara. Casi parecía disfrutar con su desconcierto. ¿Selena se había topado con un manicomio?

Con una tímida mirada a su marido, la joven dijo:

—Estoy segura de que en la cocina podrían prepararle una cena, ¿no es así?

Una voz se oyó detrás, muy detrás de los anfitriones.

—Sir, la cena ha sido servida y lo está esperando en el comedor.

Con la mirada fija en Selena, el caballero llamó por encima del hombro.

—Coloca otro plato.

Así que él tenía la intención de dejarla entrar. Bien. Ya no sentía los dedos de los pies, e incluso su cálida capa empezaba a ser ineficaz contra el frío penetrante. Él abrió más la puerta y ella avanzó un paso.

—Gracias, señor —se volvió hacia su esposa y le hizo una pequeña reverencia—. Y a usted, señora.

—De hecho, la señorita Woodsley no es mi esposa —dijo el caballero, mientras le indicaba el camino hacia el comedor.

Él no miró hacia atrás mientras lo decía, y Selena tuvo que descifrar su significado. Se dio cuenta de inmediato, y sintió que las mejillas se le sonrojaban. No se había topado con un manicomio, ¡no! Se había topado con una casa de vicio. No era de extrañar que la pobre muchacha se sintiera tan incómoda. ¿Él esperaba algo de Selena? ¿Ella iba a ser otra de sus

conquistas? Incluso la nieve era preferible a eso.

Selena lo siguió sin emoción. Poco a poco fue perdiendo el valor y sintió que las lágrimas le punzaban la parte posterior de los párpados.

Su anfitrión se detuvo ante una puerta de madera oscura y la abrió, haciendo pasar a la joven delante de él. Cuando Selena llegó a la puerta, él la miró a la cara y la detuvo con una ligera presión en el hombro. Ella temblaba de frío y de miedo, incapaz de mirarlo a los ojos, pero él se acercó hasta obligarla a levantar la mirada. Parecía estar estudiándola, buscando algo en sus ojos, y el corazón de Selena latió de forma extraña.

—No le haré daño —dijo, con voz grave, como si calmara a un animal herido. Sin dejar de mirarla, llamó a su criado—. ¿Podemos conducir hasta Harrowden con este clima? Averígualo con Finn. Vamos a escoltar a esta joven hasta allí esta noche.

—Enseguida, sir Lucius —el sirviente se apresuró a cumplir su orden.

—Gracias —susurró Selena y, liberada de la cercanía del hombre, pasó delante de él en dirección al comedor, donde un criado servía las bebidas. Cualquier idea de que la señorita Woodsley pudiera estar tan aterrorizada como ella se desvaneció cuando la joven envió una mirada calculadora al caballero que entraba en la habitación detrás de Selena.

Girándose con una sonrisa seductora que no encajaba con su voz fina e infantil, la señorita Woodsley se inclinó hacia adelante.

—Sir Lucius, estaba empezando a decirme cómo podríamos llegar a Coddicot. Es muy amable por su parte ofrecerse.

Él se sentó y se recostó mientras el criado le servía sopa en su plato.

—Tendremos que esperar a que el clima mejore para poder partir mañana. Mientras tanto, creo que el destino nos ha enviado una respuesta en la forma de la señorita... —se volvió hacia Selena y levantó las cejas en señal de pregunta.

—Señorita Lockhart —respondió ella.

—En la forma de la señorita Lockhart. Como vamos a llevar a la señorita Lockhart a Harrowden, pediremos a lady Harrowden que la aloje a usted durante la noche para mantener a salvo su reputación. Por la mañana, las libraré a ellas de su inesperada presencia y la llevaré a Coddicot, donde podría devolverla a sus amigos, quienes deben de estar muy preocupados.

Los ojos del hombre centellearon con una diversión personal, y ahora Selena estaba realmente confundida. ¿Esta mujer no era su amante? Tal vez no era el libertino que Selena había supuesto que era.

No se había percatado de que el criado le llenaba el cuenco de sopa humeante, pero ahora sentía su calor en la cara.

—Le estoy muy agradecida, señor —respondió Selena, mirando a la señorita Woodsley. Al observarla más de cerca, notó que no podía tener más de dieciocho años. ¿Cómo había llegado aquí?

La señorita Woodsley enrolló la servilleta alrededor de sus dedos en un gesto nervioso y, cuando habló, había perdido parte de su seguridad en sí misma.

—Sir Lucius, admiro su noble impulso de proteger mi reputación, pero... Lady Harrowden no me estará esperando. No puedo importunar en su casa de esa manera.

Hizo una pausa para respirar convulsivamente, y Selena pensó que podría estar atemorizada, hasta que la señorita Woodsley soltó:

—¿Seguro que podemos arreglárnoslas para proteger mi reputación mientras me quedo aquí para luego partir a primera hora de la mañana sin que nadie se entere?

Los ojos de Selena se abrieron de par en par. A primera vista había parecido que sir Lucius

era el cazador y la señorita Woodsley la presa, pero ahora...

—Usted me ha malinterpretado —respondió sir Lucius, cogiendo su cuchara—. No me preocupa su reputación.

Selena no fue la única que recibió una sacudida de sus duras palabras. Frente a ella, la señorita Woodsley parecía haber recibido una bofetada.

—En estos momentos —continuó sir Lucius—, sólo me preocupa la mía —nada más pronunciar estas palabras, el llamado a la puerta de otro visitante resonó en toda la casa.

Sir Lucius levantó su copa de vino y la sostuvo entre las manos. Una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

—Ah. Ahora empieza la diversión.



Fue tal y como él había predicho. En cuestión de minutos, mientras le pisaba los talones al sirviente de Lucius, un joven apuesto entró corriendo en la habitación, con el ceño fruncido. Se echó la capa hacia atrás, revelando una fina espada. Habría parecido cómico en su dramática entrada de no ser por su expresión severa. Con una mano se quitó el sombrero y con la otra levantó un dedo tembloroso hacia Lucius.

—Usted... usted, sir, responderá por la seducción de mi hermana. Poco me sorprende que su inocencia la haya llevado directamente a una trampa tendida por un conocido libertino. Su reputación no sobrevivirá después de que os hayáis encerrado juntos de esta manera. Me encargaré de que se haga justicia, aunque tenga que venir de mi propia mano.

La audacia de esta afirmación decayó un poco cuando metió la mano en el bolsillo del chaleco en busca de un pañuelo y se secó la nariz, que había empezado a gotear. Lucius lanzó una mirada divertida a Briggs y luego a la señorita Lockhart, quien contemplaba el espectáculo como alguien paralizado ante una rareza.

Cuando el caballero volvió a guardar el pañuelo en el chaleco, se permitió echar un vistazo a la habitación. Fue entonces cuando observó más de cerca al pequeño grupo reunido alrededor de la mesa. Se detuvo en seco al ver a la señorita Lockhart.

Lucius se puso en pie.

—Permítame presentarme. Soy sir Lucius Clavering, baronet de Mardley. Parece que ya me conoce gracias a mi reputación... —Lucius entrecerró los párpados ante la palabra, pues aunque alguna vez había tenido aventuras con hermosas prostitutas, como todos los hombres de su edad, hacía tiempo que habían dejado de interesarle. Si su reputación seguía siendo menos que inmaculada, sabía que tenía más que ver con el hecho de que se limitaba a mostrar la más mínima cortesía a las jóvenes sin llegar a ofrecerles matrimonio. *Libertino* era un epíteto utilizada por puro despecho—. No tengo el placer de conocerlo a usted en absoluto —continuo Lucius—, y no puedo decir que yo sea el más mediocre por ello. Usted reconocerá a su hermana, la señorita Woodsley, por supuesto. Y ella —señalando con la cabeza a la invitada recién llegada—, es la señorita Lockhart.

Los ojos del joven se abrieron de par en par al fijar su mirada en la señorita Lockhart, y titubeó visiblemente.

—No sé a qué clase de juego retorcido está jugando, sir...

—A ninguno en absoluto —replicó Lucius con suavidad, conteniendo su irritación. ¿Quién se creía que era este novato?—. Si usted pensó que yo tenía planes con su hermana; una muchacha

a la que no había visto antes de que ella forzara mi hospitalidad esta noche, permítame asegurarle que no es así. La presencia de la señorita Lockhart salvaguarda bastante bien su reputación.

El señor Woodsley acarició con los dedos la empuñadura de la espada como si aún esperara que esto pudiera resultar en un desafío. *Tonto*. El joven no saldría vencedor.

—Pero, ¿qué clase de decoro muestra *esa* mujer? —preguntó el señor Woodsley, mientras miraba el anticuado atuendo de la señorita Lockhart con expresión de aversión—. ¿Cómo se le ha ocurrido a ella estar en un establecimiento de solteros sin chaperón?

La señorita Lockhart asombró a Lucius poniéndose en pie de un salto y defendiéndose a sí misma.

—Mi situación no es de su incumbencia, señor. Pero si pretendemos señalar irregularidades, podría preguntarle lo mismo a su hermana.

—P-pues, no veo cómo eso es de su incumbencia...

—Precisamente —respondió la señorita Lockhart, con sus ojos centelleando peligrosamente.

—Ha frustrado sus propios planes —murmuró Lucius, mientras indicaba con un gesto al lacayo que trajera el segundo plato. La velada que tanto había amenazado con destruir su paz empezaba a parecer bastante prometedora. Él ni siquiera estaba aburrido.

Sin embargo, ya era hora de poner fin a esta farsa.

—Puedo ver lo preocupado que estaba por el bienestar de su hermana y la suerte que tuvo al descubrir su paradero. Debe sentirse tranquilo al encontrar su reputación intacta. Su llegada es oportuna. Yo estaba a punto de acompañar a su hermana, junto con la señorita Lockhart, a Harrowden, donde la señorita Lockhart residirá con la condesa.

—¿Lady Harrowden? —exclamó el hombre, enviando una mirada sorprendida a su hermana.

—Qué alivio no tener que incomodar a lady Harrowden imponiéndole una invitada inesperada, como yo había planeado hacer hasta que pudiera devolver a su hermana a sus amigos mañana. Briggs, ¿te encargarás de que nuestros invitados tengan todo lo necesario para continuar su viaje?

Los cubiertos de la señorita Woodsley repiquetearon en el plato mientras se ponía en pie, con el rostro furioso. Sin dedicarle una mirada a Lucius, pasó junto a su hermano, quien se había quedado momentáneamente mudo, y ella se dirigió a la puerta.

—Bueno, sir... le estoy muy agradecida, por supuesto. Veo que he malinterpretado la situación, y si le he causado algún inconveniente, le pido disculpas por ello —el señor Woodsley intentó esbozar una sonrisa apaciguadora—. No quisiera que esto nos causara ninguna molestia si volviéramos a encontrarnos en Londres...

—Joseph, vámonos —la señorita Woodsley detuvo en seco sus efusiones, para alivio de Lucius.

Antes de que la puerta se cerrara del todo, su exasperación la llevó a traicionarse a sí misma.

—Llegas tarde.

La respuesta ahogada de su hermano llegó a través de la puerta cerrada.

—No creas que voy a aparecer siempre con un chasquido de tu dedo, aunque me condones las deudas. Guárdate eso para tus pretendientes —sus pasos y sus voces se alejaron mientras Briggs los acompañaba a la salida.

La señorita Lockhart miró fijamente a Lucius, quien sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa. Ella volvió a sentarse.

—Me había convencido a mí mismo de que había aterrizado en un frenopático al llegar aquí, y todavía no estoy del todo segura de que eso no sea cierto. Sin embargo, veo que no todo es obra suya —su expresión era seria, pero él creyó detectar un destello de algo en sus ojos: si no

humor, sí indulgencia.

Él se limpió la boca con la servilleta de tela gruesa.

—Algunas mujeres son... decididas.

La señorita Lockhart levantó la barbilla y respiró con fuerza.

—Permítame ser perfectamente clara. Yo no soy una de ellas.

Lucius asintió, extrañamente escarmentado por haber sacado una conclusión equivocada. La miró más de cerca y le llamó la atención su boca teñida del tono natural de las frambuesas y sus cejas que se arqueaban perfectamente sobre unos ojos grises que ya habían expresado muchas emociones en el poco tiempo que llevaban juntos. La señorita Lockhart había llegado vestida con una capa roja de hacía varias temporadas, y su vestido estaba casi raído. Aun así, en cuanto habló, su calidad se hizo evidente. Él tendría que recordar no precipitarse en sus juicios.

Briggs abrió la puerta.

—Sir, su carruaje está listo para cuando lo desee. La nieve casi ha cesado.

—Muy bien —Lucius se volvió hacia la señorita Lockhart, sintiéndose más amable con ella ahora que la peor de sus preocupaciones había sido resuelta—. No tenemos prisa. ¿Puedo ofrecerle pudín? Usted estaba casi azul de frío y necesitará entrar en calor antes de que salgamos de nuevo.



SELENA SE SINTIÓ MUCHO MÁS animada después de comer, y ahora que había entrado en calor, experimentó una gran tentación de tumbarse en el sofá que estaba colocado tentadoramente ante el fuego y dormirse. Esto no podía suceder, por supuesto, y se obligó a permanecer alerta. La finca Harrowden sería ahora su hogar. *Por favor, que sea un hogar acogedor.*

Al poco rato, sir Lucius estaba listo para partir y ella volvió a ponerse la capa a regañadientes, sabiendo que el frío sería cruel después del breve descanso. La capa no se había secado del todo ante el fuego, pero el baronet la sorprendió con su consideración. No sólo tenía un bloque caliente en sus pies, sino que sir Lucius la envolvió firmemente con mantas en su faetón.

Al menos ahora sabía su nombre. Sir Lucius Clavering. Selenas se reprendió a sí misma por pensar mal de él. Sólo era cuestión de tiempo que él le recordara su posición y el abismo que los separaba. Era mejor que ella aceptara su breve gesto de condescendencia como lo que era.

Aparte de los cascos de los caballos y las ruedas del carruaje rodando por el camino nevado, todo estaba en silencio mientras Sir Lucius conducía, con su mozo de cuadra apostado detrás de ellos. A Selenas le fatigaba la combinación del calor bajo las mantas y el aire gélido del exterior, además de la reconfortante sensación de tener a otra persona al mando por primera vez desde que había abandonado la seguridad de la casa de su madre. A pesar de su resolución de permanecer alerta, la sensación de protección se asentó sobre ella como una nube cálida. Bostezó.

—No está obligada a decírmelo, por supuesto, pero ¿cómo ha llegado a ser la acompañante de la condesa? ¿De dónde viene? —sir Lucius la miró, y su altura superior, unida a su apariencia apuesta e imponente, debilitó sus defensas. Hacía algunos años que no se encontraba con un hombre que le pareciera un dechado; eso si pasaba por alto su arrogancia inicial, y era más difícil de soportar cuando sabía que no tenía ninguna posibilidad de ganarse su buena opinión.

—Perdóneme —dijo Selenas mientras intentaba ahogar otro bostezo, con los ojos llorosos por el cansancio y el frío—. Hace poco estuve viviendo en un pueblo cerca de Bedford, donde mi madre tiene una pequeña propiedad. Lady Harrowden es prima segunda de mi padre, así que no

es una relación muy estrecha pero suficiente para reclamar una conexión y estar a su servicio.

—Entonces, ¿nunca ha tenido una temporada en Londres? ¿Por qué se esconde en un rol en el que es probable que sea poco más que una esclava? Usted no puede tener más de veinte años.

—Tengo veintitrés años —respondió ella tras una breve vacilación. ¿Acaso la respuesta no era obvia para él?—. Cuando mi padre murió, su herencia pasó a mi prima, quien... —se detuvo en seco cuando una serie de recuerdos destellaron frente a ella—, quien no necesitó ningún tipo de asesoramiento en la gestión de sus bienes —terminó. Selena apretó los labios—. Así que pronto nos vimos en la necesidad de buscar un nuevo alojamiento. Lo lógico era que yo no siguiera siendo una carga para mi madre, y ella se acordó de esta conexión; el resultado final es que estoy aquí.

—*Hm* —sir Lucius frunció el ceño y, cuando por fin habló, fue sólo para decir—: No permita que ella la asuste. Lady Harrowden es conocida por su lengua viperina.

Selena se ciñó mejor la manta alrededor de los hombros.

—Bueno, no creo que ella pueda *devorarme*.

Esto provocó una sonrisa de su benefactor temporario, y no intercambiaron muchas palabras más antes de detenerse frente a la residencia Harrowden. No era extremadamente grande en lo que a fincas se refería, pero triplicaba el tamaño de la casa de Sir Lucius. Las ruedas del carruaje fueron amortiguadas por la nieve mientras recorrían el camino que conducía a los escalones principales, y los temblores de frío de Selena se convirtieron en inquietud. Si no encontraba su lugar aquí, no sabía adónde más podía ir.



LUCIUS BAJÓ del carruaje de un salto y le entregó las riendas a Finn para poder asistir a la señorita Lockhart. Con las mantas abandonadas en el carruaje, la esbelta mujer temblaba a su lado, y él sintió un extraño impulso de rodearla con el brazo y protegerla de la peor parte del viento. Se conformó con ofrecerle su brazo mientras subían los escalones. La puerta se abrió poco después de que el sonido de la aldaba dejara de resonar.

—Buenas noches, Mullings —dijo Lucius—. Creo que lady Harrowden espera a la señorita Lockhart esta noche. Su diligencia he tenido un altercado cerca de mi pabellón de caza. Lo más probable es que siga allí junto con su baúl de pertenencias, si es que los cocheros no han podido sacar el vehículo del surco. Hemos venido por los caminos secundarios.

El mayordomo se hizo a un lado para permitirles la entrada.

—Efectivamente, sir. Uno de los lacayos ya había ido a buscarla a la casa de postas y ha regresado. En la posada no sabían por qué se había retrasado la diligencia. Si esperáis aquí dentro, donde está caliente, avisaré a lady Harrowden de la presencia de la joven.

Cuando el mayordomo desapareció por una puerta del pasillo, la señorita Lockhart miró a su alrededor y Lucius tuvo la oportunidad de estudiarla más de cerca. A pesar de que sus ojos estaban demasiado juntos para llamarla una belleza, su nariz fina y su boca dulce le daban un aspecto bastante lindo, y cuando inclinó la barbilla inquisitivamente, reveló un cuello esbelto y un moño pulcro apenas visible cuando giró su perfil hacia él.

La señorita Lockhart no se había quejado del frío, aunque tenía enrojecidas las puntas de la nariz y las orejas. Ella no le dedicó ni una sola mirada más y, con su atención lejos de él, Lucius se preguntó qué pensaría de sus nuevas circunstancias. Ninguno de los dos habló y, cuando la puerta se abrió minutos más tarde, fue la hermana de Lucius, María, y no el mayordomo, quien salió de la habitación para recibir a la señorita Lockhart. Lucius reprimió una palabrota.

—¡Lucius! —María Holbeck entró en la habitación y extendió ambas manos. Él las besó obedientemente, intentando ocultar el ceño fruncido que amenazaba con formarse. Las últimas esperanzas de pasar un Año Nuevo sin más obligaciones familiares se habían desvanecido con este inesperado encuentro. María le había dicho que ella y su marido se quedarían con su familia en St. Albans.

María se volvió hacia la señorita Lockhart con una mirada calculadora.

—Lady Harrowden me ha dicho que la estaba esperando, y ambas nos preguntábamos qué podría haberle ocurrido al carruaje. Qué encantadora... coincidencia que cayera en manos de mi hermano. La llevaré con lady Harrowden.

María había hecho un gesto a la señorita Lockhart para que avanzara, pero se volvió y dirigió a Lucius una mirada penetrante.

—Sé que esperabas tener un momento a solas, pero creo que el destino se ha alineado en tu contra. Ya que estás aquí, puedes ahorrarme el viaje a tu casa y decirme que estás encantado de asistir al baile de Noche de Reyes para el que enviaré invitaciones.

Lucius se volvió para seguir a la señorita Lockhart, manteniendo la voz firme.

—No tengo pensado asistir a ningún baile. Por eso he ido a mi pabellón de caza.

—La vida a menudo no es lo que planeamos —replicó austeramente María.

Qué cierto era eso para la señorita Lockhart. Lucius estaba seguro de que ella no había decidido dejar a su familia para venir a servir de dama de compañía a una anciana cascarrabias. Sin embargo, Lucius debería esperar tener más control sobre su destino que eso. Al menos, gastaba la mayor parte de su energía intentando asegurarlo. Ser dejado en paz y comodidad: eso era todo lo que pedía. Y si eso era cierto para él a los treinta años, Lucius no podía imaginárselo cambiando a medida que envejecía.

Debería irse ahora; no tenía ningún deseo de ver a lady Harrowden. Pero había algo que lo obligaba a quedarse por el bien de la señorita Lockhart. Tenía curiosidad por saber qué sería de ella.

La señorita Lockhart se detuvo en seco con su hermana a su lado y se volvió para mirar a Lucius, con la cabeza en alto. Abrió la boca para hablar.

Al final, Lucius no descubrió lo que la señorita Lockhart iba a decir, ni se le dio la opción de quedarse o no.

—Lucius, tú también puedes entrar —dijo María mientras avanzaba hacia el salón—. Lady Harrowden lleva dos años sin ver tu cara y querrá echarte un vistazo.

Lucius entró en la habitación a tiempo de ver a lady Harrowden frunciendo las cejas mientras la señorita Lockhart se paraba frente a ella. Le sorprendió el cambio en el rostro de la viuda. Aunque siempre había sido una anciana bastante severa en todo el tiempo que llevaba conociéndola, su severidad parecía haber sido sustituida por amargura.

—¿Cómo se te ocurre venir a verme con esta apariencia tan estropeada? —exigió a la señorita Lockhart—. Y nada menos que en compañía de un conocido libertino; sir Lucius, usted sabe muy bien que eso es cierto, no importa si lo conozco desde que vestía abrigos cortos —volviéndose hacia la señorita Lockhart, lady Harrowden añadió—: Envié a mi lacayo a buscarte y volvió con las manos vacías.

Aunque la expresión de la señorita Lockhart permaneció oculta, Lucius vio que se estaba poniendo roja. *No es una mujer que se adapte fácilmente a su nuevo puesto. Es probable que no dure la semana.*

—Milady, usted no puede esperar que se me culpe por la avería de la diligencia... —la señorita Lockhart fue interrumpida.

—No intentes ser impertinente conmigo, jovencita, o tu empleo aquí durará poco.

Lucius empezó a sentirse incómodo. No podía defender de ningún modo a la señorita Lockhart, ¿con qué derecho? Pero algo le había ocurrido a lady Harrowden para ser tan descortés.

El color de la señorita Lockhart aumentó aún más y Lucius supo por instinto que necesitó todo su autocontrol para no responder del mismo modo. La señorita Lockhart había sido educada con delicadeza, pero con sus escasos recursos no encontraría un puesto en circunstancias más favorables.

La señorita Lockhart se encontró con la mirada de la viuda y guardó silencio. No había nada desafiante en su expresión, pero tampoco se echó atrás. El silencio se prolongó.

—Lady Harrowden, me alegra ver que mi hermano le ha devuelto a su dama de compañía sana y salva. Me atrevo a decir que ella le será de gran ayuda.

—Algo muy extraño que un hombre y una mujer solteros lleguen juntos...

María continuó con voz autoritaria, como si la condesa no hubiera puesto ninguna objeción.

—Es una suerte que el clima me haya retenido aquí el tiempo suficiente para hacerle compañía hasta su llegada. Bueno... —María juntó las manos delante de ella—. Debo irme ahora que la nieve ha cesado. Prometo venir más a menudo, y espero que honre nuestro baile de Noche de Reyes con su presencia.

—Si el clima es como el de hoy, puedes estar segura de que no lo haré —espetó lady Harrowden. Sin embargo, pareció recapacitar y, suavizándose, añadió—: Pero si la temperatura es lo suficientemente cálida, iré. Conozco la importancia de mostrar apoyo a las celebraciones locales.

—Bueno, entonces espero que el clima sea bueno—dijo María—, y le deseo buenas noches. Charles estará loco de preocupación, sobre todo desde que su cena se vio retrasada —se rio de su propio cumplido.

—Vuelve antes del baile, María —dijo lady Harrowden, y añadió en su tono más mordaz—: Sir Lucius, supongo que volveré a verlo aquí dentro de otros dos años.

Lady Harrowden tenía todo el derecho a guardarle rencor, y Lucius reconoció su comentario malicioso con una inclinación de cabeza, pero no se disculpó. No iba a someterse pasivamente a la reprimenda de la condesa.

Se volvió hacia la señorita Lockhart. No le gustaba la idea de dejarla aquí, y le dirigió una última mirada antes de volverse para seguir a su hermana. Su enigmática sonrisa contenía un atisbo de picardía que lo hizo detenerse en seco para ver si ella divulgaba el motivo que había detrás.

—Sir Lucius, le estoy muy agradecida por rescatarme de lo que imagino era una muerte casi segura. Estaba congelada, y le agradezco su caballerosidad al acogerme tan pronto y con gran hospitalidad.

Aunque su tono era perfectamente agradable, él no pasó por alto el toque sardónico de sus palabras.

—Me alegro de poder servirle, señorita Lockhart —respondió sir Lucius con seriedad, aunque la comisura de sus labios se crispó. Había mordacidad en ella. Se inclinó ante la condesa—. Milady.

A solas con su hermana en el vestíbulo, con el lacayo de pie en la puerta principal, Lucius murmuró en voz baja.

—¿Cómo es posible que ya estés aquí? No lo mencionaste cuando estuvimos juntos en Navidad. Me fui de St. Albans precisamente para pasar un tiempo alejado de la familia.

—Entonces debes culpar a nuestro abuelo por comprar un pabellón de caza a menos de doce millas de la finca familiar.

—Y luego a nuestro padre por concertar tu matrimonio con Holbeck, quien no vive a más de tres —refunfuñó Lucius—. Has dicho que te quedarías con madre hasta enero.

María sonrió con condescendencia.

—Muchas veces nuestros deseos más queridos no se cumplen. Pero madre cambió de opinión y dijo que prefería no planear una fiesta de Noche de Reyes, así que voy a organizar un baile aquí —su hermana alisó la piel de su manguito—. El número de damas solteras supera con creces al de caballeros disponibles, y sé que puedo contar contigo para que cumplas con tu deber.

Lucius torció el labio.

—No puedes ser tan ingenua como para pensar que *eso* me tentará.

—Oh, no. Sólo quería advertirte —replicó María—. Te conozco demasiado bien como para pensar que algo así pueda ser tentador. Sin embargo, es mejor que vengas. Tienes una semana entera para ti y puedes refunfuñar en tu biblioteca a gusto. Pronto desearás compañía, y éste es justo el evento para proporcionártela.

—No lo creo. ¿Por qué estás en Harrowden en un día como hoy? Seguro que Holbeck no te permite deambular con este clima. Y no creo que tú y la condesa tengan mucho en común.

—No, pero alguien tiene que visitarla si tú no lo haces —dijo María con una mirada significativa que provocó una punzada de culpabilidad en Lucius, una sensación irritante considerando que no había límite para lo que su propia familia le pedía. Pero era cierto que no había cumplido su promesa al conde moribundo de visitar a lady Harrowden y asegurarse de que estuviera bien cuidada. Bueno, técnicamente hablando, Lucius lo había hecho una vez, pero no podía engañarse a sí mismo creyendo que una sola visita era fiel a la naturaleza de su promesa.

—Llegué a primera hora de la tarde —continuó María—, y mi intención era quedarme sólo el tiempo necesario para beber el té juntas. Pero pronto empezó a nevar y pensé que sería más seguro quedarme mientras durara la nevada. Afortunadamente, ha dejado de nevar y ahora puedo volver a casa de manera segura. Prefiero mi propia cama.

—Un sentimiento con el que estoy totalmente de acuerdo —Lucius había hecho una señal a Mullings y, en poco tiempo, sus dos carruajes fueron llevados a la entrada.

Antes de que se dirigieran a la puerta principal, Lucius dijo en una voz que sólo su hermana pudo oír:

—La señorita Lockhart no tiene las circunstancias más fáciles ante sí. Lady Harrowden no se propondrá ser agradable con una simple acompañante. Es más probable que la trate como a una sirvienta. De hecho, parece decididamente más amargada desde la última vez que la vi.

—Lady Harrowden se siente sola. Y por eso ha contratado una acompañante. La señorita Lockhart sólo cumplirá su papel. Y estoy segura de que es una situación que les sentará muy bien a ambas. La señorita Lockhart se ganará la vida, que es algo que claramente necesita, y lady Harrowden tendrá a alguien que la entretenga y le haga los recados.

—*Hmph* —la conversación irritó a Lucius por razones que no podía comprender, y estaba dispuesto a ponerle fin—. ¿Necesitas que te acompañe? —preguntó, esperando fervientemente que la respuesta fuera negativa.

Su deseo fue concedido.

—Son cuatro kilómetros en dirección opuesta, y tengo mi mozo de cuadra y un lacayo. Estaré perfectamente cómoda.

Lucius asintió.

—Buenas noches, entonces.

María salió al aire gélido, con su aliento expulsado en forma de nube.
—No olvides venir a mi baile. Cuento contigo.
Lucius gruñó y agitó una mano.



Después de que sir Lucius y su hermana se marcharan y la puerta se cerrara tras ellos, Selena se encontró a solas con lady Harrowden. La fría corriente de aire que se deslizaba bajo su falda la hacía temblar, y la chimenea situada a la derecha de la condesa desprendía más humo que calor.

Lady Harrowden la estudió en silencio durante un momento antes de decir:

—Bueno, por fin estás aquí. Veremos cómo te sienta este acuerdo, supongo. Toca la campana allí, y la criada te acompañará a tu habitación.

Fueron palabras desalentadoras. Su breve comunicación con lady Harrowden, fría y superficial por naturaleza, debería haberla advertido de que no esperara mucha consideración por parte de la condesa. Sin embargo, ella había idealizado la aventura, ya que era el medio de escapar de una perspectiva matrimonial desagradable y de un ambiente hogareño sofocante. Haber imaginado su nueva vida como una mejora de las circunstancias fue un error, y la realidad la sorprendió bruscamente.

—¿A qué hora desea que esté mañana a su disposición, milady?

—La criada te informará de mis costumbres. No soy madrugadora, así que tendrás las mañanas para ti sola. Esperaré que me atiendas a partir de las once —la piel como de papel de lady Harrowden la envolvía de fragilidad, y las profundas ojeras le daban un aire desconsolado. Pero hubo cierta mordacidad en sus palabras cuando despidió a Selena—. Eso será todo.

Lady Harrowden desvió la mirada hacia los leños que titilaban en la chimenea, indicando el fin de su conversación. Selena hizo sonar la campana y esperó en silencio hasta que la criada entró en la habitación. Sólo entonces lady Harrowden se despertó de lo que parecía una seria contemplación.

—Acompaña a la señorita Lockhart a su habitación. Mañana por la mañana, quiero que la señora Randall le enseñe la casa para que sepa dónde encontrar cada cosa. La señorita Lockhart sabe cuándo debe venir a verme.

Selena hizo una reverencia a lady Harrowden y se volvió para seguir a la criada. En el pasillo había corrientes de aire pero, sorprendentemente, no era mucho más frío que el salón. Su propia habitación, sin embargo, aunque pequeña, era más agradable de lo que esperaba, y un pequeño fuego la calentaba. Su aprensión por su nueva situación, que había aumentado con los acontecimientos del día, se había calmado un poco. Tendría tiempo para pasear por las mañanas o leer, y tenía un fuego caliente. Su rol probablemente sería tedioso, pero al menos tenía esos pequeños placeres.

—¿No tiene baúl, señorita? —la criada miró a su alrededor, confundida. No debieron haber comunicado abajo lo sucedido.

—No, la diligencia se ha averiado, y sólo espero que encuentren mi baúl y me lo traigan enseguida. Tengo una muda de ropa en mi valija, y eso tendrá que bastar hasta que tenga el resto —Selena intentó hablar con más confianza de la que sentía—. ¿Y cuál es tu nombre?

—Hazel, señorita —la criada hizo una reverencia—. Hay agua caliente, y le traeré más por la mañana. ¿Quiere desayunar en tu habitación?

Selena negó con la cabeza.

—Soy madrugadora. Saldré a dar un paseo antes de desayunar si el clima lo permite, pero comeré en la sala de desayunos.

La criada hizo otra reverencia y se marchó. Selena se quedó sola. Echó un vistazo a su habitación. Había una gran cama individual con dosel y espacio suficiente para moverse cómodamente entre la cama y el armario. En un rincón de la habitación, a la derecha del fuego, había un escritorio. Si tan sólo pudiera reconciliarse con la personalidad mordaz de lady Harrowden, las cosas le resultarían fáciles.

Selena desempacó. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la criada tal vez había pensado en ayudarla a quitarse el vestido, y Selena debería haber pensado en pedirselo. Se había vuelto autosuficiente con los escasos recursos que tenían en casa. Sin embargo, cuando a Selena se le había ocurrido la idea de pedir ayuda, dudó en llamar a la criada. ¿Merecía alguna de las atenciones que recibía un invitado? Al fin y al cabo, Selena era la hija de un caballero. Realmente no sabía qué pensar.

Al final, Selena no hizo sonar la campana, sino que llevó una mano a la espalda y se desató los cordones lo mejor que pudo. Luego se quitó la bata por la cabeza, sustituyéndola por otra nueva, y se metió en la cama, moviendo rápidamente las piernas desnudas hasta que las frías sábanas empezaron a estar más calientes. Se detuvo, mirando soñolientamente el fuego, que desprendía calor y un alegre resplandor. En ese instante, Selena casi pudo imaginarse encontrando satisfacción en su vida aquí. Por primera vez en dos días, se durmió con más placer que preocupación.

A la mañana siguiente, Selena se despertó cuando la criada apareció con el agua caliente y se acercó a encender los leños. Esta vez no iba a perderse la oportunidad de recibir ayuda.

—Buenos días, Hazel. ¿Te importaría ayudarme a ponerme el vestido?

—Enseguida, señorita. Aunque no estoy entrenada como dama de compañía —Hazel dejó caer el atizador y se acercó al lado de la cama donde Selena estaba de pie. La mujer empezó a tirar de las cuerdas que colgaban de su corsé.

—No importa eso de la formación —replicó rápidamente Selena—. Estoy aquí como acompañante, y no seré demasiado exigente.

Cuando Selena estuvo debidamente vestida, le preguntó a Hazel si la señora Randall podría hacer el favor de mostrarle la casa una vez que hubiera comido. Los montones de nieve que había fuera no le recomendaban dar un paseo, y pensó que lo mejor era ponerse en marcha de inmediato para familiarizarse con la casa.

—Creo que la señora Randall está al tanto, señorita. Veré cuándo está disponible y enviaré un mensaje a la sala de desayunos —Hazel hizo una reverencia antes de marcharse, y Selena se volvió hacia el espejo y se recogió el pelo en un sencillo nudo que sabía que tendría que hacer. Su puesto no requería un peinado elegante, lo cual era una lástima, porque con los mechones rizados, sabía que su pelo era uno de sus mejores recursos.

Selena se examinó a sí misma en el estrecho vidrio, intentando evaluar cómo se sentía,

intentando juzgar su aspecto y tal vez la impresión que podría haber causado en el masculino y sardónico Sir Lucius, quien escondía un lado sorprendentemente tierno. Frunció el ceño ante el último pensamiento que se le había ocurrido. *Chica ridícula*.

Una vez abajo, un lacayo condujo a Selena a la sala del desayuno, donde comió en silencio. Después, entró en el pasillo y se dirigió hacia donde pensó que podría haber unas escaleras que condujeran a la cocina. Tal vez allí podía encontrar al ama de llaves. Selena pasó junto a una puerta abierta en el pasillo cuando el sonido de la voz de un caballero llegó hasta ella desde el interior de la habitación.

—¡Señorita, señorita! ¿Puedo ayudarla en algo?

Selena retrocedió hasta que volvió a mirar a través de la puerta de una biblioteca donde se encontraba un joven de pie, vestido al último grito de la moda. La elegante ropa se inclinaba hacia la extravagancia y, aunque su rostro era suficientemente apuesto, sus labios tenían un aire petulante. Él enarcó las cejas al contemplar su aspecto, y el calor subió por las mejillas de Selena. Había cambiado el vestido de ayer, con el dobladillo embarrado, por su única muda dentro de la valija, que era un vestido marrón soso con estampado de algodón que había empezado a perder el color. Ni siquiera su mejor vestido habría servido para este encuentro.

—Buenos días, señor —dijo, ocultando su consternación—. Soy la señorita Lockhart, la acompañante de lady Harrowden. No sabía que ella tuviera otros invitados.

Selena hizo una pausa, pensando que tal vez no era asunto suyo saber si habría o no invitados. Deseaba haber tenido un manual de cómo ser la acompañante de una dama; a qué tenía derecho y qué debía o no debía hacer.

—No soy un invitado —respondió, con la sonrisa preparada mientras daba un paso hacia ella. La sonrisa cambió su aspecto y lo hizo más atractivo. Selena empezó a pensar que su primera valoración sobre su naturaleza quejumbrosa era incorrecta—. Quizá por eso usted no lo sabía —prosiguió el caballero—, pero permítame presentarme —hizo una reverencia—. Soy Lord Harrowden, sobrino de lady Harrowden y actual conde desde que mi tío murió hace dos años.

Selena se sorprendió considerablemente. Nadie había sido mencionado en la residencia aparte de lady Harrowden, y a ella no se le había ocurrido preguntarse quién había heredado el título.

—Disculpe, milord. No sabía que lady Harrowden tuviera a nadie más viviendo con ella. ¿Reside aquí permanentemente, si... si tal cosa no es demasiado atrevido preguntarlo?

—He estado residiendo en Londres y había dejado a mi administrador al cuidado de esta finca, permitiendo a mi tía seguir viviendo aquí todo el tiempo que deseara. Pero llegué hace una semana para fijar mi residencia. Recientemente me he visto absorbido por los asuntos de la finca y debo pasar un tiempo aquí para comprender mejor cómo se gestiona —Lord Harrowden frunció el ceño—. No me habían hecho saber que mi tía había contratado a una acompañante.

Selena recibió esta noticia con desconcierto. ¿Por qué lady Harrowden no le diría a su sobrino algo tan significativo?

—Tal vez su esposa lo sabía, milord —comentó.

—Tal vez, si yo estuviera casado —respondió Lord Harrowden con una sonrisa autocrítica—. Sin embargo, aún no he encontrado una dama que ocupe ese puesto.

Selena echó una mirada al pasillo y luego se volvió hacia el hombre mientras pensaba cuál era la mejor manera de responder. Seguramente sería una situación incómoda y algo para lo que no estaba preparada; vivir tan cerca de un hombre soltero. Le extrañaba que a lady Harrowden no se le hubiera ocurrido mencionarlo. Pero entonces recordó que lady Harrowden la había mandado llamar antes de que su sobrino se instalara.

—Bueno, voy a buscar a la señora Randall para que me enseñe la casa. Le deseo un buen día —Seleno hizo una reverencia y giró, con la esperanza de emprender la huida, pero el conde precipitó su movimiento hacia la puerta.

—Por favor, permítame. Me encantaría mostrarle mi casa y mis terrenos, y no tengo nada tan importante que no pueda esperar.

Selena no podía negarse sin parecer maleducada, pero deseaba evitar pasar más tiempo a solas con un caballero desconocido.

—Yo... uh —buscó inspiración para negarse, pero no la encontró—. Muy bien —dijo finalmente—. Sin embargo, la criada ha avisado a la señora Randall de mi deseo de hablar con ella, y odiaría pensar que me estaba esperando. Permítame informarle de mis intenciones, y tal vez ella pueda mostrarme más tarde las zonas que están más dentro de su dominio.

—Creo que no necesita preocuparse por la señora Randall. En cuanto se entere de que la he llevado a recorrer el lugar, le parecerá de lo más natural, ya que soy el amo de la casa.

Ahora Selena estaba en un aprieto. Estaba, en cierto modo, bajo el poder de este caballero al estar empleada en su casa, pero su aversión a cualquier cosa que insinuara falta de decoro la hizo detenerse, al igual que un nuevo temor que acababa de asaltarla: no quería que la señora Randall pensara que estaba actuando por encima de su posición.

—Venga —le instó Lord Harrowden, mientras cogía sus guantes que descansaban sobre la mesilla junto a la puerta—. Puede que ahora yo no tenga nada más importante que hacer, pero eso no significa que tenga todo el día a mi disposición.

Su tono era bastante amistoso, pero había algo en sus palabras que no le gustó a Selena. Se hizo a un lado y le permitió ir al frente, con el corazón oprimido mientras lo seguía.



Lucius se despertó demasiado temprano para su gusto. Unos tenues rayos de sol se asomaban por las cortinas de su habitación, y el fuego no había sido avivado. No recordaba la última vez que se había despertado antes de la llegada de su sirviente. Se acercó a avivar el fuego él mismo cuando se dio cuenta de que podía ver su aliento en la penumbra.

No podía apartar de su mente los acontecimientos de la noche anterior. Su encuentro con lady Harrowden por primera vez en casi dos años le sirvió para recordar lo mal que había cumplido la promesa que le hizo a su marido de cuidar de la condesa tras la muerte del conde. Había sufrido la tentación de ir a visitarla en parte por compasión hacia la señorita Lockhart —pues no había parecido estar nada cómoda cuando él la dejó—, y en parte por un sentimiento de culpa.

Sin embargo, Lucius no estaba acostumbrado a escuchar a su propia conciencia y decidió vestirse y desayunar. El sentimiento seguramente lo abandonaría pronto.

Acababa de terminar de desayunar tranquilamente y estaba hojeando *The London Gazette* mientras bebía su segunda taza de café cuando oyó el sordo eco de la aldaba en la entrada. *¿Quién es esta vez? ¿Un hombre no puede tener un respiro en su propia casa?*

Briggs entró un momento después.

—Sir, hay dos hombres que desean entregar un baúl perteneciente a la joven que vino aquí anoche: la señorita Lockhart.

Lucius levantó la mirada, sorprendido.

—Bueno, espero que les hayas dicho que lo lleven a la finca Harrowden, ya que es allí donde pertenece.

—Lo he intentado, sir —respondió Briggs—, pero han dicho que el camino está bloqueado y no tienen más opción que dejar el baúl aquí.

Lucius fue traicionado por una réplica precipitada.

—Si ponen esa cosa frente a mi puerta, ahí es precisamente donde se quedará.

Su mayordomo hizo ademán de abandonar la habitación cuando Lucius se lo pensó mejor. Era el baúl de la señorita Lockhart y ella no debería sufrir por la falta de diligencia del hombre ni por su pérdida de los estribos.

—Un momento, Briggs. Me ocuparé del baúl.

En la puerta estaba lo que parecía ser el conductor de la diligencia con su capa y su sombrero alto posado en la cabeza. Lo acompañaba un segundo hombre que Lucius reconoció como un caballerizo de The Songbird, una posada cercana.

—¿Qué os trae por aquí? ¿La señorita Lockhart no os ha dado instrucciones sobre su baúl?

—el artículo en cuestión, una caja marrón de cuero rígido con tapa redonda y finas correas sujetas con tacones metálicos, estaba entre los hombres en el suelo. Parecía demasiado pequeña para transportar todas las pertenencias de una mujer que cambiaría de residencia.

—Hay un árbol que cayó anoche por el fuerte viento, señor, a lo largo del camino. No podemos llevar el carruaje a arreglar hasta que quiten el árbol, pero el baúl se tiene que ir de cualquier manera. Pensamos que tal vez la señorita aún estaría aquí.

—Este es mi pabellón de caza, y ella es una dama —replicó Lucius con cierta exasperación—. Por supuesto que no está aquí.

Los hombres no parecían saber qué responder y volvieron la mirada del baúl a su pobre transporte. Lucius se detuvo un momento. Tal vez era la forma que tenía el destino de decirle que debía cumplir con su deber hacia la condesa y ver cómo se encontraba; y esta vez detenerse a conversar con ella. Sentía cierta curiosidad por saber si hoy la señorita Lockhart estaba mejor que anoche. Ante la condesa se había mostrado sumida, aunque se había esforzado por ocultarlo. Desde luego, ella le había hecho saber a Lucius exactamente lo que pensaba de su bienvenida. El recuerdo lo hizo sonreír.

—Muy bien. Podéis dejarlo aquí. Me encargaré de que la señorita Lockhart lo reciba.

Los hombres no perdieron tiempo en dejar el baúl frente a la puerta de su casa para luego subir al coche como si temieran que él los llamara de vuelta. Lucius los vio dar la vuelta al carruaje y marcharse por donde habían venido, que debía de ser la parte libre de obstáculos del camino que conducía a The Songbird. Volvió la cara hacia donde debía de estar la diligencia, pero los árboles la ocultaban. No había caído más nieve, y no sería difícil transportar el baúl esta mañana. Accedería a Harrowden por el camino privado que había utilizado la noche anterior.

Lucius se quedó un momento mirando el modesto baúl. Bien podría terminar con esto ahora. Así cumpliría con el recado y podría volver a su soledad.

—Finn, acerca el faetón. Debo hacer una visita.

Su mozo de cuadra había llegado a la parte delantera de la finca mientras Lucius hablaba con los hombres, y ahora se apresuraba a cumplir las órdenes de su amo. Lucius subió a ponerse más capas de ropa, pues el aire era aún más frío hoy sin la nieve.

Condujo en silencio, apreciando el camino que serpenteaba por una parte del bosque y luego por el prado. Aún podía ver sus huellas de la noche anterior en la nieve. Todo estaba casi en silencio, aparte de los cascos de los caballos y el crujido del faetón mientras las ruedas pasaban sobre los surcos helados. El aire fresco que lo golpeaba a través de la capa era estimulante.

Lucius se preguntó en qué momento él había perdido esa sensación de encanto que provenía de la vida al aire libre; de la amistad, la familia y los pequeños placeres que ofrecía la vida. Parecía que desde que había heredado el título hacía ocho años, su vida se había centrado más en todas las cosas que debía hacer y, por lo tanto, siempre existía ese vago trasfondo de deseo de escapar. Cabalgó junto a un árbol de hoja perenne con bayas rojas que destacaban alegremente sobre el blanco fondo nevado y, al pasar junto a él, la gran rama que había sobre su cabeza arrojó un montón de nieve sobre el lomo de uno de los caballos, haciendo que ambos animales aceleraran mientras el viento cubría la cara de Lucius con los copos. Se le escapó una risita mientras se limpiaba la nieve de la cara con la mano libre.

Estaba subiendo por el camino que llevaba a la finca Harrowden cuando divisó dos figuras caminando por el sendero que salía de sus jardines. La pareja estaba bastante lejos de la casa, lo cual era extraño. Con el aire gélido que hacía, no era un día para pasear por placer.

El abrigo rojo de la señorita Lockhart fue lo siguiente que llamó su atención. ¿Qué caballero podría haber sido tan imprudente como para sugerir un paseo cuando hacía tanto frío? Al

acercarse, vio que se trataba efectivamente de la señorita Lockhart, acompañada por el nuevo conde, a quien Lucius sólo conocía de cara y de nombre. Harrowden era seis años más joven que él y, por lo tanto, no tenían amigos en común.

Lucius se acercó a la pareja y encontró a la señorita Lockhart casi azul de frío.

—Buenos días, Harrowden. Señorita Lockhart —dijo, capturando la mirada de la chica—. Su baúl llegó a mi puerta y he venido a traérselo.

—Es usted muy amable, señor.

La sonrisa de la señorita Lockhart estaba congelada, y Lucius se preguntó si sería simplemente por el frío o si había algo más siniestro detrás, como miedo. *¿Por qué está ella aquí?* Él respondió a un instinto que le dijo que la señorita Lockhart necesitaba ayuda, aunque sólo fuera para que entrara rápidamente en calor.

—Harrowden, estoy seguro de que no le importará que suba a la señorita Lockhart al carruaje para que pueda ocuparse de su baúl.

Harrowden puso cara de fastidio, pero hizo una pequeña reverencia.

—Sí, por supuesto. Es necesario que usted lo haga. Señorita Lockhart, podemos terminar nuestro recorrido en otro momento, ya que aún no hemos visitado los huertos de árboles frutales.

La señorita Lockhart le devolvió una rígida reverencia y se movió a un lado del carruaje. Lucius se preguntó qué había esperado conseguir el conde con este paseo. Tenía la intención de averiguarlo en cuanto se pusieran en marcha. Harrowden se quedó de pie mirando mientras la señorita Lockhart evaluaba el carruaje y luego extendía la mano para sujetar uno de los lados.

—Tal vez podría ayudar a la señorita Lockhart —sugirió Lucius, ocultando cuidadosamente su irritación. No serviría de nada provocar a alguien a quien no conocía y que no actuaba de la manera habitual de un caballero.

—Por supuesto —respondió Lord Harrowden con la misma cortesía. Le ofreció a la señorita Lockhart una mano enguantada y, con cierta dificultad probablemente debida al frío, ella subió al carruaje.

Cuando la señorita Lockhart se acomodó junto a Lucius, la arropó bien bajo las mantas que su mozo de cuadra había pensado proporcionarle, deteniéndose lo suficiente para doblarlas a su alrededor, al otro lado de ella. Parecía tener aún más frío que la noche anterior. Él chasqueó las riendas.

—¿Qué la trae tan lejos de la finca? —sintió que la señorita Lockhart se estremecía a su lado, y ella respondió entre castañeteos.

—Lord Harrowden insistió en mostrarme los terrenos. No dejaba de alejarme de la finca, aunque le dije que no iba bien vestida para el frío. No pareció escucharme, y no me atreví a negarme ya que él es, en cierto sentido de la palabra, mi empleador.

—Mi querida señorita Lockhart, Lord Harrowden no es su empleador y, por lo tanto, usted no tiene por qué hacer nada de lo que él le sugiera a menos que eso concuerde con sus propios deseos. *Lady* Harrowden es su empleadora. Su salario saldrá de su fideicomiso.

La señorita Lockhart se volvió hacia él, sorprendida, y Lucius quedó cautivado por el brillo de sus claros ojos grises, en contraste con sus mejillas sonrosadas y el blanco que los rodeaba. El estómago se le revolvió de un modo desconocido. Volviéndose de nuevo hacia el frente, Lucius sólo pudo alegrarse de que ella estuviera cómodamente sentada a su lado, ya que les habría llevado media hora volver a la finca; y el conde ni siquiera había empezado a guiarla en dirección a la casa.

—No estoy familiarizada con mi rol —admitió la señorita Lockhart, con la mirada dirigida hacia la casa a la que se acercaban rápidamente—. No sé qué le debo a lady Harrowden; hasta

qué punto debo satisfacer sus deseos y hasta qué punto puedo seguir siendo mi propia ama. ¿Cuánto de lo que otros me piden debo hacer? —habló en tono pensativo, como si no hubiera una respuesta preparada.

—¿Quién es su padre? —habló Lucius. La pregunta salió de sus labios antes de pensarlo. No era propio de él hacer una pregunta tan personal. Por lo general, su objetivo era mantener las distancias, ya que tenía suficiente familia y amigos que lo mantenían ocupado como para añadir más. Sin embargo, insistió—. Usted no nació para este rol.

—Supongo que no, pero ahora lo es —la señorita Lockhart miró fijamente al frente—. Mi padre era John Lockhart de Kingsbury en Warwickshire; un caballero, pero no un noble.

—¿Y su madre? —Lucius volvió a mirarla de perfil y la vio tensar la mandíbula. Aunque la inusual forma en que se conocieron eliminaba parte de la superficialidad de la *alta*, él la estaba presionando para que le diera detalles que normalmente prefería dejar en paz.

—Mi madre cuida de mis tres hermanas pequeñas, que viven en Bedford, donde ella creció. Conoció a mi padre de la forma habitual durante la temporada londinense. El desenlace de su matrimonio no fue favorable para ella, así que hago lo que puedo para ayudarla. Somos una familia ordinaria con una historia ordinaria, supongo.

—No creo que exista eso de una familia ordinaria —dijo Lucius, tirando suavemente de las riendas—. Supongo que sus circunstancias deben de ser a veces difíciles de soportar. Imagino que no ha sido fácil para usted dejar a su familia y venir a Harrowden.

Ya habían llegado a la finca y la señorita Lockhart no respondió de inmediato. Lucius esperó antes de bajar del carruaje, curioso por su respuesta. Desde luego, a *él* no le importaría alejarse un poco de su propia familia, pero era probable que ella extrajera fuerzas de su madre y hermanas y lamentara la necesidad de tener que abandonarlas.

—Oh, no tiene sentido pensar en lo que podría haber sido, ¿verdad? Más bien sólo mirar hacia adelante. Después de todo, el futuro es lo único que nos queda —la señorita Lockhart parecía dolida, y él vio que la había presionado demasiado.

Lucius vaciló, preguntándose si debería disculparse de algún modo por haberse entrometido, pero al final no dijo nada mientras el mozo de cuadra se acercaba. Le entregó las riendas y detuvo al lacayo que se dirigía hacia el carruaje para ayudar a la señorita Lockhart.

—Yo la ayudare a bajar. Tú... coge el baúl de la señorita Lockhart y llévalo a su habitación —Lucius rodeó el carruaje y le tendió la mano para ayudarla a bajar. Ella no se movió de inmediato, y él se preguntó si sus preguntas intrusivas la habían hecho alejarse de él.

Entonces, ella lo sorprendió con una sonrisa y ojos sinceros dirigidos hacia él desde lo alto, como si estuviera colocada en un pedestal.

—Es la idea más ridícula, pero casi he empezado a descongelarme bajo estas mantas y no tengo ningún deseo de dejarlas, aunque la casa esté más caliente.

—Creo que simplemente desea castigarme al hacerme sufrir el frío mientras espero su placer —replicó Lucius, levantando la comisura de los labios—. Venga. Le sentará mucho mejor una taza de té caliente y sentarse ante el fuego. La acompaño dentro. Me gustaría volver a ver a lady Harrowden.

Había un brillo de humor en los ojos de la señorita Lockhart cuando ella le sostuvo la mirada y, con un gesto rápido, se deshizo de las mantas y bajó corriendo. Él la cogió del brazo y se apresuró a llevarla dentro.

—Dios mío, ¿qué hora es? —pregunto ella, con los dientes castañeteando de nuevo, mientras subían los escalones de piedra y se apresuraban a cruzar la puerta que se abrió para ellos desde el interior—. Debo presentarme ante lady Harrowden a las once en punto.

—Son más de las once. Explicaré el motivo de su tardanza. Espero que la conexión entre nuestras familias la obligue a escuchar. Además, usted no tiene la culpa.

—Es usted muy amable, sir. Aunque estoy segura de que lo escuchará, creo que debo presentarme ante ella primero. No habrá salido de su alcoba.

Lucius levantó la cabeza cuando el mayordomo se acercó a ellos.

—Tal vez tenga razón. Mullings, si eres tan amable de acompañarme al salón, esperaré a que lady Harrowden me reciba. He enviado a un lacayo a traer el baúl de la señorita Lockhart que ha llegado hoy a mi puerta.

El mayordomo hizo una reverencia y Lucius se volvió hacia la señorita Lockhart.

—Ya tiene su baúl. Esto debería darle algo para cambiarse.

—Tiene razón. Mis botas están empapadas. Pero debo darme prisa.

Fiel a su palabra, la señorita Lockhart no perdió tiempo en salir corriendo, mientras Lucius entraba en el salón de los Harrowden, que no había pisado en dos años, salvo la noche anterior. El fuego de la habitación desprendía un calor inefectivo, y el único sonido presente era el tictac del reloj de la estantería, el suave crepitar de los troncos encendidos y las pisadas lejanas en otra habitación. Sólo pasó cinco minutos en esa quietud antes de que Lucius empezara a preguntarse qué lo había impulsado a venir a lo que sólo podía describirse como una misión imposible.



Selena se apresuró a entrar en su dormitorio, donde el baúl la esperaba, y desató las correas. No iba a cambiarse de vestido; había poco para elegir. Sin embargo, podría encontrar algo seco para sus pies.

Selena se cambió las botas, tirando de los cordones con dedos torpes que ardían al descongelarse en la cálida habitación. Lo que debería haber estado pensando era qué decirle a lady Harrowden. El reloj de la chimenea marcaba las once y media, y Selena redobló sus esfuerzos. No era un buen comienzo para su empleo.

Llamó suavemente a la puerta de lady Harrowden. Al no obtener respuesta, volvió a llamar y oyó un mordaz *¡adelante!*

Las cortinas fueron abiertas de par en par y la habitación se inundó de luz. Lady Harrowden seguía en la cama, y la taza de chocolate yacía vacía sobre la pequeña mesa a su lado. El cabello canoso de la condesa conservaba toques rojos, y ahora mismo estaba extendido sobre su hombro contra la almohada. Su rostro estaba irritado mientras esperaba a que Selena hablara.

—Milady, le ruego que disculpe mi tardanza. Lord Harrowden deseaba mostrarme los terrenos y no prestó atención a mi advertencia de que llegaría tarde a presentarme ante usted. Afortunadamente, sir Lucius venía a entregarme mi baúl...

Los ojos de lady Harrowden se abrieron de par en par, deteniendo en seco a Selena.

—¿Por qué sir Lucius tenía tu baúl? —exigió.

Selena hizo una pausa, avergonzada. Esto no tenía buena pinta, y la incomodidad no se le había ocurrido hasta ahora.

—El... el conductor de la diligencia la llevó a su casa, y él me encontró paseando con el conde y me trajo enseguida en su carruaje.

—Así que Lord Harrowden ha buscado conocerla, ¿verdad? —la condesa estudió detenidamente el rostro de Selena—. ¿Y qué le parece mi sobrino? Me han dicho que es agradable a la vista, y su título sólo aumenta su atractivo.

¿Cómo podía Selena responder a semejante pregunta? El título de Lord Harrowden no le interesaba en absoluto. Y puesto que no era una candidata adecuada para él, no tenía sentido plantearse tal cosa. Sin embargo, a decir verdad, él despertaba el instinto de supervivencia de Selena. Parecía empeñado en recordarle que ella estaba bajo su poder, aunque sólo fuera con las más sutiles insinuaciones. Descubrirlo en la finca confirió a la situación de Selena una sensación de peligro mucho mayor de lo que había esperado.

Eligió sus palabras con cuidado.

—Entiendo por qué los miembros de la *alta* han puesto sus ojos en lord Harrowden, ya que es ciertamente encantador. En cuanto a mí, sólo deseaba mostrarle el respeto que se merecía como Lord de la mansión y por eso accedí a acompañarlo. Incluso cuando se hizo tarde, no me atreví a oponerme a él regresando a la casa contra su voluntad.

—¿Así que te obligó a caminar con él? —el tono de lady Harrowden era una mezcla de curiosidad y fastidio.

—No... exactamente —*¿cómo podía responder a esto?* Selenia lo intentó de nuevo—. Yo había esperado ver la finca con la señora Randall, como usted sugirió. Pero cuando lord Harrowden insistió, no pude negarme. Afortunadamente, sir Lucius apareció, como ya he mencionado, y debo decir que su llegada fue fortuita, pues no sólo llegué tarde a verla, sino que yo estaba medio congelada.

—¿Y dónde está sir Lucius ahora? ¿Ha vuelto corriendo a su pabellón de caza, o dondequiera que resida actualmente?

—De hecho, no lo ha hecho, milady. Ha dicho que desea hablar con usted y que la espera en el salón, si usted le dedicaba un momento.

Lady Harrowden resopló y miró hacia la ventana.

—Así que busca una audiencia conmigo, ¿verdad? Por fin.

Selenia empezaba a acostumbrarse a las rápidas preguntas de lady Harrowden, aunque no todas requerían respuesta. La condesa se quitó las mantas y se levantó con un movimiento enérgico para alguien de su edad. Selenia se apresuró a ayudarla.

—No estoy tan inválida —espetó lady Harrowden—. Haz sonar la campana y trae a Morgan. Ella sabrá qué hacer con mi pelo.

Selenia obedeció y, mientras esperaban la llegada de su criada, Selenia se aventuró:

—Milady, quizá sea tan amable de decirme qué espera de mí. Me gustaría ser una compañera útil para usted, pero no tengo experiencia.

Lady Harrowden estaba sentada frente al tocador, y se encontró con la mirada de Selenia en el espejo.

—Descubrirás fácilmente lo que necesito, ya que dejaré claros mis deseos en todo momento. Sin embargo —la condesa apretó la boca—, espero que seas puntual. Espero que evites el escándalo.

Selenia tragó saliva convulsivamente. ¿La condesa se refería a la desgracia de su familia o estaba anticipando algún escándalo futuro?

Lady Harrowden continuó:

—Espero que no reveles a mi sobrino nada personal sobre mí. No quiero que sepa cuándo me acuesto ni cuándo me levanto. No deseo que sepa de qué hablo o qué me gusta y qué no. De hecho, me vendría muy bien seguir siendo un completo misterio para él. Oh, no tengo dudas de que su intención es agradar. Se está divirtiendo con tu compañía, ya que no hay otra joven aquí más digna de atención.

Las palabras fueron hirientes, aunque Selenia ya debería haberse fortalecido contra ellas. Ya había recibido suficientes insultos, disimulados y descarados, en el pasado.

Lady Harrowden se volvió hacia Selenia.

—Estoy igualmente segura de que lord Harrowden desea ganarse tu simpatía con el fin de descubrir cosas sobre mí que de otro modo no sabría. Me disgustaré mucho si me entero de que lo has complacido.

Selenia decidió no disgustar nunca a lady Harrowden. No podía permitírselo. Ahogando el escozor que le produjo el recordatorio de su baja posición, Selenia se centró más bien en las

implicaciones del discurso de lady Harrowden.

—Entonces, ¿no se lleva bien con su sobrino?

—Mi sobrino es lo que llaman un libertino —dijo lady Harrowden con un gesto de mano impaciencia—. Es lo que yo llamo un sinvergüenza.

—¿Un libertino... como sir Lucius es un libertino? —preguntó Selena. Tal vez estaba insistiendo demasiado en recordarle a lady Harrowden sus propias palabras, pero ella había llamado a sir Lucius eso mismo la noche anterior. Y, por lo que Selena podía deducir, sir Lucius y lord Harrowden no eran de la misma clase. Lord Harrowden ignoró sus deseos, recordándole a Selena su vulnerabilidad. Por el contrario, y a pesar del comienzo desfavorable, sir Lucius parecía adherirse al código de un caballero y, más allá de eso, ella tenía que admitir que él parecía sacar más provecho con cada encuentro.

—Estoy irritada con Lucius —fue todo lo que dijo la condesa, como si eso respondiera a la pregunta. No se encontró con la mirada de Selena.

Morgan entró en la habitación y Selena se hizo a un lado para permitir que ayudara a lady Harrowden a vestirse.

—¿Sir Lucius sigue esperándome? —preguntó lady Harrowden a su doncella.

—No lo sé, milady. No sabía que él estaba aquí —Morgan siguió tirando del corsé de la condesa.

Lady Harrowden estudió a Selena en el espejo y luego bajó la mirada hacia su atuendo, con una expresión de creciente disgusto.

—El baile de Noche de Reyes será una buena oportunidad para ver cómo te desenvuelves. Te daré un adelanto de tu sueldo para que puedas comprarte un vestido —entrecerró los ojos ante el vestido marrón egipcio de Selena, todo gastado y anticuado—. Te lo aseguro: lo necesitarás.

—Gracias. Es usted muy amable —la mirada de Selena se desvió y se mordió la lengua en lugar de asegurar a su empleadora que no necesitaba instrucciones sobre cómo desenvolverse en sociedad. Había sido entrenada para ello y en algún momento había recibido montones de invitaciones. Pero el adelanto era realmente necesario, ya que necesitaba urgentemente un nuevo guardarropa, y no quería arriesgarse a irritar a la condesa.

Selena cogió aire y miró directamente a Lady Harrowden, decidiendo que, al menos, aclararía una cosa.

—A pesar de la... desgracia de mi padre, sé cómo comportarme. Usted no tendrá que avergonzarse de mí.

Lady Harrowden expresó su indignación con un ejem.

—Baja, y si por algún milagro sir Lucius sigue aquí, dile que llegaré a su debido tiempo.

Selena dejó a la condesa y se dirigió directamente al salón, pensando que sería completamente asombroso que sir Lucius siguiera allí, ya que no parecía ser un hombre que se dejara incomodar fácilmente.

Sin embargo, cuando entró en el salón, sir Lucius estaba de pie ante el fuego y se volvió al oír sus pisadas. Selena experimentó una curiosa sensación de consuelo al verlo allí de pie. Se dio cuenta con un sobresalto de que había llegado a asociar a sir Lucius con el sentido protección, lo cual era algo muy extraño, ya que también parecía ser egoísta y estar empeñado en salirse con la suya.

Sin embargo, él le había abierto la puerta —bueno, eventualmente—, cuando ella se había perdido, la había envuelto en una túnica para protegerla del frío y la había llevado sana y salva a su destino. Luego él había regresado al día siguiente, cargando su baúl con todas sus posesiones del mundo, la había apartado del poder de un caballero que a ella no podía agradarle, y la había

envuelto de nuevo con la túnica. Un escudo de calor contra el frío brutal.

Selena tendría que proteger su corazón.

Ese pensamiento despertó su consciencia y le proporcionó un remedio eficaz contra una inclinación excesivamente romántica. Era ridículo pensar que sir Lucius se fijaría en ella, y Selena no se expondría de nuevo al ridículo entregando su corazón a alguien de la *alta*.

—¿Qué pasa? —preguntó sir Lucius. Sus ojos se habían suavizado al mirarla, amenazando la fortaleza cuidadosamente construida de Selena. Dios mío, debió haber estado mirándolo fijamente.

Ella se aclaró la garganta y dio un paso adelante.

—Lady Harrowden ha dicho que bajará a verlo —se permitió una pequeña sonrisa—. Me ha dado a entender que no está contenta con usted en este momento. Aunque no estoy segura de qué podría haber hecho para ganarse su desagrado.

—Yo sí —sir Lucius se volvió para mirar al fuego, como si fuera más cómodo confesarse ante las llamas que ante ella—. Mi abuelo compró el pabellón de caza cerca de Harrowden, porque era amigo del difunto lord Harrowden. He venido aquí a cazar desde que era joven, y los Harrowden me han visto crecer. Cuando Lord Harrowden estaba en su lecho de muerte, seis años después del fallecimiento de mi propio padre, me encargó que cuidara de su esposa. No tenían hijo propio y, aunque él no dijo esas palabras, no creo que pensara que su sobrino velaría por el bienestar de Lady Harrowden. Me encargó que cuidara de ella.

Sir Lucius se volvió hacia Selena, con la boca firme y el semblante intimidante.

—No he hecho eso. Sólo la he visitado una vez desde que su marido murió hace dos años.

Selena estudió su rostro. ¿Él se arrepentía verdaderamente de haber descuidado su deber? ¿O él era como todos los demás que ella había conocido en la sociedad: voluble?

—¿Por qué no ha cumplido su palabra?

Sir Lucius se alejó de la repisa de la chimenea y respondió con voz ronca.

—Egoísmo, creo.

Tanta sinceridad obligó a Selena a mirarlo a los ojos. Se sintió extrañamente aliviada.

—¿Y este es su arrepentimiento?

—Al menos puedo intentarlo —sir Lucius levantó la mirada mientras el pomo de la puerta giraba, y Selena, al darse cuenta de lo cerca que estaban, dio un paso atrás.



Sólo cuando la señorita Lockhart se apartó de él, Lucius se dio cuenta de lo cerca que habían estado. Esto no podía ser, aunque ella invitara a la confianza de un hombre con su elegancia y sus dulces modales. Él esperaba que su gentileza no la condujera a otras situaciones, como seguir a Harrowden en otro paseo recreativo en medio del frío penetrante.

Fue Harrowden quien entró en la habitación. Al verlos juntos, ensanchó los ojos y, con una sutil fachada de cordialidad, dijo:

—Sir Lucius, ¿aún aquí?

Antes de que el conde pudiera dirigirse a la señorita Lockhart, ésta se excusó.

—Lady Harrowden me ha pedido que hable con el ama de llaves. Debo hacerlo —sin decir una palabra más, se dio la vuelta y se deslizó rápidamente hacia la puerta, como si fuera a escapar.

Cuando la puerta se cerró tras ella, lord Harrowden se acercó al fuego donde Lucius estaba de pie y se colocó de espaldas a él, de cara a la habitación.

—Su llegada ha sido oportuna esta mañana, sir Lucius. La señorita Lockhart pudo evitar tener que volver a pie, y estoy seguro de que ella estaba en deuda con usted. Pero le aseguro que eso no era necesario. No nos quedaba mucho tiempo antes de regresar, y tendrá que volverse más robusta si quiere servir como acompañante de mi tía.

La arrogancia de Harrowden irritó a Lucius más de lo que podía soportar, y su decisión de no buscar pelea se desvaneció.

—¿En qué estaba pensando al sacar a una mujer con este clima sin más que una fina capa para abrirla? Estaba casi azul de frío cuando llegué a ella.

Harrowden hizo una larga pausa antes de curvar los labios en una sonrisa tensa.

—Tal vez tenga razón, aunque mantengo mi afirmación de que tendrá que ser más corpulenta. Estaba dispuesto a mostrarle los terrenos de Harrowden, y como ella estará aquí algún tiempo, pensé que debería verlo todo. Me atrevería a decir que ella ya ha entrado en calor.

Lucius miró hacia la puerta, preguntándose qué retenía a la condesa.

—Seguramente —se apoyó en la repisa de la chimenea.

Harrowden se acercó al escritorio y rebuscó entre las cartas.

—Imagino que un hombre como usted tiene mucho que atender. ¿Qué lo retiene aquí? —pasó la mirada de los papeles a Lucius antes de volver a ocultarla.

—Le había prometido a su tía que la visitaría, y aún no lo he hecho. Sólo deseo rectificar mi error.

Harrowden se rio.

—¿Por qué? No puedo imaginar de qué tenéis que hablar, mi tía y usted.

—Seguramente nada que pueda interesarle —Lucius enarcó una ceja. Dejaría que Harrowden sufriera de curiosidad. Por un lado, no le concernía. Por otra, Lucius intuía que sería mejor no confiarle nada a este hombre.

Harrowden miró hacia la puerta, que permanecía cerrada. Al cabo de otro minuto, se cruzó de brazos y fijó la mirada en el suelo.

—Bueno, supongo que entonces no lo entretendré —esperó y, como Lucius no respondió, añadió—: Estoy seguro de que mi tía bajará enseguida.

—Sin duda —dijo Lucius. Se sintió agradecido cuando Harrowden salió de la habitación. El hermano de Robertson había ido a la escuela con él, ¿no? Hoy escribiría a su amigo para averiguar lo que pudiera sobre el joven conde. Lucius pensó que había algo inquietante... algo falso en él.

Cuando la señorita Lockhart volvió a entrar en la habitación tiempo después, se detuvo en el umbral como si quisiera saber si lord Harrowden seguía allí. Sus mejillas estaban teñidas de rosa por haber subido las escaleras, o tal vez alguna otra emoción había jugado con ella. A Lucius le gustaría saber de qué se trataba. No había pasado por alto que la señorita Lockhart era una mujer atractiva, pero bajo la suave luz invernal que entraba en el salón a través de las ventanas, lo golpeó el hecho de que era más que una mujer ordinaria.

—Lady Harrowden bajará en breve —dijo la señorita Lockhart—. Y la señora Randall ha prometido enviar el té. Lo siento, me temo que se le ha hecho esperar mucho.

—¿Por qué se disculpa? Usted no lo ha hecho, creo —dijo Lucius. La mayoría de la gente tenía suficientes errores propios como para disculparse por los ajenos.

—Supongo que no, cuando usted lo dice así —la señorita Lockhart avanzó hacia la habitación y, cuando llegó a donde él estaba de pie, le sonrió tímidamente—. Así son las cosas. O al menos mi manera... —se detuvo.

—¿De qué? —preguntó cuando ella no continuó—. ¿De disculparte por cosas que no son culpa suya?

Ella frunció los labios.

—Tal vez. Creo que las mujeres a menudo sienten la necesidad de hacerlo. Para calmar y aplacar, aunque —Miss Lockhart hizo una mueca—, nadie sabe por qué deberíamos hacerlo.

—Sí, ¿por qué deberíais? —Lucius se encogió de hombros y apoyó el brazo en la repisa de la chimenea—. Es un concepto totalmente ajeno a mí.

La señorita Lockhart se rio.

—Oh, muy bien, señor —dijo, con los ojos brillantes—. Aprenderé una lección de usted. No me disculparé por un inconveniente que yo no haya causado.

—Muy correcto —replicó seriamente Lucius. La puerta se abrió y, finalmente, la condesa entró.

—Buenos días, milady —dijo él con una reverencia—. ¿Puedo escoltarla a una silla?

—No necesito que me escolten en mi propia casa —dijo mordazmente lady Harrowden. Él hizo caso omiso de sus palabras y se acercó a su lado, y ella apoyó la mano en la curva de su brazo sin más protestas y le permitió que la llevara al sillón más cercano al fuego.

Una vez sentada, se volvió hacia la señorita Lockhart.

—Ya puedes dejarnos. Tengo algunas cosas que quiero decirle a sir Lucius.

La señorita Lockhart asintió y se volvió hacia Lucius para despedirse de él.

—Le agradezco de nuevo todo lo que ha hecho por mí, sir —hizo una reverencia y se volvió

para marcharse.

Lucius se negó a dejar que su mirada la siguiera mientras salía por la puerta, sabiendo que él estaría bajo la atenta mirada de lady Harrowden. Sin embargo, sus pensamientos estaban centrados en la señorita Lockhart y sentía que no habían tenido tiempo suficiente para hablar. Sentía la extraña necesidad de volver a verla. Por supuesto, no se molestaría en hacerlo sin una buena razón. Era impensable actuar de un modo tan poco habitual en él como para visitar Harrowden con *ella* como objetivo. Él no era de los que se casaban, y no deseaba darle una falsa impresión.

Dicho esto, lamentaría no volver a verla. *Ella había olido a manzanas cuando volvió a la habitación.* Debió haber cogido una de la cocina.

La idea lo hizo querer reír.

Sin embargo, su sonrisa se apagó rápidamente al ver que lady Harrowden estaba estudiando su rostro y no se le había escapado nada. Al parecer, la dirección de sus pensamientos no había sido tan discreta como le habría gustado.

—A tu edad no andas detrás de mujeres empobrecidas, ¿verdad? —inquirió ella en tono mordaz.

Él debía quitarle rápidamente esa idea de la cabeza.

—No, milady. Mi corazón está cuidadosamente intacto.

—Bien —lady Harrowden se ajustó mejor el chal alrededor del hombro—. Es suficiente con que mi sobrino haya empezado a interesarse por la señorita Lockhart. Si en lugar de una acompañante yo hubiera querido buscar candidatas maritales, habría buscado mejores.

—Y, sin embargo, es hija de un caballero; y pariente —Lucius no pudo evitar replicar.

—Sólo del más lejano —lady Harrowden tiró del pañuelo que sus manos estrujaban—. Pero no me he sentado con usted para hablar de eso. Veo que finalmente ha decidido visitarme después de todo este tiempo. ¿Qué lo ha traído, si no la señorita Lockhart?

Él no la halagaría. Ella no lo apreciaría, e iba en contra de la naturaleza de Lucius.

—Su baúl llegó a mí —dijo, levantando una bota para calentarla junto al fuego—. La sensación de haber sido negligente es lo que me ha mantenido aquí, supongo.

—Usted *ha* sido negligente —lady Harrowden entrecerró los ojos de mala manera—. Usted dio su palabra. Harrowden me lo dijo antes de morir.

A Lucius no le gustaba que lo regañaran, pero se merecía la reprimenda. Ella tenía razón. Su palabra debería significar algo, y él no había considerado a la mujer lo bastante digna como para honrar su palabra. Controlando su temperamento, que sólo provenía de la vergüenza, dijo:

—Le ofrezco mis más sinceras disculpas, milady. Estaré más disponible.

Lady Harrowden frunció el ceño y se incorporó.

—No deseo su compasión.

—No le ofrezco mi compasión —Lucius estudió su rostro envejecido y se ablandó—. Nuestras familias tienen una larga historia juntas, y estoy aquí para arreglar las cosas. ¿En qué puedo servirle?

Lady Harrowden lo evaluó durante un momento para después apoyar las manos en el reposabrazos de su silla.

—¿Sabe leer bien documentos legales y restricciones de herencia? Creo que usted ha seguido el cursado de un abogado.

Lucius había estudiado derecho, pero no le había gustado. Sólo quería conocimientos suficientes para servirle en su hacienda.

—Sólo entiendo lo básico. ¿Por qué? ¿Hay algún problema con sus documentos? —dejó su

posición junto al fuego y se sentó junto a Lady Harrowden.

—Así está mejor. No soporto cuando la gente se cierne sobre mí.

—Debería haber dicho algo. Me habría sentado —respondió Lucius en tono suave.

—Como si usted alguna vez hubiera hecho otra cosa que precisamente lo que quería hacer —replicó la condesa.

Lucius, sabiamente, guardó silencio.

Cuando ella vio que no iba a morder el anzuelo, continuó:

—Creo que mi sobrino; como si no tuviera bastante con toda la hacienda, creo que está intentando invadir mi comisión adjunta.

Parecería algo tan insignificante quitarle dinero a una viuda cuando Harrowden tenía demasiado. Lucius pensó en las posibilidades. Seguramente Harrowden no tendría motivos para hacerlo. Y la mayoría de los testamentos eran invulnerables. No podía tener mucho margen para engañar a la condesa.

Lucius se apoyó en el reposabrazos y se frotó la barbilla mientras la estudiaba.

—¿Qué le hace pensar que él está haciendo tal cosa?

—En todo momento me anima a que me traslade a la casa dote, aunque él todavía no ha encontrado esposa. Dice que sólo hay que pintarla, pero lleva diciéndolo más de un año y no creo que un pintor haya puesto un pie dentro de esa casa.

Juntó las manos con gesto impaciente.

—La idea era absurda mientras Richard estaba en Londres. ¿Quién se ocuparía de la finca? Pero ahora que él ha regresado, y parece que su estancia será prolongada; o tal vez indefinida, aunque por el momento no hay ninguna lady Harrowden, me estoy dando cuenta rápidamente de que no podré vivir bajo el mismo techo con semejante fantoche. Creo que tendré que mudarme —añadió con voz cargada de ironía—: Él se apresuró a asegurarme que me ayudaría.

Lucius cruzó una pierna sobre la otra.

—Eso parece más prueba de su generosidad que de su villanía.

—Tal vez, si no fuera porque mis cuentas parecen más escasas de lo que deberían, y me pregunto si mi sobrino pensó en administrar *su* hacienda con *mi* parte. Después de todo, el abogado de la herencia supervisa ambas cuentas. Me gustaría que usted encontrara un contable que no haya tenido ninguna interacción con mi sobrino. Cuando lo encuentre, tráigamelo sin que Richard lo sepa, y le haré revisar las cifras de mis ingresos para ver cómo se están utilizando.

—¿Su sobrino tiene acceso a sus fondos? —preguntó Lucius—. Haré lo que usted desee, por supuesto, pero me parece extraño que él pueda disponer de los medios para reducir sus ingresos sin que usted lo consienta o lo sepa.

—Richard tiene el manejo de mis facturas y cuentas —dijo lady Harrowden, con un resoplido de fastidio—. Tanto el administrador como el abogado han dicho que es el arreglo más natural. Sin embargo, recibo constantes noticias de que mi parte no permite tal o cual gasto. No me habían hecho creer que mi marido me había dejado con tan pocos recursos. Sólo puedo pensar que esos dos están bajo el poder de Richard.

Ella se inclinó hacia adelante en su silla.

—Además del contable, me gustaría que usted me buscara un abogado que no sea empleado de la finca. Necesito a alguien que pueda ayudarme a proteger mis intereses. ¿Puedo contar con usted?

—Puedo hacer eso por usted —respondió Lucius, vagamente consciente de que su disposición tenía algo que ver con ver a la señorita Lockhart con más regularidad—. No puedo ir a Londres hasta después de la Noche de Reyes, lo que probablemente será necesario si quiero

localizar a un abogado en el que se pueda confiar. Ofrecería el mío si no estuviera ya sobrecargado de trabajo. Pero, mientras tanto, me esforzaré por encontrar un contable local antes de esa fecha, y tengo uno en mente que podría servir.

Lucius se despidió de Lady Harrowden y se dirigió hacia la puerta principal. Estaba vacía de lacayos. Tendría que esperar a que le trajeran el carruaje o salir él mismo a los establos. Se volvió cuando la señorita Lockhart entró en el pasillo procedente del salón matinal.

Al verla, una sonrisa tocó sus labios e hizo una reverencia.

—Me despido de usted, señorita Lockhart.

Ella hizo una reverencia, con sus ojos grises apagados, a pesar de una sonrisa en respuesta.

—Ya le he dado las gracias demasiadas veces, pero creo que debo hacerlo de nuevo. Su llegada ha sido muy oportuna.

Lucius hizo una pausa, impresionado por sus rasgos y su comportamiento solemne. Cuanto más tiempo pasaba en su presencia, más difícil le resultaba imaginarla en este rol. Era más apropiada para ser condesa; si el conde no fuera tan indeseable.

—Es un placer —respondió él, refrenando sus pensamientos, que empezaban a dispersarse—. Y si usted necesita ayuda, no dude en avisarme. No estoy lejos. He sido persuadido por mi hermana María, y sospecho que volveremos a vernos en el baile de Noche de Reyes. Siempre que Lady Harrowden esté lo bastante bien para ir.

—Ya veremos —dijo la señorita Lockhart—. En cualquier caso, dondequiera que esté ella, allí estaré yo —las palabras fueron pronunciadas con ligereza, como en broma, pero guardaban un tono triste.

Lucius miró hacia el lacayo, quien había entrado en el pasillo y ahora estaba de pie en la entrada principal. Le dio la espalda al criado y se inclinó hacia ella, diciendo en voz baja:

—Señorita Lockhart, ¿puedo sugerirle que mantenga la puerta asegurada por la noche? —él no se fiaba de Harrowden y no estaba lo bastante seguro de que fuera un caballero como para que la señorita Lockhart estuviera segura en la misma casa que él.

Ella palideció ante su sugerencia y, tras una pausa, asintió.

—Así lo haré.

La señorita Lockhart parecía querer volver a hablar, pero cerró los labios y volvió a asentir con la cabeza antes de darse la vuelta para entrar en el salón. Lucius echó un vistazo por el pasillo hacia el austero mobiliario de la entrada principal, el alto techo que no ofrecía ninguna calidez, y deseó, de la forma más irracional, poder llevarse a la señorita Lockhart lejos de allí.



A LA MAÑANA SIGUIENTE, Selen a entró en la sala de desayunos y su corazón se hundió al ver a lord Harrowden sentado a la mesa. Había esperado que no fuera madrugador. Sus ojos se abrieron con interés cuando levantó la mirada de su plato y se percató de su presencia. Aunque la sonrisa que le dedicó moldeaba sus apuestos rasgos con amabilidad, ella sabía que no debía fiarse. Parecía un muchacho aburrido, en busca de una diversión que no tardaría en desvanecerse.

—Buenos días, señorita Lockhart. Parece fatigada —lord Harrowden la saludó con una sonrisa presumida—. Espero que mi tía no sea demasiado difícil.

Selena hizo una pausa antes de servirse un panecillo y sentarse a la mesa. Tendría que dejar a un lado su inquietud y entablar conversación.

—Ayer, lady Harrowden y yo pasamos un día muy agradable juntas.

Ella se sirvió una taza de café y untó mantequilla en su panecillo. Cuanto antes terminara su

desayuno, antes podría escapar de lord Harrowden.

—Imagino que usted se cansará con el tiempo. Es joven, y desvivirse por una anciana no puede resultarle agradable. Seguramente debe aspirar a más —se recostó en su silla, preparándose para una larga conversación, al parecer, cuando ella no deseaba otra cosa que separarse de su presencia.

Selena se tragó el pan.

—Estoy bastante satisfecha con mi rol. No pido mucho para estar contenta —pensó durante un minuto, y luego añadió para el beneficio del conde—: Respeto un techo sobre mi cabeza, y simple diversión es suficiente para mí.

—¿Ha tenido una temporada? —preguntó el conde—. No recuerdo haberla visto en Londres, pero entonces imagino que no se movería en los mejores círculos. Almack's estaría descartado.

Selena esbozó una fugaz sonrisa. Su familia había tenido invitaciones regulares para Almack's antes de que se hiciera público el catastrófico final de la carrera de su padre como apostador. Sin embargo, Selena no se rebajaría a presumir de su propia importancia, sobre todo ahora que no tenía ninguna.

—Me lo imagino. He estado en Londres, pero es grande. Y, como usted ha dicho, no era probable que nos moviéramos en los mismos círculos.

—Si usted fue, al parecer no tuvo ninguna oferta —lord Harrowden dejó de estudiar sus uñas y levantó la mirada, con sus ojos afilados penetrándola.

—No estoy buscando marido —respondió Selena—. Mi deseo es mantenerme a mí misma y a mi familia. No necesito casarme —desde luego, no iba a abrir su corazón y sus anhelos para que él se burlara.

Como si pudiera leer su mente, lord Harrowden le envió una sonrisa persuasiva.

—Seguro que tiene anhelos afectuosos en su corazón —insistió—. No puedo imaginar que realmente desee una vida de solterona.

Selena reprimió un escalofrío ante sus palabras, que adquirieron un tono siniestro al unirse a su sonrisa lasciva. Recordó que no era su empleador y se armó de valor.

—Considero impertinente su pregunta, milord.

Él enarcó las cejas y su sonrisa perezosa apareció de nuevo.

—No tiene por qué hacerlo. Sólo estoy velando por sus propios intereses.

Selena terminó el último bocado de su pan. Tosió cuando bebió el café rápidamente y el líquido caliente le escaldó la garganta. Probablemente era el desayuno más rápido que había tenido nunca, y no le sentaría bien. Dejó la servilleta sobre la mesa y se levantó.

—Le deseo un buen día, milord. Tengo una reunión con el ama de llaves para familiarizarme con la finca.

—¿Por qué no se la enseño yo? Le prometo que no abandonaremos el calor de esta casa, y puedo contarle la historia que hay detrás de cada una de las habitaciones, viejas historias que el ama de llaves no conocerá.

Oh no, no lo harás. No volveré a caer en eso.

—Es usted muy amable, y agradezco su oferta, pero tendré que declinarla. Es importante para mí estar en buenos términos con el ama de llaves, y no voy a posponer nuestra reunión por segunda vez. Que tenga un buen día —Selena emprendió la huida.

La señora Randall se había mostrado fría cuando Selena fue a presentar sus excusas el día anterior. Ahora, al ver que Selena bajaba las escaleras y entraba en la cocina justo cuando había prometido que lo haría, la sonrisa del ama de llaves se volvió más cálida.

—Solo devolveré la vajilla a su alacena y estaré libre para llevarte por la casa —la señora

Randall guardó la taza de té que había estado inspeccionando y terminó con el resto de la vajilla que había sido extendida para hacer inventario.

Había veintisiete habitaciones y, como estaban dispuestas de forma ordenada, Selena no creía que fuera difícil recordar dónde encontrar cada cosa. Tomó nota de la ubicación del dormitorio de lord Harrowden y se sintió aliviada al ver que el suyo estaba en la otra ala, mucho más cerca del de lady Harrowden. Si gritaba, la condesa seguramente la oiría.

Resultó que la señora Randall sabía bastante sobre la historia de la finca, así que la baza de lord Harrowden había sido un engaño. Cuando estaban terminando el recorrido, el ama de llaves dijo:

—He oído que el joven sir Lucius ha estado aquí. A lady Harrowden le hará bien volver a verlo. Las familias eran muy unidas antes de la muerte del conde.

—Tal vez él venga con más frecuencia ahora que él y lady Harrowden han... reavivado las relaciones familiares —dijo Selena, insegura de si “reavivar” se ajustaba mejor a las crueles reprimendas que la condesa usaba contra sir Lucius. Sin embargo, ella esperaba que viniera más a menudo.

—Es un buen hombre. ¿Si no me considerarás atrevida por ofrecer mi propia opinión? —la señora Randall miró a Selena en busca de confirmación, quien sacudió la cabeza. De hecho, estaba muy interesada en conocer la opinión de la señora Randall sobre sir Lucius. Y, al parecer, Selena, una simple acompañante, no estaba lejos de recibir la confianza del ama de llaves. Se alegró, ya que necesitaría algunos amigos aquí.

—Mi marido era jardinero del antiguo baronet, y yo he visto crecer a sir Lucius. Siempre que él está presente, tienes la seguridad de que las cosas se harán como es debido. No es de extrañar que su familia confíe en él de la manera en que lo hacen, con su madre engatusándolo para que la acompañe a las aguas curativas en busca de una cura; aunque ella no parece sufrir de ninguna dolencia clara, y la señorita Philippa y el señorito George siempre metiéndose en un lío u otro. Es una lástima... —la señora Randall sonrió y cerró los labios—. Pero, ¿de qué estoy hablando? No debo divagar.

—Continúe, por favor. Estoy interesada.

—Es solo que... —la señora Randall hizo una pausa—. Cuando vivía el antiguo lord Harrowden, y también sir John; el abuelo de sir Lucius, los dos amigos pasaban mucho tiempo juntos, y las dos familias se hacían compañía a menudo. Las cosas estaban tranquilas en Woolmer Green.

Suspiró y se encogió de hombros antes de continuar.

—Supongo que cuando el sobrino de lord Harrowden se convirtió en conde... —hubo una larga pausa antes de que dijera—: Pero no debería hablar así de mi empleador —la señora Randall hizo un gesto hacia adelante y Selena la acompañó hacia la escalera que conducía al piso inferior.

Del comentario de la señora Randall sólo pudo deducir, con todo lo que había callado —y su propio presentimiento—, que con el nuevo conde las cosas no estaban tan tranquilas.



Tres días después de la llegada de Selena, entró en el dormitorio de lady Harrowden y la encontró leyendo una carta que estaba extendida sobre las sábanas. La condesa estaba tan absorta en su contenido que no dedicó ni una mirada a Selena.

—Buenos días, milady —se movió para pararse en la cabecera, preguntándose si sería impertinente preguntar por la carta. Cuando la condesa no habló ni la miró, Selena decidió arriesgarse—. ¿Ha recibido noticias?

Lady Harrowden levantó por fin la mirada.

—Acerca esa silla, muchacha. En efecto, he recibido noticias, y como te afectarán, será mejor que te las comunique de inmediato.

Selena obedeció, y lady Harrowden dio la vuelta a la carta, entrecerrando los ojos ante la firma de la parte final.

—He recibido una carta del administrador de mi custodia en la que me dice que ya no hay lugar para ella en la escuela en la que ha estado residiendo. Sólo puedo suponer que Rebecca ha hecho alguna travesura. El administrador me ruega saber qué haré con ella a continuación, y opino que ella vendrá aquí.

Lady Harrowden dirigió una mirada astuta a Selena.

—Ahora que estás aquí, puedes asumir fácilmente el papel de institutriz-acompañante. Te resultará más divertido tener a otra joven en casa que no tener nada más que hacer que atender a una anciana.

Selena mantuvo una expresión neutra. Cualquier jovencita que fuera expulsada de la escuela sería probablemente más problemática que valiosa.

—Lo que usted desee, milady. Estoy aquí para servirla —juntó las manos sobre el regazo—. ¿Ha decidido cuándo vendrá ella?

Lady Harrowden volvió a mirar la carta, reflexionando.

—Será mejor que respondamos a esta carta sin demora. Tengo entendido que la situación es urgente y que deben encontrarle un lugar lo antes posible. La escuela está en Essex y ella puede estar aquí en dos días.

—¿Tan pronto? —Selena enarcó las cejas—. ¿Hay algo que quiera que yo haga?

—Informa a la señora Randall de inmediato, para que prepare la habitación tapizada de rosa. Ella sabrá cuál es. Y por mucho que vaya contra mis principios, supongo que tendré que informar a mi sobrino —lady Harrowden frunció el ceño—. Escribiremos una respuesta enseguida, y luego enviarás a un lacayo para que pida a Richard que se reúna con nosotras en el

salón.

Selena anotó las instrucciones de lady Harrowden con una letra pulcra y, una vez lista y doblada la carta, escribió la dirección indicada. Siguiendo las instrucciones de la viuda, hizo sonar la campana para que Morgan ayudara a lady Harrowden a ponerse su vestido matinal, y luego llevó la carta para que la sellaran. Prometió esperar a la condesa en el salón.

Lord Harrowden ya estaba en la sala cuando ella entró, y sólo podía esperar que la condesa no se demorara, obligando a Selena a estar a solas con lord Harrowden durante un tiempo excesivamente largo. Ella avanzó con la mandíbula apretada. ¿El conde estaría sobre ella durante toda su estancia?

Sus astutos ojos no pasaron nada por alto.

—¿Tiene una carta que necesite sellar?

Selena asintió.

—Es una carta que lady Harrowden desea enviar, y bajará a hablar con usted en un momento, ya que el asunto le concierne.

—Estoy a su servicio —la voz de lord Harrowden estaba cargada de ironía.

Selena se sentó lo más lejos posible de lord Harrowden sin parecer grosera, y su silencio duró lo suficiente como para que ella se removiera en su silla, ansiosa por estar en otra parte.

—No hace falta que estés tan rígida, querida —el conde sacó una caja de rapé de su mano y abrió y cerró la tapa sin coger nada—. ¿Ha completado el recorrido a la casa con la señora Randall?

—Sí, lo he visto todo, así que sabré dónde encontrar las cosas. Espero aprender rápido mi rol y ser útil a lady Harrowden —Selena casi se aburrió. Margaret Winter había tenido razón en Bedford cuando dijo que Selena sólo podría conseguir trabajo como acompañante si sabía *conversar*. Una acompañante sólo era útil si podía divertir a alguien.

Selena frunció el ceño. Era increíble lo rápido que uno perdía algo tan importante como el arte de conversar cuando ya no frecuentaba la sociedad.

Lord Harrowden se levantó y caminó hacia el sofá, cerca de donde ella estaba sentada.

—No lo dudo, pero sigo diciendo que éste será un trabajo aburrido para usted —la falta de espacio entre ellos hizo que Selena se tensara y mirara hacia el frente.

Él se sentó y apoyó la barbilla en la mano mientras la miraba fijamente.

—Si gusta, puedo escoltarla a algunos de los eventos locales cuando mi tía se haya retirado por la noche, así podrá entretenerse. Si la atiendes cuando ella la necesita, no tendrá nada que decir sobre lo que usted haga en su tiempo libre.

Selena no podía pensar en nada que le atrajera menos que pasar más tiempo con lord Harrowden. Él escudriñaba su rostro y su cuerpo de un modo que parecía adueñarse de ella, y eso la repugnaba. Selena se esforzó por responder de un modo que no lo ofendiera.

—Es usted muy amable, milord. Sin embargo, no sería apropiado que yo fuera a ningún sitio sin chaperón.

Él se rio suavemente, con expresión incrédula.

—Señorita Lockhart, creo que pronto tendrá que cambiar de idea cuando aprenda lo que es ser una acompañante. Debe servir al placer de quienes la emplean. No espere tener la misma consideración que se tendría con una mujer de más recursos.

El insulto hizo que sus mejillas se sonrojaran. Eso requería una respuesta, pero ¿qué podía decir? Selena había vivido en carne propia la poca consideración que recibía una mujer de pocos recursos. Al final, sólo pudo luchar contra su propia impotencia, ya que no tenía armas en su arsenal que pudieran constituir una respuesta adecuada.

La condesa entró en la habitación y Selena se volvió hacia ella con alivio.

—Richard, eres precisamente la persona que deseaba ver —lady Harrowden dio pasos rápidos, apoyándose en un bastón de madera que utilizaba a veces.

Lord Harrowden se puso en pie con una muestra de renuencia mientras su tía avanzaba hacia la habitación.

—Pues, qué cambio. Porque siempre pareces esforzarte por evitarme.

—Algunas conversaciones no pueden evitarse —dijo sombríamente la condesa. Se volvió hacia Selena—. ¿Ya has hecho que él selle la carta?

Selena negó con la cabeza.

—Por favor, hazlo. Richard, también puedo informarte de que vamos a acoger a alguien en esta casa... o al menos la acogeremos aquí hasta que yo pueda mudarme a la casa dote. Mi custodia vivirá conmigo.

Lord Harrowden enarcó las cejas.

—¿Tu custodia? No sabía que tuvieras una. Ella debe tener un fondo fiduciario adecuado si me informas de su estancia y te preocuparás de ella. Después de todo, no me hablaste sobre la llegada de la señorita Lockhart.

—No te digo todo, y su dote no es de tu incumbencia. La señorita Lockhart será su institutriz hasta que encontremos un arreglo más adecuado para ella.

Lord Harrowden curvó el labio al mirar a Selena.

—Tu papel sigue creciendo en emoción.

—¿Va a sellar esto ahora, milord? —preguntó Selena, decidiendo que era mejor ignorar su impertinencia.

El conde llevó la carta al escritorio del rincón y la selló. Selena se volvió hacia la condesa, deseosa de escapar de la cínica mirada de lord Harrowden.

—Milady, ¿le doy esto a Mullings ahora?

Lady Harrowden levantó una mano.

—Espera, y puedes acompañarme después a la sala matinal. Tengo algo que deseo decirle a Richard.

La condesa avanzó unos pasos más hasta situarse frente a él.

—No necesito recordarte que dejes en paz a mi custodia. Ella no tiene el linaje para darte una esposa, y sé lo importante que es eso para ti. Y ella no carece de protectores.

Lord Harrowden envió a su tía una mirada calculadora.

—No sé lo que piensas de mí, tía. Naturalmente, una joven bajo mi propio techo debe ser protegida.

Selena se quedó boquiabierta y cerró la boca rápidamente. No podía creer que él tuviera el descaro de decir eso cuando había estado soltando un discurso muy diferente momentos antes de que lady Harrowden entrara en la habitación.

—Naturalmente —dijo lady Harrowden con su propio toque de ironía. Se volvió hacia Selena—. Ven. Haremos que nos envíen el té.

Selena caminó con ella hacia la puerta, deseosa de darle la espalda a lord Harrowden.



LA JOVEN CUSTODIA llegó dos días después, tal y como Lady Harrowden había predicho. En cuanto Selena oyó el carruaje detenerse, cerró el libro que había estado leyendo en voz alta y miró a la condesa.

—Ve a ver —dijo Lady Harrowden—. Imagino que debe de ser Rebecca.

Selena se acercó a la ventana y vio al lacayo abriendo la puerta del carruaje y extendiendo el brazo para sostener la mano enguantada que surgía del vehículo.

—Es ella, creo. ¿La traigo aquí con usted?

Ante el asentimiento de Lady Harrowden, Selena se apresuró a salir al pasillo. Llegó a la puerta principal y salió a la cegadora luz del sol que se reflejaba en la nieve. Pudo ver la colorida figura de una joven caminando hacia los escalones, seguida de su criada, pero había demasiada luz para distinguir sus rasgos hasta que se acercó más.

Selena bajó con paso ligero los escalones hacia la muchacha, cuyo rostro permanecía oculto por la capota mientras examinaba los terrenos y la fachada de la finca a su derecha.

—Soy la señorita Lockhart —dijo Selena con voz amistosa, y la chica se giró para mirarla. Selena sintió que su rostro palidecía al mirar a la misma joven que había aparecido en la puerta de sir Lucius hacía menos de una semana.

—Tú —el rostro de Rebecca no expresaba la conmoción que Selena sentía, pero logró infundir una gran dosis de fastidio en la única palabra.

—Era señorita Woodsley, ¿verdad? —dijo Selena. Sus pensamientos daban vueltas. ¿Sir Lucius sabía quién era ella? ¿Cómo podía *ella*; la propia custodia de lady Harrowden, no tener nada de decencia como para intentar seducir a un caballero? Porque Rebecca no podía haber tenido otro objetivo esa noche.

Rebecca se había cruzado de brazos sobre el pecho, y Selena se esforzó por encontrar cierto grado de normalidad en esta extraña situación.

—Creo recordar que ése era tu nombre cuando... nos conocimos —miró a su alrededor para asegurarse de que ninguno de los sirvientes les estaba prestando atención. Era mejor que no proclamara los pecados de la señorita Woodsley ante los pocos criados reunidos.

—Voy a ser tu institutriz hasta que hayas debutado adecuadamente —continuó Selena en lo que esperaba que fuera un tono de autoridad. La mandíbula de Rebecca había adoptado una expresión testaruda, como si fuera a atacar, algo que Selena estaba ansiosa por evitar—. Te llevaré a conocer a lady Harrowden.

—¿Una institutriz? —dijo Rebecca, negándose a ceder—. No me dijeron que tendría una institutriz.

Selena frunció el ceño.

—¿Qué imaginabas que ocurriría cuando te sacaran de la escuela, cuyas circunstancias discutiremos en otro momento? Debes tener a alguien que te cuide.

Seguro que yo, más que nadie, sé cuánto lo necesitas.

Rebecca empujó a Selena para subir los escalones de la entrada principal. Una vez dentro, se quedó mirando la barandilla que conducía al piso de arriba, inclinándose hacia atrás para contemplar el alto techo.

—Supuse que Lady Harrowden cuidaría de mí cuando mi tío me dijo que ella me mandó llamar. Después de todo, soy casi mayor de edad.

—¿Cuántos años tienes? —Selena la situaría en diecisiete como mucho, y lady Harrowden no había sido precisamente comunicativa sobre la situación de su custodia.

—Dieciséis años —respondió Rebecca, echando un vistazo al resto del pasillo—. Es una casa preciosa. No sé por qué Lady Harrowden nunca me había invitado a quedarme. Si lo hubiera hecho, yo habría podido conocer a sir Lucius en circunstancias normales. Ahora nuestros caminos están destinados a cruzarse.

Cuando Selena encontró la voz, sólo fue para decir:

—Dieciséis años aún es bastante joven.

Para que una chica de dieciséis años tuviera el físico de una mujer madura y, sin embargo, fuera insensible a la vergüenza que debería invadirla por haber sido sorprendida en una situación comprometedor; ciertamente *sí* necesitaba una institutriz. Con suerte, lady Harrowden la convencería de la necesidad sin que Selena tuviera que incriminarla.

Selena se volvió hacia el ama de llaves, quien había llegado a la entrada principal.

—Señora Randall, ¿podría ocuparse de que el lacayo lleve el baúl de la señorita Woodsley a su habitación mientras yo la llevo a conocer a lady Harrowden?

La muchacha se instalaría en la habitación contigua a la de Selena, como lady Harrowden había decidido previamente. Era lo mejor. A pesar de su aprensión sobre su capacidad para reformar a Rebecca, Selena seguiría necesitando vigilarla. La condujo a la sala matinal, donde la condesa estaba sentada.

—Bien —dijo Lady Harrowden, evaluando a su custodia—. Te has metido en un buen lío. Espero que no pienses causar ninguno aquí.

—No, milady —Rebecca hizo una reverencia ante lady Harrowden.

—¿Cómo se te ocurrió escaparte de tu escuela? —le preguntó severamente la condesa.

Rebecca jugueteó con su reticule, y el mohín en sus labios mohínos la hizo parecer más joven.

—No me escapé. Estuve con mi hermano una corta temporada.

—Sin permiso —le recordó lady Harrowden—. ¿Dónde está ese hermano tuyo? ¿Cuándo cumple la mayoría de edad?

—Dentro de seis meses, milady —la atención de Rebecca había empezado a desviarse, y ahora miraba alrededor de la habitación. Selena podía ver que lady Harrowden pronto perdería toda la paciencia con ella.

—Bueno, se supone que se hará cargo de ti cuando sea mayor de edad, y espero por su bien que no le cause tantos problemas.

Rebecca se volvió hacia la condesa con los ojos muy abiertos.

—¿Que mi hermano se haga cargo de mí? Eso es ridículo. Apenas puede hacerse cargo de sí mismo.

Lady Harrowden tensó la boca.

—Bueno, así lo ha especificado tu padre en su testamento. Y no es de extrañar que los dos estéis llenos de travesuras, yendo de una situación a otra. He intentado sugerirle a tu tío que te busque un hogar más estable, pero no me ha hecho caso. Y, por supuesto, yo no podía acogerle.

Como irritada por la insinuación de su propia incapacidad para intervenir adecuadamente en la educación de su pupila, Lady Harrowden se enfadó repentinamente.

—Y otra cosa; tu tío ha dicho que la escuela escribió que se había producido más de un encuentro ilícito.

—No, milady. Sólo hablé con los caballeros en la asamblea a la que nos llevaron para practicar el baile. Uno de ellos me llevó a los jardines en busca de aire.

—Niña tonta —replicó Lady Harrowden—. Él podría haberte arruinado.

Rebecca miró a la condesa con ojos amplios entrenados en la inocencia.

—Pero, ¿cómo?

Selena resistió el impulso de poner los ojos en blanco.

Esto hizo que lady Harrowden se detuviera en seco.

—Bueno, si quieres saberlo... —no parecía saber cómo continuar.

—Es por esto que sería muy bueno que tuvieras una institutriz —dijo Selena con firmeza. Al

ver la mirada rebelde de Rebecca, miró a Lady Harrowden y añadió—: No por mucho tiempo, eso sí. Pero lo suficiente para aprender cómo funciona el mundo.

Selena tendría que jugar al mismo nivel que Rebecca. Más eficaz que regañarla por lo ocurrido en casa de sir Lucius, sería intentar hacer entrar en razón a la muchacha y dirigir sus pensamientos por un camino más noble; aunque Selena estaba decidida a averiguar más sobre cómo había llegado Rebecca hasta allí.

A Selena se le ocurrió recurrir a las ambiciones de Rebecca.

—¿Qué es lo que deseas ahora que has abandonado la escuela?

Rebecca frunció el ceño.

—Supongo que me gustaría casarme y ser una gran dama —miró a su alrededor—. Y vivir en una gran casa.

—Contraerás una alianza respetable con tu fortuna —dijo lady Harrowden—. Pero no debes esperar más. No tienes la cuna para ello.

—*Hm* —Rebecca se cruzó de brazos y enarcó una ceja.

—¿Llevo a Rebecca a su habitación? —inquirió Selena y, ante el asentimiento de lady Harrowden, se volvió hacia su nueva protegida, añadiendo—: Querrás cambiarte de vestido, estoy segura.

—Oh, sí, vamos enseguida —dijo Rebecca—. Aún no he utilizado mi vestido amarillo pálido que Alice me asegura que me sienta de maravilla —se volvió para seguirla, y Selena hizo una pausa para hablar con Lady Harrowden.

—Haré que se instale en su habitación y volveré a bajar con usted en cuanto pueda —lady Harrowden la despidió con dos dedos, y Selena condujo a Rebecca hacia la puerta.

Estaban solas en el pasillo cuando Rebecca dijo en voz baja e irritante:

—Supongo que pretendes contarle a lady Harrowden todo sobre nuestro primer encuentro.

Selena no tuvo oportunidad de responder. Mientras cruzaban hacia la caja de la escalera, lord Harrowden salió de la sala de billar y se detuvo en seco al ver a Rebecca.

—¿Qué es esto? ¿Ha llegado ya, señorita Woodsley?

¿Cómo era posible que lord Harrowden supiera el apellido de la custodia cuando la condesa no se lo había dicho a Selena? Seguramente ella lo habría recordado y habría estado mejor preparada para afrontar el encuentro.

El conde continuó:

—No esperaba encontrar a una joven tan encantadora —se acercó e hizo una profunda reverencia, provocando que un brillo apreciativo apareciera en el rostro de Rebecca y que el corazón de Selena se hundiera. Se trataba de otro flirteo difícil de manejar prudentemente debido a su nuevo cargo.

Rebecca le permitió coger su mano entre las suyas e inclinarse sobre ella.

—Es muy amable, señor. ¿Y quién es usted? —apartó la mano y le sonrió.

—Veo que estará con nosotros en un futuro próximo, lo que hará mi estancia mucho más agradable, se lo aseguro. Soy lord Harrowden, a su servicio.

—Oh —jadeó ella—. *Usted* es el conde. Es muy joven.

Él fingió fruncir el ceño.

—No tan joven. Tengo casi veintiséis años. Debo ser diez años mayor que usted.

Ella simplemente asintió, sin dejar de sonreír, y Selena se preguntó si solo ella podía discernir la mirada calculadora en la mirada de Rebecca. Él tocó ligeramente a la custodia bajo la barbilla, haciendo que Selena se aclarara la garganta.

Lord Harrowden miró brevemente a Selena antes de decir:

—Bueno, estoy seguro de que nos entretendremos mucho ahora que ha llegado. Si necesita algo, solo debe pedírmelo. Yo soy el amo aquí, y me encargaré de que sus deseos se cumplan.

Rebecca soltó una risita, y Selena la cogió del brazo y tiró de ella hacia la escalera, ofreciendo al conde una cortés inclinación de cabeza, que él no devolvió. Qué rápido se había movido hacia presas más atractivas.

Cuando llegaron a la habitación donde se alojaría Rebecca, Selena se sorprendió al ver el baúl en el suelo, junto a la cama, sin nadie allí para comenzar a desempacar. Era una oportunidad inesperada y Selena la aprovechó.

—Me has preguntado si revelaría cómo nos conocimos, y la respuesta es 'no', aunque me gustaría saber cómo has acabado en casa de sir Lucius, ya que es evidente que ha sido a propósito.

Rebecca sacudió la cabeza, intentando eludir la pregunta. Selena se cruzó de brazos y, cuando Rebecca vio que esperaba una respuesta, dijo:

—Bueno, es sólo que puse mis ojos en él, y yo sabía que era lo bastante atractiva y rica como para tener éxito si tan solo la mala suerte no te hubiera hecho aparecer en ese preciso momento —el recuerdo le hizo fruncir el ceño.

—Pero, ¿cómo lo has conocido? Has dicho que nunca habías sido invitada a quedarte con lady Harrowden —las circunstancias de que su tutora fuera vecina de sir Lucius parecían demasiado increíbles como para que el primer encuentro entre ellos hubiera ocurrido de otro modo, pero no había parecido que sir Lucius conociera a Rebecca.

—¿Lady Harrowden? ¡*Hmph!* No. Si alguna vez me invitó a quedarme aquí, no lo recuerdo. Vi a sir Lucius una vez en Brighton, cuando yo estaba allí visitando a mi amiga, y le pregunté quién era. Todo el mundo sabe que es un soltero consolidado que simplemente no ha puesto los ojos en la mujer adecuada, así que decidí hacer algo al respecto —explicó Rebecca—. Fue una simple cuestión de conseguir la ayuda de mi hermano. Él está en bancarota, puesto que ya ha agotado el subsidio de este trimestre, así que le prometí pagar algunas de sus deudas más urgentes —se encogió de hombros.

Era mucho cálculo para alguien tan joven. Selena se preguntó si Rebecca podía ser conducida al decoro o si ya sería demasiado tarde. Selena encajó el resto de las piezas del rompecabezas.

—Así que tu hermano averiguó dónde vivía sir Lucius y planeó todo —Selena respiró bruscamente mientras iba comprendiendo—. Fue todo un riesgo embarcarse en semejante... —contuvo las palabras que había estado a punto de pronunciar; *semejante persecución licenciosa*, y terminó con más suavidad—, semejante proyecto cuando tu tutora estaba tan cerca.

—Casi me muero del susto cuando sir Lucius mencionó el nombre de la mujer, te lo aseguro —dijo Rebecca—. Yo no conocía la dirección de ella, ya que no mantenemos correspondencia con ninguna regularidad. Y me atrevería a decir que no la habría recordado de haberlo hecho. Sin embargo, los secretos habrían sido revelados —se mordió el labio—. Supongo que lo mejor fue que mi hermano apareciera cuando lo hizo.

—Sí, supongo... —las palabras de Selena se desvanecieron. No sabía si mantener la confidencia beneficiaría a Rebecca o no; tanto si el carácter de la chica ya estaba arruinado o no. Pero sabía lo mucho que valía un buen nombre, y no sería ella quien provocara la caída de otro; aunque la chica le pareciera tediosa en el mejor de los casos y moralmente arruinada en el peor.

Rebecca la estudió en silencio y, finalmente Selena dijo:

—Esta es una oportunidad para que empieces de cero. No haré nada para dificultártelo. De hecho, de verdad deseo que tengas la vida que sueñas y te ayudaré a lograrlo.

Rebecca se mofó, con el rostro enrojecido por la burla.

—¿Cómo puedes ayudarme? Eres una institutriz. Con un vestido horrible. No tienes nada que enseñarme.

Selena inspiró por la nariz, recurriendo a todo su entrenamiento para responder de un modo propio de una dama.

—Tal vez. Pero como tu institutriz, te aconsejaré sobre cómo ser un buen partido, ya que ese parece ser tu objetivo. Puedo enseñarte a hacerlo de un modo adecuado, y que no te dé motivos para sonrojarte por tus acciones. Y haré lo que pueda para ayudarte a encontrar una pareja de tu agrado —Selena se prometió a sí misma que, o bien reformaba el carácter de la señorita Woodsley, o bien obstaculizaría cualquier intento de comprometer a un hombre inocente en matrimonio.

Rebecca sonrió, una sonrisa sincera por primera vez.

—¿Estás decidida a ayudarme a encontrar pareja? ¡Bien! Puedes hacer que me reúna de nuevo con sir Lucius.

Selena se paralizó al oír las palabras de Rebecca y se le cortó la respiración. Seguramente, la sensación de temor que se apoderó de ella se debía a que era evidente que Rebecca no había aprendido nada de su reciente desventura, ni se había tomado en serio las palabras de Selena. O el corazón de Selena se hundió porque Sir Lucius se molestaría al encontrar a una coqueta tan decidida establecida a un palmo de distancia.

No podía ser porque Selena quisiera la atención de sir Lucius para ella sola.



—La señora Holbeck desea verlo, sir —Briggs se hizo a un lado para permitir que la hermana de Lucius entrara en el estudio, ya que por lo general no esperaba a que la invitaran a pasar. Lucius dejó caer su pluma sobre el escritorio, salpicando de tinta su correspondencia.

—María —dijo, frunciendo el ceño ante el papel y preguntándose si se vería obligado a copiarlo todo de nuevo. Probablemente—. Nunca has sido de las que anuncian sus visitas con antelación, ¿verdad?

—¿Por qué iba a hacerlo si sé que sólo encontrarás alguna excusa para no estar presente? —María desató las cintas de su capota de terciopelo—. He venido a entregar la invitación prometida para el baile de la Noche de Reyes.

—¿Desde cuándo necesito una invitación formal a tu baile? Y si la necesitara, podrías haberte ahorrado la molestia y haber enviado a tu hombre a entregarla —resignado, Lucius se levantó para saludar a su hermana con un beso en la mejilla.

—Vamos, eso nunca sucedería. Prefiero oír una aceptación de tus labios que una cortés negativa de tu pluma —miró al mayordomo marchándose y añadió—: ¿Quieres ordenar un poco de té? Afuera no hace calor.

Lucius hizo una señal a Briggs para que enviara té.

—Entonces, tendrás que prepararlo. Lo bebo con moderación.

—No, sé lo que *bebes* por las tardes —replicó ella—. Pero el té es realmente mucho mejor para ti, ¿sabes?

—Sin duda. Entonces, ¿será una visita prolongada? —Lucius se sentó frente a ella y le dirigió una mirada muy sufrida que hizo reír a su hermana. Mejor que ella pensara que sólo estaba bromeando, aunque en realidad, no estaba de humor para compañía.

—No, te dejaré con tus asuntos tan importantes, pero he venido a decirte que lady Harrowden ha hecho venir a su custodia para quedarse. Hoy he estado allí visitando a la condesa y la he conocido —María le envió una mirada maliciosa—. Es una joven atractiva, al parecer *bastante* adinerada; la hija de un miembro de la clase mercantil cuya esposa puede afirmar tener algún parentesco lejano con la condesa.

Lucius examinó a su hermana con detenimiento.

—Espero que no estés planeando hacer de casamentera. ¿Por qué has venido a decírmelo?

—Bueno, no sería el peor partido que podrías conseguir. Aún es joven y sería lo bastante maleable como para que pudieras convertirla exactamente en la clase de esposa que desearas. Y

por mucho que digas que no te preocupa el futuro de Mardley, el clima de estos dos últimos años; con el frío, la lluvia y las heladas tempranas, no nos ha dado la cosecha que necesitamos para mantener ninguna de nuestras fincas como estamos acostumbrados. ¡Imagínate si sigue así! Estaremos arruinados.

—Guarda tu histrionismo para Holbeck. Estamos lejos de estar arruinados. Además, no deseo una inocente con ojos ingenuos y nula conversación, así que quítate esa idea de la cabeza.

María apretó los labios y se removió en la silla.

—Su dote no es despreciable. Pero compruébalo tú mismo. No te forzaré. Como he dicho, vine a entregar mi invitación, y con ella las últimas noticias, como hacen los vecinos.

—Como hacen los *cotillas* —dijo despiadadamente.

—Llevas demasiado tiempo recluido. No te hará daño informarte un poco de lo que ocurre en Londres o en Hertfordshire —le ordenó solemnemente María. Tras una pausa, continuó con el tema que más le interesaba—. La señorita Lockhart se hará cargo de la custodia, y creo que tendrá mucho trabajo con ésta; *tan* encantadora, con un rostro que debe encantar a los miembros del sexo opuesto. Parece ansiosa por debutar y seguro que no le faltarán pretendientes.

Lucius levantó la mirada al oír el nombre de la señorita Lockhart.

—Entonces la custodia *no* es maleable. Me parece que la chica está mimada. Justo lo que la señorita Lockhart necesita para hacer su posición aún más intolerable.

—¿Por qué debería importarte la posición de la señorita Lockhart? Ella es simplemente una acompañante, y ahora una institutriz. Necesitas estar pensando en tu propio matrimonio y asegurar el patrimonio para el resto de la familia. Tienes tres hermanos más jóvenes que serán desechados si algo te sucediera. Y si crees que sólo tienes que darle la herencia a George, te engañas a ti misma. Él no tardará en agotar la herencia y arruinarnos a todos.

María no tenía hijos propios, y él suponía que eso era lo que le daba permiso para pensar que podía entrometerse en la vida de los demás. Desde luego, ella no tenía motivos para preocuparse por la hacienda de Mardley, ya que había encontrado un buen matrimonio y la hacienda de Lucius ya no le preocupaba. Y aunque a él a veces le preocupaba que su hermano pequeño tuviera una actitud despreocupada ante la vida, no podía soportar que María hablara de George de una forma tan sombría.

—¿Estabas diciendo algo sobre la custodia? —le recordó él.

—Sí. Sinceramente, no creo que esté malcriada. No pretende sobresalir. Pero hay algo ingenuo en ella que resulta bastante atractivo sin su supuesta fortuna, que según lady Harrowden asciende a —María se inclinó hacia adelante, susurrando en voz alta—, más de treinta mil.

Lucius ocultó su irritación. ¿Cómo era posible que su hermana aún no lo conociera lo suficiente como para darse cuenta de que él no compartía su inclinación mercenaria? Pero no serviría de nada recordárselo.

—Sin duda, treinta mil es un premio muy atractivo —dijo él.

María esbozó una sonrisa de victoria.

—Cuánto me alegra oírte decir eso. No me gusta su presencia en la misma casa que lord Harrowden y creo que alguien debería velar por ella. Qué lástima si cae presa de la seducción de su título. Estoy segura de que me dirás que, como caballero, lord Harrowden se mantendrá a raya...

—Estoy lejos de estar seguro de tal cosa. De hecho, estaba a punto de responder a una carta que he recibido de Robertson; recuerdas que él pasó la fiesta de San Miguel con nosotros en 1809, y me ha dicho que Harrowden había estado a punto de arruinar a su hermano en sus primeros días juntos en Londres. Harrowden siempre sido de los que apuestan mucho y gastan

todo su dinero, pero algunas noches parecía ser particularmente afortunado. Estaba en el Cocoa Tree la noche en que el hermano de Robertson estuvo a punto de perder una fortuna. Harrowden lo estaba incitando a hacer otra apuesta cuando el amigo de Robertson, Sam Buntling, pidió que cambiaran los dados. El insulto casi desembocó en un duelo...

Lucius hizo una pausa en ese momento crucial con una sonrisa cínica.

—Pero seguro que te estoy aburriendo con lo que ocurre en los clubs de caballeros.

Los ojos de María estaban extasiados.

—Me estás tomando el pelo. Continúa.

Él se recostó y cruzó una pierna sobre la otra.

—El amigo de Robertson consiguió evitar el duelo con algunas frases hábiles y una buena dosis de humor. La suerte de Robertson cambió en ese momento, y Buntling lo convenció para que se alejara de la mesa en el momento oportuno. El duelo estuvo a punto de ocurrir.

—¿Así que crees que Harrowden es... qué? ¿Hábil al utilizar dados de marfil para jugar? Es cierto que es conocido por alardear de su riqueza, aunque sólo la heredó hace dos años. De *algo* tiene que vivir —María frunció el ceño, probablemente calculando cómo este factor podría entorpecer sus planes para el encuentro de Lucius con la custodia; un esfuerzo infructuoso si tan sólo ella pudiera entrar en razón.

La preocupación de Lucius no era por la custodia sino por su institutriz.

—Creo que él es un mal negociante y no me sorprendería que el código de conducta propio de un caballero no le importara lo más mínimo. Robertson añadió algunos detalles más con los que no te aburriré, pero no sería de extrañar que anduviera a la caza de una heredera, dados sus intensos negocios últimamente.

Él se frotó la barbilla mientras Briggs traía el té y lo colocaba en la mesa entre los dos. María lo preparó y le dio una taza a Lucius. Bebió, preguntándose si su hermana había dicho todo lo que había venido a expresar y cuánto tiempo pasaría antes de que él pudiera volver a su paz solitaria. ¿Por qué su abuelo no había comprado un pabellón de caza a una distancia más alejada de la familia?

—¿Así que visitarás Harrowden? —dijo ella al fin—. ¿Y vigilar las cosas? Tu presencia le recordará a lord Harrowden que la joven no carece por completo de protector —María miró a su hermano por encima de su copa, callando afortunadamente el resto. *Y le recordará a lord Harrowden que hay más de uno tras la mano de la joven.*

Se encontró con la mirada de María, con la mente llena de pensamientos que no quería compartir.

—Creo que se lo debo a lady Harrowden en cualquier caso.



ESA MISMA TARDE, Lucius llegó a la fina Harrowden y envió su tarjeta de saludos a la condesa. Cuando entró en el salón, la señorita Lockhart estaba de pie ante lady Harrowden y junto a una joven que permanecía de espaldas a Lucius. Con ambas codo a codo, Lucius no pudo evitar comparar la figura elegante y femenina de la señorita Lockhart con la complexión juvenil y robusta de la chica, que debía de ser la custodia.

Un movimiento a su derecha capturó su atención y Lucius se volvió para ver a Harrowden dirigirse hacia él.

—Sir Lucius —dijo lord Harrowden. No parecía contento de verlo.

Lucius lo saludó cortésmente. El tipo no podía agradecerle. Buscó la mirada de la señorita

Lockhart, quien por fin se había girado y levantado sus fríos ojos grises hacia los suyos. Había aprensión en esos ojos, y Lucius intentó descifrar qué podía haber sucedido para perturbarla desde la última vez que la vio. La custodia también se volvió y Lucius respiró agitadamente.

Por suerte, un tronco del fuego se quebró y rodó hacia delante, de modo que Harrowden se vio obligado a ocuparse de él. Aunque la señorita Lockhart debió haberlo esperado, nadie más pareció darse cuenta de la reacción de Lucius ante la señorita Woodsley; excepto ella misma, quien le dirigió una mirada maliciosa. Ahora él comprendía la aprensión de la señorita Lockhart. ¡Qué dilema! Las preguntas le llegaban más rápido de lo que podía procesarlas.

—Buenas tardes, sir Lucius —dijo lady Harrowden—. Le presento a mi custodia, la señorita Woodsley.

Lucius saludó a la condesa y luego se inclinó ante las mujeres.

—Encantado de conocerla, señorita Woodsley —él miró a la señorita Lockhart, cuya sonrisa estaba llena de comprensión, y luego se volvió para estudiar a la custodia. Mantener a raya a una coqueta tan decidida, ahora que eran vecinos, pondría a prueba incluso su sutileza, sobre todo porque él había prometido ocuparse de los asuntos de lady Harrowden.

Lady Harrowden llamó al mayordomo y empezó a hablarle sólo a él, y la señorita Lockhart usó la pausa.

—La señorita Woodsley residirá aquí por ahora, y justo iba a llevarla al invernadero, a petición de lady Harrowden, para crear manojos de flores secas para decorar la subasta benéfica de la próxima semana.

—Un proyecto noble —dijo Lucius. La mente le daba vueltas, pero tomó una decisión rápida. No mencionaría su encuentro anterior, sobre todo porque eso podría implicarlo de una manera que podría atraparlo. No estaba seguro de cuán ambiciosa era lady Harrowden con su custodia. Sin embargo, él daría cualquier cosa por hablar en privado con la señorita Lockhart.

—Creo que la acompañaré al invernadero —intervino lord Harrowden, con los ojos fijos en la señorita Woodsley—. Me apetece salir, y hace demasiado frío para dar un paseo a caballo.

Harrowden tenía demasiado tiempo libre si seguía de cerca a las mujeres. Lucius tendría que averiguar cómo estaban las cosas con él, primero a través de la condesa y luego; si podía pasar unos momentos a solas con ella, a través de la señorita Lockhart. ¿Harrowden le estaba causando muchos problemas?

—Milady, si no está ocupada, he venido a verla por un asunto de negocios —dijo Lucius.

—Pues sí, ya que está aquí, puede darme las últimas noticias de su familia —lady Harrowden señaló la silla que había a su lado.

Los pasos de lord Harrowden se habían detenido en la puerta. Seguramente sentía curiosidad por cualquier asunto que Lucius quisiera tratar con la condesa. *Tendrá que permanecer en la ignorancia*, pensó Lucius con sombría satisfacción.

—¿La visita de la señora Holbeck no fue suficiente para informarte, tía? Sin duda, ella estuvo aquí el tiempo suficiente —el tono mordaz de lord Harrowden penetró en la habitación antes de que él pareciera recuperarse—. Sin embargo, eso no me concierne. Damas, ¿vamos?

Cuando se marcharon, Lucius se sentó junto a lady Harrowden.

—No sabía que usted tuviera una custodia. ¿Éste será su hogar permanente?

La condesa hizo un gesto con la mano hacia la campana de la pared.

—Hágala sonar para pedir algo de beber, si lo desea. Estoy segura de que querrá algo después de su cabalgata. Yo no quiero nada.

—No, gracias, milady. Bebí el té con mi hermana antes de partir.

Lady Harrowden frunció los labios.

—Has visto a María, ¿verdad? Supongo que eso es lo que lo ha traído aquí y no noticias sobre mi sobrino.

Lucius ocultó su impaciencia. Esperaba que Lady Harrowden supiera que no debía unirse a la lista de madres casamenteras; o tutoras, en su caso. Ella perdería.

—De hecho, sí tengo algunas noticias de su sobrino, pero nada que yo pueda confirmar, y todavía nada concreto relativo a sus ingresos. ¿Desea concertar una reunión con su actual abogado cuando yo traiga al contable? Eso podría asustar al hombre para que rectificara cualquier cosa que no esté del todo en regla.

Lady Harrowden respondió:

—No. Búsqueme otro. Quiero conservar lo que es mío y no quiero un abogado al que haya que asustar para que haga lo correcto.

Cuando Lucius guardó silencio, ella golpeó ligeramente el reposabrazos con los dedos.

—Me gustaría conocer el estado de las cosas, y entonces sabré qué hacer; cuáles son mis posibilidades.

—Tengo curiosidad —dijo Lucius—. ¿Por qué no se ocupa usted misma de que se pinte la casa dote para poder mudarse allí? Seguramente está en su derecho de hacerlo, y la casa dote asociada a Harrowden es más grande que la mayoría y será cómoda. Habría espacio tanto para la señorita Lockhart como para la señorita Woodsley —y estarían fuera del alcance de Harrowden.

—Una mudanza de esa magnitud requiere ayuda, y no he tenido ninguna. No se puede esperar que yo supervise la actividad de los sirvientes para asegurar que todo se haga bien. No tengo la juventud de mi lado —lady Harrowden tiró de los flecos de su chal de mala manera.

Lucius experimentó un incómodo remordimiento de conciencia. No había estado disponible para aconsejar a lady Harrowden desde el principio, como le había prometido a su marido. Ahora estaba decidido a hacerlo.

—Me complace ayudarla en lo que necesite, milady. Mudarse a la casa dote le beneficiará a usted, así como a las dos jóvenes que viven con usted, entonces su mudanza no es algo tan difícil de lograr. Con su permiso, yo mismo iré a inspeccionar la casa.

Lady Harrowden asintió y apretó los labios, sin duda absteniéndose de dirigirle el reproche que merecía.

—Sí, vaya. Supongo que estaba esperando a que una nueva lady Harrowden se instalara antes de trasladarme a la casa dote, pero empiezo a pensar que será más cómodo para todas nosotras; para mí, para la señorita Lockhart y para la señorita Woodsley, si doy este paso sin demora. ¿Qué ha averiguado sobre mi sobrino?

Lucius bajó las comisuras de los labios. No le producía ningún placer confirmar las sospechas de la mujer.

—Me han dicho que ha tenido algunos malos negocios. Se le encuentra con frecuencia en los garitos de juego; o así era antes de que se tomara un descanso. No puedo conocer el alcance de su fortuna, pero parece que ha sufrido grandes pérdidas, y tal vez sea por eso por lo que ha decidido retirarse aquí.

Lady Harrowden palideció.

—Una parte importante del patrimonio no está sujeto a restricción. ¿Seguramente mi sobrino no ha agotado toda su fortuna; la que mi marido construyó fielmente a lo largo de su vida? ¿No ha hipotecado la finca?

Lucius sólo pudo encogerse de hombros. Todo lo que tenía era la carta de Robertson.

—Creo que no debería ser difícil averiguarlo, pero no se podrá saber nada hasta que traigamos al contable externo, e incluso entonces sólo podremos saber si la parte de usted ha sido

desviada para cubrir algunas de las deudas de la finca.

Lady Harrowden se incorporó, con los labios fruncidos.

—Todo el duro trabajo de mi marido... La hacienda funcionaba de maravilla en sus manos, y se esmeró en dejarla en mejores condiciones de como la recibió. Y pensar ahora que está en manos de un *tonto* —suspiró con fuerza—. No sé cómo soportaré estar en la misma habitación que Richard.

A Lucius no le pareció un momento propicio para preguntar más específicamente por la custodia. Tras prometer que contrataría a un abogado lo antes posible y que avisaría a lady Harrowden cuando encontrara a un contable para revisar su contabilidad, Lucius se despidió de la mujer.

No quería hacer todo el viaje hasta aquí y perder la oportunidad de hablar con la señorita Lockhart, aunque probablemente era demasiado esperar que pudiera conseguir reunirse en privado con ella. Sin embargo, cuando se dirigió a los establos, la suerte estuvo de su lado.

La señorita Lockhart miró por la ventana del invernadero cuando él pasó, con su rígida capota enmarcando un rostro serio. Lucius la saludó levemente con la mano, cruzó el camino y abrió de un tirón la puerta de madera y cristal. La encontró atando ramos para colgarlos boca abajo y secarlos. Ella lo miró mientras él entraba, con una sonrisa en la cara, y la imagen lo detuvo en seco. La sonrisa de la muchacha suavizó sus ojos. La señorita Lockhart tenía que sonreír más a menudo.

Lucius miró a su alrededor. Al menos Harrowden no estaba aquí. Por otra parte, tampoco estaba la señorita Woodsley.

—¿Dónde está su nueva protegida?

—Su criada ha venido a buscarla, diciendo que la modista está aquí, lo cual es muy oportuno, porque ahora puede tomarle las medidas a la señorita Woodsley para su primer vestido de baile. Asistirá al baile de Noche de Reyes, ya que su hermana tuvo la amabilidad de incluirla —la señorita Lockhart recogió algunas de las flores frescas y las colocó sobre la mesa con una cinta ancha debajo.

—¿Supongo que eso significa que usted también asistirá, aunque lady Harrowden no lo haga? —preguntó Lucius, mientras la idea del baile cobraba de pronto cierto interés.

—Supongo que sí. Ella no puede ir sola, pero no puedo saberlo hasta que lady Harrowden me haya comunicado sus deseos.

—¿Lord Harrowden no salió con usted después de todo? —Lucius acarició el extremo de la cinta que ella sostenía, mientras estudiaba su perfil—. Dijo que la acompañaría hasta aquí, pero tal vez recordó que tiene una finca que administrar entre sus numerosos devaneos —enarcó una ceja, y la señorita Lockhart se rio.

—Para mi alivio, él se marchó poco después de que lo hiciera la señorita Woodsley, y sólo puedo agradecer que haya desviado su atención de mí, porque es de lo más desagradable —liberó sus dedos de la cinta mientras la enrollaba alrededor de su ramo.

—Es un alivio. Entonces, ¿él ha puesto su atención en ella? —Lucius sólo podía esperar que así fuera, pues eso dejaría en paz a la señorita Lockhart.

—Sin duda, ha flirteado con ella, aunque no estoy segura de hasta qué punto ha puesto su atención en ella.

A la señorita Lockhart no le convendría que Harrowden se escapara con la custodia, como era probable que hiciera si no tenía dinero como Robertson había insinuado. Tal vez debería advertir a la señorita Lockhart.

—Por mucho que esté convencido de que la señorita Woodsley puede lidiar con los

coqueteos de lord Harrowden, usted haría bien en restringir sus atenciones en la medida de lo posible. ¿Supongo que él la ha seguido dentro?

—No lo creo —la señorita Lockhart volvió su clara mirada hacia él—. Difícilmente podría forzar su entrada en una prueba de vestido. Creo que ella está lo suficientemente segura por ahora, y yo tengo muchas ocupaciones con lady Harrowden. No puedo estar en todas partes a la vez —su tono se había vuelto cortante y sus movimientos bruscos cuando se volvió hacia las flores.

—Usted está molesta —dijo Lucius tras una breve pausa—. Le prometo que sólo busco su bienestar. Me temo que cualquier travesura de la señorita Woodsley la perjudicará como su institutriz.

—No crea que no sé cómo tratar a la señorita Woodsley. Puede que no haya sido institutriz antes, pero ciertamente he tenido más de una institutriz. Sé cómo mantener el decoro de mi cargo —no lo miro mientras terminaba de colocar la cinta alrededor de los tallos de su ramo y hacia un nudo.

—No si ella le echa en cara el decoro, cosa que es probable que haga, y que ya ha hecho —replicó él, cada vez más irritado, aunque no era una respuesta racional. Era especialmente irracional que quisiera que ella lo mirara—. Usted apenas ha salido de la escuela, señorita Lockhart. No tiene ni idea de lo que un hombre así puede hacer para dañar la reputación de una joven. O su inocencia, si es que aún conserva alguna...

La señorita Lockhart se giró hacia él.

—Usted se equivoca. Sé *exactamente* a qué peligros se enfrenta una joven de los hombres que no son caballeros, y lo sé mejor de lo que usted nunca lo sabrá. Me enfrenté a ese mismo peligro cuando llamé a su puerta pidiendo ayuda.

Lucius apretó los dientes mientras la flecha daba justo en el blanco, pero la señorita Lockhart no había terminado.

—También sé que hay expectativas puestas en mí por todas partes. Expectativas de lady Harrowden para que la divierta y le haga recados... no es que eso me importe —añadió rápidamente, como si temiera que la escucharan—. Y luego —continuó la señorita Lockhart—, hay expectativas de que yo tenga éxito en guiar a una joven hacia la madurez, una sobre la que la necesidad de comportarse con propiedad no parece dejar huella. Y hay expectativas de que sea conciliadora con el lord de la mansión, teniendo especial cuidado de no ser una tentación para él ni hacerle pensar que, debido a mis reducidas circunstancias, soy presa fácil.

El color había subido a las mejillas de la señorita Lockhart cuando volvió a mirar al frente. Se mordió el labio y cogió las rosas antes de coger aire con un siseo y examinar el agujero de su guante. Estaba teñido de rojo.

—Permítame —dijo Lucius con suavidad, cogiéndole la mano herida. Las últimas palabras de ella resonaron en su mente. *Presa fácil*—. Vamos a curarle la herida. No debería estar aquí sin compañía, incluso conmigo.

—No, no debería —la señorita Lockhart apartó su mano. Dejó el ramo de flores sobre la mesa de trabajo, se deslizó delante de él y salió por la puerta.

Capítulo Diez

SELENA CAMINABA JUNTO A SIR Lucius hacia la casa, con el viento frío abriéndose paso por su

capa. Ninguno de los dos dijo nada, y Selena se preguntó si debería seguir intentando justificar su habilidad como institutriz, pero decidió no hacerlo. Después de todo, ¿qué podía saber él del asunto? Sir Lucius llevaba una vida sin complicaciones como caballero pudiente, con una familia numerosa cerca. Era imposible que él comprendiera la incomodidad de su situación.

Selena apretó los puños y respiró entre jadeos. Desde luego, no le gustaba que sir Lucius cuestionara sus acciones. A decir verdad, había sentido cierto recelo cuando lord Harrowden anunció que regresaría dentro directamente después de que Rebecca saliera del invernadero. Pero Rebecca había ido acompañada de su criada, y seguramente eso era protección suficiente, ¿no? Por no hablar del alivio que Selena sintió al no tener que soportar la presencia del conde mientras terminaba su tarea.

Además, lo que sir Lucius no podía entender era que si a Selena se le había encomendado una tarea para lady Harrowden, estaba obligada a terminarla. La condesa había dejado muy claro que los arreglos florales debían prepararse hoy para que el criado pudiera enviarlos a la feria del pueblo a tiempo, y sólo una dama tenía el tacto adecuado para preparar los ramos de la manera apropiada y más fiel a la finca. Selena estaba atrapada entre dos obligaciones, y era natural que cediera su lugar a la criada de Rebecca para poder terminar su tarea para la condesa. ¿Cómo podía saber que lord Harrowden la seguiría de cerca? No era como si pudiera correr tras él para preguntarle sus intenciones.

¿Cómo se atreve sir Lucius a hacerme cuestionar mis actos? Hombre insolente.

—Creo que te he irritado —dijo sir Lucius.

Las botas a media pantorrilla y de suela fina de Selena no hacían ruido en el sendero nevado, y las de sir Lucius crujían al caminar a su lado.

—No, ¿por qué piensa eso? Simplemente estoy callada.

—Sin duda fatigada por tener que andar detrás de una chica tan fastidiosa —sir Lucius la cogió del brazo con suavidad, deteniendo su avance.

Selena se volvió hacia él de mala gana, pero evitó mirarlo a los ojos. Sería mejor para ella no mirarlo demasiado tiempo. Tenía la cara marcada por líneas severas, pero sus ojos eran tan cálidos que Selena casi sintió que podía confiar en él. *Eso nunca sucedería.* Ella sabía muy bien lo duro y cínico que podía parecer su rostro, ya que, al parecer, él usaba habitualmente esa expresión con todo el mundo... excepto a veces. Pero la experiencia le decía que era sólo cuestión de tiempo que él también la tratara con indiferencia, o peor aún, con desprecio.

Como para debilitar aún más su resistencia, sir Lucius la estudió, con una pequeña arruga en el entrecejo.

—Siento haberla regañado. Me preocupa su seguridad aquí.

Selena se tragó un nudo en la garganta, se apartó de sir Lucius y empezó a caminar hacia adelante. No podía confiar en él, por muy amable que pareciera ahora. ¿En qué momento él también le recordaría su humilde posición y lo indefensa que estaba?

Se estaban acercando a la casa, y Selena se advirtió a sí misma de que su diferencia de posiciones no permitía una conversación tan íntima, y que haría bien en recordarlo.

Esa constatación no contribuyó en absoluto a mejorar su estado de ánimo. Incluso cuando su familia había abandonado la sociedad londinense por la de Bedford, Selena fue rechazada e ignorada en cuanto sus circunstancias salieron a la luz entre la alta burguesía local. Era aún menos probable que sir Lucius —un miembro de la *alta* y un par—, subestimara así. Aunque él seguramente era consciente de sus escasos recursos, no sabía que el padre de Selena había muerto dejando pendientes varias deudas de caballeros. Una vez que Sir Lucius lo descubriera...

Sin darse cuenta de que estaba guiando a un invitado a través de una entrada de servicio,

Selena cruzó el umbral de una puerta más pequeña que pasaba junto a la biblioteca y conducía al pasillo principal.

Sir Lucius se coló por la puerta y la siguió al interior de la casa, y el silencio despertó la conciencia de Selena. Ella aún no había respondido a su amable gesto ni a sus palabras. Dentro, todas las puertas de las habitaciones con ventanas estaban cerradas, bloqueando las principales fuentes de luz, y ella se detuvo para mirarlo en el oscuro pasillo.

—¿Va... piensa irse ahora?

Sir Lucius todavía tenía la mirada puesta en ella.

—Me despido de usted, señorita Lockhart, ¿pero tal vez pueda hablar con lady Harrowden en su nombre? Si realmente está sobrecargada de trabajo...

—No, es muy amable de su parte, pero creo que causará más daño que beneficio —Selena despreciaba ser objeto de lástima. Miró su guante roto—. Me vendaré el dedo y luego iré a hablar con lady Harrowden.

Sir Lucius se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo antes de dar muchos pasos.

—Dígame una cosa —dijo, volviéndose—. Ha mencionado la prueba de vestido de la señorita Woodsley. ¿Usted tiene uno para el baile que organiza mi hermana?

—¿Yo? —a Selena le sorprendió que se le ocurriera preguntar eso. Tal vez no deseaba que ella desvirtuara el baile de su hermana apareciendo con un vestido raído. Si la hubiera conocido tres años atrás, él no se habría preguntado si llegaría no sólo con el atuendo correcto, sino con el último grito de la moda. Con el adelanto de su sueldo, Selena había obtenido una fina muselina de batista, y ahora estaba en el proceso de coser su propio vestido. No era rápida con la aguja, además estaba ocupada, pero lo tendría terminado justo a tiempo para el baile.

—Estaré bien vestida —dijo Selena, sin poder disimular la altivez de su tono—. No debe temer por mí.

—No tengo ningún miedo —sir Lucius se inclinó y le sonrió cálidamente de un modo que acabó con su irritación; y sus defensas—. Estoy convencido de que usted es una mujer habilidosa, señorita Lockhart.

Selena lo observó mientras se marchaba. Su amabilidad la reconfortó un poco. *¡La consideraba habilidosa!* Pero el consuelo no duró mucho. Pensaba que Selena era habilidosa en... ¿qué? ¿Como institutriz? ¿Él podría estar buscando candidatas para su futura proge?

Era mejor blindar su corazón contra cualquier consuelo o esperanza que, con toda seguridad, dolería el doble cuando le fuera arrebatada. No, Selena no deseaba la atención del hombre. Cualquier rama de esperanza que intentara florecer se marchitaría en cuanto llegara la helada, y en la sociedad, la helada estaba asegurada.

Selena subió las escaleras y decidió que era mejor ver cómo estaba Rebeca antes de informar a lady Harrowden de que no había tenido tiempo de terminar los ramos. Cuando entró en la habitación de Rebecca, se detuvo en seco. Allí estaba lord Harrowden en el vestidor, sentado en la silla de brocado del rincón, dando su opinión sobre el vestido que la modista le estaba sujetando a Rebeca con alfileres.

—¡Milord! —exclamó Selena—. No es apropiado que esté aquí. Debo pedirle que se marche inmediatamente. La señorita Woodsley está a mi cargo, y es impensable que tenga a un caballero en su alcoba.

Lord Harrowden esbozó una sonrisa benévola.

—La señorita Woodsley sólo se estaba beneficiando de mi gusto más experimentado en materia de vestimenta femenina. No me ha parecido nada inapropiado asistir a la prueba, sobre todo porque tanto su criada como la modista están aquí para garantizar el decoro. Me ausenté de

la habitación cuando se cambió de un vestido a otro. Como ve, todo se ha hecho con perfecto decoro.

—No del todo, milord —Selena lo fulminó con la mirada y abrió la puerta de par en par—. Le estaré muy agradecida si nos da privacidad ahora.

—Oh, no —dijo Rebecca, haciendo un mohín—. Lord Harrowden ha sido de gran ayuda. ¿Ve esta tela, milord? Le dije que el tupé me favorecería, y así fue.

Lord Harrowden miró de ella a Selena con ligera diversión y se puso en pie.

—Es una pena, señorita Woodsley. Tendrá que arreglárselas sin mí —se acercó a Selena y le hizo una reverencia burlona, con ojos insolentes cuando los levantó hacia los de ella.

Cuando el conde se marchó, Selena se volvió hacia la criada de Rebecca.

—Alice, ¿cómo has podido permitirle entrar aquí? Contaba contigo para garantizar el decoro.

—Señorita, estoy segura de que milord no pretendía hacer daño. Ha sido un perfecto caballero —la criada sostuvo los zapatos contra el vestido para ver la combinación, apenas encontrándose con la mirada de Selena—. Y él tenía buen ojo para saber cómo debía doblarse la tela y de qué color debería ir vestida.

La modista continuó sujetando con alfileres el dobladillo de la parte inferior del vestido, añadiendo un comentario innecesario.

—No debe temer por eso, pues todas estábamos presentes y la señorita Woodsley no se quedó sola con él ni un momento. De hecho, el consejo del conde ha sido muy oportuno.

Selena estaba segura de que el permiso liberal de la modista se debía a la esperanza de futuras ventas de quienquiera que fuese la próxima lady Harrowden. No creía que mereciera la pena discutir con la modista, quien podía ser sustituida fácilmente. Pero vio con perfecta claridad que tenía la poco envidiable tarea de vigilar más estrictamente a su protegida si Alice no lo hacía.

Cuando el vestido le quedó a medida, Selena miró el corpiño y se preguntó si no habría que modificarlo para que tuviera más recato. Tal vez era aceptable para una joven con varias temporadas en sociedad, pero era demasiado revelador para una joven doncella que aún no había debutado.

—¿No deberíamos ir a ver a lady Harrowden para enseñarle tu vestido? —preguntó Selena, con la voz teñida de la preocupación que sentía—. Creo que ella estaría encantada de ofrecer su opinión.

—Oh, estoy segura de que lady Harrowden no tendrá nada que decir al respecto —Rebecca giró para examinar la parte trasera del vestido en el espejo—. Ya hemos tenido la palabra de lord Harrowden sobre el asunto, y ha dicho que madame Druard es conocida por sus diseños creativos. Estoy segura de que no deberíamos molestar a lady Harrowden en este momento. Además, estos alfileres se me clavan de forma incómoda. Madame Druard, ayúdeme a quitarme esto.

Selena permaneció allí de pie, impotente. ¿Qué podía hacer sino coger a la niña por el brazo y arrastrarla ante lady Harrowden? Tal vez debería hablar con madame Druard en privado y sugerirle que extendiera el corpiño para que cubriera más; siempre y cuando la modista no malinterpretara tal sugerencia. Su corta relación con la mujer le hacía pensar que así sería.

Reprimió una oleada de irritación por el hecho de que una simple muchacha pudiera ser tan obstinada y ganara una discusión contra Selena, quien tenía veintitrés años.

Selena fue a ver a lady Harrowden después de dejar a Rebecca. Tenía que confesar que no había terminado de atar los ramos y explicar por qué. Todavía estaba considerando la idea de discutir el atuendo de Rebecca para el baile. Pero Selena no sabía hasta qué punto debía interferir ella sola con Rebecca y hasta qué punto debía pedir ayuda a la condesa.

Los pálidos ojos de lady Harrowden estaban vueltos hacia la chimenea, y parecía embelesada por las llamas. Tenía las comisuras de los labios hacia abajo. Contemplar el fuego con expresión malhumorada parecía ser un pasatiempo habitual de la viuda. Quizá sería mejor que Selena la animara a moverse un poco más. Después de todo, no estaba tan enferma.

Cuando Selena entró en la habitación, lady Harrowden levantó la mirada.

—¿Dónde está la niña?

Selena se acercó y se sentó en el sillón vacío a su lado.

—Acaba de terminar con la modista. Su vestido necesitará un dobladillo, pero está casi terminado.

—Bien —lady Harrowden asintió con decisión—. Yo misma he elegido la tela y el patrón. Sé que le quedará muy bien.

¿Lady Harrowden había elegido el patrón? Selena estaba casi paralizada de alivio. Menos mal que no se había quejado de la impropiedad del vestido. Si lady Harrowden creía que le quedaría bien, seguramente era ella quien mejor lo sabía.

Sin embargo, el hecho de que lord Harrowden hubiera estado en la habitación era otro asunto totalmente distinto, y haría mal en no mencionarlo. Estaba claro que lady Harrowden no se fiaba de su sobrino, y si Rebecca se veía en algún aprieto con él, lo mejor sería que la condesa lo supiera todo ahora.

—Cuando fui a ver la prueba... —Selena hizo una pausa, nerviosa por lo que tenía que revelar—. Encontré a lord Harrowden en la habitación dando su opinión sobre el vestido.

—¿Qué? ¿Mi sobrino estaba en la habitación durante la prueba de vestido? —lady Harrowden se volvió hacia Selena, con un rostro de rígida indignación.

—Sí, milady. Había pensado que su criada era suficiente protección, así que, por decir lo menos, me preocupó encontrarlo allí —Selena buscó una forma de expresar el resto—. Las tres; Alice, madame Druard y la propia Rebecca, me han asegurado que no hubo nada inapropiado, incluso que era perfectamente natural tenerlo allí. Rebecca protestó cuando le pedí a su sobrino que se marchara.

Cuando la condesa le lanzó una mirada de desaprobación, Selena protestó:

—Sé que ella sólo tiene dieciséis años. No sabe lo que es mejor, así que no le hice caso, por supuesto. Pero la modista también ha dicho que él tiene un gusto impecable, y Alice me aseguró que él salió de la habitación cuando Rebecca se estaba cambiando, y que no hubo nada tan escandaloso en lo sucedido. Todo lo que pude hacer fue asegurarme de que lord Harrowden se fuera inmediatamente.

—En primer lugar, eso nunca debería haber ocurrido —dijo lady Harrowden—. ¿Por qué no estabas allí con ella durante su prueba de vestido?

Selena sintió que el calor subía a sus mejillas, junto con un destello de ira, que contuvo.

—Usted ha insistido en que los ramos tenían que estar listos hoy, y yo sabía que si ayudaba con la prueba de vestido cuando ya había otra mujer presente, no podría terminar la tarea que me había encomendado. Por eso no estuve allí.

—¿Y has terminado? —preguntó la condesa.

—No, yo...

¿Cómo podía explicarlo Selena sin parecer una tonta? Era capaz de hacer lo que se le pedía; *tenía* que ser capaz de hacerlo. Su madre y sus hermanas dependían de sus ingresos, y Selena no quería volver a Bedford y vivir en una reclusión forzosa, que era la vida que llevaban su madre y sus hermanas. Y si Selena era despedida de este puesto, no le sería fácil conseguir otro.

No había más remedio que decir la verdad.

—No pude terminar de atar los ramos porque sir Lucius pasó por el invernadero y se detuvo a verme.

Lady Harrowden parecía disgustada, incluso más de lo que ya estaba, si eso era posible.

—¿Cómo te encontró? ¿Qué quería él?

Selena se miró las manos.

—Creo que sólo quería advertirme de las intenciones del conde. Le preocupaba que no fueran honorables —Selena cogió aire—. Así que volví con él a la casa para ver cómo estaba Rebeca y dejé allí los ramos sin terminar. Con mucho gusto saldré a terminarlos después de dejarla.

—¿Fue entonces cuando encontraste a mi sobrino en la habitación con Rebeca? —preguntó la condesa, y Selena asintió.

Lady Harrowden cogió aire, con la mandíbula firme.

—¿Sabe cuánto vale mi custodia?

Selena negó con la cabeza.

—Vale treinta mil libras, y no está atada de ninguna manera. No hay nada en el testamento que establezca que debe tener cierta edad para poder tocarlo. Por eso es importante mantener alejados de ella a los cazafortunas y, de momento, incluyo a mi sobrino en esa categoría.

—Tendré más cuidado, milady... —empezó Selena.

—Supongo que querrás saber qué hace ella aquí. Cuál es mi relación con ella —dijo bruscamente lady Harrowden.

Selena se apresuró a negar con la cabeza.

—Ni se me ocurriría hacer una pregunta tan impertinente.

—Rebeca era la hija de mi prima. Aunque la familia de su marido poseía una considerable fortuna, no tenían el apellido para acreditarla. Mi prima me nombró madrina de Rebeca y me preguntó si me importaría ser una de sus tutoras en caso de que les ocurriera algo. Me aseguró que no me molestarían si ambos vivían para incorporarla debidamente a la sociedad. Aprecié la delicadeza de su manera de dirigirse a mí y decidí acceder a su petición.

Lady Harrowden exhaló un suspiro de irritación.

—Resultó que mi prima murió justo después de que yo hiciera la promesa, y el padre de la niña un año después. Sólo puedo suponer que fue el frecuente cambio de vivienda de Rebecca, y tal vez la falta de orientación femenina, lo que la llevó a ser expulsada de la escuela.

Selena pensó en lo problemática que era la custodia. Tal vez lo mejor para ella sería casarla cuidadosamente, y lo antes posible. Se encontró con la mirada de lady Harrowden.

—¿Sería tan malo que ella y lord Harrowden se unieran? Después de todo, ella tiene la aprobación de usted y viene con una gran dote.

—Mi duda no es si es lo bastante buena para mi sobrino, aunque le he dicho que ella carece de la cuna para ser una esposa adecuada —replicó lady Harrowden—. Simplemente soy consciente de que mi sobrino no es lo suficientemente bueno para ella. No es que yo sienta un gran afecto por la chica. Apenas la conozco. Pero he dado mi palabra a sus padres de velar por su futuro —se ciñó más firmemente el chal alrededor de los hombros, y Selena saltó para ayudarla—. Me gustaría, a toda costa, evitar un emparejamiento tan desventajoso para Rebeca. No he visto nada en Richard que me haga creer que tiene una pizca de bondad. Sir Lucius; confío en que no comunicarás lo que voy a decir...

Selena asintió. Por supuesto que no lo haría.

—Sir Lucius ha prometido investigarlo, pero temo por el destino de Harrowden debido a las apuestas de mi sobrino. La finca no llegó con una gran fortuna, pero estaba bastante bien al

cuidado de mi marido. Y en dos años, Richard está dando muestras de haber derribado todo lo que mi marido construyó. No quiero que él acabe también con la fortuna de mi custodia, que es precisamente lo que haría al casarse con ella.

Selena respiró hondo. Bien sabía ella los ruinosos que serían las apuestas para los implicados. La situación era peor de lo que había imaginado. Había esperado que la cuna de Rebecca no fuera lo bastante elevada como para ser una tentación para lord Harrowden, pero ahora parecía que la fortuna de la muchacha podría serlo. Y Selena estaba de acuerdo con lady Harrowden. Por muy reprensible que fuera Rebecca, lord Harrowden no debía tocar su fortuna.

Con su propia experiencia en el asunto, Selena no se lo pondría fácil a lord Harrowden para arruinar la vida de otra persona. Hizo a un lado la inquietud de que Rebecca buscaría la ruina por su cuenta.



Lucius sintió con un impulso poco habitual de visitar a su hermana, y sólo pudo atribuirlo a una leve curiosidad por saber quién había aceptado asistir a su baile de Noche de Reyes. Fue a caballo, pues no estaba lejos, y necesitaba hacer ejercicio para combatir la inquietud que había empezado a invadirlo. El camino que conducía a la puerta de los Holbeck estaba bordeado de árboles a ambos lados, y cuando Lucius cruzó la entrada abierta, el largo callejón permitió ver la mansión de su hermana.

Charles Holbeck era varios años mayor que Lucius, y nunca habían sido especialmente unidos. Holbeck era benefactor de más de un parlamentario en la Cámara de los Comunes y disfrutaba mostrando su poder allí. Insistía mucho en la *alta* sociedad y sólo se rodeaba de personas que creía que lo elevarían en importancia. Por eso, relacionarse con él resultaba bastante aburrido. Sin embargo, María y él parecían congeniar bien, y ésa era una carga familiar menos de la que Lucius tenía que preocuparse.

María salió del salón a recibirlo cuando oyó que llamaba a la puerta.

—Vaya, Lucius, qué sorpresa. Pensar que saldrías de la comodidad de tu casa. ¿Qué pudo haberte traído a visitar la mía? —se detuvo en seco—. Espero que no le haya pasado nada malo a nuestra madre, ¿cierto?

Lucius se quitó el sombrero.

—No tengo noticias de nuestra madre, pero no dudo de que goza de buena salud —dejó de hablar cuando oyó voces procedentes del salón, voces familiares. Miró a su hermana—. ¿Qué, Philippa y George están aquí?

María ladeó la cabeza.

—Bueno, ¿qué pensabas, Lucius? Claro que iba a invitar a nuestros hermanos al baile.

—Entonces, ¿quién está con nuestra madre? —preguntó él, guardándose la fusta bajo el brazo—. Me sorprende oír que estaba dispuesta a separarse de ellos durante las festividades. O que no insistiera en venir ella misma, para que pudiéramos formar una gran banda alegre. No es propio de ella.

María tenía un brillo en los ojos.

—Creo que nuestro vecino, el señor Hartley, está expresando cierto interés por nuestra madre.

Lucius puso una expresión de horror.

—¡Hartley! ¿Ese viejo? Seguramente ya no está en edad de contraer matrimonio. Y si la tuviera, podría parecer más joven que nuestra madre. Todo sentimiento me repugna.

—El amor no conoce edad —dijo tranquilamente María.

—El amor —resopló Lucius—. Una cosa hermosa. Me los imagino con sus gorros y sus batas compartiendo un plato de gachas mientras comparan dolencias. Un completo disparate. Espero que no quieras que me ponga romántico ahora. Te sentirás tristemente decepcionada.

La puerta se abrió y Philippa y George salieron corriendo como dos potros del corral. Philippa —cuya fresca inocencia ocultaba un espíritu travieso que Lucius sabía muy bien que podía ser peligroso—, habló primero.

—Lucius, estoy tan contenta de que estés aquí, así no tengo que esperar para preguntarte. He conseguido por fin la aprobación de mi madre para tener una temporada este año, y necesito que seas mi anfitrión. Madre estará allí, por supuesto. Pero necesitamos tu casa en Londres. Es lo suficientemente grande como para albergar un baile para mí, también.

Como no tenía una respuesta preparada para algo a lo que no tenía intención de decir que sí, Lucius se contuvo y miró a George.

—¿Cuándo vuelves al colegio?

George le devolvió la mirada con aire tímido.

—Oh... he sido expulsado por el trimestre. Así que no volveré.

Lucius dejó de colocar los guantes sobre la pequeña mesa de la entrada.

—No me lo contaste en Navidad. ¿Qué ha pasado esta vez? ¿Huir para ver un combate profesional de boxeo que estaba expresamente prohibido para luego ser pillado mientras trepabas de regreso?

George sonrió y sacudió la cabeza.

—Hemos vestido a una vaca local con la capa y el sombrero del director.

Philippa se echó a reír y María fulminó a George con la mirada antes de volverse hacia él.

—Lucius, deberías hacer algo. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? George acabará sufriendo por andar deambulando de esa manera.

Lucius apreciaría ver una actitud más seria en George, pero no estaba dispuesto a unirse a su hermana mayor para fastidiarlo. Conocía demasiado bien esa sensación.

—Bueno, George, como sé lo mucho que echarás de menos los libros, me aseguraré de contratar a un tutor para mantenerte ocupado —al decirlo en su tono más áspero, George se limitó a reír y se cruzó de brazos.

Philippa, siempre una niña encantadora pero ya casi mayor, miró a Lucius. Lucía hermosa con sus ojos brillantes y el pelo peinado en rizos ajustados alrededor de la cara. Lo cogió de la mano.

—Entonces, ¿cuándo nos iremos a Londres, Lucius? Hemos calculado con mamá que necesitaré siete vestidos matinales y al menos dos vestidos de montar. Supongo que no hará falta un vestido de corte ahora que ha muerto la princesa Charlotte.

Ella hizo una pausa como si contemplara la idea del luto, pero él sabía que era demasiado joven para conmovirse por ello y que ni siquiera recordaba bien a su propio padre. Philippa continuó.

—Pero necesitaré varios vestidos de noche y de baile, así como guantes y medias y cosas por el estilo.

Vio la expresión de dolor de Lucius y añadió con tono persuasivo:

—Míralo como una inversión. Si haces que mi debut sea bueno, encontraré marido en mi primera temporada y ya no tendrás nada que ver conmigo.

—Es más probable que encuentres problemas en tu primera temporada —Lucius se dirigió al salón—. ¿Podemos entrar, María? ¿O tenemos que quedarnos aquí y discutir nuestros asuntos

familiares para que nos oigan todos los criados?

María cogió a Lucius por el codo y entraron en el salón. Cuando todos estuvieron sentados y pidieron té, Lucius se volvió hacia María.

—Háblame del baile. ¿Quién vendrá?

—¿Te estás preparando? —su hermana chasqueó los dedos e indicó a George que se sentara, cosa que hizo de mala gana.

—En cierto sentido, sí. Me gustaría saber a quién tengo que vigilar —Lucius dejó la taza de té y se cruzó de piernas.

—Y has dicho que tendríamos hasta treinta parejas para el baile —añadió Philippa, con sus ojos ansiosos volando de la cara de María a la de Lucius—. Lo has prometido. Lucius, espero que no me prohíbas bailar. Después de todo, esto no es Londres. Y mamá no tiene ningún problema en permitirme bailar en las reuniones locales.

—No, no pretendo ponértela difícil. Sólo te pido que seas prudente. No he olvidado cómo flirteaste con Barnsworth cuando los invitamos a cenar por Navidad.

George, quien había estado recostado en su asiento, soltó una carcajada.

—Nunca he visto un pobre tonto tan inepto. Creo que ya está medio enamorado de ti y preparado para hacerte una oferta, pero te escabulliste antes de que pudiera reunir el valor.

—Oh, en cuanto a eso —dijo Philippa, con una expresión de desdén—. ¿Cómo puedes pensar que me interesaría alguien como el señor Barnsworth? Sólo era alguien para pasar el rato.

Lucius la detuvo, levantando la mano.

—Y eso es precisamente lo que me preocupa. En particular, debes mantenerte alejada de lord Harrowden...

—¿Lord Harrowden? —Philippa puso los ojos en blanco—. Lud, ¿qué encontraría yo para hablar con él?

—Estoy dispuesta a dejar que disfrutes del baile —intervino María—, pero, por favor, mantén el decoro y compórtate como una dama. No vayas flirteando con todos los jóvenes caballeros presentes.

—Tendrás tiempo suficiente para hacerlo durante tu temporada —dijo Lucius, sonriendo ante la impaciencia juvenil de Philippa y sabiendo que ella estaba irritada bajo la conjunta dirección de dos hermanos mayores. Afortunadamente, George y ella eran demasiado jóvenes como para que él pudiera aportar su granito de arena.

Philippa juntó las manos.

—Entonces, ¿estás dispuesto a ser mi anfitrión en Londres?

Lucius miró a su hermana mayor.

—Seguro que María puede ser la anfitriona. Holbeck tiene una gran casa en Londres, y aunque el lugar no sea tan fácil de llegar como el mío, se adapta perfectamente al propósito. Y tendrás más invitaciones con una mujer casada que en mi casa.

—No lo creo, Lucius —corrigió María, con una mirada punzante.

—Oh, ¿cómo puedes pensar eso? Además, mamá estará allí —Philippa mostró su cara más persuasiva, que rara vez funcionaba con Lucius—. Claro que tú tendrás más invitaciones. Todo el mundo quiere *invitarte*.

—Sigues siendo un atleta bien vestido en Londres, aunque tu mejor momento ya haya pasado —dijo George, riendo—. Todo el mundo habla de tus hazañas.

Lucius; a punto de protestar *más allá de mi mejor momento, de hecho*, se volvió hacia su hermano.

—Espero que corrijas sus ideas equivocadas.

—No, sólo complemento los detalles faltantes —replicó George, sonriendo ampliamente.

—Vete al diablo —comentó Lucius de buena manera.

—Para responder a tu pregunta, Lucius —dijo María—. Holbeck nunca aceptará una temporada entera en Londres, y creo que lo sabes. Está demasiado ocupado con sus funciones políticas. Como cabeza de familia, tú tendrás que ser el anfitrión de Philippa.

Lucius vislumbró el futuro con presentimiento, mientras el opresivo peso de toda una temporada viviendo en la misma casa que su familia le caía violentamente encima. Su madre vendría a escoltar a Philippa, y eso significaría traer también a sus dos hermanos pequeños, que aún estaban en la escuela. Christopher atormentaría a Lucius hasta conseguir que lo llevara a todas partes, y Louisa lo aburriría con su inútil parloteo. Una sensación de temor se apoderó de Lucius. ¿Qué lo había poseído para venir a visitar a su hermana?

Sus pensamientos ya habían comenzado a desviarse, y él no se quedaría. Sin embargo, había venido con una vaga sensación de misión, aunque no se atreviera a preguntar directamente por la señorita Lockhart.

—¿Quién más vendrá a tu baile, María? Espero que Gregson no. Se ha ido a Londres, ¿no?

—Oh, no. No ha habido suerte —respondió suavemente María—. El señor Gregson está en casa por las festividades, y no podía no invitarlo, no sin ofender mucho al resto de su familia.

Lucius señaló con el dedo a Philippa y recordó forzosamente a su difunto padre.

—Ése es alguien de quien te alejarás, por favor. Sólo trae problemas —cuando George volvió a reír, Lucius también lo señaló—. Y tú también, George. No te sientes en las mesas de juego con él —empezaba a sentirse viejo.

—Lucius, ya que lo preguntas, he invitado a la señorita Woodsley al baile. Será una ocasión para que la conozcas mejor. ¿Supongo que has tenido la oportunidad de verla? —María hizo una pausa.

Qué ironía. Lucius se había resistido a la idea del matrimonio porque temía que una esposa acabara con la poca paz que le proporcionaba la vida. María estaba insistiendo sobre la única chica que Lucius sabía con certeza que acabaría con su paz. Sin embargo, no podía revelar la locura de la señorita Woodsley a su hermana, que era la peor cotilla del condado. Tendría que dejar que María pensara que estaba considerando su propuesta.

—Sí, una belleza —dijo él. Bebió el té de un trago e intentó sonar despreocupado—. ¿Y la señorita Lockhart vendrá también, supongo? Le habrías dado una invitación —no era una pregunta, y él no estaba preparado para que María se sentara erguida.

—Hablando de la señorita Lockhart... sí, sí. Tengo que invitarla. Es la acompañante de lady Harrowden, y ahora tiene que acompañar a la señorita Woodsley, supongo. Sin embargo, tengo *noticias*. Cuando mencioné a la señorita Lockhart a Charles, él dijo que creía que había estado prometida a uno de los parlamentarios que él apoya. Te imaginas que la señorita Lockhart haya pertenecido a una familia tan acomodada?

Lucius dejó la taza de té en el platillo, luchando contra una oleada irracional de celos. No podía soportar pensar en la señorita Lockhart en brazos de otro hombre. Se preguntó quién sería el tipo y qué apariencia tendría. ¡*Prometida!* La mente de Lucius daba vueltas. En cualquier caso, el compromiso había sido cancelado.

María lo miró expectante, y él no estaba de humor para entrar su dramatismo.

—Impactante, sin duda —dijo con su voz más aburrida.

A María le brillaron los ojos, presa de la emoción de revelar cotilleos.

—Pero eso no es todo. El compromiso fue cancelado porque el padre de la señorita Lockhart apostó y perdió toda su fortuna —se inclinó hacia adelante y terminó en un susurro encantado—,

y luego bebió hasta morir prematuramente.

Lucius permaneció callado, mirando a su hermana con desinterés y ocultando sus propios pensamientos. María se mostró encantada de completar la información.

—Charles ha dicho que, en algún momento, los Lockart eran muy exigentes con las personas con las que se relacionaban, y por eso él se ofreció por ella. Pero esa fachada cayó enseguida cuando las pérdidas de Lockhart se hicieron imposibles de ignorar. De la noche a la mañana fueron expulsados de la sociedad.

Lucius se frotó la barbilla en actitud contemplativa.

—Pobrecita —dijo, a su pesar. No podía imaginar por lo que había pasado la señorita Lockhart. Había mantenido su dignidad a pesar de las dificultades durante todos estos años. Era una fuerza de carácter que rara vez veía en la sociedad.

—¿Pobrecita? —dijo María con incredulidad, haciendo que Lucius levantara la cabeza—. ¿Pobrecita? Su familia se lo merecía. Vivían una mentira, y la Sociedad no es tan indulgente.

—Yo lo sé muy bien —dijo Lucius, mirando a George y Philippa, quienes tenían los ojos clavados en él. A menudo parecía que María no tenía corazón, y él había sido ciertamente acusado de lo mismo. Pero quizá no era demasiado tarde para sus hermanos pequeños—. Quizá el padre de la señorita Lockhart se lo merecía, pero ella no.

La mirada de María se entrecerró.

—Ciertamente espero que no estés desarrollando *amor* por la señorita Lockhart. Es totalmente inelegible. Y no tiene comparación con la señorita Woodsley en belleza, vivacidad e ingresos.

—Pero no en carácter —Lucius no pudo evitar decirlo. Dios santo, no era propio de él traicionarse de ese modo, pero no pudo quedarse callado cuando María comparó a las dos mujeres y pensó que la *señorita Lockhart* se quedaba corta.

—¿Qué sabes del carácter de la señorita Woodsley? —dijo María—. Es encantadora. Pienso llevar a Philippa para que la conozca antes del baile, ya que son cercanas en edad.

Lucius ya había tenido suficiente. Se puso de pie.

—Debes hacer lo que consideres mejor, María. George, ven a verme mañana. Puede que tenga una tarea para ti, ya que ahora tienes mucho tiempo libre. Adiós, Philippa.

Hizo ensillar el caballo y se marchó, dejando que el repetitivo bamboleo tranquilizara su mente. La señorita Lockhart había insinuado esas cosas; el tiempo pasado en Londres, relacionándose con la sociedad, las grandes pérdidas y la muerte de su padre. Sin embargo, para ella había sido difícil de soportar, mucho más de lo que él había pensado. La familia de la señorita Lockhart había descendido bastante en la sociedad. Era suficiente para romper un compromiso. Se preguntó si ella había amado a ese hombre.

Después de buscar en su mente una excusa para cabalgar hasta la finca Harrowden y no encontrar ninguna, Lucius dirigió su caballo hacia casa. En cualquier caso, era lo mejor, ya que esa tarde tenía negocios en la ciudad. En cuanto se reuniera con el contable que había encontrado para lady Harrowden, tendría el motivo de su visita.

II



¿Dónde está esa chica? Selena había estado buscando a Rebecca por todas las habitaciones posibles, y por fin acorraló a su criada que salía del dormitorio de Rebecca.

—¿Has visto a la señorita Woodsley? Se suponía que íbamos a ir al pueblo a primera hora de la tarde a comprarle los guantes para el baile. Lady Harrowden nos está esperando para partir y no la encuentro por ninguna parte.

—Oh, señorita —la corpulenta criada presionaba contra su pecho una pila de vestidos de camino a la habitación de lavado—. La señorita Woodsley dijo que iba a dar un paseo. Creo que pidió al mozo de lord Harrowden que la siguiera. Salió hace una hora, así que no creo que tarde mucho.

La primera preocupación que asaltó la mente de Selena fue si lord Harrowden había ido con ella. En los tres días transcurridos desde la llegada de Rebecca, Selena los había visto juntos en dos ocasiones, sin ningún tipo de chaperón; una vez sentados en el mismo sofá ante el fuego de la biblioteca y otra saliendo de la cocina, cada uno comiendo una mantecada. Además, la casa tenía una sensación de eco, ya que los criados parecían escasos. Selena no se cruzaba a menudo con ninguno, lo que significaba que lord Harrowden y Rebecca probablemente tampoco lo hacían.

A Selena le preocupaba su creciente intimidad, a pesar de que Rebecca había comentado una vez que era una lástima que el conde fuera tan joven, ya que no sería un marido adecuado hasta dentro de muchos años. Continuó añadiendo que no poseía el cosmopolitismo de sir Lucius, y aunque eso no auguraba nada bueno para la esperanza de que Rebecca hubiera superado su encaprichamiento con sir Lucius, tampoco impedía que lord Harrowden importunara a Rebecca; algo que sería desastroso para una joven impresionable.

Lord Harrowden salió de la sala de billar y se encontró con Selena en el pasillo, poniendo fin al menos a uno de sus temores.

—¿Y bien, señorita Lockhart? ¿No tiene nada mejor que hacer? —la sonrisa de satisfacción que acompañó a estas palabras no hizo nada para suavizar la irritación que brotaba cada vez que ella estaba en su presencia.

—Estoy buscando a la señorita Woodsley. Al parecer, se ha ido a montar con su mozo de cuadra. ¿Sabía usted algo de esto?

—Le he dicho al mozo que esté a su disposición siempre que ella quiera montar. Tengo entendido que montar es uno de sus pasatiempos favoritos, y su yegua finalmente llegó y ahora está estabulada aquí. Ella no necesita preguntarme para sacar su propio caballo —lord

Harrowden siguió esbozando una sonrisa que debió haber sabido que sería molesto.

Selena dijo:

—Sin embargo, debería preguntarme a *mí* si tiene permiso para salir. Después de todo, soy su institutriz. Sí, en este caso hay un chaperón con ella, pero sólo tiene dieciséis años.

—Si usted no es capaz de controlarla, es natural que se le escape —lord Harrowden se encogió de hombros—. Ella es de naturaleza tan juguetona.

Aunque Selena sabía muy bien que no tenía por qué justificarse, las palabras brotaron por sí solas.

—Estaba leyendo a lady Harrowden, y por eso no pude estar al tanto del paradero de la señorita Woodsley.

Su explicación sólo provocó otra irritante sonrisa.

—Como le he advertido, señorita Lockhart, su posición no es fácil. Por desgracia, no hay remedio, aunque yo podría ofrecerle un poco de consuelo.

Las insinuaciones de lord Harrowden por sí solas estaban haciendo intolerable su posición, incluso sin su atención puesta en ella. Selena se dio la vuelta sin dar una respuesta y se marchó en busca de la condesa, temiendo un reproche. No entendía cómo lady Harrowden esperaba que vigilara a Rebecca cuando Selena siempre estaba a disposición de la condesa. No podía estar en dos sitios a la vez.

Selena transmitió a lady Harrowden la información de que Rebecca se había marchado, y la condesa suspiró y empezó a quitarse los guantes. Selena se sentía demasiado incómoda sentada en el salón con una empleadora airada, y salió al pasillo a esperar a su protegida. Se sentó en un pequeño banco de madera oscura junto a la pared, y cuando lord Harrowden volvió a pasar por el pasillo, ella le dio la espalda en lugar de abandonar su puesto.

—¿Así es como quiere jugar? —lord Harrowden se echó a reír. No abandonó el pasillo, pero no intentó entablar conversación con Selena, y eso la alegró.

Un cuarto de hora más tarde, Rebecca entró por la puerta principal, con las mejillas sonrosadas y las puntas de las orejas rojas. Parecía fresca y radiante, y completamente tentadora para el conde, quien se había quedado —al parecer—, con el único propósito de esperarla.

Selena avanzó, cruzándose en su camino.

—Rebecca, ¿podrías avisarme la próxima vez que salgas a cabalgar? Lady Harrowden nos está esperando para ir al pueblo. ¿No has recordado que se suponía que saldríamos?

Rebecca se encogió de hombros mientras se quitaba los guantes.

—Oh, en cuanto a eso... Podemos partir ahora si quieres. Es solo que antes necesito comer algo. ¿Puedes ordenarme un poco de té?

Selena colocó su boca en una línea firme. Era una humillación que la trataran tan a la ligera, sobre todo con lord Harrowden allí de pie.

—Ve a ponerte el vestido de paseo —le ordenó—. Creo que Alice está en tu habitación y haré que te suban pan y mantequilla. Llama inmediatamente si no está allí y me aseguraré de que la encuentren. No queremos hacer esperar a lady Harrowden.

Selena dio media vuelta y se dirigió a la cocina con paso rápido. Afortunadamente, había tenido tiempo de entablar una cordial amistad con la cocinera, quien se mostró encantada de poner la tetera al fuego y preparar unos sencillos sándwiches para Selena. Encontró a Alice en la mesa de la cocina y la hizo subir con el té preparado, después se apresuró a ir al salón para avisar a lady Harrowden de que saldrían en media hora.

No debería haberle sorprendido a Selena, aunque ella misma era de naturaleza puntual, pero Rebecca tardó casi una hora en estar lista. Y aunque el rostro de lady Harrowden había adoptado

una sombría expresión de impaciencia, Selena hizo avanzar a todo el grupo, sabiendo que era su única oportunidad de conseguir lo que necesitaban para el baile. Cuando todos hubieron subido al carruaje, ya era tarde, y no disponían de mucho tiempo antes de que oscureciera.

Llegaron a la ciudad tras un corto trayecto, y Selena se volvió para asistir a lady Harrowden después de que el lacayo la ayudara a descender del carruaje. Se giró y vio la tienda donde había comprado su tela durante un recado en la ciudad.

El mozo de cuadra alejó el carruaje y Selena señaló la tienda al otro lado de la calle, la cual estaba parcialmente oculta a la vista por un carruaje en espera.

—Ahí está. ¿Esperamos a que pasen los caballos? Entonces podremos cruzar.

Selena cogió a lady Harrowden del brazo. Rebecca estaba al otro lado de ella, examinando su entorno, con su atención centrada en todo menos en lo que podría hacer para ayudar a su tutora. Comenzaron lentamente, con Selena teniendo mucho cuidado de que lady Harrowden no resbalara en el hielo.

Otro faetón pasó, impidiéndoles cruzar, y las grandes ruedas salpicaron a Selena con barro helado. Un chillido se elevó en su garganta por estar empapada de aguanieve fría, pero antes de que el sonido saliera, lady Harrowden resbaló y cayó de espaldas, con fuerza.

—¡Oh! —el jadeo de lady Harrowden se convirtió en un gruñido, y Selena pudo oír el dolor en su voz.

Miró a su alrededor en busca de ayuda en el camino casi vacío, pero el mozo ya se había marchado con el carruaje.

—Rebecca, necesito que me ayudes.

A su favor, Rebecca parecía algo preocupada por la caída de lady Harrowden, pero su respuesta fue inútil.

—¿Qué quieres que haga? No puedo levantarla.

Selena resistió la tentación de atacar verbalmente a la desconsiderada muchacha. ¿Acaso no le importaba nadie más que ella misma?

—Pon una de tus manos bajo su codo y la levantaremos al mismo tiempo —Selena se preparó, porque el camino estaba helado y, si ella no podía mantenerse en pie, ¿qué esperanza había de ayudar a la mujer mayor?

Un firme agarre en el brazo de Selena la detuvo en seco.

—Permítame —la voz provocó una agitación en el vientre de Selena, pero antes de que pudiera girarse o responder, Rebecca gritó encantada.

—¡Sir Lucius!

Selena no había oído tanta calidez en la voz de Rebecca desde su llegada, ni siquiera con lord Harrowden. Sir Lucius la ignoró y colocó las manos bajo los brazos de la condesa, poniéndola en pie.

—Su llegada es oportuna, señor —dijo Selena, sintiendo alivio.

Sir Lucius, quien aún sostenía a lady Harrowden, se encontró con su mirada con dolor.

—Usted no diría eso, señorita Lockhart, si supiera que ha sido mi carruaje el que la ha empapado de barro.

—Barro helado —corrigió ella. Selena vio ahora el faetón de sir Lucius detenido a unos metros, con su mozo de cuadra a la cabeza de los caballos. En ese momento, fue consciente del frío que tenía y de lo asustada que debía de parecer.

—No nos quedemos aquí parados —espetó lady Harrowden—. Llévame a la posada.

Selena intercambió una mirada con sir Lucius. La condesa entrecerraba los ojos como si le doliera algo.

—Sí, sir Lucius, ¿puede ayudar a lady Harrowden? Le vendrá bien secarse ante el fuego y sentarse un rato.

—Pero, ¿y mis guantes? —dijo Rebecca—. Siento mucho que esté herida, milady, pero es mi única oportunidad de comprar guantes antes del baile.

—La chica tiene razón —dijo lady Harrowden entre dientes—. Debe tener sus guantes. Sólo faltan dos días para el baile. Selena, llévala a la tienda y consigue lo que necesita mientras yo me siento con sir Lucius.

Selena se envolvió en su capa húmeda con más fuerza, lamentando el calor del fuego que no llegaría a disfrutar.

—Como desee. Vamos.

Cruzó el camino con Rebecca a su lado, cuidando de que no hubiera otros caballos que pudieran sorprenderlas con un baño helado. Sir Lucius continuó hacia la posada con lady Harrowden, con la mano en un codo y el otro brazo alrededor de su espalda para guiarla.

La tienda era sorprendentemente grande para la pequeña ciudad de Woolmer Green. Uno de los dependientes se acercó al mostrador que se extendía de un extremo a otro de la tienda, y Rebecca conversó con él a detalle sobre las diferentes opciones de guantes que estaba considerando ordenar. Selena, deseosa de volver con lady Harrowden lo antes posible, dio su opinión, y la instó a elegir la opción que le parecía más adecuada; los guantes blancos largos de seda, que podrían utilizarse en más de una ocasión si Rebecca tenía cuidado de no ensuciarlos. Podrían estar listos en poco tiempo y ser entregados en la finca a tiempo para el baile. Rebecca se resistió y siguió acariciando con los dedos un par de guantes verdes largos que estaban disponibles para su compra inmediata y que le quedaban bien, pero que no podía utilizar con su vestido de baile. No había tenido la precaución de coger dinero suficiente para dos pares.

Selena, consciente de la hora que era y sabiendo que aún le quedaban medias por comprar, dijo:

—Rebecca, tienes cinco minutos para decidirte antes de que tengamos que reunirnos de nuevo con lady Harrowden. Me dirigiré a uno de los otros dependientes para mis necesidades.

Rebecca asintió distraídamente y Selena se dirigió a la parte trasera de la tienda, donde otro dependiente estaba libre para atenderla. No tardó mucho en hacer una compra. Cuando regresó a la entrada, Rebecca estaba hablando con la señora Holbeck, hermana de sir Lucius, quien había entrado en la tienda. A su lado había una dama más joven y un caballero con un parecido familiar.

—...estos verdes son muy bonitos como usted dice, pero ¿de qué color es su vestido? —decía la señora Holbeck.

—Rosa salmón —respondió Rebecca.

—Creo que ése es el color favorito de sir Lucius —replicó la señora Holbeck con una sonrisa —, pero, por supuesto, esos guantes verdes nunca servirán.

Rebecca abrió mucho los ojos.

—¿Conoce a sir Lucius?

La atractiva joven de rizos alborotados que estaba al lado de la señora Holbeck se echó a reír y dijo:

—Es nuestro hermano.

—Oh, señora Holbeck, tiene que presentarme a sus acompañantes —chilló Rebecca.

Selena, pensando que sería descortés no hacerse notar en este momento, dio un paso adelante.

—Buenas tardes, señora Holbeck.

Selena recibió una fría reverencia a cambio y se preguntó qué había hecho para merecer un saludo tan gélido. La señora Holbeck se volvió hacia los dos que estaban de pie a su lado.

—Señorita Woodsley, permítame presentarle a mis hermanos menores; el señor George Clavering y la señorita Philippa Clavering. Tenéis casi la misma edad.

Selena se irguió al comprender el insulto. No la habían considerado digna de una presentación.

—Creo que tiene razón, señora Holbeck —dijo Rebecca, volviendo a centrar la atención de Selena en el asunto que tenía entre manos. Se volvió hacia el dependiente—. Por favor, quiero los guantes blancos a mi medida y que me los envíen a la finca Harrowden.

Al menos alguien había sido capaz de hacerla entrar en razón.

—Entonces, nos veremos en el baile dentro de tres días —dijo Philippa. Su hermano, moreno mientras era su hermana rubia, permaneció callado, y Selena se sintió aliviada al ver que no parecía especialmente interesado en la heredera, ni Rebecca miró más de una vez en su dirección.

—Le diremos a sir Lucius que estáis aquí —dijo Selena en un intento de mover a Rebecca hacia la puerta.

—¿Lucius, aquí? —la señora Holbeck enarcó las cejas, sorprendida—. No he visto su carruaje.

—Está en la posada ayudando a lady Harrowden a recuperarse de una caída, y no debemos demorarnos en volver con ellos —Selena cogió a Rebecca por el codo para dirigirla hacia la puerta y escapar de la grosera presencia de la señora Holbeck, pero ésta fue la primera en moverse.

—La acompañaremos —cogió a Rebecca del brazo y preguntó más cosas sobre su familia. Selena se quedó atrás con Philippa y George Clavering.

Cuando salieron de la tienda, Philippa se volvió y le susurró a Selena:

—Y usted es la señorita Lockhart, creo. Una disculpa por mi hermana.

Selena esbozó una sonrisa que se esfumó ante el resto de lo que Philippa tenía que decir.

—Creo que lo que le ocurrió en Londres fue perfectamente horrible y no es culpa suya —vio que George lanzaba una mirada de advertencia a su hermana, y Philippa volvió a mirar al frente, poniendo fin a su secreto entre susurros. Selena, fría y mojada, siguió caminando con el corazón abatido. Sir Lucius debía saberlo todo ahora.

El camino seguía resbaladizo, pero la posada los atrajo con la luz que se filtraba por las ventanas guillotina contra un cielo invernal cada vez más oscuro. Cuando entraron, fueron recibidos con calidez y el olor de un pastel de carne picada cociéndose en el horno. Una mirada a lady Harrowden le dijo a Selena que ya estaba mucho mejor. Sir Lucius estaba sentado a su lado, entreteniéndola con alguna historia, e incluso provocó una carcajada en la anciana condesa. La escena era muy cálida, y el corazón de Selena dio un extraño vuelco.

Sir Lucius miró a Selena y la sonrisa le llegó a los ojos.

—¿Ha terminado con las compras? —luego su mirada se posó en sus hermanos—. Ah. ¿También estáis aquí?

—Una alegre reunión familiar —comentó el hermano de sir Lucius, George, y fue dicho en un tono irónico que imitaba el de su hermano mayor pero con más alegría juguetona.

—George, ve a buscar al mozo de Harrowden y dile que traiga el carruaje —dijo Sir Lucius, ignorando las bromas. Se volvió hacia lady Harrowden—. ¿Puedo procurarles algo antes de que regrese a la finca?

Lady Harrowden negó con la cabeza.

—Nada. María, tu hermano ha llegado en el momento justo. No me digas que ahora está es

Philippa, tan crecida.

La hermana menor de sir Lucius esbozó una sonrisa con hoyuelos e hizo una reverencia ante la condesa.

—Así es, milady. Es maravilloso verla con tan buen aspecto.

—*Hm*. Muy apropiada. Supongo que sigues haciendo todo tipo de travesuras junto con tu hermano George, quien también ha crecido, por lo que veo.

La señora Holbeck y Rebecca se movieron para unirse a la conversación mientras Philippa y lady Harrowden hablaban, y Selena se hizo a un lado para darles espacio. Demasiado tarde, se dio cuenta de que era donde sir Lucius estaba de pie, y debió haber parecido que ella la había planeado. Por el rabillo del ojo, pudo ver que la atención de Rebecca estaba dividida entre la familia de sir Lucius y el propio sir Lucius.

Cuando él se acercó un paso y se volvió para mirar a Selena, ella dijo en voz baja:

—No sé qué habríamos hecho si no hubiera estado aquí para ayudarnos. Debo darle las gracias.

—¿Qué *habríamos* hecho? ¿O qué habría hecho *usted*? Confíese —la sonrisa de sir Lucius era una caricia—. Usted tenía las manos ocupadas porque su protegida no movería un dedo.

Selena miró más allá de él, hacia donde Rebecca estaba de pie. Los miraba, pero Selena no creía que pudiera oírlos. Sir Lucius estaba de espaldas a ella y su voz era suave.

—Es probable que usted tenga razón —fue todo lo que Selena dijo, pero le devolvió la sonrisa. Volvió a mirar más allá de sir Lucius y vio que la señora Holbeck también los observaba. Se le borró la sonrisa.

Sir Lucius la estudió con ojos tan cálidos que ella no pudo sostenerle la mirada.

—Es indudable —murmuró—. La señorita Woodsley es una criatura difícil. Sin embargo, usted sabe que no tuve más remedio que detenerme y ayudar después de haber provocado la caída, con toda probabilidad. Me había detenido para dejar pasar un coche de caballos y no la vi allí —le dedicó una sonrisa arrepentida—. Siento haberle embarrado el vestido.

—Tengo un guardarropa tan amplio que un vestido apenas importará —dijo ella con voz inexpresiva.

Él se rio y sacudió la cabeza.

—Estoy seguro de que no lo tiene, y le ruego que me disculpe por ser tan descuidado.

—Sí, bueno, si me refirió, espero que ocupe mi lugar y acompañe a la señorita Woodsley y a lady Harrowden al baile. Un intercambio con el que estoy segura que al menos una de ellas estará más que satisfecha.

—Oh, cielos —la miró con fingido horror—. Sólo estaré recibiendo mi justo merecido.

Ambos se giraron cuando la puerta se abrió y George entró.

—El mozo de cuadra está estacionando afuera. Lady Harrowden, ¿puedo ayudarla?

—Me complace ver que has encontrado tus modales, joven —lady Harrowden permitió que sir Lucius y su hermano la cogieran de cada brazo. Podía caminar, pero parecía un poco rígida. La ayudaron a subir al carruaje, luego George se volvió para ayudar a Rebecca y sir Lucius le tendió la mano a Selena.

—Señorita Lockhart —hizo una reverencia y ayudó a Selena a subir al carruaje con una sonrisa que parecía sólo para ella. Su corazón sufrió un vuelco al ser tratada con tanta amabilidad y le devolvió la sonrisa sir Lucius, sólo para mirar a un lado, donde la señora Holbeck estaba de pie.

No parecía contenta.

Selena retiró rápidamente la mano y se deslizó hacia el interior del carruaje, sentándose

contra los cojines, donde quedó oculta entre las sombras. La expresión severa de la señora Holbeck fue un recordatorio de que Selena no representaba una pareja favorable para la familia de un baronet. Era un recordatorio que necesitaba urgentemente antes de hacer volar su imaginación.



Lucius no había podido visitar al contable hasta después de haber puesto a salvo en su carruaje a lady Harrowden, a la señorita Lockhart y a su protegida. Sólo había informado a la condesa de su encuentro y prometido que, si el contable demostraba ser digno, lo llevaría a conocerla al día siguiente.

En su reunión, descubrió que el contable era demasiado inexperto para confiarle un asunto tan delicado y que su socio principal no estaría disponible hasta dentro de una semana, pero Lucius acudió a Harrowden para informarle de ello. Lo hicieron pasar al salón para que esperara a lady Harrowden, y cualquier esperanza que pudiera haber tenido de pasar unos minutos agradables en compañía de la señorita Lockhart se desvaneció cuando la señorita Woodsley entró sola en la habitación, vestida con un traje de amazona con ribetes rojos.

—Oh, así que *está* aquí —dijo, entrando en la habitación con una sonrisa depredadora—. Me pareció oír su voz, sir Lucius. Había esperado cruzarme con usted en una de mis excursiones a caballo, pero aún no ha sucedido. Espero, particularmente, encontrarme con usted.

Lucius retrocedió ante otra muestra más de ese comportamiento atrevido. Estaba claro que ella no había aprendido nada de su primer intento frustrado.

—A menos que fuera con el objetivo de ofrecer sus disculpas por haber perturbado mi paz en nuestro primer encuentro, no veo cómo su objetivo podría dar algún fruto.

—Oh, ¿todavía piensa en nuestro primer encuentro? —la señorita Woodsley sacudió un poco la cabeza y levantó una mano—. Le aseguro que yo no. Ahora veo que ese plan no habría servido para nada. Soy más sabia...

—Ha pasado poco más de una semana —intervino secamente Lucius.

—, y no pienso cometer el mismo error. Afortunadamente, el destino nos ha puesto a poca distancia el uno del otro. Si hubiera sabido que era tan sencillo, le habría pedido a lady Harrowden que me acogiera mucho antes.

—Debo abrirle los ojos ante la idea de que el destino haya tenido algo que ver en nuestro encuentro —dijo con dureza—. Ha sido pura estratagema por su parte que nos hayamos encontrado, y pura mala suerte por la mía que me encuentre tan cerca de tu tutora.

La señorita Woodsley se había acercado unos pasos hasta quedar al rápido alcance de Lucius, para luego mover lentamente las pestañas y fruncir los labios en lo que probablemente consideró una pose seductora. Cruzó los brazos sobre el pecho para resistir el impulso de estrangular a la chica.

—Y permítame animarla —añadió—, a que se deje guiar por la señorita Lockhart, que es un

modelo de decoro y elegancia. Tal y como están las cosas, su camino actual sólo la llevará a un final, y no es el que yo desearía para ninguna joven.

Ahora la boca de la señorita Woodsley se abrió de par en par de manera poco amigable.

—¿Cree que *Selena* es un modelo de elegancia? Se viste mal. Es más; es *vieja*. Además, la señora Holbeck ha dicho que le gustaría especialmente presentármelo. Ella, al menos, parece pensar que hacemos buena pareja —la señorita Woodsley se había acercado y apoyado la mano en el brazo de Lucius como si quisiera abrazarlo.

Lucius le cogió la mano con firmeza y la apartó de su brazo.

—Mi hermana no elige mis coqueteos, y nunca lo hará.

Antes de que pudiera soltar la mano de la señorita Woodsley, la puerta se abrió y lady Harrowden entró. Lucius dio un paso atrás y se encontró de frente con la mirada de la condesa. Se negaba a ser culpado por una escena que no había contribuido a crear. Lady Harrowden enarcó una ceja y avanzó, apoyándose pesadamente en su bastón hasta llegar a su asiento.

—Rebecca, puedes irte —dijo con un gesto de mano.

El rostro de la señorita Woodsley enrojció, demostrando que poseía al menos algo de sensibilidad. Lucius había empezado a pensar que no tenía ninguna. Desde luego, era más atrevida de lo que la simple inocencia podía explicar.

Cuando él y lady Harrowden se quedaron solos, se sentó en la silla a su lado, con la esperanza de que no le pidiera explicaciones por lo que acababa de presenciar.

—He venido a decirle que he encontrado un contable que será discreto; el señor Samuel Abbott, del pueblo, pero no estará disponible hasta dentro de una semana.

Lucius se apoyó en el reposabrazos y se volvió para poder ver la cara de lady Harrowden.

—Lo que supone una ventaja aún mayor para esta elección en particular es que su padre trabajó con su marido durante un tiempo, hasta que el padre se trasladó a Bath por la salud de su esposa. Después de que los padres del señor Abbott murieran, él volvió a Woolmer Green. El tenedor de libros ha dicho que todavía tiene las notas de su padre atadas en fardos, y le pedirá permiso para ver qué información queda sobre Harrowden. Si todavía existe una copia de las cuentas, como él cree que será, el señor Abbott podrá examinar qué porcentaje de su parte de como viuda está destinada a cubrir los gastos de la finca.

Y añadió:

—Quizá le interese saber que el contable de su sobrino no es muy apreciado por sus colegas. Incluso el contable que se reunió conmigo ayer pudo decírmelo.

Lady Harrowden asintió como si esperara tal cosa.

—Abbott. Conozco el nombre. Trabajó para mi marido antes de que mi sobrino lo echara para contratar al señor Chancey, diciendo que el hombre venía muy bien recomendado. Eso puede ser muy cierto, pero sólo desde que él se hizo cargo de las cuentas de la finca parece haber muy poco de mis ingresos para cubrir mis propios gastos. Es una lástima que el señor Abbott no pueda tener acceso a todas las cuentas de Harrowden como antes.

Lucius sólo estaba esperando la palabra, y lady Harrowden se la dio con decisión.

—Muy bien. Tráemelo tan pronto como puedas —ella lo miró con desagrado, y él supo lo que vendría a continuación—. Y ahora tal vez pueda decirme qué planes tiene para mi custodia.

—Mantenerla a distancia —respondió Lucius, reclinándose de nuevo en su asiento y cruzando las piernas.

—¿Así que sus treinta mil libras no son lo bastante atractivas para usted? —lady Harrowden le dirigió una mirada incrédula.

—No —respondió sin rodeos—. Tengo suficientes recursos y no me vendería tan barato —

tardíamente, notó cómo debió reflejarse eso en su custodia, y añadió—: Le ruego me disculpe, pero no debo entregárselo en bandeja de plata.

Lady Harrowden mantuvo una mirada penetrante sobre él.

—Lo he visto volverse íntimo en la posada con la señorita Lockhart. Tal vez sea ella quien captive su interés por una futura esposa.

—Por el momento no tengo aspiraciones maritales —respondió Lucius—, y no me pretendo decírselas a usted cuando las tenga —se levantó, ansioso por marcharse—. Enviaré una nota cuando el señor Abbott pueda venir a discutir sus cuentas.

—Muy bien —dijo Lady Harrowden, despidiéndole con un gesto irritado. Él no sabía cómo la señorita Lockhart podía vivir con ella.



EL BAILE de Noche de Reyes era al día siguiente y, cerca de medianoche, Selena aún estaba cosiendo el último detalle de plata en el corpiño de su vestido azul metálico, un color que el dependiente llamó mexicano. Le aseguró que era la última moda y, desde luego, hacía muchos años que no lo usaba. La tela era lo bastante bonita como para compensar el hecho de que era de confección sencilla.

Selena echó un vistazo a la pila de ribetes restantes en la pequeña mesa y se preguntó si debería coserlos al dobladillo. Había encargado suficientes, aunque no había estado segura de tener tiempo. Probablemente le llevaría una hora más, pero le daría un toque elegante al vestido contra el que no podría resistirse. Levantó la comisura de los labios. Le sentaría muy *bien* volver a ponerse algo bonito.

Selena giró el vestido, dejando que el corpiño cayera al suelo y la falda se extendiera sobre su regazo. Recogió la falda y la miró de cerca. Parecía que el dobladillo de una parte no estaba bien cosido y, mientras lo examinaba, cogió la vela de sebo y la acercó para poder ver las costuras con más precisión en la penumbra.

Una repentina sensación de pavor se apoderó de ella cuando se dio cuenta de que el plato de sebo estaba inclinado, y miró al suelo, donde la cera derretida se acumulaba en el lado derecho del corpiño.

—¡Oh! —Selena bajó rápidamente la vela, con cuidado de no derramar más cera. Giró el vestido para que el corpiño volviera a estar en sus manos y contempló horrorizada la cera derretida que había dejado una mancha oscura en la tela.

Se apresuró a su baúl, sacó algunos paños viejos que guardaba allí e intentó secar la cera para eliminar el exceso, pero en todo caso, sólo lo empeoró. Selena pensó y pensó frenéticamente en busca de una solución. Con el baile al día siguiente, no tenía ni la fortuna de adquirir un vestido nuevo ni el tiempo para coserlo.

La fatiga de los últimos días de costura en todo su tiempo libre la oprimía como una carga, y Selena dejó el vestido sobre su cama. Con los puños apretados, se dirigió a la repisa de la chimenea y la cogió con ambas manos para luego golpearla con los puños. Las lágrimas no dejaban de brotar.

¿Qué hago ahora? Le había asegurado a lady Harrowden que sabía cómo vestirse y comportarse, que no avergonzaría a la condesa. Y había querido demostrarle a sir Lucius...

Selena exhaló y se acercó a la cama, buscando una solución. Entrecerró los ojos ante la mancha, deseando que su cerebro aceptara la catástrofe y la transformara en algo bueno. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?

La cera había caído en un lado del corpiño y no se podía cubrir de forma simétrica. No quedaba tela suficiente para un nuevo corpiño. Pero cuando sus ojos volvieron a empañarse por las lágrimas, la mancha pareció adoptar forma de flor. Selena parpadeó y cogió aire.

Eso era lo que podía hacer. Podía bordar algo para cubrir la cera.

Se secó los ojos y evaluó los daños con más detenimiento. El vestido estaba hecho. Era cierto que no tendría tiempo de añadir el ribete de la parte inferior, pero esa no era la necesidad más urgente. Sin embargo, si quería aprovechar la mancha para crear un diseño floral, tendría que empezar inmediatamente. Ya se estaba haciendo tarde, y el tiempo de mañana pertenecía a lady Harrowden y a Rebecca, quienes probablemente la tendrían corriendo todo el día.

Selena eligió los hilos de bordar de un color que resaltara la batista azul; azul a juego, dorado, blanco y verde. Lo más fácil sería bordar una peonía con una pequeña hoja y un tallo, y que éste bajara hasta cubrir la cera goteante que conducía a la cintura alta. Era cierto que no estaba de moda bordar algo sólo por un lado, y probablemente resultaría extraño bordar un tallo en la costura con ribetes. Pero Selena no podía admitir la derrota y ponerse uno de sus viejos vestidos. Se negaba a que sir Lucius la viera con un vestido viejo y desaliñado, y no le daría a Rebecca la satisfacción de pensar que no tenía buen gusto.

Con movimientos decididos, Selena colocó los hilos ante ella en la pequeña mesa e imaginó el diseño con claridad, comprobando el tamaño con los dedos, para poder plasmarlo en el vestido sin un error. Tal vez era el pecado del orgullo lo que la hacía querer elevarse por encima de su posición y hacer saber a la gente que no había sido criada para el papel de sirvienta.

Selena enhebró una aguja. Si iba a ser una acompañante y una institutriz, más le valía asumir incondicionalmente la idea del servicio. Sin embargo, era impensable que se mostrara cohibida en el baile más elegante del vecindario. No quería dar a la señora Holbeck más motivos para pensar mal de ella.

No fue hasta casi las tres de la mañana que pudo apartar la aguja. La vela se había consumido y Selena había tenido que encender una nueva. El fuego de su habitación se había apagado, y no se atrevió a pedir a nadie que viniera a reavivarlo. Cuando se metió en la cama, pasó algún tiempo antes de que pudiera relajarse lo suficiente como para conciliar el sueño, y los rayos de la mañana no fueron amables con ella cuando se colaron entre las cortinas e iluminaron la penumbra de su dormitorio.

—No tienes buen aspecto, Selena —la condesa estudió su rostro más detenidamente de lo que a Selena le habría gustado cuando llegó al dormitorio de lady Harrowden con su correspondencia—. Tendrás que hacer algo con tu aspecto si queremos asistir al baile de esta noche. No has cuidado bien de tu pelo desde tu llegada y debes esmerarte más en tenerlo bien arreglado.

La injusticia del comentario de lady Harrowden dolió.

—Lo haré, milady. Pero la criada siempre parece tener algo más importante que hacer. No creo que me corresponda exigirlo, sobre todo porque ella cumple las órdenes de lord Harrowden.

—Así que Richard está detrás de esto, ¿verdad? —lady Harrowden cogió las cartas de Selena y echó un vistazo a los nombres—. Le dije cuando despidió a dos de nuestros criados que no habría suficientes para mantener su casa, pero no me escuchó.

La condesa había hablado en voz baja, pero ahora volvió a un tono normal.

—Supongo que se ha quedado sin dinero y no tiene medios para pagar a los criados. No importa. Hablaré con mi criada y me ocuparé de que te atienda esta noche. ¿Y Rebeca? ¿Tiene todo lo que necesita?

Selena sonrió con rigidez.

—Su criada parece conseguir que todos los del piso abajo cumplan sus órdenes, lo cual es una hazaña impresionante. Creo que Rebecca está perfectamente atendida.

Lady Harrowden se quitó las mantas y empezó a levantarse, y Selena fue a ayudarla.

—Supongo que mi sobrino no se atreverá a privar a Rebecca de nada, teniendo en cuenta que tiene mucho dinero. Querrá estar en los mejores términos con ella.

—Creo que usted tiene razón —Selena sabía que sería impropio preguntar a la condesa su mención respecto a que el conde despilfarraba su dinero, pero sentía curiosidad por saber más. ¿Ella tendría un lugar aquí por mucho más tiempo?

Selena ayudó a lady Harrowden, quien seguía rígida por la caída, a acercarse a la mesa de tocador. Cuando la condesa se sentó, le dijo a Selena que hiciera sonar la campana en busca de Morgan, y así lo hizo. Lady Harrowden miró atentamente el reflejo de Selena en el espejo.

—Tienes los ojos rojos. Realmente no tienes buen aspecto —lady Harrowden movió inquieta el peine y los polvos sobre la mesa.

Selena consiguió sonreír.

—Le aseguro que estoy bien. Es sólo que estaba intentando terminar mi vestido para esta noche y no lo hice hasta muy tarde. No debe temer por mí.

Cuando Selena dejó a lady Harrowden en manos de Morgan, fue llamada a unirse a Rebecca para ocuparse de la gran tragedia. Las zapatillas de seda que Rebecca había comprado para acompañar su vestido de baile —y que había colocado descuidadamente cerca de la jarra de agua —, se habían manchado con el líquido derramado sobre borde del cuenco. Selena, exhausta, reunió todo su valor para mantener un rostro alegre y convencer a Rebecca de que las zapatillas color champán que nunca se había puesto le irían muy bien, y que no había necesidad de apresurarse a la ciudad con la esperanza de encontrar algo adecuado.

Pasó el día corriendo entre la condesa y su pupila, buscando objetos olvidados, calmando pequeñas irritaciones y entreteniendo tanto a una muchacha impaciente respecto al inicio de la velada como a una mujer mayor que lanzaba sombrías predicciones sobre cómo el clima les prohibiría salir. Cuando estuvieron listas para vestirse, Selena estaba agotada.

Fiel a su palabra, lady Harrowden envió a Morgan a peinar a Selena. Ella agradeció el gesto, porque estaba demasiado cansada para llevarse las manos a la cabeza e intentar hacer algo por sí misma. Morgan le recogió el pelo en una serie de giros favorecedores en la parte posterior de su cabeza, y Selena recordó un hilo de flores blancas de raso que tenía y que podía entretejer en el peinado, y no pudo evitar sonreír ante el resultado final.

Adornó sus orejas con unos pequeños pendientes de oro, los únicos que su madre había conseguido ocultar a los acreedores.

—¿Sabes si Rebeca está lista?

—No, señorita. Pero enviaré a alguien con Alice para averiguarlo.

Selena se quedó sola. Se entretuvo examinándose en el cristal y se sintió alentada por la imagen que presentaba. El tono de azul que llevaba le sentaba bien a su tez y parecía devolverle el brillo rosado que había perdido por el cansancio. La flor bordada en un lado era, bueno... un poco extraña. Esperaba que no llamara demasiado la atención.

Pero eso no importaba. Tenía que ver a Rebecca.

Cuando se acercó a la habitación de Rebecca, una criada salió, sin aliento.

—Señorita. Iba en camino a decirle que la señorita Woodsley aún no está lista. Lady Harrowden está esperando abajo.

Selena respiró suavemente.

—Ve a decirle a lady Harrowden que haré lo que pueda para acelerar las cosas.

Estaba irritada consigo misma. Debería haber hablado con Alice para asegurarse de que Rebecca empezara a vestirse cuanto antes para estar lista a tiempo. Selena entró en la habitación y vio que la mitad del pelo de Rebeca seguía suelto.

Miró a la criada.

—¿Por qué aún no está lista la señorita Woodsley? —intentó mantener un tono uniforme, pero el cansancio lo hacía casi imposible. No serviría de nada hacer esperar a la condesa, ni tampoco sería bueno llegar a la fiesta mucho después de lo esperado.

Alice perdió parte de su seguridad habitual para una sirvienta de rango superior, con sus dedos titubeando por un momento.

—Yo tenía muchos encargos pendientes para preparar lo de esta noche. Y cuando empezamos el *toilette*...

—¡Ay! —Rebecca tiró del mechón de pelo de las manos de su criada—. Eso no importa. No es probable que la fiesta empiece tan pronto, y no queremos llegar temprano. No hay nada peor que ser la primera en una fiesta.

—No es probable que seamos las primeras —Selena miró el reloj de la chimenea—. Ya casi son las ocho. La invitación era para las siete, no has terminado de vestirte y aún tenemos que enganchar los caballos al carruaje antes de ponernos en marcha. Iré a atender las necesidades de lady Harrowden, pero te ruego encarecidamente que estés lista lo antes posible.

Selena salió por la puerta, entre agobiada e irritada. Aunque Rebecca podía parecer dócil con personas como la condesa y la señora Holbeck, no era precisamente obediente. Bueno, al menos lord Harrowden no estaba en su habitación.

Selena encontró a lady Harrowden en una silla, con la boca fruncida en señal de extremo desagrado.

—¿Cuánto tiempo piensas hacerme esperar?

—Yo...

Selena no pudo terminar la frase porque lord Harrowden entró en la habitación. Llevaba un rígido abrigo nuevo, con un pañuelo moteado en la garganta, y un chaleco rosa salmón que parecía elegido a juego con el vestido de Rebecca. Afortunadamente, el colorido traje estaba parcialmente oculto por una capa, pero se quitaría en el baile.

—Me estoy encargando de que preparen el carruaje. ¿Cuándo esperamos partir? —su mirada se desvió hacia el pecho de Selena y lo miró con extrañeza—. ¿Qué en eso en su vestido?

Repentinamente, todos los preparativos que Selena había estado orquestando para salir a tiempo carecieron de importancia cuando el calor ascendió por sus mejillas. No tardó en ser consciente de su vestido, mientras estaba a punto de hundirse en el suelo de vergüenza. Si ni siquiera podía salir de su propia casa sin recibir comentarios sobre su inusual flor bordada, ¿qué sucedería cuando llegara al baile?

—De donde yo vengo, esto está de moda —replicó Selena. Levantó la barbilla, pero su profundo rubor arruinó el efecto.

—Bueno, usted no viene de Londres, donde nadie sería pillado llevando eso —dijo sin amabilidad—. Supongo que no importa para un baile campestre. Iré a ver los caballos. Entonces, ¿estamos listos para partir?

—No los tenga preparados todavía, milord. La señorita Woodsley aún se está vistiendo y me temo que tardará un poco —Selena se volvió hacia la condesa, quien ahora examinaba más de cerca el extraño diseño de su corpiño—. ¿Puedo traerle su copa de jerez, milady?

La distracción resultó ser suficiente, y lady Harrowden levantó los ojos y asintió.

—Puede traer también la mía —dijo lord Harrowden.

Selena cerró la boca y obedeció. Cómo le irritaba servir a alguien como él. Cuando aceptó este cargo, se suponía que solo sería acompañante de lady Harrowden. ¿Cómo se extendían ahora sus obligaciones hasta lord Harrowden y una impertinente de dieciséis años? Pero, ¿qué podía hacer? Estaba completamente a merced de ellos.

Mientras les entregaba a lord y lady Harrowden sus copas de jerez, decidió subir a ver cómo podía apresurar a Rebecca. La idea de volver a subir los escalones le resultaba agotadora, pero debía mostrarse decidida.

—Milady, yo sólo...

Para sorpresa de Selena, la puerta se abrió y Rebecca la atravesó, con su *toilette* terminado en lo que sólo podía describirse como un tiempo récord. Llevaba el pelo recogido con tanta elegancia que, en conjunto con el hecho de que su vestido fuera indecoroso, parecía más vieja que alguien con varias temporadas en sociedad. Selena miró a Rebecca con aprensión, pero se salvó de tener que hablar.

—¿Qué llevas puesto, niña? ¿Por qué no llevas el vestido que he elegido para ti? —espetó lady Harrowden. Selena se volvió para mirar fijamente a lady Harrowden. Así que éste *no* era el vestido que la condesa había aprobado. Lady Harrowden fulminó a Selena con la mirada—. ¿Por qué no te has asegurado de que lleve el vestido que yo elegí? Está desnuda con ese vestido.

—Milady, yo... —Selena no pudo seguir.

—Yo lo he elegido para ella —dijo lord Harrowden—. Usted no sabe cuál es la última moda, pero yo acabo de regresar de Londres, después de varios años allí. Con unos cuantos consejos míos, la señorita Woodsley estará aceptable. Espere y verá.

—Tú —se mofó lady Harrowden—, tus atuendos son de muy mal gusto; como los bebés Bartholomew. Y estás haciendo que mi custodia parezca una prostituta. Rebecca, sube y elige un spencer para cubrir ese corpiño. No tenemos tiempo para nada más.

A Rebeca le brotaron inmediatamente lágrimas y dio un pisotón.

—¡No!

Selena sólo pudo observar horrorizada cómo se desarrollaba el drama.

—Hazlo —ordenó Lady Harrowden—. O os quedaréis todos en casa.

El pecho de Rebecca se agitó mientras evaluaba sus opciones durante lo que pareció un tiempo interminable. Finalmente, salió corriendo de la habitación.



Después de dejar su faetón en manos del lacayo de Holbeck, Lucius se dirigió a la casa vestido con sus mejores galas. A su hermana no le pasó por alto su pronta llegada.

—¡Lucius! —exclamó—. Tal vez no tengamos que perder las esperanzas contigo todavía. Veo que los afectos a tu familia te traen aquí, y eso me complace.

—Sí, supongo que si voy a estar aquí, también puedo ser útil. ¿Dónde están Philippa y George? —buscó en la habitación, aparentemente en busca de ellos, pero con la esperanza de ver a la señorita Lockhart. Estaba ansioso por verla después de que su visita a Harrowden dos días antes no hubiera producido nada mejor que un altercado con la señorita Woodsley.

—No los he visto en toda esta hora —dijo María. Lucius estudió a su hermana más de cerca. Parecía agobiada—. Sólo puedo confiar en que Philippa se esté vistiendo por fin después de un debate excesivamente largo sobre cuál de los dos vestidos de baile debería llevar cuando ya nos habíamos decidido por el rosa. George se estaba interesando mucho por las mesas de juego que se estaban montando, lo cual es preocupante —lanzó una mirada aprensiva a Lucius—. No sabrás por casualidad cómo está su subsidio trimestral, ¿verdad?

—Sé que fue pagado y que no se volverá a pagar hasta que termine el trimestre. Deberá tener cuidado o vivirá sencillamente —respondió Lucius.

María frunció los labios.

—Sí, y me temo que vivirá sencillamente *aquí*, porque no puede soportar vivir con madre mimándolo a cada momento, y tú te niegas a intervenir demasiado en su educación —miró a Lucius con el ceño fruncido—. No sé por qué no tiene más sentido común. Sé que a mí no me falta.

No, pero te falta imaginación, pensó Lucius, lo cual era casi un defecto mayor.

—George acabará por darse cuenta —dijo, y abrió la puerta para que ella pudiera avanzar primero hasta el salón. Los criados estaban colocando los refrigerios en largas mesas cubiertas con telas blancas y encendiendo las velas de los candelabros de techo. Las velas se reflejaban en los cristales de las ventanas, creando un cálido resplandor. George entró, especialmente elegante con un discreto abrigo bien ajustado y unos finos bombachos pálidos.

—Bonito abrigo, George. ¿Dónde te lo han hecho? —Lucius no había mostrado tan buen gusto a la edad de George. De hecho, todavía no se mostraba en ventaja al lado de su hermano menor. No le importaba lo suficiente como para llevar algo incómodo.

—¿Esto? —dijo George—. Ha sido el trabajo de un sastre de Oxford. Tiene fama de ser tan bueno como Schultz. Y he aprendido a hacer el nudo elegante —levantó la barbilla, mostrando

su pañuelo de cuello perfectamente anudado—. Como puedes ver, soy habilidoso. Sólo me ha costado tres intentos —sonrió.

—Si tan solo tuvieras buen tacto con el ganado —dijo Lucius.

—Sólo me he volcado una vez, y tú te niegas a olvidarlo —protestó George, riendo.

María se acercó a ellos, retorciéndose las manos.

—Los invitados llegarán en breve, y los que se alojan aquí ya han bajado. ¿Puede alguno de vosotros ir a buscar a Philippa?

—Yo no —dijo George—. He prometido ir a buscar un par de cartas y los dados que están en mi habitación —se alejó a zancadas sin mirar atrás.

María miraba a Lucius con expectación, y él exhaló.

—Iré a buscar a Philippa. ¿Supongo que estará en la habitación amarilla?

María asintió, y sus ojos se abrieron de par en par al oír el golpe de la aldaba de la puerta principal.

—Date prisa. Ella debería estar conmigo recibiendo a los invitados, y... oh, Charles. Ya estás aquí. Lucius va a buscar a Philippa. Tú y yo debemos...

Holbeck se inclinó hacia su mujer, con expresión intensa.

—María, acabo de ver a Downing. ¿Qué demonios te ha hecho invitarlo...?

María siseó exasperada.

—Él conoce al señor Gregson de Londres. Mira, Lucius está aquí.

Holbeck fue consciente de su entorno y asintió rígidamente con la cabeza.

—Buenas noches, Lucius —cogió a su esposa por el codo y la condujo a la entrada, y Lucius salió en busca de su hermana menor.

Philippa estaba saliendo de su habitación cuando Lucius giró hacia el pasillo de arriba, donde estaba su dormitorio. Ella se detuvo en seco y se mostró fugazmente culpable.

—¿Llego tarde? Justo estaba bajando.

—Sí. María pregunta por ti. Ya está llegando gente —Lucius se inclinó y le besó la mejilla—. Estás muy hermosa para ser tu primer baile.

Philippa se sonrojó.

—¿De verdad lo crees? Me ha costado mucho decidirme entre dos vestidos.

—Sí, María me lo ha dicho.

—Sé que eso la irritaba, pero no pude evitarlo —dijo Philippa—. Está claro que ha olvidado lo que es asistir a su primer baile.

—Sin duda alguna. La edad le provoca a uno eso —replicó Lucius, provocando una risita de Philippa. La cogió por el codo y la condujo escaleras abajo—. Vamos. Si no te llevo con María lo antes posible, es imposible saber qué hará. Entre tú y George, está un poco distraída.

Philippa abrió la boca para replicar mientras se acercaban a la entrada principal, pero Lucius fue demasiado rápido.

—María, ella estaba a punto de bajar —dijo, antes de dejar a Philippa con un pequeño guiño. Si él lograba escapar de la larga explicación de Philippa sobre lo injusta que era María, su velada ya sería un éxito a medias.

Lucius se integró en la multitud de invitados que se mezclaban en la sala lateral dedicada a las mesas de juego. Junto a George había otro caballero de pie más o menos de la edad de Lucius. No era de aquí y, aunque no se habían conocido en Londres, era bastante obvio que se relacionaba con los mejores círculos, por su leve mueca de desprecio y la calidad de su sastrería.

—Este es el invitado de María y Charles, el señor Downing —dijo George—. Viene de Londres por las festividades y acaba de llegar.

Lucius lo saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Qué tal los caminos?

¿Así que este es el tipo que Holbeck encuentra desagradable? Me pregunto por qué.

—Eran transitables por todas partes menos por ese tramo de bosque a través de Hatfield —dijo Downing—. En la posada Bear's Tooth de Welwyn me dijeron que debería poder pasar, así que lo intentamos. Su hermana me prometió un baile de lo más encantador si conseguía llegar a tiempo, y recordé que Gregson era de la zona, un amigo mío en particular. Le he escrito para hacerle saber que estaría aquí.

Por cortesía, Lucius preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que conoce a los Holbeck?

—Desde hace unos años —respondió Downing con la misma cortesía—. Tenemos algunos tratos políticos juntos —ambos hombres se volvieron para observar la entrada y a los caballeros recién llegados, inundando la sala de cartas.

—La sala de cartas se está llenando tan rápido como el salón de baile —Lucius soltó una suave risita. Los planes de María podrían verse frustrados por la afición a los dados de su propio marido si todos los solteros elegibles permanecían en las mesas de juego—. Me pregunto si seremos capaces de animar a alguno de los hombres a abandonarla.

—Le he prometido a María que bailaría —dijo George, alzando los ojos al cielo—. Debo hacerlo, supongo, pero preferiría estar aquí dentro.

Un sentimiento con el que Lucius podía identificarse, aunque se encontraba mirando hacia el salón de baile con frecuencia en busca de un destello de la señorita Lockhart. Por lo general, sólo bailaba por obligación, pero se preguntaba cómo sería tenerla en sus brazos. Su cintura era pequeña, y su mano se acomodaría muy bien sobre ésta.

Downing bebió el contenido de su vaso.

—Yo no bailo. Prefiero las cartas. Menos riesgo —soltó una pequeña carcajada—. Una vez estuve a punto de terminar involucrado con alguien, así que me he mantenido alejado desde entonces. Tengo dinero y amantes suficientes para no tropezar con caer en el matrimonio.

George levantó la mirada de su baraja intacta y se encontró con la de Lucius. Sus ojos estaban llenos de burla, lo que animó a Lucius. Si a su hermano le parecían excesivas las afectaciones de Downing, aún había esperanza para él.

George volvió a centrar su atención en Downing, con expresión inocente.

—¿De verdad, señor? Dígame, ¿qué cantidad de amantes es suficiente? Tengo curiosidad.

Lucius se dio la vuelta antes de que pudiera traicionarse a sí mismo con una carcajada. Abandonó la sala de cartas y se dirigió al salón de baile mientras los invitados comenzaban a llegar. Se sentía un poco incómodo; no era propio de él estar tan inquieto. Más de una joven lo miraba con esperanza, y sabía que si no encontraba una ocupación rápidamente, todos esperarían que cortejara a varias de ellas.

Al otro lado del salón de baile, la señorita Lockhart atravesó la puerta doble, deteniéndolo en seco. Sujetaba a lady Harrowden por el codo, y se dio la vuelta para dirigirle unas palabras a la señorita Woodsley. Los tonos azules del vestido de la señorita Lockhart eran elegantes y realzaban a la perfección su piel lechosa. Llevaba el pelo recogido en un elegante peinado con trenzas entrecruzadas y pequeñas flores blancas que se entrelazaban en el moño cuando se giraba. Su vestido moldeaba su esbelta figura, y las mangas casquillo revelaban un destello de esa piel suave junto a sus largos guantes. Cerró los ojos, preguntándose si había sido hechizado. En ese momento, Lucius pensó que nunca antes había posado los ojos en una mujer más atractiva.

La señorita Lockhart no lo había visto y no estaba buscando a nadie en la habitación. Ella bajó la cabeza para escuchar a lady Harrowden. *Ella no me está buscando.*

Él dio un paso adelante y notó que ella no estaba sonriendo. ¿Acaso algo había molestado a la señorita Woodsley? ¿O tal vez era lady Harrowden quien le había causado aflicción? La mirada de Lucius se dirigió a lord Harrowden, de pie detrás de la condesa, quien ahora se estaba involucrando con la señorita Woodsley en lo que parecía un flirteo. Lo más probable era que *él* fuera la molestia, si la había.

Lucius sabía que su deber era saludar a los Harrowden, pero se mostró reacio a hacerlo, prefiriendo entablar conversación a solas con la señorita Lockhart. Aceptó un vaso de ponche de un criado con una bandeja y se quedó de pie observando a la señorita Lockhart, dispuesto a intervenir si se libraba de la conversación de los que la rodeaban.



SELENA ESTABA a punto de caer rendida por el cansancio, y la noche aún no había empezado. Había velas en todas las ventanas de la residencia Holbeck cuando llegaron, de modo que, por grande que fuera, parecía una casa de cuento de hadas. En el interior, la vegetación se extendía a lo largo de las verjas y perfumaba la casa con un aroma festivo, que se mezclaba con las diversas colonias de la gente entrando del frío y con las tentadoras especias que flotaban mientras los sirvientes sacaban bandejas de la cocina. Había una gran variedad de platillos esparcidos por algunas mesas, y cuencos de ponche en otras. Mientras la gente desfilaba ante Selena, los hombres mayores con chaquetas de seda de colores brillantes, los más jóvenes con colores más discretos y las mujeres portando todas sus galas, pensó que Londres no podía presumir de una fiesta más extravagante.

Se volvió impulsivamente para decírselo a lady Harrowden, pero vio que la condesa parecía superada por el ruido y la multitud. Lord Harrowden se inclinaba hacia Rebecca, con el rostro divertido por alguna broma privada susurrada al oído.

Selena cogió a la condesa por el codo.

—Milady, déjeme llevarla a la esquina donde debe haber un poco más de aire. Rebecca, ¿por qué no nos sigues?

En lugar de contestar, Rebecca sonrió a lord Harrowden.

—A nadie le importará que usted me lleve a por una limonada, ¿verdad? —miró a Selena—. Difícilmente podría ser inapropiado, ya que somos casi como primos.

Selena abrió la boca para objetar, pero lord Harrowden le dedicó una sonrisa de suficiencia y se alejó con Rebecca del brazo. Se giró para ver si lady Harrowden se había dado cuenta de lo ocurrido, pero la atención de la condesa estaba puesta en los músicos que se estaban preparando.

No estaría bien permitir que Rebecca se alejara de una manera tan deliberada y coqueta, pero Selena no podía dejar a lady Harrowden sin asistencia. Tendría que acomodarla en una silla, seguir a Rebecca y traerla de vuelta por la fuerza. Esto se estaba volviendo ridículo. No sólo la muchacha se estaba poniendo en ridículo, sino que Selena nunca volvería a conseguir otro puesto. Todo el mundo vería lo mal preparada que estaba para infundir en su pupila incluso la formación más básica en decoro.

Lady Harrowden dejó que Selena la condujera hasta el rincón donde había una corriente de aire fresco. Allí estaba sentada una mujer mayor, a la que lady Harrowden saludó con verdadero placer.

Selena pensó que era un momento propicio para escabullirse y recuperar a su pupila.

—Milady, creo que debo buscar a Rebeca y vigilarla. ¿Me permitirá quedarme cerca de ella si me acerco a usted con regularidad para ver si necesita algo?

Lady Harrowden se limitó a hacer un gesto con la mano.

—Sí. Adelante.

Selena caminó con pasos rápidos por el salón, cada vez más abarrotado, hasta donde estaba Rebecca. A mitad de camino, vio a sir Lucius y se le cortó la respiración. Apuesto incluso cuando estaba vestido descuidadamente; cuando vestía formalmente, sir Lucius era incomparable. Su cabeza estaba inclinada hacia abajo, dejando ver su cabello oscuro y ondulado, y conversaba muy de cerca con una joven que daba la espalda a Selena. Ante la imagen, Selena sintió una punzada muy parecida a los celos. *¡Tonta! Como si tuvieras alguna oportunidad con sir Lucius. Además, estás aquí como acompañante, no como invitada.*

La mujer se puso de perfil, y los labios de Selena esbozaron una sonrisa como por voluntad propia. ¡Era Philippa! No se trataba de otra aspirante a su atención; era su hermana. Sir Lucius levantó la mirada en ese momento y percibió la sonrisa de Selena. La miró directamente a los ojos, le devolvió la sonrisa, hizo una leve reverencia y volvió a inclinarse para escuchar la interesante historia que Philippa le estaba contando. Al cabo de unos segundos, volvió a mirar a Selena. Ella se giró rápidamente para ocultar el destello de alegría que le produjo esa segunda mirada.

Selena se acercó a Rebeca, quien estaba exhibiendo todos sus encantos bajo las atenciones de un joven caballero impecablemente vestido. Su abrigo era rojo como el vino y sus bombachos color crema revelaban unos muslos musculosos. Sus rizos rubios tenían un aspecto barrido por el viento que no parecían moverse cuando su cabeza lo hacía. Un vividor de la sociedad como él solo. Selena miró a su alrededor, confundida. *¿Dónde había ido lord Harrowden y cómo había podido dejar sola a Rebecca?*

Se paró delante de ellos.

—Buenas noches, señor. Me temo que la señorita Woodsley es requerida en otro lugar.

El vividor hizo una reverencia y Selena apartó a Rebecca con una ligera presión en el brazo, pero sólo habían dado unos pasos cuando Rebecca estiró las manos en otra dirección. Lord Harrowden se dirigía hacia ellas con una copa de champán en la mano.

—Esto es para darle fuerzas para nuestro baile —dijo, extendiendo la copa.

Selena levantó la mano en señal de protesta.

—Milord, me gustaría que no dejara a la señorita Woodsley sola a merced de hombres extraños. O que pensara que es aceptable que beba champán.

—Ah, pero se la he encargado especialmente a Gregson, un amigo mío del vecindario. Yo sabía que cuidaría bien de ella —se volvió hacia Rebecca—. ¿Verdad?

Rebecca soltó una risita.

—Ha sido muy atento. Le he prometido un baile más tarde.

—Realmente no debería haber... —comenzó Selena.

Lord Harrowden metió el brazo de Rebecca en su codo.

—Así que ya ve, señorita Lockhart. Todo va bien. Y ahora, la señorita Woodsley y yo daremos una vuelta por el salón —bebió el champán de un trago y dejó la copa en la bandeja de un criado que pasaba por allí antes de conducirla hasta un grupo de caballeros, donde presentó a Rebecca.

Selena no veía cómo impedir que su pupila se mostrara como una coqueta de lo más decidida, y el cansancio de una noche sin dormir y un día de hacer recados uno tras otro la superó. Sir Lucius eligió ese momento para acercarse.

—Señorita Lockhart, yo... —su mirada se posó en la flor bordada de su corpiño y sus palabras se desvanecieron. Selena cerró los labios y lo miró, sintiendo el calor de un profundo rubor—. ¿Una nueva moda, señorita Lockhart? —preguntó en voz baja. Ella levantó la barbilla, aunque temblaba ligeramente.

La mirada de Lucius se suavizó al ver su expresión, y abandonó su tono burlón.

—Ha elegido bien el color, señorita Lockhart. Hace brillar sus mejillas. Es usted *realmente* encantadora.

Selena no sabía cómo responder o incluso si *debería* aceptar cumplidos tan penetrantes de sir Lucius cuando no era más que una simple acompañante. Aprovechó la conversación.

—Su hermana luce preciosa. ¿Ella está disfrutando de su primer baile? Es su primer baile, ¿cierto?

—Lo es, y lo está disfrutando enormemente —asintió satisfecho mientras su hermana estaba sentada con las otras jóvenes de su edad—. Y por suerte, aún no he tenido que echar a nadie —señaló la entrada de la sala de cartas—. Mi hermano George está allí. Lo conoce, ¿verdad? Ha sido echado de Oxford, así que creo que lo veremos bastante.

—Ya veo —dijo ella, resistiendo la sonrisa que fue causa de su tono irónico; un tono que ella empezaba a encontrar extrañamente reconfortante.

Estaban de pie uno al lado del otro, observando a la multitud, y Selena podía sentir el calor que emanaba del sólido brazo de sir Lucius. En el reconfortante silencio que siguió, ella tuvo más oportunidad de observar a George que en la posada. Su hermano era una versión más delgada de sir Lucius y, con sus rasgos más uniformes, era objetivamente el más apuesto de los dos. Era joven, pero probablemente ya había roto algunos corazones. Sin embargo, a Selena le atraía más la complexión robusta y el rostro con arrugas de sir Lucius.

Sir Lucius miró a Philippa y su rostro adoptó una expresión severa.

Selena preguntó:

—¿Qué pasa?

—Veo que Gregson ha encontrado el camino para llegar a mi hermana —dijo, y Selena vio al mismo caballero del abrigo color rojo vino que lord Harrowden había elegido para ser chaperón de Rebecca. Sir Lucius no apartó los ojos de su hermana—. Él debería ser más sensato, sobre todo desde que se lo advertí.

Selena podía entender su preocupación.

—Sí, también estaba cortejando a la señorita Woodsley. Parece decidido a flirtear con chicas jóvenes y hermosas.

—O ricas —dijo sir Lucius.

—Puede ser muy encantador; y persistente —dijo Selena—. Puede que a su hermana no le resulte fácil rechazarlo. Sé que Rebecca no ha podido.

—La señorita Woodsley no parece capaz de decir que no a nada —dijo sir Lucius, devolviendo la mirada a Selena, y sus ojos mostraron una mirada divertida a la que ella no pudo evitar responder.

—La señorita Woodsley sólo tiene dieciséis años. Quizá sea simplemente muy joven e inexperta y... —Selena no se creía lo que estaba diciendo—. Me temo que un éxito de esta naturaleza la enorgullece.

—Philippa sólo tiene diecisiete años y podría sentirse tentada por lo mismo. Sin embargo, como usted verá en breve, ella no tardará en darle la espalda a Gregson —sir Lucius se volvió expectante hacia su hermana, pero en lugar de rechazar a un pretendiente inoportuno, ella se rio y se sonrojó cuando Gregson cogió una copa de una bandeja que pasaba y se la ofreció con una

reverencia—. Ese diablo —murmuró sir Lucius, acercándose a ellos a zancadas.

Selena se mordió el labio y esperó, por el bien de su hermana, que no se montara una escena que atrajera la atención de los entrometidos, pues ya había visto unos cuantos. La señora Holbeck se paró a su lado, con la mirada también fija en Philippa.

—Parece que usted está encontrando su propio entretenimiento a pesar de ser una acompañante, señorita Lockhart —dijo la señora Holbeck—. Ha llegado con lord Harrowden y ahora la veo hablando con mi hermano.

La señora Holbeck se volvió cuando Rebecca pasó junto a ellas, riendo a carcajadas con lord Harrowden durante uno de los bailes campestres.

—Creo que mi hermano está en la etapa de su vida en la que buscará esposa. Casi lo ha dicho.

Selena no sabía qué respuesta esperaba, así que guardó silencio. La señora Holbeck la miró de frente, obligando a Selena a mirarla a los ojos.

—Creo que haría bien en pasar menos tiempo en compañía de mi hermano y más formando a su pupila. Él es muy generoso como para hacerle saber que no está interesado en usted.

No podía permitir que la señora Holbeck continuara con sus insinuaciones de que Selena estaba *lanzando sus anzuelos*.

—Le aseguro que no busco su interés.

La señora Holbeck continuó como si Selena no hubiera hablado. Tenía la mirada fija en Rebecca mientras ella cambiaba de pareja y ejecutaba una figura perfecta en la pista de baile.

—Creo que Lucius ha puesto sus ojos en alguien con más para ofrecer.

Selena también dirigió su mirada a Rebecca. Parecía muy madura y atractiva. Si alguien no supiera de lo que era capaz, ella podría entender el atractivo. ¡Pero sir Lucius lo *sabía*!

La señora Holbeck se volvió y apoyó la mano en el brazo de Selena.

—Haga lo que ha venido a hacer y siga enseñando corrección a la señorita Woodsley, quien aún tiene mucho que aprender. Si lo hace, me encargaré de que le den una buena recomendación cuando deje Woolmer Green —palmeó el brazo de Selena y le dedicó una sonrisa condescendiente antes de marcharse.



Selena apretó los dientes e intentó controlar la respiración para ocultar la oleada de rabia que se había apoderado de ella. Se movió sin pensar en dirección a la sala de descanso, con la esperanza de encontrar unos momentos de paz después del humillante sermón que le había dado la señora Holbeck, quien al parecer pensaba que Selena estaba en el baile con la intención de obtener el mayor premio marital que el condado podía ofrecer. *¡Ja!* Como si la vida no le hubiera enseñado algo mejor. No volvería a ser tan tonta.

Lo que era especialmente miserable era el hecho de que las insinuaciones de la señora Holbeck tenían algo de verdad. Selena sí encontraba atractivo a sir Lucius y le gustaba cómo se sentía en su presencia; sosegada y... viva, si eso era posible.

Le gustaba la arruga en medio de su frente y la severidad de su boca, que encajaba muy bien con su carácter sardónico. Y le gustaba su ironía, sobre todo cuando la incluía a ella en la broma. Ni siquiera su antiguo prometido había respetado su inteligencia lo suficiente como para hacer eso. Le gustaba el pelo liso de Lucius, de un castaño oscuro tan brillante que parecía tener destellos plateados. Sobre todo, a Selena le gustaba su repentina sonrisa cuando se le dibujaba en la cara. Debería haber sido inadecuada para un hombre tan cínico; en cambio, la atraía como un faro de felicidad.

Y por alguna razón inexplicable, sir Lucius parecía preocuparse por ella. No perdía ocasión de buscarla, y ella se sentía protegida y querida cuando él estaba cerca. Quizás eso era quizás lo peor de todo porque le daba esperanzas.

—¿A dónde ha huido esa chica? —la voz cercana de lady Harrowden sacó a Selena de sus pensamientos y la detuvo en seco de camino a la sala de descanso. Se había olvidado por completo de lady Harrowden en su angustia, y ahora se consideraba afortunada de que la condesa pareciera pensar que había recorrido este camino con la intención de volver a su lado.

Cuando la pregunta de lady Harrowden la atravesó, Selena se detuvo en seco y fue consciente de lo que la rodeaba. También se había olvidado por completo de Rebecca. Buscó en la habitación con la respiración acelerada. ¿En qué travesura se habría metido la chica en tan poco tiempo?

Selena señaló con la cabeza la pista de baile.

—Ah. Ahí está, milady. Parece que está bailando con el señor Gregson. Aunque le he dicho que no lo haga.

Tras una breve pausa en la que lady Harrowden observó a la pareja pero no respondió, Selena ocupó la silla vacía a su lado y decidió ser directa. Tal vez recibiría alguna ayuda.

—Rebecca no es muy maleable. De hecho, me temo que no se le puede incitar a hacer nada que no quiera, a pesar de tener sólo dieciséis años. Espero que no tengamos que temer que haga algo escandaloso.

—Ciertamente espero que no —lady Harrowden se recostó con una penetrante mirada a Selena—. Por eso tiene una institutriz para cuidarla. Es tu responsabilidad asegurarte de que no sufra ningún daño. No debería ser tan difícil. Al fin y al cabo, le llevas varios años de ventaja.

Selena mantuvo la mirada fija en Rebecca mientras bailaba y mantenía una conversación animada y insinuante. Bueno, esa sería la última vez que intentara ser sincera. Sin embargo, no estaba segura de poder seguir callada después de muchas más reprimendas severas como ésta. ¿Uno podía abandonar un puesto porque era demasiado demandante? Selena tuvo que admitir la pura verdad. No. No era posible, no cuando se era tan pobre como Selena.

Otra dama se acercó a la condesa para hablar con ella, y Selena se puso en pie.

—Me ocuparé de Rebecca, milady.

Llegó a medio camino entre la multitud cuando sintió una mano en el brazo. Selena levantó la mirada y se sintió aliviada —y luego culpable, gracias a la señora Holbeck—, al ver a sir Lucius. No, no podía pensar en él como un *hogar*. No podía pensar en él en absoluto. Estaba por encima de Selena en posición y riqueza, y daba igual que fuera una criada fregando en la cocina, pues no tenía oportunidades de ganarse la consideración del hombre. Intentó esbozar una sonrisa, que resultó dolorosa, y sir Lucius la estudió atentamente con el ceño ligeramente fruncido.

—Iba a intentar detener a la señorita Woodsley antes de que empezara el siguiente baile —explicó Selena—. Está bailando con el señor Gregson, aunque le he aconsejado no hacerlo e incluso la he apartado de su presencia.

—Muchachita problemática —dijo sir Lucius, con sus ojos todavía examinando su cara como si hubiera algo más. Sir Lucius miró en dirección a Rebecca—. Por lo visto hay dos decididos a ignorar los consejos, porque he tenido una conversación parecida con Gregson. Venga, iré con usted —sir Lucius cogió la mano de Selena y la depositó en su brazo.

Por mucho que Selena intentó no sentirse afectada por su atención, fue una experiencia vigorizante no amonestar por sí sola a una niña tonta para que entrara en razón, especialmente a una chica que estaba decidida a no escuchar. La música llegó a su fin cuando alcanzaron a la pareja.

Sir Lucius apoyó la mano en el hombro de Gregson.

—Tiene poca memoria.

Gregson se dio la vuelta.

—¿Qué? —luego comprendió—. No, de verdad, sir Lucius. Esto es demasiado. No creí que su desaprobación se extendiera a bailar con todas las doncellas del baile.

—Lo hace si la señorita Lockhart no aprueba semejante acción —sir Lucius se volvió hacia Rebecca—. Le recomiendo que siga su ejemplo y no frustre su autoridad cada vez que pueda.

Rebecca frunció el ceño, y Selena se preguntó si, tal vez, la magia del encanto de sir Lucius había desaparecido en la muchacha. Eso sería más de lo que ella podía haber esperado. Selena se volvió cuando el hermano de sir Lucius se unió al grupo.

George se inclinó ante Selena y Rebecca, y luego se volvió hacia el señor Gregson.

—¿Creo que alguien lo espera en la sala de cartas para la partida que ha prometido? —sonrió a Rebecca—. Si ya ha terminado con su baile —ella le devolvió la sonrisa, con el ceño mágicamente borrado, y sir Lucius intercambió una mirada recelosa con Selena.

Volviéndose hacia el señor Gregson, George añadió:

—Comprendo la tentación de una pareja así, pero Downing dice que ya lo ha esperado

bastante.

El señor Gregson se echó a reír, pero a Selena se le había helado la sangre.

—¿Señor Downing? —preguntó ella, con su voz apenas por encima del susurro.

El señor Gregson la oyó y se apartó de George con una sonrisa aún en los labios.

—Matthew Downing. Un amigo de Londres que tuve el placer de conocer aquí. ¿Usted lo conoce? —él la estudió con curiosidad, y Selena no pudo ocultar del todo su consternación, aunque lo intentó con todas sus fuerzas.

—No... no lo sé. Creo que no —respondió. Los ojos de sir Lucius estaban clavados en ella y, aunque no se atrevía a mirarlo a los ojos, podía sentir su curiosidad. Por una vez, Selena no quería su mirada amable. No quería que se convirtiera en lástima... o disgusto, porque los compromisos rara vez se anulaban sin una causa justificada.

George y el señor Gregson se alejaron hacia la sala de cartas, dejando a Selena sola con Rebecca y sir Lucius.

—¿Con quién voy a bailar ahora? —dijo Rebecca—. Has alejado a todas mis parejas de baile. Es muy injusto.

Philippa entró por la puerta principal del brazo de lord Harrowden, y Selena miró a sir Lucius a tiempo de ver cómo tensaba la mandíbula. Se trataba de otro conocido que no toleraría para su hermana y, como Selena sabía muy bien, él hacía bien en no permitirlo.

—Ahí está lord Harrowden —dijo Rebecca, poniéndose de puntillas—. Tal vez me invite a bailar. Seguro que no puede oponerse a ello, ya que es el sobrino de mi tutora —Rebecca estaba a punto de dirigirse al conde cuando Selena le colocó una mano restrictiva en el brazo. Tenía que hacer todo lo posible por inculcar algo de decoro mientras pudiera. Mientras aún tuviera una posición.

—¿No ves que lord Harrowden está caminando con otra dama? No puedes interrumpir su conversación. Debes esperar a que él se acerque a ti —Selena habló con toda la autoridad que poseía, pero, al parecer, Rebecca era inmune a ella.

—Por eso sigues siendo una solterona. No quieres correr riesgos —Rebecca estaba a punto de marcharse, pero las palabras de sir Lucius tuvieron la habilidad de hacerla detenerse.

—Y tú, querida niña, serás conocida por todo el mundo como incorregible. Por el momento, sólo la señorita Lockhart y yo conocemos el alcance de tu locura, y el hecho de que nos lo hayamos guardado para nosotros es una amabilidad que no mereces. Sin embargo, si continúas así, ni siquiera nosotros podremos salvarte de ti misma. Habrás perdido tanto la decencia que no podrás asomar la cabeza en Sociedad. Nadie te aceptará. Créeme —sir Lucius había pronunciado estas tranquilas palabras cerca de su oído, pero no había duda de la amenaza en su voz.

Él dio un paso atrás.

—Ahora, si me disculpáis. No deseo que mi hermana permanezca en compañía de alguien a quien sólo puedo calificar como... —sir Lucius pareció recuperarse, miró a Rebecca y terminó con un murmullo—. Disculpe, señorita Lockhart.

Selena lo vio acercarse a su hermana, apartarle suavemente la mano del brazo de lord Harrowden y colocarla en el suyo. Parecía que esta noche estaba rescatando a una persona tras otra. Qué baile más tedioso debía de ser para él. Ella se volvió hacia Rebecca, esperando ver otra mirada calculadora, o verla desaparecer por completo, habiendo huido tras algún caballero con el que todavía no había tenido el beneficio de flirtear. En lugar de eso, Rebecca tenía la cara muy roja y el labio le temblaba.

La mirada de Selena se suavizó. Tenía que recordar que Rebecca seguía siendo una niña.

—Ven. Caminemos hasta la ventana y cojamos un poco de aire —entrelazó su brazo con el

de Rebecca y, mientras cruzaban el salón, Selena recorrió con la mirada a la multitud, temiendo ver la cara que la perturbaría más que ninguna otra. La multitud se mezclaba y ella no podía identificar ningún rasgo distinguible.

Condujo a Rebecca al rincón donde sabía que se reanimarían con el aire fresco que entraba por el alféizar; y donde no podría ser descubierta por el señor Downing. Parecía increíble que él estuviera *aquí*, y ella sólo podía esperar que hubiera malinterpretado las cosas. Detrás de la cortina, Selena tuvo la oportunidad de calmar sus turbulentas reflexiones y ocultar sus emociones con más cuidado.

—¿Es verdad lo que él ha dicho? —preguntó Rebeca, con su voz penetrando en la casi oscuridad—. ¿Podría perder mi lugar en la sociedad y no ser aceptada por nadie?

Selena abrió su abanico y lo usó con Rebecca. No sólo las emociones de Selena se habían desordenado. Sin embargo, las palabras de Rebecca provocaron esperanza. Tal vez la chica realmente poseía la capacidad de pensar en las consecuencias.

—En un segundo —le advirtió Selena—. Una reputación es algo frágil en la sociedad, y una vez perdida a los ojos de la *alta*, no se puede recuperar. Por eso te he estado instando a que seas más prudente en tu trato con los caballeros. Hay un protocolo que una joven debe seguir, y sé que en algún lugar de tu interior debes conocerlo.

—No lo conozco —protestó Rebecca—. Margaret Shirley, del seminario Paisely, me dijo que, sin cuna, solo mi fortuna conseguiría darme un marido, y era una lástima que yo nunca pudiera saber si le gustaba de verdad a un hombre o si lo que quería era mi fortuna. Me aconsejó que la única forma de saberlo con seguridad era elegir a qué hombre deseaba perseguir y hacer que se enamorara de mí, que es lo que me he propuesto a hacer.

—Ella se equivoca —dijo Selena con suavidad, preguntándose si Margaret Shirley era igual de ignorante que Rebecca, o si se trataba de un vil complot para arruinar un carácter débil—. El mejor camino es dejarse guiar por quienes tienen más experiencia y dejarnos a nosotros ahuyentar a los cazafortunas. Pero primero tenemos trabajo que hacer para entrenarte en el decoro y en las habilidades de una dama. Quizá podamos empezar a trabajar en eso mañana.

Rebecca resopló y se secó los ojos. Selena no había visto las lágrimas en la penumbra.

—En realidad, sir Lucius era el que más me gustaba de todos, desde que lo vi en Brighton, paseando con su madre por el Steyne. Todas las damas querían hablar con él, y él era cortés, pero nunca favoreció a una mujer más que a otra. Pensé que sir Lucius podría preferirme. ¿Crees que él mostraría interés por mí si me comportara más correctamente?

El corazón de Selena latió dolorosamente al pensarlo. No quería contestar, pero tenía la responsabilidad de ver a Rebecca casada de forma digna.

—No lo sé, pero no lo creo imposible. Si cambias de verdad, Rebecca; si cambias de corazón, *todo* puede pasar.

Incluso sin haber sido presionada hasta el punto de agotamiento, no haría falta mucho más para sellar el final de uno de los días más deprimentes de Selena. Y luego estaba la amenaza latente. Matthew Downing. Sin duda alguna, no podía estar aquí. E incluso si era él —la pequeña cantidad que había comido en la cena se asentaba como plomo en el estómago de Selena—, aún quedaba la esperanza de que sus caminos no se cruzaran. Por el momento, estaba bien escondida tras la cortina en un rincón.

Selena se preguntó cómo podría convencer a lady Harrowden y a Rebecca para que se marcharan de inmediato. Su mente examinó las posibilidades y no encontró ninguna que funcionara sin tener que contarle todo a lady Harrowden. Pero, ¿seguro que había suficiente gente para evitar que sus caminos se cruzaran? Y George dijo que Matthew no saldría de la sala

de cartas... Selena tomó una decisión. Debería sentarse en la esquina junto a la condesa. Eso sería suficientemente seguro.

—¿Vamos a...?

Sus palabras fueron interrumpidas por un fuerte chillido y un movimiento a su lado tan frenético que Selena no pudo imaginar lo que le había ocurrido a Rebecca. Hubo gritos tras gritos, y Selena intentó distinguir lo que ocurría en la penumbra. De repente, su visión se inundó de luz. Rebecca había rasgado la cortina y había salido a trompicones, sujetándose el vestido y levantándolo, chillando y gritando presa del pánico.

Selena reaccionó.

—Cálmate —instó en voz lo más baja posible. La música se había detenido, y todo el salón de baile estaba paralizado mientras Rebecca seguía gritando—. ¡Sh! ¡Basta! ¿Qué está pasando?

—Ooooh. Hay algo arañándose. Algo me ha mordido. Mira. Tengo un arañazo. Hay un demonio.

Selena capturó un movimiento por el rabillo del ojo, viendo cómo un ratón se escabullía del rincón a lo largo de la pared. Si Selena esperaba evitar una escena aún mayor, Rebecca no debía enterarse y dejarse llevar por un pánico mayor.

—Rebeca, ¡basta! Debes calmarte —suplicó.



CUANDO LUCIUS HUBO puesto cierta distancia entre Philippa y lord Harrowden, comenzó a regañar.

—¿No te he advertido precisamente de esto?

—Lucius, no me das crédito —replicó Philippa en voz baja, y él creyó detectar que estaba herida—. Difícilmente podía decirle a lord Harrowden que *no*; no cuando yo ya había bailado con otros hombres.

—Claro que podías —replicó Lucius—. Es lo que...

Unos gritos desgarradores llegaron a sus oídos, e instintivamente escudriñó la habitación buscando a la señorita Lockhart. No debería haberle sorprendido ver cómo se abría de un tirón la cortina de uno de los rincones y cómo la señorita Woodsley armaba tal barullo como para detener a todo el mundo en seco. La señorita Lockhart, de pie a su lado, buscaba por los lados de la habitación, y tenía los ojos muy abiertos con lo que parecía miedo. Lucius se puso en marcha y Philippa lo siguió rápidamente.

Cuando Lucius las alcanzó, la señorita Lockhart intentaba calmar a su pupila, pero sin éxito. Aunque la señorita Woodsley había dejado de gritar, se levantaba la falda y se miraba los tobillos, exclamando:

—Debió haber sido algún roedor. Qué angustia. Ahora no me siento segura en ningún lugar de esta casa.

Charles Holbeck se dirigió hacia ellos y, al pasar junto a los músicos, les hizo un gesto para que reanudaran su música. No parecía complacido, y Lucius se preguntó si eso calmaría el fervor de María acerca de la señorita Woodsley siendo una esposa aceptable para él.

—¿Se encuentra bien? —preguntó él a la señorita Woodsley, lanzando una rápida mirada a la señorita Lockhart. Pero la señorita Woodsley sólo se echó a llorar.

—Un ratón, creo —susurró la señorita Lockhart. Rodeó a la señorita Woodsley con el brazo.

El salón no había vuelto del todo a su habitual estruendo de conversaciones, y algunos de los hombres seguían fuera de la sala de cartas donde se habían reunido cuando estalló la conmoción.

Lucius se movió frente a ellas para cruzarse con el señor Holbeck e informarle de lo sucedido. Él se detuvo bruscamente cuando oyó una voz intensa y sorprendida.

—¡Selena!

La voz procedía de la entrada de la sala de cartas, y Lucius se volvió rápidamente en esa dirección, con los ojos abiertos de indignación. *Selena* era el nombre de pila de la señorita Lockhart. ¿Quién se había atrevido a usarlo? Otros se volvieron también hacia el origen, y sir Lucius vio ahora que se trataba del señor Downing.

La señorita Lockhart estaba paralizada, de espaldas a Lucius. Aún no había mostrado respuesta al hecho de que se dirigieran a ella. Lucius pudo ver por su postura rígida que informaba que estaba angustiada. ¿Qué relación tenía con Downing para que él utilizara libremente su nombre de pila? La respuesta cayó sobre él como un gran peso cuando recordó su conversación con María. ¿Quién más, aparte de la familia, usaría su nombre de pila sino su antiguo prometido?

Lucius se acercó a la señorita Lockhart y se detuvo a un par de metros. No se atrevía a romper el silencio. La señorita Lockhart se volvió por fin para mirar a Downing. Estaba mortalmente pálida y tenía los labios decididamente cerrados. Downing bajó la mirada hacia la flor bordada en el corpiño de la señorita Lockhart y luego la miró a ella.

—¿Qué llevas puesto? Tu sentido de la moda parece haber sufrido una caída —Downing se echó a reír, y el sonido resonó con dureza, sobre todo porque la multitud estaba en silencio, con todos los ojos fijos en Downing y la señorita Lockhart—. Nunca pensé volver a verte en sociedad, ni siquiera en una ciudad tan pequeña como Woolmer Green —continuó—. Pero veo que me he equivocado. Supongo que la sociedad acepta más de lo que yo había imaginado.

Aunque la señorita Lockhart parecía perdida y vulnerable; sola, levantó la barbilla.

Chica valiente. Lucius contenía la respiración. ¿Debía intervenir? Dudó. Esta era la batalla de Selena, y ponerse a su lado podría provocar más cotilleos.

—Quizá no todo el mundo tenga tantos prejuicios como usted, señor Downing —respondió con voz firme. Sus ojos miraron a Downing, y Lucius vio el desdén en ellos.

—Tal vez no todo el mundo sea tan discernidor —replicó Downing—. En cuanto a mí, tengo un estándar mínimo que mantener, como una vez supiste; y acordamos. Por eso pensábamos que éramos compatibles —Downing miró a su alrededor, pero sus ojos volvieron rápidamente a la señorita Lockhart, con una acechando sus labios que transmitía su desprecio—. Debo saber. ¿De quién eres invitada a esta fiesta?

María había oído el origen de la conmoción y acudió a pararse junto a ellos.

—No es invitada de nadie, señor Downing —respondió con voz resonante—. Es la acompañante de lady Harrowden; y también la institutriz de la señorita Woodsley. No sabía que os conocíais.

Maldita sea la entrometida de María, pensó Lucius de manera poco caritativa. Él sabía muy bien que ella había orquestado esto. La mirada consciente de Holbeck se lo confirmó.

Los ojos de Downing se ampliaron de manera incrédula.

—¿Una acompañante-institutriz? Bueno, eso explica tu presencia aquí, al menos.

La barbilla de la señorita Lockhart bajó unos centímetros.

La mirada de Lucius volvió a posarse en la señorita Lockhart, y fue invadido por una sensación de agonía ante su difícil situación. La guerra estaba desatada en su interior. Si daba un paso al frente, era como manifestar con firmeza su opinión, algo que él no podía hacer. Si la defendía, incluso desde un altruismo que le era ajeno, ella sería una persona más que pondría su carga a sus pies esperando más de él. No podía hacer esto.

Entonces, Downing miró a la señorita Woodsley, quien por primera vez se mostró tranquila, incluso sumisa.

—Supongo que no es de extrañar que una pupila tuya chille de un modo tan horrible. Parece que no soy tan prejuicioso como pareces creer, Selena. O al menos no de manera tan chocante. Lo que sí soy, sin embargo, es *cultivado*. No es que me haya arrepentido de cancelar las cosas cuando lo hice... —Downing se detuvo en seco cuando la absorta atención de la multitud consiguió por fin silenciarlo.

Soltó una débil carcajada y continuó en un tono más suave.

—Esto sólo demuestra que puedo confiar en mi instinto, aunque nunca dudé de que pudiera hacerlo.

Philippa se había colocado junto a María y observaba la conversación con el ceño fruncido. Miró a Lucius con reproche.

Downing dirigió su mirada a Philippa, quien estaba al lado de María, y sus ojos brillaron con interés. Inclino la cabeza en su dirección y Lucius sintió deseos de estrangularlo. A su alrededor, la multitud seguía escuchando, a la espera de más cotilleos que contar en la mesa del desayuno al día siguiente. La señorita Lockhart permanecía rígida, con la frente y la parte superior de las mejillas carmesíes.

El señor Downing se dirigió a la multitud.

—No creo que haya nada más que ver aquí. Gregson, ¿por qué no volvemos a nuestro juego?

—Fuiste tú quien lo detuvo —respondió Gregson—, y sólo puedo pensar que fue porque estabas en racha perdedora. Estoy más que feliz de reanudarlo.

Aparte de unas cuantas miradas hacia la señorita Lockhart, tanto compasivas como maliciosas, la multitud empezó a formar otro baile mientras los músicos ponían sus arcos en las cuerdas y comenzaban una animada introducción. El señor Downing hizo una pausa en su camino hacia la sala de cartas.

—Señora Holbeck, ¿sería tan amable de presentarme a esta encantadora criatura? —hizo una pequeña reverencia ante Philippa.

Philippa respondió antes de que Lucius pudiera intervenir.

—Le aseguro que no es necesaria ninguna presentación. Lucius, ¿estábamos hablando y creo que no habíamos terminado?

Cualquiera de las habituales irritaciones que Lucius pudiera sentir hacia su familia se desvaneció ante el orgullo hacia su hermana menor en ese momento. Había vuelto a poner a Downing en su sitio, a ese tipo despreciable.

—No, no hemos terminado. Ven, entonces.

Downing tensó la mandíbula antes de darse la vuelta bruscamente y entrar en la sala de cartas, y Lucius volvió a mirar a la señorita Lockhart, quien seguía paralizada a solas. La multitud la rodeaba por completo. Ni siquiera lady Harrowden había acudido en su ayuda. Lucius quiso ir hacia ella, pero Philippa tiraba de su manga, insistente para que le prestara atención.

Lucius se dio la vuelta y abandonó el salón de baile con Philippa mientras una sensación de atontamiento se apoderaba de él. Estaba totalmente mal dejar a la señorita Lockhart, pero hacer algún tipo de gesto público era igualmente imposible.

¿Egoísta? ¡Sí! Lucius lo admitió tristemente y, en ese momento, se despreció a sí mismo. Pero no podía comprometerse a saltar en su defensa públicamente cuando no habían llegado a un entendimiento mutuo. Ni siquiera había tenido tiempo de preguntarse si *deseaba* llegar a un entendimiento con la señorita Lockhart. Lucius estaba meditando sobre lo que debía hacer cuando George se cruzó en su camino de camino a la sala de cartas.

—George —llamó Lucius. Su hermano percibió su mirada urgente y salió a su encuentro. Inclínándose, le susurró—: Ve con la señorita Lockhart y ayúdala.

Tenía que irse rápidamente, o no sabría con certeza lo que haría. El impulso de correr al lado de la señorita Lockhart estaba creciendo hasta el punto de no poder ignorarlo. Era mejor marcharse ahora y darse tiempo para pensar cuál era el proceder antes de dar un paso irrevocable.

Lucius salió del salón de baile con la esperanza de que sus órdenes se llevaran a cabo.



Selena miraba desoladamente al frente, y su sensación de aislamiento era profunda. No tenía ni un solo amigo en todo el salón.

La conversación a su alrededor se había reanudado, y se oían algunos susurros de mujeres riéndose detrás de sus abanicos. Recordó el baile al que había sido tan tonta como para asistir justo después de que se hiciera pública la humillación de su familia. Había pensado que sus amigos eran mejores que eso; que no les importarían esas cosas, pero se había equivocado. Y aunque Bedford había sido una caída en desgracia a menor escala que Londres, el resultado fue el mismo. Selena no podía escapar de su pasado.

Su siguiente pensamiento fue huir. Pero le quedaba algo de dignidad, a pesar de que no podía ir a ninguna parte sin lady Harrowden. Fue vagamente consciente de la presencia de Rebecca, quien no parecía saber qué hacer y se movía nerviosamente al lado de Selena. El movimiento inseguro le hizo recordar la juventud de Rebecca, quien se acercó lentamente a la condesa y se volvió para observar a Selena con ojos cautelosos. Selena, ardiendo de vergüenza de pies a cabeza, caminó también hacia lady Harrowden. ¿Qué otra cosa podía hacer?

La condesa se puso en pie, apoyándose en su bastón.

—Coge mis cosas. Nos vamos —no se detuvo a ver si Selena obedecería ni miró en qué estado podría encontrarse antes de avanzar hacia la puerta, con el bastón haciendo ruido al golpear a su lado en el suelo de madera.

Selena se volvió hacia Rebecca.

—Ven. Lady Harrowden está lista para partir.

Rebecca parecía insegura.

—¿Y lord Harrowden?

Selena se había olvidado de él, y como no había cabalgado junto al carruaje sino dentro con ellas, habría que hacérselo saber. Si decidía quedarse, al menos sería porque tenía una alternativa. Selena estaba a punto de plantearse cómo intercambiar palabras con él sin entrar en la sala de cartas —sólo podía suponer que era allí donde se encontraba—, cuando el hermano de Sir Lucius, George, se acercó a ella.

—Señorita Lockhart, ¿en qué puedo servirle? —George, a pesar de su juventud, la miraba con ojos llenos de compasión. Eso devolvió a Selena al presente, y resistió el impulso de buscar detrás de él alguna señal de su hermano mayor.

¿Dónde estaba sir Lucius? ¿Y qué pensaba de todo este asunto? Sólo lo había registrado en la periferia de su conciencia cuando ella había confrontado al señor Downing, pero ahora había más

ternura en la mirada compasiva de su hermano que en la que había tenido sir Lucius. Lo único que recordaba era que había parecido aturdido.

El coraje que había puesto rígida la columna vertebral de Selena durante todo el asunto casi la abandonó ahora. Estaba segura de que sir Lucius no soportaría estar cerca de ella.

—Se lo agradezco —respondió, mirando a George con verdadera gratitud. No era un amigo, precisamente, pero había acudido a ella—. Necesito comunicar a lord Harrowden que su tía desea marcharse. ¿Puede hacerlo por mí? No sé dónde está.

—Lo haré ahora mismo, señorita. Creo que no ha salido de la sala de cartas —George inclinó la cabeza hacia Selena y entró en la habitación.

Selena fue vagamente consciente de que Rebecca se había quedado cerca de ella en lugar de seguir a lady Harrowden, y dijo:

—Debo coger nuestros chales. Lady Harrowden nos está esperando junto a la puerta. ¿Por qué no te reúnes con ella allí y le haces saber que iré enseguida?

Con una consideración que asombró a Selena, Rebecca se puso en marcha y dijo:

—Yo cogeré los chales, y nos vemos en la puerta —se marchó antes de que Selena tuviera tiempo de replicar.

Pensándolo bien, quizá no era algo tan considerado después de todo. Selena fue la que se vio obligada a permanecer en su sitio bajo las miradas regocijadas de la multitud, esperando a que George condujera a lord Harrowden hasta ella. Dio dos pasos hacia la sala de cartas pero no se atrevió a entrar, así que se apoyó en la pared, fuera del camino de la gente que se arremolinaba en los alrededores de la pista de baile. George salió minutos después.

—Harrowden dice que irá con vosotras. No tiene otro medio de llegar a casa esta noche —George hizo una mueca y añadió—: Ha dicho que podéis esperarlo, ya que tardará diez minutos en terminar su partida.

Selena negó con la cabeza.

—A Lady Harrowden no le gustará eso.

George esbozó una sonrisa arrepentida.

—Supongo que no —se detuvo un momento antes de extender el brazo en un gesto cortés—. ¿Me haría el honor, señorita Lockhart, de dar una vuelta por la habitación conmigo mientras le damos gusto a lord Harrowden?

Selena sólo podía imaginar que enfurecería aún más a Lady Harrowden no tener a Selena corriendo a su lado, pero esperaba recibir el desagrado de todos modos, y George le estaba ofreciendo una pequeña dosis de consuelo.

—Será un placer —miró su rostro juvenil—. Gracias por el ofrecimiento.

George hizo que cambiaran de posición, de modo que ella quedara oculta de las miradas indiscretas de los presentes, un gesto que le pareció increíblemente considerado para un hombre tan joven.

—Ha venido a rescatarme muy gallardamente hace un momento. Me resultaba incómodo estar sola.

George negó con la cabeza.

—No puedo atribuirme el mérito de la idea. Fue Lucius quien me envió a usted. Él estaba caminando con mi hermana, Philippa, y creo que su intención era acudir a usted si el asunto de ella no era urgente.

Una esperanza rebelde se apoderó del pecho de Selena, y la sofocó rápidamente. Si sir Lucius hubiera tenido la intención de salvarla de la desgracia, podría haber acudido a ella mucho antes, cuando Matthew la había humillado de manera total. Podría haberse parado a su lado o haberla

defendido o... Selena clavó los ojos en el suelo mientras caminaban. *Sir Lucius es probablemente un cobarde*, pensó con un repentino escozor en los ojos.

Parpadeó y le brotaron las lágrimas. No. ¿Qué esperaba ella? No era la batalla de sir Lucius. Nunca le había dado ninguna razón para creer que ella significaba algo para él.

—Está callada —dijo George—, pero creo que esta noche ha sido especialmente dura. Siento mucho el dolor y la humillación que ha sufrido. Downing no es ningún caballero.

Un manto de desesperación se posó sobre Selena. Estaban casi en la puerta donde lady Harrowden esperaba con Rebecca, y se detuvo y se volvió hacia George.

—Gracias por su amabilidad. Gracias por todo. Me gustaría que le dijera a su hermano que he dicho adiós. Estoy segura de que me iré mañana.

George frunció las cejas.

—Comprendo si todo este asunto le ha resultado desagradable. Pero, de verdad, ¿debe irse? ¿Tiene otro sitio a dónde ir?

No podía haber hecho una pregunta más capaz de recordarle la desolación de su situación. Selena dejó caer la mirada. Estaba muy cansada.

—Si recibo mi salario por lo que he trabajado, tendré suficiente para volver a casa de mi madre. Sólo puedo esperar que lady Harrowden no lo retenga.

—Si lo hace, no es más que una *bruja* —George se rio repentinamente de su propio ingenio—. Lady Harridan. ¿Por qué no lo había pensado antes? Es muy apropiado —su rostro se puso serio cuando miró a Selena y vio que ella no sonreía—. Si lo que necesita es dinero, Lucius se lo proporcionará. Sé que lo hará. Sólo tiene que decírselo.

Selena extendió la mano e intentó esbozar una sonrisa cuando él la cogió entre las suyas y se inclinó sobre ella. *No le pediré ni un cuarto de penique a sir Lucius*.

—Espero no tener que llegar a eso —respondió ella.

Habían llegado a donde lady Harrowden y Rebecca se encontraban de pie junto a la puerta. Mostrando una gracia innata que Selena se preguntó si sir Lucius era consciente de que existía en su hermano menor, George mantuvo una charla ociosa con lady Harrowden para que Selena pudiera tranquilizarse y descansar su mente cansada. Rebecca se mostró sorprendentemente sumisa durante todo el asunto. Ni siquiera intentó flirtear con el hermano de sir Lucius. Selena lanzó una mirada a Rebecca y se maravilló. Tal vez por fin estaba considerando lo que era tener una reputación dañada.

Lord Harrowden apareció más de diez minutos después de lo prometido, y lady Harrowden se volvió hacia él con una dura indignación.

—Por fin has venido, Richard. Ciertamente nos has hecho esperar para satisfacer tu placer. Nuestro carruaje está fuera. Por favor, no nos demoremos más —agradeció a George con una inclinación de cabeza y condujo al grupo fuera con su paso rígido.

En cuanto se cerraron las puertas del carruaje y se puso en marcha, lady Harrowden no pudo abstenerse de seguir hablando.

—¿Quién ha tenido el descaro de invitar a ese caballero a esta fiesta? Seguramente María Holbeck no pudo haber sabido de la relación o nunca lo habría permitido. Debo hablar con ella.

Sin esperar respuesta, continuó:

—Selena, si éste es el tipo de entretenimiento que puedo esperar contigo como acompañante, te aseguro que tu puesto aquí durará poco. Tu madre no dio muchos detalles en su carta. Por supuesto, yo sabía que tu padre se había puesto en ridículo, apostando la fortuna familiar y bebiendo hasta morir —enfaticó las palabras con rabia, y cada una fue un golpe—. Supongo que yo debería haber supuesto que tu posición en la sociedad no podría sobrevivir a algo así. Pero ser

humillada de tal manera; y mi buen nombre por conexión, no puedo tolerarlo. No estoy acostumbrada a que el nombre Harrowden se vea manchado por el escándalo.

Selena abrió la boca para hablar y ahogó las palabras airadas que había estado a punto de pronunciar. *Bueno, usted debería haber ejercitado su intelecto antes de contratar mis servicios, pues ¿cómo pudo pensar que evitaría algo así cuando conocía mis circunstancias?* De todos modos, no tenía sentido discutir; su empleo sí duraría poco. Antes de que pudiera decir una palabra, sabia o precipitada, lord Harrowden se movió en el asiento junto a la condesa.

—Me ha parecido de lo más entretenido, si quieres saberlo, tía —con una mirada maliciosa a Selena, añadió—: Yo no albergaba ninguna ilusión de que tu acompañante elevaría nuestra situación. Si hubieras buscado mi consejo...

Lady Harrowden lanzó un resoplido de disgusto.

—¡Busqué tu consejo, en efecto! Como si necesitara que alguien me *aconsejara* qué camino seguir.

Rebecca, por una vez, no pronunció palabra, y Selena los escuchó discutir durante todo el trayecto de vuelta a casa. Había perdido todo interés en intentar defenderse o contribuir a la conversación, limitándose a mirar por la ventana del carruaje hacia la oscura campiña. Cuando llegaron a la finca, lady Harrowden avanzó sin la ayuda de Selena, así que se quedó atrás para caminar con Rebecca.

Rebecca recorrió los anchos escalones de piedra con paso medurado.

—Sabía que eras pobre, pero no tenía ni idea de que la sociedad te había rechazado. Ahora sé que eso no es lo que quiero para mi vida —se encontró con la mirada de Selena—. Nunca querría acabar como tú.

Selena miró al frente cuando entraron en la casa. Rebecca no había pretendido herir con sus palabras, Selena lo sabía. En todo caso, lo había hecho con un espíritu de total y absoluto ensimismamiento. Supuso que al menos podía alegrarse de que Rebecca aprendiera una lección de lo que le había ocurrido y, tal vez, moderara su propio comportamiento.

Selena acompañó a Rebecca a su habitación escaleras arriba y se separó de lady Harrowden y su sobrino sin mediar palabra. No tenía nada más que decir y, al parecer, ya no tenía nada que hacer aquí. Llevó a Rebecca a su habitación, donde la esperaba su criada, y luego se dirigió a su propio dormitorio.

Mientras Selena se preparaba para irse a la cama, se quitaba las horquillas del pelo y lo cepillaba suavemente, reflexionó sobre los acontecimientos de la noche. Matthew no la había herido; no realmente. Selena era muy diferente a la persona que había sido tres años atrás, tanto que no podía considerar un matrimonio con el señor Downing desde ninguna perspectiva. Suponía que en ese entonces ella había sido superficial, aunque no pudo haberlo sabido hasta que se lo quitaron todo. Bailes, vestidos y conquistas era todo lo que conocía entonces. Sólo ahora veía que lo que la había seducido en su juventud ya no le interesaba en absoluto.

Lo que le dolió no fue el desplante público del señor Downing; ¡no! Lo que le dolió fue que sir Lucius no acudiera en su ayuda. Durante su breve periodo conociéndolo, se había acostumbrado a que estuviera allí para ella, incluso a que la rescatara. La humillación pública no era más peligrosa que perderse en una tormenta de nieve, pero de algún modo se sentía igual de desolada. No había nada que la retuviera aquí.



LUCIUS SIGUIÓ a Philippa al aire fresco de la entrada y luego a la biblioteca. Su mente era presa

de la imagen del rostro afligido de la señorita Lockhart, y su conciencia hacía sonar alarmas silenciosas de que tal vez él se había equivocado. Estaba muy acostumbrado a levantar muros, a no involucrarse.

Su madre se había apoyado en él desde la muerte de su padre, y Lucius había sido demasiado joven para soportar todas sus cargas o ser su escudero. María lo utilizaba para sus propios fines, normalmente para nivelar sus números y atraer al tipo adecuado de sociedad al tener a su hermano con título asistiendo a todas sus ceremonias. Incluso Charles había intentado que se involucrara en política para conseguir otro aliado que pudiera influir en las votaciones.

Y George y Philippa, por muy adorables que fueran, siempre estaban metidos en algún que otro lío. George sólo parecía meterse en problemas, y Philippa era capaz de alcanzar lo que quería con su persistencia, al tiempo que mostraba una tendencia al desenfreno. Ella nunca sobrepasaba los límites de la decencia, pero a Lucius le preocupaba que si alguien no mantenía a Philippa bajo control —y su madre era demasiado indolente para hacerlo y María demasiado severa—, él acabaría teniendo que rescatar su reputación mediante una reunión al amanecer o algún drama por el estilo.

Lo último que necesitaba era tener que defender la reputación de una mujer que ni siquiera estaba relacionada con él.

Pero la señorita Lockhart había comenzado a cruzar la barrera de una conocida indiferente hacia algo parecido al apego. Él no sabía cómo había sucedido, pero su tranquila dignidad lo calmaba. Su aplomo le atraía, sobre todo cuando el resto de su familia parecía carecer de él. Y cuando ella le dedicaba una repentina y rara sonrisa por algo que él decía, su corazón latía de manera dolorosa, como si fuera un muchacho experimentando su primer flechazo. Intentó ignorar estos hechos, pero eso eran; hechos.

—Lucius —dijo Philippa, llamando su atención—. Ha sido terrible lo sucedido con la señorita Lockhart. ¿No pudiste haber hecho algo?

Lucius eludió su mirada.

—Habría sido algo muy delicado, pues habría dado pie a especulaciones sobre la naturaleza de nuestro...

—¿A quién le importan las especulaciones? —exigió Philippa—. Imagina que fuera yo la que recibiera semejante trato de un hombre como el señor Downing. ¿Qué derecho tenía a tratarla así, sobre todo después de haberla dejado plantada? Debería ser *él* quien recibiera una reprimenda por ser tan voluble. Fue totalmente injusto que la señorita Lockhart tuviera que soportar eso... y todo bajo las miradas y susurros de los invitados. No puedo creer que María lo invitara.

Lucius sacudió la cabeza.

—No pudo haber sucedido de manera inocente. Supongo que yo no debería ser capaz de creerlo, pero lo creo. Sin embargo, no hablemos de esto. Lo hecho, hecho está. Haré lo que pueda para difundir que Downing es el villano en esto.

Philippa lo estudió con una inquietante atención hasta que llegó a una conclusión.

—Pero lo harás sin que afecte a tu reputación ni a tu comodidad.

Lucius se volvió hacia ella, exasperado.

—No puedo imaginar que hayas venido a hablarme de esto. ¿Reprenderme; tú, una simple chiquilla de diecisiete años?

Philippa sacudió la cabeza.

—Se trata de lord Harrowden. Estabas empezando a regañarme por bailar con él, y la verdad es que yo no veía cómo podía negarme. Sin embargo, me hizo preguntas muy particulares en el

poco tiempo que estuvimos juntos. Preguntas que eran demasiado personales para ser vanas.

Ella había captado la atención de Lucius.

—¿Te ha importunado? ¿Qué tipo de preguntas? Le retorceré el cuello.

—No, Lucius. No saques conclusiones precipitadas —dijo Philippa con una paciencia cansada que de pronto la hizo parecer más madura que su edad actual—. Ha intentado averiguar mi valor, lo cual es una tontería cuando tiene la sutileza de un buey. Debe pensar que tengo más pelo que ingenio para no ver lo que pretendía.

Se encontró con la mirada de Lucius.

—Pero también ha intentado averiguar cuánto tiempo pasas con la señorita Woodsley y si podrías tener algún interés en ese sentido. Incluso ha intentado averiguar qué tipo de interés podrías tener en la señorita Lockhart, preguntando si había sido invitada a la residencia de María o a la tuya; supongo que era para ver si estaba siendo tratada con la cortesía de una dama, una acompañante, o... o algo más. La verdad es que fue bastante torpe, debo decirte. Me sorprende que pensara que yo era tan ingenua que no me daría cuenta.

Lucius entrecerró los ojos. ¿Cuál la finalidad de todas las preguntas de Harrowden? Sólo pasó un minuto antes de que la respuesta fuera obvia. Buscaba una fortuna, y tal vez una amante, y estaba observando a posibles rivales para ambas cosas.

—He oído a María hablarle de tu interés por la señorita Woodsley —Philippa se rio cuando Lucius se volvió hacia ella con expresión de disgusto—. Estoy segura de que eso fue lo que hizo que empezara a hacerme preguntas. Aunque debo confesar —sonrió, y dos profundos hoyuelos aparecieron a ambos lados de sus mejillas—, que he exagerado tu aprecio por la señorita Woodsley.

—No siento ningún aprecio por la señorita Woodsley —espetó Lucius.

—No te enfades tanto. Soy consciente de eso. Pues bien. He *creado* tu interés por la señorita Woodsley —Philippa tuvo la delicadeza de sonrojarse.

—¿Con qué fin? —preguntó Lucius, mirándola con rostro circunspecto. O él era un obtuso o Philippa se estaba volviendo más taimada con la edad.

—Quería despistarlo —respondió Philippa con mirada inocente—. No quería que se diera cuenta de que estabas interesado en la señorita Lockhart.

—¿Qué? —Lucius se dio la vuelta para mirarla de frente—. ¿Quién te ha dicho semejante cosa?

—Nadie ha tenido que hacerlo. Sé todo lo que sucede a mi alrededor, Lucius. No debes pensar que por solo tener diecisiete años soy un bebé. De hecho, a veces creo que tengo más juicio que tú cuando se trata de asuntos del corazón.

—No creo que el señor Barnsworth esté de acuerdo—dijo Lucius con ironía.

Philippa soltó una risita.

—Te he dicho que ha sido un simple coqueteo... —ambos se giraron cuando la puerta se abrió y George entró en la habitación.

Lucius caminó hacia él, impaciente por recibir noticias.

—George, ¿has atendido las necesidades de la señorita Lockhart?

George replicó con un breve asentimiento.

—Creo que acaba de marcharse, acompañada por lord y lady Harrowden y la señorita Woodsley —George cogió aire y dirigió una mirada fulminante y acusadora a Lucius—. Creo que podrías haberte ocupado de ella tú mismo.

Lucius reprimió el deseo de soltar una réplica cortante. Las palabras de George estuvieron a punto de golpear una fibra muy sensible.

—Bueno, como no tengo intención de que me sermonee mi hermano pequeño; que ha sido expulsado de la *escuela*, debo recordarte, tendrás que guardarte esas reflexiones para ti. Cuando te hayan crecido un par de vellos laterales y vivas con tus propios recursos, podrás pensar en sermonearme. Aunque no prometo escuchar.

George se cruzó de brazos, en absoluto disgustado por el desaire.

—La señorita Lockhart me ha dicho que te dijera adiós.

El ceño de Lucius se arrugó.

—¿Adiós? ¿Seguramente no se irá de Woolmer Green?

—¿Tanto te sorprende? —George se encogió de hombros—. No tiene amigos aquí. Fue humillada y nadie la defendió; ni su familia, por muy distantes que estén, ni... nadie más —juntó y presionó los labios, con una mirada penetrante.

Lucius se removi6 inc6modo. Esta no era una conversaci6n que quisiera tener. Necesitaba tiempo para reflexionar sobre lo que sentía y qué medidas debía tomar. Parecía que no iba a tener tanto tiempo como le gustaría. Tendría que ver a la señorita Lockhart mañana a primera hora. Tal vez antes del desayuno. ¿Seguro que ella no se iría al amanecer?

Respiró repentinamente, recordando.

—George, hay algo que quiero que hagas. Necesito que vayas a Londres y me busques un abogado que pueda investigar los detalles de los bienes de lady Harrowden.

George sonrió.

—No será difícil ir a Londres, te lo aseguro. Pero ¿por qué...?

—Además —continuó Lucius—, me gustaría que preguntaras discretamente en los clubes. Te daré algunos nombres de caballeros con los que puedes hablar; diles que te envió yo. Pregunta en qué situación se encuentran los asuntos de Harrowden y cuánto debe él. Creo que tiene la soga al cuello y que sus asuntos están lejos de estar en orden. Quiero saber lo desesperado que está. ¿Puedes partir mañana mismo?

Philippa había estado escuchando en silencio, y ahora se volvió hacia George y añadió su granito de arena.

—Lord Harrowden estuvo haciendo muchas preguntas sobre mí, mi dote, la señorita Woodsley, los intereses de Lucius...

Lucius levantó la mano.

—Y esto debe hacerse con la mayor discreción. Te pido lo mismo, Philippa, ni una palabra a María, si puedes hacerlo.

—Claro que puedo —respondió, indignada.

George, quien escuchaba en silencio, se encontró con la mirada de Lucius.

—Puedo hacerlo, por supuesto, pero ¿puedo preguntar qué interés tienes en los asuntos de Harrowden? No veo por qué te conciernen, y no es propio de ti. ¿Esto tiene algo que ver con la señorita Lockhart?

Lucius se negó a contestar eso, aunque la presencia de la señorita Lockhart había hecho que cumplir su promesa al antiguo lord Harrowden se convirtiera por fin en un asunto de importancia.

—Estoy cumpliendo una vieja promesa. Debería ir yo mismo, pero no deseo marcharme ahora.

Vio que Philippa y George intercambiaban una mirada. Como él mismo no estaba del todo seguro de que su decisión de quedarse tuviera mucho que ver con la presencia de la señorita Lockhart como sospechaba, no deseaba impertinencias por parte de sus hermanos.

—Me iré mañana —dijo George.

—Muy bien —dijo Lucius—. Te daré una nota para que se la lleves a mi banquero para que te financie el viaje. Sólo intenta no meterte en problemas mientras estés allí. ¿Y George?

Su hermano se detuvo camino de la puerta y Lucius colocó la mirada a la misma altura que la de él.

—Gracias por ocuparte de la señorita Lockhart esta noche.
George le dedicó una sonrisa y se marchó.



Por fin sola en su habitación, Selena se quitó las horquillas del pelo con movimientos lentos. ¿Qué le esperaba en Bedford? Probablemente un matrimonio con el hacendado, cuya inteligencia no estaba por encima de la media y cuyo aspecto físico consideraba casi repugnante. Si él no se hubiera empeñado en perseguirla, él le habría agradado probablemente un poco. Desde luego, no se habría fijado en ninguno de sus defectos. Pero pensar en estar atada a él; en que él le pusiera las manos encima... Selena se estremeció.

Tendría que enterrar cualquier esperanza de pasión, o incluso de conversación inteligente.

Hasta que estuvo preparando su baúl, colocando cuidadosamente un vestido sobre otro sin papel de plata, que no tenía, Selena comprendió que no tenía ni idea de cómo iba a volver a casa. Supuso que tendría que pedirle el sueldo a lady Harrowden y rogarle que la llevara a la estación, donde tendría que comprar un billete de diligencia. Se acercó a la ventana y se quedó mirando a través de ella. Una pizca de luz de luna iluminaba una mancha en el paisaje oscurecido y nevado.

¿Debería marcharse tan apresuradamente? ¿Era lo mejor? ¿O debería preguntar a lady Harrowden si deseaba que se quedara al menos hasta que pudiera contratar a alguien nuevo?

La mañana siguiente no trajo muchos consejos y decidió que no tomaría una decisión definitiva hasta haber hablado primero con lady Harrowden. Selena se dirigió a la sala de desayunos con la apremiante esperanza de no tener que encontrarse allí con lord Harrowden, pero su deseo no se cumplió. A pesar de sus frecuentes trasnochadas, él parecía extrañamente reacio a perderse el desayuno.

—Se ha levantado temprano —dijo lord Harrowden antes de meterse a la boca el último bocado del desayuno—. Habría pensado que aún estaría en cama intentando recuperarse de la humillación de anoche.

Selena hizo una pausa, mirándolo con un desagrado develado. No sabía si debía decirle que pensaba marcharse de Woolmer Green. Tras pensárselo un segundo, decidió no hacerlo, ya que, de todos modos, no era asunto suyo. Llenó su plato de Limoges con patrones de flores rosadas directamente del aparador sin emitir palabra y se sentó lo más lejos posible de él. No importaba que la mirara fijamente con la intención de provocarle una réplica precipitada. No funcionaría.

—Entonces, ¿no tiene nada que decir? Podría intentar conversar, ya que parece que tiene pocos recursos a los que recurrir.

Selena se sintió provocada más allá de sus límites por la acusación de que no poseía conversación. Ese arribista impertinente que había adornado la sociedad Bedford había dicho lo mismo de ella.

—No estoy tan privada de compañía como para necesitar entablar conversación con alguien que no me interesa en absoluto —Selena se aferraba a la servilleta bajo la mesa, demasiado tensa para probar bocado.

Los cubiertos de lord Harrowden repiquetearon en su plato.

—Si el recordatorio de Downing no fue suficiente para reducir un poco su orgullo, me atrevería a decir que el *tiempo* lo hará. Usted debería haber aceptado mi *carte blanche* cuando se la ofrecí. Dentro de poco estará solterona, sin ninguna aspiración a la belleza, incapaz de conseguir un puesto y hundiéndose aún más en la pobreza. Eso debería humillarla, y no me cabe duda de que *eso* es lo que le depara el futuro —su rostro había perdido toda apariencia de cortesía. Qué endeble había sido esa máscara.

Por fin estaban hablando sin fingimientos. Selena presionó los labios antes de contestar.

—Intenta asustarme frustrando mis esperanzas, pero es difícil defraudar a quien no tiene expectativas. Ni deseo casarme, ni tengo gran necesidad de una posición. Tengo un lugar a donde ir. Todavía tengo familia. Puede lanzarme todos los comentarios hirientes que desee, pero no soy la criatura indefensa que usted cree.

—Usted tiene madre y hermanas, creo —lord Harrowden la miró con los párpados entrecerrados—. Su padre bebió hasta morir, y no tiene hermanos. No hay hombres que defiendan su caso y, por lo tanto, *es* una criatura indefensa. Una *pobre* criatura indefensa —inclinó la cabeza con una sonrisa cruel—. ¿No es así?

Selena intentó ahogar los espasmos que habían surgido de tan despiadadas y *verdaderas* palabras cuando se abrió la puerta.

—Le ruego me disculpe. Sir Lucius Clavering está aquí.

—¿Qué diablos quiere de mí? —lord Harrowden se limpió la boca con la servilleta—. Dile que no estoy disponible, que estoy desayunando.

El corazón de Selena se aceleró al oír el nombre de sir Lucius, pero se obligó a mantener la calma. Obviamente, ella no significaba nada para él, así que no tenía sentido permitir que su corazón se acelerara de la manera en que lo hizo. Por desgracia, su corazón no parecía atender a razones.

Las siguientes palabras de Mullings volvieron a acelerar su pulso.

—No es a usted, milord, a quien sir Lucius desea ver. Es a la señorita Lockhart.

Selena se levantó de la mesa, esperando que no se le notara el nerviosismo que se había apoderado de su interior. Se dirigió hacia la puerta que Mullings mantenía abierta, consciente de la mirada penetrante y asesina de lord Harrowden.

—Tal vez debería acompañarla —dijo lord Harrowden—. No es apropiado que una mujer de mi casa esté a solas con un hombre.

Selena no lo miró.

—No se preocupe, milord. Le pediré a la señora Randall que se quede con nosotros —se marchó antes de que él pudiera contestarle.

Una vez en el pasillo, sonrió al mayordomo.

—¿Le importaría, por favor? Me sentiría más cómoda con la presencia de la señora Randall —él se marchó en busca del ama de llaves y Selena esperó fuera del salón a que apareciera.

La señora Randall avanzó por el pasillo con paso ligero, y Selena le dedicó una sonrisa nerviosa.

—Gracias por venir.

—Ni lo mencione, señorita Lockhart —la señora Randall abrió la puerta delante de ella y entró primero. Selena la siguió—. Sir Lucius. Siempre es un placer verlo en Harrowden. ¿Puedo

traerle un tentempié?

Sir Lucius lanzó una mirada a Selena que ella no tuvo la menor esperanza de interpretar. Parecía una mezcla entre culpabilidad y súplica. Él devolvió la mirada a la señora Randall.

—Se lo agradecería mucho. He venido sin desayunar.

—Muy bien, señor. Volveré enseguida —sin decir nada más, la señora Randall abandonó la habitación y Selena se quedó a solas con sir Lucius.

Y entonces la señora Randall dejó de funcionar como chaperona. Sin embargo, estar a solas con casi cualquier hombre era preferible a seguir soportando la insufrible presencia de lord Harrowden. Selena se detuvo frente a sir Lucius y él hizo una reverencia, alzando los ojos hacia los de ella. No pasó por alto la creciente sensación de incomodidad de sir Lucius y, cuando el silencio entre ellos se prolongó, decidió que debía romperlo.

—¿Quiere sentarse?

Sir Lucius asintió y esperó a que ella ocupara uno de los sillones frente al fuego. Eligió uno a su lado, en lugar del otro situado a una distancia más respetable.

Selena estaba sentada en el borde de la silla, con la columna rígida y las manos juntas sobre el regazo. Estaba bastante segura de que su postura no delataba la agitación de emociones que experimentaba en su interior, e hizo un esfuerzo por mantener los dedos entrelazados ligeramente. No estaba segura de si debía sentirse animada o preocupada por el hecho de que el aspecto de sir Lucius era justo el contrario. Parecía no haber dormido. Llevaba la ropa tan descuidada como siempre, pero tenía unas arrugas bajo los ojos que no eran comunes. Y su pelo estaba más desordenado que de costumbre, como si hubiera pasado los dedos por él más de una vez. Selena levantó la mirada hacia la suya, esperando.

—George me ha dicho que usted se irá —dijo finalmente.

—Sí. No veo razón para quedarme ahora —Selena volvió a mirar sus manos entrelazadas. Era demasiado insoportable posar los ojos en él durante mucho tiempo. No había sido consciente de cuánto habían crecido sus sentimientos por él hasta que decidió marcharse y no volver a verlo. Sumado a su indiferencia de la noche anterior, el dolor de la nostalgia inapropiada era agudo.

—Pero Downing se marchará —dijo sir Lucius. Su tono era severo, y en su entrecejo se dibujó esa arruga que se había vuelto tan adorable—. No la molestará aquí. Woolmer Green es un lugar tranquilo, donde puede escapar de la crítica de la sociedad.

Selena negó con la cabeza.

—No puedo escapar de la crítica en ningún sitio. Yo pensaba lo mismo cuando fui a Bedford, pero en cuanto las noticias del fallecimiento de mi padre llegaron allí, empezaron los cotilleos y las burlas. Las invitaciones cesaron. Esa fue la razón por la que decidí venir aquí y empezar de nuevo, pero esta vez sin expectativas de ser recibida en ningún sitio más que como una acompañante. Aun así, ha vuelto a ocurrir.

Tiró de su falda con un gesto nervioso hasta que se dio cuenta de lo que hacía y cruzó una mano sobre la otra.

—Y es probable que ocurra dondequiera que vaya.

—Si es así, ¿por qué irse? —insistió sir Lucius. Entonces, Selena levantó la mirada, examinando su rostro.

¿Por qué iba a importarle a él?

—¿Por qué no afrontarlo aquí en Woolmer Green, ya que debe afrontarlo de todos modos? —se inclinó hacia ella y su rodilla rozó la suya en lo que probablemente fue un gesto descuidado, pero estaba tan poco acostumbrada a tal cercanía que sintió como si fuera a sobresaltarse en extremo.

Entonces la ira se apoderó de ella y Selena se giró para encontrarse con su mirada.

—Para usted es fácil decirlo, sir Lucius. Puede ir adonde le plazca, y nada cercano a rumores crueles tiene por qué molestarlo. Nada perturba su *pacífica* existencia.

—Yo... —sir Lucius no contestó de inmediato y se quedó mirando al suelo. Golpeó ligeramente los dedos contra el reposabrazos, y Selena esperaba, con los nervios a flor de piel. Finalmente, él apoyó un codo en su rodilla y acercó la cabeza a la de Selena, con la cara a escasos centímetros y los ojos clavados en los de ella—. *Usted* altera mi pacífica existencia.

Selena pensó que se desmayaría de cansancio; por el mar de emociones que sir Lucius había despertado. Todo eran tan agotador que ella se llevó la mano a la mejilla, creando una barrera de protección. Él estaba debilitando su dignidad. Hacer la vista gorda ante un comportamiento tan cruel como el que él había mostrado anoche; si ella había significado algo para él, significaría que Selena era la más débil de las criaturas.

Él se echó hacia atrás, lo que a ella le pareció compasivo, hasta que continuó con su ataque.

—Lo que intento decir de forma desesperadamente inadecuada es que no deseo que se vaya. Quiero que se quede.

Selena no podría haberse sorprendido más aunque sir Lucius se hubiera inclinado y la hubiera empujado fuera de la silla. Se volvió hacia él, esperando que se echara a reír o se burlara, o que se retractara de lo que había dicho. Él no hizo nada de eso. Su mirada se suavizó, suplicante, y allí pudo ver anhelo, pero él no volvió a acercarse. Selena olvidó cómo respirar.

—¿Cómo se supone que debo responder a eso? —las manos de Selena estaban ahora fuertemente aferradas a su regazo, anclándola, seguramente, para que no saliera volando de la silla, impulsada por tan turbulentas emociones. Después de todos estos años hundiéndose cada vez más en la sociedad. Después de lo de anoche... era demasiado esperar que él tuviera buenas intenciones hacia ella.

—Diga que se quedará, señorita Lockhart —dijo sir Lucius.

Selena sintió lágrimas en sus párpados al oír la ternura con que pronunció su nombre.

—¿Bajo qué apariencia? —no pudo seguir sosteniendo su mirada. Se había vuelto demasiado pesada. En lugar de eso, observó las parpadeantes llamas de la chimenea, deseando desesperadamente que la señora Randall no reapareciera hasta que esta dolorosa conversación; esta dolorosa y *maravillosa* conversación, hubiera terminado.

Pero el peso de la realidad la presionaba mientras los recuerdos de la noche anterior inundaban su visión. Habló casi susurrando.

—Anoche, antes de que me marchara precipitadamente, a usted no le pareció oportuno hablar de esto. Ni tampoco consideró oportuno relacionar su nombre con el mío dando un paso al frente cuando yo era el blanco de las burlas del señor Downing —lo criticó con la mirada—. Esas acciones no pertenecen a un hombre que tiene derecho a hacer una petición de cualquier naturaleza.

—Lo sé —sir Lucius se inclinó hacia adelante y se cubrió la cara con las manos, frotándosela con fiereza—. No acudí en su ayuda. Ha sido un error por mi parte. No puedo explicarlo todo... aún no.

Se incorporó bruscamente y cogió la mano de Selena.

—Estoy siendo muy atrevido, incluso insoportable. Porque no puedo preguntarle sobre... sobre lo que usted debería tener motivos para esperar después de que le haya pedido que se quede. Simplemente necesito tiempo. Sólo le pido que nos dé ese tiempo para profundizar en nuestro conocimiento uno del otro mientras resuelvo las cosas.

A Selena se le heló el corazón, aunque ocultó sus repentinas ganas de llorar. ¿Qué le estaba

ofreciendo? Ella no sabría decirlo. Desde luego, no le estaba ofreciendo matrimonio. ¿Seguramente no podía ser otra *carte blanche*? Si pensaba que ella aceptaría algo así, él debía ser un tonto. Pero sir Lucius no era tonto.

Tal vez *ella* era la tonta si su deseo de ver hasta dónde podían llegar las cosas con sir Lucius le impedía rechazarlo rotundamente, a pesar de su falta de caballerosidad.

Sin duda era una tonta; y una tonta patética.

—Ya he pensado mucho en mi situación —dijo Selena—. Me quedará un poco más porque no está bien dejar a lady Harrowden sin permitirle encontrar una nueva acompañante.

Cuando el alivio apareció en el rostro de sir Lucius, ella advirtió:

—Puede que lady Harrowden ni siquiera desee que me quede. Desde luego, ella tuvo muchos reproches que hacerme anoche. Puede que yo no tenga más opción en el asunto que subirme a la primera diligencia.

—Eso ha estado muy mal por parte de ella —el ceño de sir Lucius volvió a arrugarse—. Aunque creo que usted quedará sorprendida cuando ella no mencione su despido. Lady Harrowden fanfarronea con mucha facilidad, pero realmente necesita una acompañante, sobre todo ahora. Y la señorita Woodsley aún necesita una institutriz. Le pido que se quede mientras encontramos un reemplazo.

Selena sintió una ridícula sensación de decepción, incluso mientras levantaba la barbilla.

—¿Me está pidiendo esto por el bien de ellas?

—No, por el mío —respondió él.

Selena apartó la mirada, reprimiendo cualquier sentimiento de promesa que surgiera en su pecho.

—Si me quedo, es sólo por el bien de lady Harrowden.

—Por ahora, basta simplemente con que usted se quede —sir Lucius le cogió la mano y se la llevó a los labios. Le dio un cálido beso en la mano descubierta que hizo que Selena se sintiera desfallecer.

La señora Randall entró con una bandeja y cerró la puerta firmemente tras de sí, dando la espalda a Lucius y Selena. Pareció tomarse su tiempo para hacerlo y Lucius lo aprovechó para inclinarse hacia atrás y alejarse de Selena. Ambos guardaron silencio cuando la señora Randall se acercó y depositó la bandeja sobre la mesa, cerca de ellos. Les sirvió café y pequeños pasteles.

Luego fue al otro lado de la habitación y se sentó cerca de la ventana, dándoles a ambos un poco de privacidad.

—No sé qué más decir, sir Lucius. No le prometo nada —susurró.

—Por favor, sólo... —su voz se apagó, y comenzó de nuevo—. Sé que no estoy siendo justo, pero no estoy jugando con usted, señorita Lockhart. Se lo prometo.

Selena suspiró.

—No sé qué le diré hoy a lady Harrowden cuando la vea.

El café y los pasteles quedaron entre ellos sin tocar. Lucius dijo:

—Dígale a lady Harrowden que he ido a visitar la casa dote, y que será muy sencillo mudarse. Podrá hacer que pinten algunas partes de la casa sin demasiados inconvenientes para ella mientras resida allí. Dígale que la ayudaré a usted en todos los detalles. Podrá mudarse en cuanto le plazca y no necesitará quedarse aquí, donde sospecho que sus pequeños ingresos están siendo parcialmente utilizados para ayudar con los gastos de esta gran finca. Lord Harrowden tendrá que asumir los gastos él solo.

Selena lanzó una mirada a la señora Randall, preguntándose si estaría escuchando. En cualquier caso, el personal no tardaría en enterarse de que lady Harrowden iba a trasladarse a la

casa dote. Era cierto que Selena no deseaba vivir bajo la lengua mordaz de la condesa más tiempo del necesario, pero lady Harrowden seguramente la necesitaría para ayudar a dirigir las cosas si iban a mudarse. Y Selena sí necesitaba los ingresos. Quizá también descubriría que, lejos de la influencia de lord Harrowden, ella, Rebecca y lady Harrowden se llevarían mucho mejor.

Tal vez incluso aprendería a endurecer su corazón ante sir Lucius. Él no había puesto sus intereses por encima de los suyos en el baile, a pesar de la ofrenda de paz que parecía estar ofreciéndole ahora. Si podía mantener ese detalle en su mente, entonces sería posible quedarse para satisfacer sus propios intereses y mantener a sir Lucius a distancia. Sin duda merecía la pena intentarlo.

Ella asintió con la cabeza.

—Muy bien, me quedaré al menos el tiempo que dure la mudanza a la casa dote y hasta que aparezca una nueva acompañante.

—Me parece bien —dijo Lucius—. Es todo el tiempo que necesito —le sonrió, y a Selena se le revolvió el estómago.

Ella apartó la mirada. Tal vez era una tonta patética, pero no sería tan tonta como para dejárselo ver.



LUCIUS SE DESPIDIÓ DE SELENA, pero estaba lejos de sentirse tranquilo. Por primera vez en su vida, lamentaba no haber dado un paso al frente cuando había tenido la oportunidad de defenderla. Ver el matrimonio de sus padres mientras crecía no lo inspiró a pensar que la felicidad se encontraba en los límites del matrimonio. Pero a Lucius empezaba a costarle imaginar su vida sin Selena. Y el hecho de haberla abandonado anoche, sola y rodeada de una manada de lobos hambrientos atraídos por su propia hermana; realmente lo avergonzaba.

Selena no debió haber sabido que su hermana era quien había invitado al señor Downing. Él tendría que decírselo, por supuesto, y esperar que ella no se lo echara en cara también. Ya era hora de que él hiciera las cosas de otra manera. Cuando Lucius cruzó la sala de billar, vio a Harrowden dentro, sentado cerca de la señorita Woodsley mientras le susurraba al oído. Ella se sonrojó y soltó una risita, levantándose de su asiento cuando Lucius pasó a su lado.

—Sir Lucius —exclamó ella—. Es un placer verlo por aquí. ¿Ha venido a visitarme? —lo miró con tanto optimismo que le resultó difícil disuadirla de la idea. Tampoco pensaba que, decirle a la señorita Woodsley exactamente lo que pensaba de ella por segunda vez, ayudaría a la causa de Selena.

—He venido a ver a lady Harrowden, pero me he enterado de que sigue en cama. Sin embargo, siempre es un placer verla a usted.

Lucius vio demasiado tarde la mirada ansiosa que iluminó sus ojos ante un cumplido tan practicado. Había estado distraído con Selena, y éste era el primer cumplido que le hacía a la señorita Woodsley. Hasta ahora, lo único que había hecho era mantenerla a distancia, casi hasta el punto de ser grosero, y regañarla por ser una carga tan difícil para Selena. Dirigir siquiera un mínimo de atención a una joven impresionable tal vez no era lo más sensato que había hecho.

Harrowden lo miraba con una irritación evidente. El hombre estaba tramando algo, y probablemente tenía que ver con mantener cerca a la señorita Woodsley, seguramente con la intención de seducirla si las cosas no iban bien con sus asuntos financieros. Lucius esperaba que George no tardara en volver.

Se inclinó ante la señorita Woodsley.

—Ya me iba. Le deseo un buen día.

—¿Ha llamado ya a su caballo? ¿No puede quedarse un poco más? Puedo sentarme con usted si lo desea —la señorita Woodsley dio un paso adelante.

Lucius miró nuevamente el rostro de lord Harrowden, quien lo fulminaba con la mirada.

—Es muy amable de su parte, pero debo irme. Caminaré hasta los establos. No soy del todo un extraño en esta finca, he venido aquí desde que era un niño.

Lord Harrowden se acercó a la señorita Woodsley y le cogió el codo.

—Usted haría bien en recordar que esta finca ya no es propiedad del antiguo conde. Ya no puede deambular libremente.

Lucius enarcó una ceja.

—Anotado.

La señorita Woodsley se apartó de Harrowden y apoyó la mano en el brazo de Lucius.

—Quizá pueda acompañarlo hasta allí.

Sir Lucius miró la delgada tela de su vestido.

—No sé si es una buena idea. No va vestida para ello y tengo un poco de prisa.

La expresión en el rostro de la señorita Woodsley cambió.

—Muy bien —dijo, sorprendentemente sumisa. Parecía que se esforzaba por tomar en serio su consejo—. Pero, ¿volverá a visitarnos pronto?

Lucius pensó en Selena, en sus finas clavículas apenas visibles bajo el escote del vestido. Pensó en su piel lechosa, en su nariz elegante y en sus labios que, a pesar de ser delicados y adecuados para una institutriz, invitaban a besarlos. Su único pensamiento era volver a verla lo antes posible.

—Me aseguraré de regresar pronto —dijo. Antes de darse la vuelta, capturó la mirada exultante que recorrió las facciones de la señorita Woodsley. No podía declararse a Selena antes de tiempo.



La conversación de Lucius con Selená suponía un gran peso en su mente mientras salía de Harrowden. Recordó la silenciosa mirada de reproche que ella le dirigió. Él no le había demostrado cuánto había empezado a valorarla, y estaba decidido a empezar ahora.

Al menos había conseguido convencerla de que no se marchara. O... no. Ella había dejado claro que su permanencia no tenía nada que ver con él. Pero a menos que la condesa la mandara a hacer las maletas antes de la mudanza, Lucius tenía tiempo. Iba a demostrarle que era digno de ella.

Su primer paso debía ser, por supuesto, visitar a su hermana y ver qué otras actividades había planeado para entretener a sus invitados, y si invitaría a la condesa a alguna de ellas. También debía indagar y averiguar por qué ella había actuado tan malvadamente al invitar al hombre que había dejado plantada a Selená, aunque esto debía manejarse con delicadeza o ella se enteraría de que el asunto era importante para Lucius y tal vez la llevaría a causar un daño irreparable antes de que él pudiera asegurar la mano de Selená.

Lucius esperó sentado durante otra hora, sabiendo que María aún no se habría levantado. Si iba ahora, era más probable que se encontrara con Downing, cuyo cuello quería estrangular. Cuando pensó que ya era momento, Lucius hizo ensillar su caballo y cabalgó hasta allí.

María estaba de nuevo en el pasillo cuando él llegó, y sospechaba que se pasaba el día mirando por las ventanas esperando a ver quién la visitaba.

—Lucius, estás aquí apenas un día después de nuestro baile. Qué gratificante, ¿has venido a hablar de lo de anoche?

—Algo así —Lucius siguió a su hermana cuando ésta se dirigió directamente al salón—. Me gustaría saber qué otras actividades has planeado mientras tus invitados están aquí para pasar los días de invierno —se sentó en la silla de brocado frente a María y pasó una pierna por encima de la otra, intentando parecer desinteresado.

Los ojos de María se abrieron de par en par.

—Sabía que entrarías en razón y empezarías a desear unirme a la sociedad. Ha llegado el momento de que sientes cabeza y esto lo confirma —le dirigió a Lucius una mirada cómplice que lo habría hecho salir corriendo de la habitación de no ser por el propósito que lo había traído hasta aquí—. ¿Y quién es el motivo por el que te interesan estas reuniones? —María se golpeó ligeramente la barbilla con una pequeña sonrisa—. Sé que no harás nada a menos que sirva a tus propios intereses. ¿Es la señorita Butler? —jadeó—. ¿O por fin te has interesado por la señorita Woodsley?

—Tengo un interés —dijo Lucius con cuidado—, pero no debes sorprenderte si no lo comparto contigo. Baste decir que estoy lo bastante interesado en los invitados que has reunido como para unirme a más de tus excursiones, fiestas y cosas por el estilo.

María no pudo ocultar el brillo exultante que saltó a sus ojos. Ella podía imaginar lo que quisiera.

—¡Vaya! Me alegra ver que por fin pienses en sentar cabeza. Por cierto, ¿a dónde has enviado a George? No me ha dado ningún detalle, pero no me gusta pensar en él dando vueltas por Londres sin ningún propósito.

Lucius levantó la mirada cuando Philippa entró en la habitación. Se puso de pie y le besó la mejilla cuando ella se la ofreció, y se sentó para unirse a ellos. Él se preguntó si María se habría dado cuenta de que no la había besado a modo de saludo.

—Eso no será en vano. Tengo un asunto que quería que George investigara, y no me conviene dejar Woolmer Green en este momento. Él estará bien. Lo he enviado con algunas cartas para que las entregue a sus amigos, y sé que lo vigilarán. En cualquier caso, ya no es el niño que a veces creemos que sigue siendo.

María no contestó, sino que dirigió su mirada a Philippa.

—Veo que no estás nada mal después de lo de anoche. Te has manejado bastante bien en el baile, pero hay algunas cosas de las que debemos hablar si quieres estar lista para tu temporada.

Lucius intervino en la conversación.

—Y ésa es precisamente la razón por la que no soy apto para ser anfitrión de Philippa en Londres. Necesitará una mujer que la guíe, y yo no tengo ninguna en mi vida.

María le dirigió una mirada cargada de ironía.

—Ninguna mujer adecuada, diría yo —añadió Lucius para provocarla. Sin embargo, la cortesía no le sentó bien. No podía reírse a costa de María cuando él había descuidado tan brutalmente a Selena.

—Pues, mamá estará allí para ocuparse de ello, por supuesto —dijo Philippa, inconsciente de la dificultosa; y culpable, línea de pensamiento de Lucius—. Sólo tienes que abrirle las puertas de tu casa.

Lucius puso los ojos en blanco.

—Eso es precisamente lo que no deseo hacer. Que mi casa, normalmente tranquila, se vea invadida de colegiales y no colegiales.

—Lucius, sabes que no negarás a Philippa —dijo María—. Por mucho que parezcas difícil e inflexible, sabes qué es lo que le corresponde a tu familia y nunca descuidas tu deber.

Lucius se quedó mirando los patrones floreados de la alfombra. Él aún no había mencionado ninguno de los propósitos de su visita y tenía que ir al grano.

—María, ¿qué pretendías al invitar a Downing aquí? No advertiste a la señorita Lockhart. ¿Sabías de su anterior relación con ella?

Menuda delicadeza.

María frunció el ceño y a él le pareció ver un atisbo de actitud defensiva en ella.

—Por supuesto que yo lo sabía. Downing es parlamentario y Charles es uno de sus benefactores. Charles me contó todo sobre el compromiso fallido, ¿recuerdas? Downing hizo muy bien en poner fin al compromiso cuando lo hizo. ¿Crees que habría sido elegido para la Cámara de los Comunes con *ella* como esposa? Te aseguro que no.

—Muy bien —dijo Lucius—. El compromiso terminó hace años. ¿Por qué permitir que la humillen una vez más, y en tu baile? No te había imaginado tan cruel.

María se levantó impaciente y cruzó la habitación para jugar con los papeles del

escritorio.

—Tú, Lucius. Por ti invité al señor Downing en el último momento. Yo sabía que estaría a gusto con los demás invitados y que aceptaría la invitación, siempre que no tuviera otros planes. Con Charles como benefactor, ¿cómo él podría hacer lo contrario? Pero tus atenciones con la señorita Lockhart han sido demasiado marcadas para pasar desapercibidas. Otros también lo han notado. Incluso lady Harrowden ha pensado que podría haber algo ahí. Y, bueno —María se volvió y dio unos pasos hacia él—, ahora sabes que ella no es la adecuada. Yo no deseaba que estuvieras engañado sobre su situación.

Philippa había estado observando la discusión, pero guardó silencio de manera sabia. Lucius cogió aire antes de responder.

—Cualquiera puede conocer su situación. Basta ver que está involucrada como acompañante para saber que ha caído de los círculos más altos. No hay razón para ensuciar su nombre.

María se llevó las manos a las caderas mientras sus ojos brillaban.

—Una cosa es estar simplemente empobrecido. Otra muy distinta es dejar sin pagar a un número tan *grande* de caballeros hasta el punto de resultar *bastante* escandaloso, como hizo Lockhart. ¿Y luego beber hasta morir? La desgracia ha caído sobre su familia, y allí se quedará.

Lucius se obligó a permanecer sentado en lugar de salir furioso de la habitación, pues aún no había logrado el otro objetivo de su visita. Cuando habló, lo hizo con una voz cuidadosamente modulada con la que cualquier persona menos obtusa que María se habría sentido amonestada.

—Muy bien, María. Pero permitir que fuera avergonzada públicamente; y en tu propia casa, ha estado muy mal.

Ella le devolvió una mirada mordaz.

—Y aun así, no saliste en su defensa, ¿verdad, Lucius? Puedes sermonear todo lo que quieras, pero tú no eres más propicio a cortejar a esos productos dañados que yo a promoverlos.

Lucius tragó saliva. La certeza de que su comportamiento revelaba mucho —y no para su honor—, combinada con las mordaces palabras “productos dañados”, lo llenaron de un deseo casi irrefrenable de atacar, preferiblemente a alguien a quien pudiera golpear. Sin embargo, la mayor parte de su ira iba dirigida contra sí mismo.

No iba a contestar a María ahora. No podía ganar esta discusión hasta que no le hubiera demostrado a Selenia —y a todos los demás—, que ella tenía prioridad sobre su propia comodidad.

Él adoptó un tono neutro cuando cambió de tema.

—No has especificado el plan que propones para el entretenimiento de tus invitados.

Los ojos de María se iluminaron con la victoria de haber ganado este asalto.

—He planeado cenar y jugar al whist para dentro de dos noches. No tenía intención de invitar a nadie más que a los huéspedes que se alojan aquí, pero, por supuesto, estaré encantada de que vengas. Siempre eres bienvenido en cualquier reunión —añadió ella con amabilidad.

Por fin, el objetivo de Lucius.

—¿Estarías igualmente encantada de invitar a lady Harrowden y a su familia?

La sonrisa recorrió la boca de María.

—Veo que te tomas en serio mis palabras. Me alegra oírlo. Supongo que eso se puede arreglar. Haré que envíen una invitación hoy mismo.

Lucius se levantó. No tenía sentido quedarse ahora que había conseguido el propósito de su visita.

—Muy bien. Espero que George regrese esa misma mañana, así que él podría asistir también.



SELENA MIRABA por la ventana de su habitación, pensando en sir Lucius. *Usted perturba mi pacífica existencia.* Se preguntó cómo habría sido si él hubiera terminado con los escasos centímetros entre ellos y la hubiera besado. Apoyó los dedos en los pequeños cristales cuadrados de la ventana, fríos al tacto. Su aliento empañó el cristal.

Lord Harrowden apareció a la vista mientras caminaba por el suelo nevado bajo ella y, por instinto, Selena retrocedió detrás de la cortina y se ocultó. Volvió a asomarse y vio que el conde estaba agitado por algo. Tenía la cara oculta bajo el sombrero, pero su aliento salía en forma de nubes mientras avanzaba, cabizbajo y con los puños tensos.

Justo en ese momento, Rebecca salió corriendo tras él con sólo una ligera capa a su alrededor. Así que ya estaba fuera de la cama. Lord Harrowden se volvió y levantó la cara hacia Rebecca, y Selena vio la aparición de una sonrisa. Volvió a esconderse detrás de la cortina, pero cuando se asomó, él había cogido a Rebecca del brazo y la llevaba de vuelta al interior. Se inclinó para darle un pico en la mejilla, y Selena frunció el ceño. Algo debía hacerse para detener sus avances.

Eran las once y Selena ya no podía eludirlo. Salió al pasillo y empezó a caminar, con el tapete silenciando el ruido de sus pies. Sus pensamientos se estaba agitando infructuosamente mientras se dirigía a la habitación de lady Harrowden. Lo mejor sería que averiguara cuanto antes cuál iba a ser su destino aquí. Selena no estaba segura de si le importaría un repentino desenlace de su puesto —aunque eso significaría una pérdida de ingresos y tal vez de futuros puestos si no conseguía una referencia—, si lady Harrowden aún albergaba esos sentimientos de disgusto que había referido la noche anterior.

Y luego estaba sir Lucius y su improbable futuro con él... Selena aceleró el paso y cogió aire. No podía mortificarse por ese hecho. Era el destino de las mujeres como ella, quienes habían perdido su posición social. Tampoco había esperanza.

Dio tres golpecitos en la puerta de lady Harrowden, como era su costumbre, y entró. Morgan levantó la mirada, fuera de la vista de lady Harrowden, y le envió a Selena una sonrisa compasiva. Era un alivio inesperado contar con una aliada en todo el asunto.

—¿Has traído mi correspondencia? —preguntó lady Harrowden a Selena. La irritación de la noche anterior ya no estaba presente. Resultó tan sorprendente que a Selena casi se le cayó la bandeja. Era como si no hubiera pasado nada.

—Sí, milady —dijo, dando un paso adelante—. También he visto a sir Lucius esta mañana, quien tiene noticias para usted.

Lady Harrowden miró a Selena mientras rebuscaba entre las cartas que le fueron entregadas.

—¿Y cuándo volverá para darme esas noticias? ¿Lo ha dicho?

De repente, la situación le pareció incómoda a Selena. Se preguntó si sir Lucius había pensado en las implicaciones de pedirle que transmitiera la noticia a lady Harrowden, en lugar de hacerlo él mismo. Parecería como si él estuviera concediendo algún favor inusual a Selena, una simple acompañante.

—Creo que él no quería retrasar la noticia y temía no volver lo bastante pronto para dársela, así que me pidió que se la transmitiera.

Lady Harrowden abrió una de las cartas con un pequeño cuchillo y un agresivo movimiento de mano.

—Él sabe que me levanto a las once en punto. Si estaba impaciente por darme la noticia, debería haber esperado a que me levantara para venir. Muy bien, entonces. Dame las malas

noticias.

No era un comienzo muy prometedor, pero al menos lady Harrowden no parecía sospechar sobre qué otra cosa pudo haber causado la visita de sir Lucius.

—Ha dicho que la casa dote está lista, y que cualquier trabajo de pintura que haya que hacer puede llevarse a cabo mientras usted esté en la residencia. Puede trasladarse a ella tan pronto como lo desee, y él se ha ofrecido a ayudarla en lo que necesite —se obligó a mirar a la condesa. ¿Lady Harrowden diría que también necesitaba la ayuda de Selena, prolongando así su estancia?

Lady Harrowden dejó la carta sobre su regazo.

—Son muy buenas noticias. Al menos él me ha hecho un favor. Había planeado que empezaras hoy tus lecciones con Rebecca. Si algo me enseñó el baile de anoche, es que ella no está en condiciones de ser presentada en sociedad en esta temporada. Con su fortuna, tiene la oportunidad de conseguir un buen matrimonio. Pero si la presento ahora, cuando no es más que una criatura maleducada y sin modales en absoluto; aunque su aspecto sea encantador, terminaré viéndome mal y desperdiciaré mi tiempo.

Lady Harrowden se levantó e hizo una señal a su criada para que trajera el vestido que había preparado.

—Ahora veo que tendremos que revisar nuestros planes, pero tal vez solo un poco. La preparación de las maletas para la casa dote debe comenzar inmediatamente. Diré a los criados que empiecen a guardar la ropa de cama y la vajilla que son mías; si es que queda algún criado. Cada vez los veo menos. Y tú —señaló con el dedo a Selena—, también ayudarás, pero creo firmemente que tu prioridad es dedicar un par de horas al día a enseñar a Rebecca a comportarse correctamente. Ponla a prueba en las habilidades que debe poseer una mujer refinada para ver cuáles son sus carencias y empieza a enseñarle esas habilidades.

Selena empezó a pensar que tal vez lady Harrowden no tenía intención alguna de que se marchara. Y aunque no estaba segura de si debía meterle ideas en la cabeza a la condesa, estaba tan sorprendida que no pudo abstenerse de preguntar:

—Milady, después de sus palabras en el viaje en carruaje de vuelta a casa anoche, yo había entendido que usted deseaba que me marchara. He estado esperando mi despido inmediato.

Lady Harrowden se volvió mientras Morgan le abotonaba la espalda del vestido, evitando convenientemente la mirada de Selena.

—Quizá anoche fui demasiado dura con mis palabras. No me gustan las sorpresas. Pero el señor Downing demostró una terrible falta de modales al atacarte de esa manera, y tú no merecías ese trato —adoptando su habitual tono mordaz, añadió—: Si no hay más incidentes como éste, supongo que podré pasarlo por alto. No puedo hacer esta mudanza sin ayuda, y sir Lucius lo sabe. Ve a buscar a Rebecca y asegúrate de que se levante para que pueda empezar sus lecciones de inmediato.

—Como desee, milady —Selena hizo una pequeña reverencia y se marchó. No se molestó en decirle a la condesa que este incidente probablemente se repetiría, sobre todo si llevaban a Rebecca a Londres para la temporada, donde todo el mundo conocía a Selena. Estaba demasiado sorprendida de que la condesa mostrara algún tipo de ablandamiento.

Mientras bajaba las escaleras, Selena consideró que sería prudente acumular unos ahorros y luego encontrar un nuevo puesto antes de que se produjera el viaje a Londres. De ese modo no podría ser acusada de crueldad hacia lady Harrowden, quien la necesitaba durante la mudanza, pero tampoco tendría que soportar esta situación mucho más tiempo. En cualquier caso, seguro que la situación resultaría más llevadera en la casa dote que en la finca, donde lord Harrowden acechaba a cada paso.

Selena buscó a la señora Randall y la envió con lady Harrowden, quien había decidido dirigir algunos de los asuntos desde su espacioso dormitorio. Luego fue a buscar a la custodia.

Rebecca salió del salón con lord Harrowden a su lado, y Selena estaba detrás de ellos, por lo que tuvo una visión de su comportamiento juntos, que fue más íntimo de lo apropiado. Rebecca tenía la cabeza inclinada junto a la de él y se reía de las cosas que le contaba.

Selena entrecerró los ojos. Lord Harrowden podía resultar atractivo y encantador cuando lo deseaba. Pero era de los que ocultaban su verdadera cara. Con la riqueza de Rebecca, ella nunca vería el lado más oscuro de lord Harrowden. Eso, hasta que él lo gastara todo, hasta el último penique.

—Rebecca —exclamó, y ambos se volvieron—. Lady Harrowden me ha enviado a buscarte. Desea que empecemos a entrenar la conducta, para que estés lista para tu temporada londinense —Selena dejaría en manos de lady Harrowden la noticia de que la temporada no empezaría tan pronto.

Rebecca suspiró con fuerza.

—Qué aburrido. ¿Por qué voy a hacer algo así ahora? Ya tendré suficiente práctica en los bailes como el de anoche.

—Lady Harrowden espera prepararte bien para tu temporada, tal vez como una incomparable —añadió Selena, no muy sinceramente—. Ella ree que te vendría bien un poco de entrenamiento en los modales de una joven dama, y ha sugerido que empecemos a trabajar en eso ahora —Selena estaba ansiosa por alejarla de lord Harrowden—. ¿Nos vamos entonces?

Rebecca se dio la vuelta y siguió a Selena sin discutir, aunque volvió a suspirar. En voz alta. Lord Harrowden dio un paso adelante como si fuera a unirse a ellas, pero con una mirada a Selena, se volvió bruscamente y salió por la puerta que daba a los establos. Selena esperaba que fuera a dar un paseo a caballo y se perdiera en el bosque.

Abrió la puerta de la sala de estar.

—Creo que aquí podemos estar cómodas. Lady Harrowden está, mientras hablamos, dando instrucciones a los criados para que preparen una mudanza a la casa dote.

—¿Mudanza? —exclamó Rebecca—. No tengo ningún interés en mudarme. Me gusta estar aquí. Siempre me he imaginado en una gran finca como ésta, y me viene muy bien vivir aquí. Aunque —dijo reflexivamente—, no me importaría conformarme con una finca más pequeña si me casara con sir Lucius.

Había tanto que abordar allí que Selena no sabía por dónde empezar.

—Rebecca, si quieres tener un buen matrimonio y ser la señora de una finca como ésta, necesitas formación. No hay opción —en su tono más persuasivo, Selena añadió—: A ninguna joven le gusta la formación; o tal vez sean muy pocas las que destacan en tales artes. Somos muchas más las que deseamos vivir una aventura o hacer otra cosa que mantenernos perfectamente rectas, o sentarnos y clavar una aguja en la tela o rompernos la cabeza para recordar cómo conjugar los verbos franceses. Pero es algo que todas debemos hacer.

Selena terminó con un bufido ahogado. No se había percatado de cuánta de su propia frustración estaba brotando, sobre todo desde que *había* hecho todas esas cosas y ¿adónde la habían llevado? Directamente al papel de institutriz-acompañante de dos de las mujeres menos agradecidas que había tenido el privilegio de conocer. Como mínimo, podía torturar a Rebecca con el mismo entrenamiento. La idea le produjo una silenciosa satisfacción.

Al mismo tiempo, era consciente de que permitir que su frustración se impusiera —si se convertía en hábito—, la exponía al riesgo de convertirse en una anciana amargada. Entonces sería poco mejor que la condesa.

La voz autoritaria de Selena pareció haber penetrado en la bruma de egoísmo de Rebeca, porque después de pensárselo un momento, preguntó:

—¿De verdad crees que esto me ayudará a conseguir el matrimonio que deseo?

—No puedo prometerte nada, pero sí creo que ayudará —respondió Selena, contenta de que su pupila pareciera haber entrado en razón finalmente—. Recuerda lo que sir Lucius te advirtió en el baile. Para *esto* nos entrenamos.

—¿Para conseguir un contrato matrimonial con Sir Lucius? —aclaró Rebecca.

Selena se dio cuenta inmediatamente de su error y puso a prueba su ingenio para hacer frente a semejante obstinación.

—¿Sigues pensando en él y sólo en él? Pero si ya has recibido mucha atención, y esto no era más que una pequeña reunión. Imagina el éxito que tendrías si fueras a Londres. ¿No sueñas con causar sensación allí, donde el mundo está a tus pies? Podrías conseguir un muy buen matrimonio, si esa es tu misión —Selena sintió una punzada de culpabilidad por recurrir a las tendencias más superficiales de Rebecca, pero la ignoró. A estas alturas, se trataba de pura supervivencia.

—Supongo que sí —dijo Rebecca—. Pero nunca he visto a un hombre tan apuesto como sir Lucius, con perfectos modales, un título y fortuna. Y sería *toda* una conquista hacer que se interesara en mí. Todas mis antiguas compañeras estarían muy celosas. Además, no estoy segura de que exista otro hombre como sir Lucius.

Selena coincidió para sus adentros y no pudo discutir. Pero tal vez, con el tiempo, otro joven podría llamar la atención de Rebecca.

—Muy bien, si eso es lo que deseas, trabajemos para convertirte en una esposa adecuada para él —dijo Selena.

Eso le causó una punzada, pero intentó convencerse de que también lo decía en serio. Tal y como estaban las cosas, sir Lucius no había dado a Selena ningún indicio, aparte de una mirada ardiente y la petición de que se quedara, de que la consideraba una candidata potencial. También podría realizar su poco envidiable tarea de formar a Rebeca de forma satisfactoria.

Las palabras de Selena funcionaron de maravillas y, de repente, Rebecca se volvió mucho más complaciente. Empezó a escuchar atentamente e incluso a buscar elogios por sus esfuerzos. Selena hizo que demostrara de su forma de hablar y andar, y luego la instruyó sobre lo que necesitaba mejorar. Hizo que Rebecca exhibiera sus conocimientos de acuarela, que eran incluso menores que los de Selena. Su pupila no sabía absolutamente nada de francés.

—¿Qué aprendías en esa escuela? —le preguntó Selena, con desconcierto. Parecía que Rebecca no había aprendido ninguna de las artes femeninas.

—Oh, no prestaba mucha atención. Hacía lo que me daba la gana, y creo que mientras mis administradores siguieran pagando, la directora de la escuela estaba encantada de dejarme hacer lo que quisiera. Sólo cuando me marché sin decirles dónde estaba, entonces decidieron que la reputación de la escuela podía verse comprometida —puso los ojos en blanco—. Fue entonces cuando decidieron que querían echarme. Algo muy cobarde de su parte, debo decir. Estoy segura de que muchas de las chicas admiraron un movimiento tan atrevido como el mío. Probablemente sigan allí obligadas a aprender sus lecciones, ¡y mira dónde estoy yo!

A Selena no le hizo gracia y no pudo resistir una réplica.

—Sí, *tú* estás aquí; obligada a aprender las tuyas. Como ves, todo se reduce a lo mismo. Si sabes lo que quieres, debes esforzarte para conseguirlo. Ven, hagamos una pausa y bebamos té.



Lucius se paseaba ante la ventana, un signo de agitación que se permitía cuando estaba solo. Probablemente sus sirvientes sospechaban que algo andaba mal, ya que había respondido a Finn con impaciencia cuando el mozo de cuadra le informó que su castrado había contraído la fiebre de barro.

No, no se estaba autocomplaciendo como solía hacerlo. Pero hoy era la noche de la cena de María y George no había regresado, y Lucius no podía seguir adelante con la conquista de Selena hasta que él no hubiera arreglado todo en Harrowden. Le debía a lady Harrowden cumplir la promesa que le había hecho a su marido, y le debía a Selena ofrecerle un matrimonio que no surgiera a expensas de los demás. Lucius había llegado incluso a preguntar por una sustituta adecuada para la institutriz de Rebecca a partir de unas palabras casuales que María había soltado. No perdería tiempo en sugerir la candidata a lady Harrowden una vez que él hubiera asegurado la mano de Selena.

Lucius confiaba en que su hermano acudiría sin falta, y esperaba que trajera noticias de lord Harrowden que pudieran iluminar su situación. Qué irónico sería que el conde hubiera apostado y perdido su fortuna y que el trato displicente que había dirigido a Selena se le regresara a él. Eso era el resultado de todas las críticas y prejuicios que Harrowden había lanzado contra Selena; se volvería en su contra.

Lucius se sentó en su sillón y miró el que estaba vacío a su derecha. Apoyó la barbilla en la mano. Ella le había devuelto la mirada en el baile, cuando él había estado hablando con Philippa. Ella le había sonreído desde el otro lado del salón, y sus miradas se habían sostenido, y cuando él no pudo resistirse a devolverle la mirada, sus ojos seguían clavados en él. Fue entonces cuando supo que ella sentía algo por él. A la mañana siguiente, él le había besado la mano en el salón, y su mano encajó perfectamente en la suya. Pero no era suficiente. Lo que más deseaba era estrechar a Selena entre sus brazos.

Volvió a mirar la silla vacía y una sonrisa se le dibujó en los labios. Cuando ella fuera lady Clavering, no se sentaría en *esa* silla. Se sentaría en la *suya*. En su regazo y sus brazos.

Se levantó de un salto y comenzó a pasearse de nuevo. Necesitaba moverse, pero se negaba a montar a caballo, aunque sentía un ardiente deseo de ver a Selena. Quería estar seguro de que ella estaría presente esta noche. Pero no podía marcharse cuando sabía que George vendría. Y, efectivamente, estaba a punto de cruzar hacia las estanterías en busca de algún libro para leer —cuyas páginas probablemente miraría con su mente ausente—, cuando el sonido de la puerta principal abriéndose llegó a sus oídos. *George*. Nadie más entraría sin anunciarse y sin llamar.

La puerta se abrió y Lucius se volvió para caminar hacia adelante.

—Sabía que vendrías sin falta. ¿Qué noticias traes?

George se rio de manera infantil y se quitó el sombrero y los guantes, entregándoselos al criado que lo había seguido.

—Ofréceme un poco de ale, por favor. Acabo de regresar directamente de Londres y aún no me he detenido en casa de María.

Lucius indicó a Briggs que obedeciera la petición de su hermano y luego hizo un gesto hacia adelante.

—Por supuesto —guió a su hermano hasta las sillas cercanas al fuego, donde le indicó que se sentara—. Bueno, he estado esperando esta noticia. Suéltala.

—Lucius, estás de muy malhumor últimamente. De acuerdo. Tenías razón. Harrowden está involucrado en algunas especulaciones salvajes. Algo sobre una fábrica de algodón en Glasgow. Ya tenía un desafortunado vicio por las apuestas, que tú conocías, y hay varias deudas de honor pendientes. Por eso no puede dar la cara en Londres. Pero algunos de sus amigos en The Cocoa Tree habían hablado de una apuesta segura, y todo lo que puede decirse es que Harrowden mostró un gran interés por el proyecto, haciendo varias preguntas delante de los demás hasta que quizá se dio cuenta de que debía ser más prudente. Siguió a Williams fuera del club, sumido en la conversación.

George se encontró con la mirada de Lucius.

—En Londres se habla mucho de que la especulación fracasó. Algo sobre una epidemia de tifus que acabó con la mitad de los trabajadores y, por si fuera poco, la fábrica ardió en llamas hace un par de semanas. Es noticia porque unos cuantos caballeros habían puesto sus esperanzas en ello. Se decía que era una apuesta segura, aunque no estoy seguro de que todos ellos hubieran invertido hasta el punto que sospecho que lo ha hecho nuestro vecino. Sus deudas de juego se habían vuelto muy apremiantes. Casi todos con los que hablé; todos de gran confianza, por supuesto, creyeron lo mismo. Harrowden está metido en un lío.

Lucius se recostó mientras asimilaba la noticia.

—Hm. Supongo que al final no es ninguna sorpresa. Las noticias no tardarán en llegar aquí. Debido a nuestras relaciones familiares, mi deber es ayudar a lady Harrowden en lo que pueda, pero quizá no pueda hacer gran cosa. Si Harrowden ha hipotecado las partes no restringidas, la finca tendrá problemas para mantenerse. ¿Has encontrado un abogado?

—Sí, fui a ver a los dos nombres que me diste. El primero estaba en la India, pero el segundo dijo que tenía un colega en Hertfordshire que podría ser más adecuado. Así que te he traído su dirección y su nombre. ¿Qué pasará con lady Harrowden?

—Sus provisiones deberían proporcionarle una vida modesta, y probablemente pueda permitirse incluso un criado o dos. Pero no será en absoluto a lo que está acostumbrada, especialmente si debe abandonar la propiedad Harrowden y ya no tendrá acceso a la casa dote. No sé qué propiedades están restringidas y cuáles no. Aunque pueda ser una anciana difícil, no le desearía eso, no en esta etapa de su vida.

George negó con la cabeza.

—Yo tampoco.

Lucius levantó la mirada cuando Briggs abrió la puerta con dos jarras de metal.

—Ah. La ale que habías estado esperando. Ten; ¿luego supongo que querrás volver a casa de María para refrescarte? Para que lo sepas, esta noche hay una cena a la que pienso asistir.

—¿Ya te quieres deshacer de mí? Muchas gracias —George dio un gran sorbo y luego miró a Lucius con interés—. ¿Volverás a casa de María tan pronto? ¿Qué esperas conseguir yendo?

—No es asunto tuyo, niño iluso —Lucius se rio cuando George hizo una mueca—. Sin embargo, ya que te has molestado en ir a Londres por mí, te lo diré. Mi esperanza es corregir un error del pasado y devolver a la señorita Lockhart a una posición digna. Creo que Downing sigue allí, y me he asegurado de que se envíe una invitación a los Harrowden.

—Esperas redimirte a los ojos de la señorita Lockhart —dijo George y sonrió con complicidad—. Bien. Ojalá esté dispuesta a pasar por alto tu grosera falta de cortesía y no te rechace por presuntuoso, como te mereces.

—Como digas —Lucius dejaría que su hermano se burlara. En cualquier caso, se merecía el reproche.



SELENA ESTABA de pie en el pasillo, escuchando. Giró completamente, pero no vio a nadie. Nadie que llevara una bandeja, que estuviera en la puerta o que se ocultara a su paso. Qué extraño que no se percatara de la actividad de los criados hasta que su ausencia la abrumó con su silencio. ¿Sería posible que todos estuvieran arriba ayudando a lady Harrowden con la preparación de las maletas?

Hubo un golpe en la puerta y Selena esperó, pero nadie se apresuró a atender. Tras dudar un momento, se acercó a la puerta y la abrió.

Al otro lado había un comerciante o un sirviente de algún tipo, y Selena lo miró interrogante. Se quitó la gorra y se inclinó ante ella.

—Disculpe, señorita. Me han dicho que hable con la cocinera.

—Creo que la encontrará en la entrada del servicio —respondió Selena, despacio. ¿Un comerciante en la puerta principal?—. ¿Usted no sabe cómo llegar, tal vez?

—He llamado allí, pero nadie ha respondido. Y Messir Anton, el carnicero, me ha dicho que entregue el mensaje pase lo que pase, le ruego me disculpe, señorita. Ha dicho, pues, que no se entregará más carne hasta que su cuenta esté pagada.

Selena frunció las cejas. Sin duda, ¿una cuenta tan básica no podía estar atrasada? Había sospechado que había algunas incoherencias entre el modo de vida de lord Harrowden y la prestación proporcionada por la finca, y lady Harrowden se lo había insinuado. Pero la carne era un artículo muy básico. Seguro que había algún malentendido.

—Espere aquí. Traeré a la cocinera para que hable con usted —Selena cerró la puerta y se apresuró a bajar a la cocina. Se encontró con la señora Randall con cierto alivio. Después de todo, todavía había criados en Harrowden—. Señora Randall, creo que debe estar ocupada en este momento, porque sé que lady Harrowden ha solicitado su presencia, pero hay alguien en la puerta...

—Sí, es tal como usted dice, señorita Lockhart. No puedo atender a la persona de la puerta. ¿Quizás usted podría ver a Mullings? Ah, no. Mullings se ha ido esta mañana. ¿O...? —la voz de la señora Randall se entrecortó, y fue entonces cuando Selena se dio cuenta de lo estresada que estaba.

Selena miró al ama de llaves con preocupación.

—Ahora, es una cosa muy extraña, pero no hay sirvientes por aquí. Ni uno. Y ahora hay un comerciante en la puerta principal diciendo que no se entregará la carne prometida hasta que se pague la cuenta —Selena miró a su alrededor—. ¿Dónde está la cocinera?

La señora Randall empezó a retorcerse las manos.

—Algunos de los criados han decidido abandonar hoy sus puestos y no sé qué hacer. Llevan

varios meses sin recibir su salario. La cocinera es uno de ellos.

A Selenia se le empezó a cerrar la garganta en un familiar ataque de pánico. La desintegración de su propio hogar había empezado de la misma manera, y por más que intentaba que lady Harrowden le agradara, a la condesa le resultaría mucho más difícil recuperarse después de una pérdida así de lo que había sido para Selenia, quien era joven y estaba rodeada de familia. Lady Harrowden era viuda.

Selenia eliminó el nudo en su garganta.

—Atenderé al comerciante. ¿No tenemos ahorros en casa? ¿No puedo pagar la cuenta y hacer que envíen carne para la cena de esta noche?

La señora Randall negó con la cabeza.

—No sé cómo nos las arreglaremos. El conde se ha mostrado evasivo acerca de las finanzas de la finca, y no me he atrevido a interrogarlo más. Pero hace tiempo que vivimos a crédito y ya no podemos pagar las facturas cuando llegan. Ha sido difícil conseguir velas y los suministros más básicos para el hogar. Y ahora sólo nos queda un puñado de criados. He estado aquí toda mi vida, pero los que no son leales a Harrowden se han ido hoy.

Los pensamientos de Selenia se agitaron mientras fijaba su mirada en la señora Randall. La primera persona en la que pensó que podría aconsejarla fue sir Lucius, pero eso era ridículo. ¿Qué tenía él que ver con los problemas de Harrowden, aunque tuviera una promesa que cumplir a lady Harrowden? Tal vez, basándose en esa promesa, podría hablar con él sobre este asunto. Dijo que podía llamarlo si ella lo necesitaba.

La idea de buscar el consejo de sir Lucius hizo que a Selenia se le acelerara el pulso. Subió las escaleras, dándole vueltas a la idea en su mente, y se dirigió a la puerta donde aún esperaba el comerciante.

—No puedo encontrar a la cocinera en este momento, pero enviaremos a alguien a pagar la cuenta tan pronto como sea posible —el comerciante hizo una torpe reverencia y se marchó sin decir nada más.

Selenia no supo por qué necesitó contar semejante mentira piadosa. Si no tenían el dinero ahora, no lo tendrían después. Tal vez era para guardar sus propias apariencias y no tener que revivir el trauma de los cobros insistentes de los comerciantes. O tal vez deseaba evitarle esto a lady Harrowden, pues no podía discernir el funcionamiento de su corazón. Pero, sencillamente, no podía decirle a ese hombre que no tenían dinero cuando ella aún tenía esperanzas de encontrarlo.

Selenia respiró hondo y se dio la vuelta para entrar. Tenía que consultar con la condesa. Selenia subió rápidamente los escalones y llamó a la puerta. Cuando oyó que la llamaban para que entrara, lo hizo y encontró a lady Harrowden ordenando a uno de los criados para que empacara la colección de linos bordados que habían sido extendidos para que ella los examinara.

Selenia avanzó y esperó a que la condesa le prestara atención.

—Milady, ¿podría hablar con usted?

Lady Harrowden chasqueó los dedos a la criada, quien parecía moverse con demasiada lentitud para su gusto.

—Date prisa, muchacha. Pronto tendremos que prepararnos para la cena de esta noche en casa de los Holbeck. Te mueves demasiado despacio. Cuanto antes pueda trasladarme a la casa dote, mejor será para mí —luego se volvió hacia Selenia—. ¿Tienes que interrumpirme ahora? ¿No ves que estoy demasiado ocupada? ¿Qué has hecho con Rebecca? ¿Has terminado tu entrenamiento de hoy?

Selenia se armó de valor.

—Milady, es un asunto de gran urgencia que debo hablar con usted a solas. Por favor.

Por fin, lady Harrowden centró toda su atención en Selenia, aunque una mirada de fresca irritación cruzó sus rasgos.

—Muy bien. Salid todos de la habitación.

Cuando la criada y el lacayo se hubieron marchado, lady Harrowden se sentó con un gemido. Seguramente no estaba acostumbrada a tanta actividad, aunque no había salido de sus propios aposentos.

—Bueno, suéltalo. Qué es lo que parece ir mal? ¿Has preparado a Rebecca para esta noche? Comprenderás que esta vez no nos acompañarás. Creo que esos horribles caballeros seguirán allí, y no quiero más situaciones embarazosas, ni para ti ni para mí.

—Sí, lo he entendido —dijo Selenia—, y concuerda perfectamente con mis propios deseos. Acepto con mucho gusto.

Selenia ocupó la silla de enfrente. Necesitaba estar a la altura de los ojos de la condesa.

—Milady, la señora Randall acaba de informarme de que muchos criados se han marchado hoy porque hace meses que no les pagan el sueldo. La gente empieza a sospechar que no les pagarán nada.

Lady Harrowden tensó tanto los labios que las líneas que rodeaban su boca se volvieron blancas. Aunque Selenia temía por lady Harrowden, pensó que lo mejor era decirlo todo.

—Y cuando yo estaba en la entrada, llamaron a la puerta principal. La abrí porque no había criados para hacerlo, y era el aprendiz del carnicero, que venía a que le pagaran la cuenta. Llamó a la puerta principal porque nadie contestó en la entrada de los criados, y le dijeron que no podía marcharse hasta que hubiera entregado su mensaje. Dijo que no traerían carne a esta casa hasta que pagáramos la cuenta. Hace varios meses que no reciben nada de nosotros.

—Eso es imposible —espetó lady Harrowden, pero se había puesto pálida y tenía los ojos muy abiertos—. Debes estar equivocada.

Selenia negó con la cabeza.

—Lo he oído directamente de sus labios, y me he encontrado con la señora Randall en la cocina. Parece estar un poco conmovida.

Lady Harrowden levantó una mano trémula.

—Llama a la señora Randall. Y dile a Morgan que me prepare algo, porque me siento débil.

Selenia hizo sonar la campana y se colocó al lado de la condesa. Lady Harrowden permaneció mirando al frente con rostro circunspecto antes de tomar una decisión.

—Esto es lo que vamos a hacer, Selenia. Irás en mi lugar esta noche y les dirás a los Holbeck que me encuentro mal. Dile a María que me envíe a sir Lucius, si él no está allí para que se lo digas tú misma, y vigilarás a Rebecca. No me importa si mi sobrino va o no. Eso no me concierne. Pero debemos mantener las apariencias mientras podamos. Debemos arreglar este lío antes de que las cosas vayan demasiado lejos, si tal cosa es posible.

La señora Randall entró, con el rostro contraído por la preocupación, y Selenia se puso en pie. Vería a sir Lucius esta tarde. Por otra parte, probablemente se vería obligada a ver a Matthew Downing. El placer no vivía sin dolor en el mundo de los Lockhart.

—Muy bien, milady. Haré lo que dice.

Capítulo Veinte

SELENA ABANDONÓ a lady Harrowden y fue en busca de Rebeca. La encontró en su habitación, con montones de vestidos esparcidos por todas partes, como si los hubiera sacado todos para inspeccionarlos. Alice sostenía un vestido para su ama, y ambas se volvieron para mirar a Selena cuando ésta entró.

Rebecca resopló con frustración.

—La modista no ha traído el vestido de seda que prometió para esta noche. Ha enviado a alguien con sus disculpas, pero no debe de pensar que volveré a utilizar sus servicios. ¿Y ahora qué hago? No tengo absolutamente *nada* que pueda ponerme.

Selena dio un paso adelante, observando los montones de vestidos que cubrían la cama y los sillones. Rebecca tenía más vestidos de los que Selena había tenido en su vida, incluso durante su temporada londinense.

—Estoy segura de que encontrarás un vestido apropiado en esta pila. Tienes muchas opciones. No es como si la gente fuera a verte con algo que ya has llevado antes; no llevas aquí el tiempo suficiente —miró el que la criada de Rebecca había levantado e hizo un gesto hacia él—. Este te irá muy bien; el color le va bien a tu complexión. He venido para asegurarme de que lleguemos a tiempo. Lady Harrowden no nos acompañará esta noche con los Holbeck. Me ha pedido que te acompañe en su lugar.

Rebecca aceptó la noticia sin rechistar, pero se preocupó y lamentó la pérdida del vestido que no llegaría. Selena no tuvo paciencia para convencerla de que se pusiera de mejor humor.

—Alice, por favor, asegúrate de que Rebecca esté lista para las ocho.

Selena salió y se dirigió a su habitación. Tenía dos horas para vestirse y prepararse para la desagradable experiencia de volver a ver al señor Downing. Era una suerte que las hubieran invitado a cenar. Eso podría retrasar la sospecha de Rebecca de que no todo iba bien en la finca.

Mientras Selena se desenredaba el pelo y se lo cepillaba antes de recogérselo de nuevo, se preguntó dónde estaría lord Harrowden y si iría esta noche. No lo había visto en todo el día, lo cual era tan inusual como tener la casa vacía de criados. Su ausencia era una mejora, pero no dejaba de ser preocupante. Algo no iba bien, y Selena sentía como si estuviera esperando a que estallara una tormenta.

Echó un vistazo a su propia colección de vestidos. Todos los que había traído estaban gastados. Había un vestido aceptable que había conseguido confeccionar en patrones de sarga sobre tela de seda de color gris como los adoquines, además del desafortunado vestido de baile. Tendría que ponerse el vestido de pizarra, que era bastante informal para la noche, pero era lo mejor que tenía. En cuanto al vestido de baile, no quería volver a ponérselo.

Cuando faltaban cinco minutos para las ocho, Selena bajó en busca del único lacayo, al que encontró en la cocina con Hazel. Se levantó de un salto y se puso atento cuando Selena entró.

—Por favor, acerca el carruaje, vamos a salir esta noche.

Él se inclinó.

—Sí, señorita.

Selena lo miró irse y se preguntó por qué había decidido quedarse cuando todos los demás se habían marchado, luego miró la cara sonrojada de Hazel y pensó que ya tenía la respuesta. Estaba agradecida de que él hubiera seguido tratándola con una muestra de respeto. Aunque esta catástrofe no era asunto de Selena —a diferencia de la primera—, seguía afectándola demasiado como para sentirse cómoda.

Alice, a su favor, hizo que Rebecca saliera y bajara a las ocho en punto, y la chica lucía encantadora con el vestido elegido. Debió haberlo sabido, pues estaba de un humor complaciente.

El lacayo acercó el carruaje y Selena se preguntó si en el último momento lord Harrowden aparecería y se uniría a ellas, pero no llegó. Se sintió libre ante la ausencia de su mirada burlona, aunque sabía que le esperaban otros desafíos en la cena de esa noche; que serían incluso más incómodos.

Cuando el lacayo condujo el carruaje a la entrada principal de la finca de los Holbeck, todo estaba tranquilo fuera, a diferencia de la noche del baile formal. Aunque las ventanas estaban iluminadas y se oían voces en el interior, no había fila de recibimiento ni invitados en la entrada. El mayordomo de los Holbeck hizo pasar a Selena y Rebecca a la sala donde estaban reunidos los demás invitados.

El primer par de ojos que se volvieron hacia ella fueron los del señor Downing, y Selena tuvo que hacer todo lo posible para no temblar y volver corriendo al carruaje. Ella apartó la mirada.

La señora Holbeck avanzó y estrechó una de las manos de Rebecca entre las suyas.

—Es un placer tenerla de vuelta en nuestra casa, querida —miró a Selena y luego se volvió hacia Rebecca—. Pero, ¿dónde está lady Harrowden? La otra invitación era específicamente para ella.

Rebecca miró a Selena con vacilación. No había preguntado en el carruaje sobre la ausencia de lady Harrowden, pues probablemente no se le había ocurrido.

Selena respondió.

—Lady Harrowden no se encuentra bien y me ha pedido que acompañe a la señorita Woodsley en su lugar —la señora Holbeck le devolvió una sonrisa tensa, luego dejó a Selena y a Rebecca solas y fue a unirse a una conversación con otros invitados. Una de las jóvenes que estaba de pie con su madre cerca hizo un comentario en voz baja sobre el vestido de Rebecca, y ésta se volvió hacia ella, dejando a Selena sola.

Sir Lucius entró por una puerta del salón. Cuando vio a Selena, se dirigió hacia ella con una sonrisa, que no pudo resistirse a corresponder, aunque esperaba que no fuera evidente.

—Ha llegado. María me dijo hace unos minutos que usted no vendría, ya que no había sido invitada. Estaba a punto de irme.

Los ojos de Selena se abrieron de par en par. No pudo confundir el significado de sus palabras, y eso hizo que su corazón latiera con fuerza en su pecho.

—Sir Lucius, debo hablar con usted.

Se inclinó hacia adelante y acercó los labios a su oído.

—*Lucius*, por favor.

Selena desvió la mirada hacia un lado y vio que la señora Holbeck los observaba. Se volvió hacia sir Lucius.

—Lady Harrowden se encuentra bajo una gran presión. Al parecer, varias cuentas no han sido pagadas en la finca, y muchos de los criados han abandonado sus puestos porque no han recibido su salario en algunos meses. Un comerciante ha aparecido hoy a la puerta y ha dicho que no se repartirá carne hasta que se pague la cuenta.

Ella vio su preocupación reflejada en sus ojos y se sintió inconscientemente mejor. No tenía por qué compartir sola esta preocupación.

—Lady Harrowden estaba tan conmovida que se fue a la cama esta noche, por eso no está aquí.

Sir Lucius frunció los labios.

—Debo decirte que esto no me sorprende, aunque él debió haber estado cogiendo prestado de la finca casi desde el momento de su herencia, por eso las cosas han progresado así de rápido. Mi hermano George ha regresado de Londres esta mañana, donde hizo averiguaciones sobre la

situación de Harrowden. Resulta que él especuló salvajemente con algún plan que fracasó, y además de sus propios hábitos de juego desastrosos, me temo que él no tardará en arruinarse.

Un escalofrío de miedo invadió a Selena.

—¿Qué significará eso para nosotras? ¿Lady Harrowden podría seguir con la mudanza a la casa dote?

Sir Lucius inclinó la cabeza hacia Selena, mientras se inclinaba para hablar.

—Mañana traeré a un contable y a un abogado para que se reúnan con la condesa y examinen sus bienes y las cuentas que le corresponden. No sé si la casa dote estaba vinculada al resto de la herencia, pero en cualquier caso, las consecuencias de las acciones de Harrowden serán dolorosas para la condesa, porque su nombre estará unido al escándalo. No hay forma de evitarlo.

Selena echó un vistazo al salón y se tranquilizó al ver que la gente no le prestaba demasiada atención, a pesar de lo cerca que estaban sir Lucius y ella. Tal vez la velada transcurriría mejor de lo que había temido. Entonces miró de nuevo a la señora Holbeck, quien seguía con los ojos clavados en ellos, y corrigió su valoración. La mujer podía lanzar dagas con la mirada.

Aún no estaba dispuesta a poner fin a una conversación que la reconfortaba en una velada cargada de tensión.

—Ha sido angustioso tener a un comerciante en la puerta —dijo Selena—. Se presentó en la entrada principal porque había llamado a la del servicio y nadie había abierto. La cocinera ya se había marchado. El comerciante dijo que le habían ordenado entregar la cuenta por cualquier medio, y al parecer eso significaba llamar a la puerta principal.

Sir Lucius rozó su brazo con el de ella en su cercanía.

—Esta no es una tormenta provocada por ti. Sólo eres una acompañante de la condesa. No tienes por qué sufrir por la estupidez de Harrowden.

Una repentina oleada de lágrimas brotó de los ojos de Selena, pero las eliminó rápidamente al parpadear.

—Creo que usted no puede entenderlo del todo. Esto me recuerda demasiado a lo que ocurrió en mi propia familia, y abre heridas nuevas. Sabiendo lo que es haber sufrido semejante escándalo, yo no se lo desearía a nadie, aunque lady Harrowden no siempre sea especialmente amable conmigo.

—Te mereces algo mejor, Selena —la voz de Lucius era profunda, y pronunció su nombre como una caricia—. Cuando el abogado venga mañana, veremos qué se puede hacer por lady Harrowden. Y tú... —esperó a que ella lo miró—. Asegúrate de concederme también unos minutos de tu tiempo —Lucius le cogió la mano y la estrujó, y Selena volvió a mirar a su hermana, quien tenía el rostro rígido.

—Lo haré —respondió ella sin aliento. Había utilizado su nombre de pila, y Selena no tuvo fuerzas para protestar.

La señora Holbeck había empezado a formar parejas para la cena según un plan preestablecido.

—Lucius, lleva a la señorita Woodsley a la habitación —ordenó.

No había otros caballeros elegibles cuando llegó el turno de Selena, y ella siguió a las parejas hasta el comedor y se sentó en la única silla disponible. Estaba a la izquierda del señor Downing.

A Selena se le encogió el corazón. Esto era lo que había temido. Aparte de mirarla una vez, el señor Downing no la saludó y se dirigió a su compañero de la derecha para el primer plato. Selena comió en silencio, pues parecía que el hombre mayor de su izquierda era sordo. Pero en el segundo plato, el señor Downing se sirvió un poco de carne blanda y se volvió hacia ella.

—No esperaba que volvieras aquí. Pensé que ya habías tenido bastante después del baile de la otra noche. Fue una especie de reencuentro o algo así. A decir verdad, no esperaba volver a verte cuando te fuiste de Londres.

—No he tenido elección en el asunto —respondió Selenia—. Lady Harrowden se puso enferma en el último momento y tuve que acompañar a la señorita Woodsley esta noche. No era mi intención venir, créame. Ya había tenido suficiente de usted la otra noche.

Él se rio de la misma manera que ella recordaba. ¿Cómo pudo haber pensado que su risa era cálida?

—Me lo imagino. Me sorprendió tanto verte, Selenia, que no pude evitarlo. Estás tan hermosa como cuando nos comprometimos. Y, si me permites un cumplido, no has perdido tu porte orgulloso ni siquiera como acompañante pagada. Te has conservado muy bien.

Selenia enarcó una ceja y consiguió mantener la mano firme cuando se llevó el tenedor a la boca. No creyó necesario darle las gracias. Y aunque tuvo la idea errante de clavarle los dientes del tenedor en la mano —*con fuerza*—, su formación la llevó a continuar la conversación como si no fueran enemigos.

—No he seguido su profesión. ¿Has conseguido su puesto en el Parlamento? —Selenia masticó la comida en su boca, tan seca como el serrín.

El señor Downing dio un sorbo de vino y contestó con su voz de funcionario electo.

—Sí, fue elegido para el Parlamento tres meses después de que nuestro compromiso llegara a su fin.

Porque nuestro compromiso llegó a su fin, quisiste decir.

—Sé que siempre fue una de sus ambiciones. Qué maravilloso para usted que haya podido realizarla.

El señor Downing acarició el tallo de su copa de vino sobre la mesa.

—Ahora supongo que me queda encontrar esposa. No había pensado hacerlo, pero después de verte nuevamente me he dado cuenta de que eso alguna vez fue mi ambición, y no es una mala ambición. Me presentará como un caballero serio que puede progresar en política. Sin familia, existe el riesgo de que me vean como demasiado joven.

—Bueno —Selenia esbozó una sonrisa tensa—. No hay nada que le impida encontrar una esposa ahora, ¿verdad?

¿Cuándo cambiaría el rumbo de esto para que pudiera librarse de esta tormentosa conversación?

—Tu pupila parece estar llena de energía —el señor Downing dirigió su mirada a Rebecca al otro lado de la mesa, y Selenia la siguió—. La otra noche me pareció un poco promiscua, pero hay que reconocer que tiene muchas gracias.

—Es hermosa; eso es muy cierto, señor Downing. Y aunque no puede haber inconveniente alguno para que usted la persiga, lady Harrowden ha determinado que no será presentada esta temporada, sino la siguiente.

—He oído que posee treinta mil libras —el señor Downing apartó la mirada de Rebecca y se volvió hacia Selenia—. Tal vez continúe con mis visitas a los Holbeck para poder sacarles ventaja a los demás caballeros de Londres. No es frecuente encontrar un rostro tan bello unido a una figura tan bonita.

Sus palabras despertaron la ira de Selenia, quien replicó:

—Por *figura*, supongo que se refiere a sus ingresos. Perseguirla por todos sus medios. Pero como usted carece de título, no creo que le resulte tan fácil tentarla.

Frente a ellos, sir Lucius se rio de algo que dijo Rebecca, y Selenia creyó ver tensión en sus

ojos. O tal vez se lo había imaginado. Aparte de sufrir más la presencia del señor Downing en Hertfordshire, lo último que Selena deseaba era ver a Rebecca flirtear con sir Lucius.

Las palabras salieron antes de que ella pudiera detenerlas.

—Puede que usted descubra que alguien más ya le ha sacado ventaja —señaló a sir Lucius, inclinando la barbilla. Fue más por rencor hacia el señor Downing que por convicción que añadió —: Creo que a su hermana le gustaría ver prosperar este emparejamiento. Así que si usted pretende utilizar esto como lugar donde alojarse mientras persigue a la señorita Woodsley, puede que no cuente con un aliado en ese aspecto.

El señor Downing emitió una respuesta indiferente, pero Selena sabía que él ya estaba planeando algo. No habían pasado ni un año de cortejo sin que ella se enterara del alcance de sus ambiciones. Sería demasiado para él dejar que treinta mil libras se le escaparan de las manos sin hacer un esfuerzo.

Finalmente, la interminable cena terminó y Selena se dirigió al salón, donde estaban colocando las mesas de whist.

La señora Holbeck dirigía la velada.

—Philippa, no te he incluido en nuestros números. Tenemos suficientes grupos completos excluyéndote —miró a Selena pero no consideró necesario decirle que ella también estaba excluida. Selena se volvió hacia los sofás en un lado del salón y Philippa se acercó a ella con una tímida sonrisa y un comentario sobre lo mucho que odiaba el whist.



LUCIUS ESCUCHABA PARCIALMENTE mientras Rebecca lo entretenía con sus historias durante la cena. Sus pensamientos estaban puestos en Selena, sentada cerca de Downing. Eso debió haber sido un cambio de última hora de María, ya que nunca habría puesto a lady Harrowden junto a él. Su único propósito debió haber sido aumentar la incomodidad de Selena. Tendría que intercambiar unas duras palabras con su hermana.

Jugó una ronda de whist mientras observaba discretamente a Philippa conversando con Selena. Parecían llevarse bien, y se alegró de que no todos sus hermanos tuvieran los mismos prejuicios que María. Cuando las trece bazas llegaron a su fin y el compañero de Lucius se excusó de jugar otra mano, él se acercó al rincón de la ventana, debatiendo si debía interrumpir la conversación de Philippa o si era mejor que ambas se conocieran.

Downing apareció a su lado, saludándolo con una inclinación de cabeza.

—Sir Lucius.

—Downing —respondió Lucius. Permanecieron en silencio un momento, y Lucius se cruzó de brazos mientras Downing estudiaba la tapa esmaltada de su tabaquera. El aire estaba cargado de tensión. Era tan ridículo que Lucius quería reírse; como si los dos hombres estuvieran a punto de enfrentarse en el ring. A su derecha, podía oír los suaves tonos de la conversación entre Selena y Philippa. Lucius no hablaría primero, pero sentía curiosidad por saber por qué Downing había decidido buscarlo.

—Me han dicho que usted va tras ella —Downing asintió en dirección a la habitación donde estaba sentada Selena.

Lucius se preguntó qué interés podía tener este hombre en saber a quién había decidido perseguir Lucius cuando ya había abandonado toda pretensión hacia Selena.

—¿Quién le ha dado esa información?

Downing sacó su tabaquera y miró a Lucius mientras cogía una pieza.

—Selena —dijo de modo cortante.

Lucius retrocedió con sorpresa. ¿Selena le había dicho a su ex prometido que Lucius estaba yendo tras ella? Parecía un movimiento muy atrevido por su parte, a menos que quisiera poner celoso a Downing. Tal vez lo impensable era posible. Tal vez ella aún sentía algo por él, aunque la hubiera tratado de forma abominable. Lucius se lo pensó. No, era más probable que deseara que Downing supiera que ella no estaba triste por él.

—Es verdad —dijo Lucius con cuidado—. Espero que se convierta en mi esposa.

¡Listo! He hecho lo que vine a hacer. Lucius ya no permanecería en silencio en lo que se refería a sus sentimientos por Selena. Se lo diría a todo el mundo y los desafiaría a criticar su elección.

—Yo también podría tener algún interés en esa —replicó Downing de esa manera pretenciosa y arrogante, como si estuvieran hablando de caballos para comprar en Tattersall's. Lucius apenas podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Lamento informarle de que tuvo su oportunidad hace mucho tiempo. Ha renunciado a ella, y esa es su propia pérdida.

Downing frunció las pálidas cejas, confundido.

—Acabo de conocer a la chica. ¿Cómo puede decir que ya he tenido mi oportunidad?

Downing miró a Selena, donde los ojos de Lucius estaban puestos, y comprendió.

—Oh, ¿se refiere ahora a Selena? Sí, he tenido mi oportunidad y he sido lo bastante listo como para retirarme antes de quedar irremediablemente maniatado. Eso habría sido ruinoso para mi carrera. Pero con la señorita Woodsley, adquiriré una encantadora anfitriona social a mi lado y, si se me permite hablar libremente entre caballeros, su dote estará a mi disposición.

La mente de Lucius daba vueltas, pues por mucho que hubiera planeado declarar públicamente sus intenciones hacia Selena, no había pretendido mostrar sus sentimientos sin provocación. Miró la habitación mientras jugueteaba con su reloj de bolsillo, necesitaba un minuto para ordenar sus pensamientos. Entonces, Downing no había estado hablando de Selena. ¿Ahora estaba empeñado en perseguir a la señorita Woodsley? Bueno, él podía unirse a la lista de personas que le habían echado el ojo a su fortuna. A Lucius eso no podía importarle menos.

Ahora que se había comprometido a sí mismo, podía llegar hasta el final.

—Usted puede hacer lo que desee. No estaba hablando de la señorita Woodsley. Me refería a la señorita Lockhart.

Los ojos de Downing se abrieron con asombro.

—¿Está interesado en Selena? Pero hay un escándalo ligado a su nombre, del que estoy seguro es usted consciente.

—Difícilmente podría haber permanecido en la ignorancia después de que la humillara públicamente en el baile. Pero a diferencia de usted —replicó Lucius—, el escándalo no me afecta en lo más mínimo, ya que no ha sido obra de ella, sino de su padre, y él ya no vive. No necesito los ingresos de una novia rica. Sólo tengo que complacerme a mí mismo a la hora de elegir esposa —miró directamente a Downing—. Y le agradeceré que a partir de ahora se dirija a ella como señorita Lockhart.

—¿Hasta que se convierta en lady Clavering, o incluso en ese momento? —se mofó Downing. Con los ojos fijos en Selena, añadió—: Puede ser un poco ardua. Supongo que usted aún no conoce ese lado de ella, pero saldrá a la superficie si le da tiempo.

Lucius no podía contraatacar. No tenía forma de saber si lo que Downing decía era cierto; no había tenido tiempo suficiente para conocerla realmente. Y el hecho de que Downing conociera a Selena mejor que él lo indignaba. Sin embargo, ahora comprometido, se negó a dejar que

Downing ganara.

—He visto a la señorita Lockhart en apuros difíciles, pero nada me ha dado motivo para sentir otra cosa que estima por ella. Sólo puedo suponer que su falta de conducta caballeresca ha estado detrás de cualquier comportamiento impropio que usted imagine que ella ha mostrado — Lucius tensó la mandíbula, intentando contener su temperamento—. Le doy las gracias por haberla rechazado hace tantos años. Aunque no me habría gustado que ella sufriera semejante humillación, se ajusta exactamente a mis propósitos.

Luego, como Lucius no podía soportar otro momento en presencia de Downing, se dirigió hacia donde Philippa seguía sentada con Selena. Hizo una pausa antes de hablarle.

—Señorita Lockhart —comenzó, intentando un tono ligero para disimular la irritación que aún lo recorría—. Espero que esté instruyendo a mi vaga hermana sobre el decoro apropiado. Empiezo a temer que lo haya perdido.

Selena sonrió y se sonrojó bellamente, dirigiendo una mirada a Philippa.

—No, me estaba contando todas sus travesuras cuando era pequeño. He averiguado mucho.

Lucius enarcó una ceja y dejó que una sonrisa tocara la comisura de sus labios.

—Es imposible que ella sepa algo de mí. Es años más joven.

—No, es sólo lo que he improvisado a partir de George; y Finn cuando ensilla mi caballo por mí. Él revela cosas —los ojos de Philippa centellearon divertidos y Lucius abrió la boca para hablar.

—¡Lucius!

Miró a su alrededor cuando María llamó su atención, y luego se volvió hacia Selena y Philippa.

—Parece que me van a llamar para otra partida de whist. Iré a verla mañana, señorita Lockhart, y espero desmentir todas las falsedades que Philippa le ha contado —le lanzó un guiño y se marchó.

Capítulo Veintiuno

AL DÍA SIGUIENTE, lord Harrowden entró en la sala de desayunos con aspecto de no haber dormido ni bañado en dos días. Selena tenía claro que se había ido de juerga toda la noche.

—¿Qué? ¿Esto es todo lo que hay? —preguntó, examinando la vajilla del aparador. Había café y chocolate en ollas de plata, y panecillos con mantequilla y mermelada en pequeños platos. Pero no había arenques ni salchichas ni ninguno de los otros alimentos para el desayuno que solían adornar el aparador.

Selena lo miró directamente a los ojos.

—Un comerciante vino de la ciudad exigiendo el pago de la cuenta del carnicero. Dijo que hasta que no se pagara, no se entregaría más carne. Además, un gran número de criados abandonaron ayer sus puestos.

Lord Harrowden desvió la mirada y lanzó un ataque personal.

—La finca no puede seguir funcionando como de costumbre hasta que se paguen algunas de las cuentas, y las medidas se han vuelto bastante desesperadas.

Era todo lo que ella necesitaba decir. Lord Harrowden tenía un aspecto salvaje; nunca lo había visto tan asustado y desaliñado. Dejó caer el platillo que había cogido y éste se estrelló contra el aparador de madera. Se dio la vuelta sin decir palabra y salió por la puerta.

Estamos en problemas. Tenía que enviar una carta a su madre para comunicarle que regresaría a casa, pero no estaba segura de poder esperar siquiera su sueldo. ¿La estupidez de lord Harrowden había afectado a la condesa de alguna manera fiscal? ¿Cómo volvería Selena a casa si no le pagaban?

Salió de la sala de desayunos y se encontró con Rebecca bajando las escaleras a una hora impropia de ella. Selena había decidido seguir trabajando como si nada hasta que la finca no pudiera mantenerla, así que aprovechó la ocasión.

—Rebecca, no esperaba verte levantada tan temprano, pero me alegro de que estés aquí porque tenemos mucho trabajo que hacer. ¿Por qué no vas a la sala del desayuno y comes algo, y luego podemos empezar?

Rebecca exhaló a través de los labios fruncidos.

—Muy bien, entonces.

Selena se dirigió a las escaleras, pero un golpe en la puerta la hizo detenerse en seco. Ya no esperaba que nadie abriera la puerta, a menos que el único lacayo estuviera cerca. Al acercarse a la puerta, vio a Rebecca desaparecer en la sala de billar en lugar de en la sala de desayunos. Rebecca debió haber visto allí a lord Harrowden, lo cual no presagiaba nada bueno. Cuanto menos tiempo pasaran el uno en compañía del otro, mejor.

Cuando Selena abrió la puerta, sir Lucius apareció al otro lado. Sus ojos se abrieron de sorpresa cuando la vio.

—¿Qué, ahora abres la puerta? Espero que no te hayan dado un tercer rol.

Su burla hizo sonreír a Selena. Con él casi podía sentir que el mundo no se estaba desmoronando.

—Bueno, sí, por supuesto. Adelante, por favor. ¿Qué lo ha traído a Harrowden?

—Tú —sir Lucius entró, a pocos centímetros de distancia, y ella giró los ojos para encontrarse con los suyos. Una sonrisa se dibujó en sus labios—. El abogado y el contable llegaron pronto, pero me he adelantado para poder hablar contigo a solas. ¿Podemos hablar en privado en el salón?

El corazón de Selena empezó a latir de manera salvaje y se volvió para ocultar su confusión.

—Por supuesto. Sígame.

El salón estaba vacío, y los pasos de Selena resonaban al caminar. A través de la ventana, vio montones de nieve blanca que no se había derretido, aunque el día anterior había soplado un viento cálido que provocaría un deshielo temporal.

Selena se giró hacia Sir Lucius, quien permanecía de pie a un brazo de distancia. Su expresión, normalmente severa, tenía un aire tierno. No podía explicárselo a sí misma, pero ansiaba su cercanía. Sin aliento, Selena señaló los asientos ante el fuego, que le recordaron la intimidad —y el dolor—, de su última conversación.

—¿Le gustaría sentarse?

—Me gustaría casarme contigo.

Selena se ruborizó.

—¿Qué? ¿Por qué? Seguramente...

La zancada de Lucius terminó con la distancia que los separaba. Inclino la cabeza, con una sonrisa en los labios.

—Debiste haber sabido lo que insinuaba cuando te pedí que te quedaras.

Selena negó con la cabeza.

—No sabía por qué me pidió que me quedara. No me lo esperaba.

Él le cogió las manos y se las llevó a los labios.

—Pero, ¿no te opones a la idea?

Por primera vez, Lucius parecía nervioso. Selena bajó la mirada hacia los pliegues de su pañuelo de cuello y él llevó las manos entrelazadas de ambos a su pecho, esperando. Su corazón estaba demasiado desbordado para hablar. Nunca había deseado nada con tanta intensidad como decir sí ahora, pero la idea de lo que eso significaría; la idea de enfrentarse a la sociedad con sus burlas y mofas, hacía imposible la aceptación.

—Selena, desde que entraste por mi puerta, he estado experimentando... cambios —Lucius respiró hondo y habló con rapidez, como si intentara sacar todas las palabras—. Pienso en ti constantemente. Pienso en tu vida aquí en Harrowden y me inquieta que no estés conmigo. Es la primera vez que deseo algo así. Aparte de las obligaciones familiares que considero deberes por cumplir, nunca he considerado la comodidad de otra persona por encima de la mía. Hasta... —Lucius hizo una pausa—. Hasta la noche del baile, cuando me negué a hablar en tu defensa. Entonces no sabía lo que pensaba y no me atrevía a hacer ningún tipo de declaración pública; no cuando no había hecho una privada en mi propio corazón.

Él levantó la mano y deslizó un dedo por su mandíbula, levantándole la cara para capturar su mirada. Selena se estremeció bajo su contacto, aún muda por la recién desatada ráfaga de sentimientos reprimidos durante tanto tiempo.

—Pero me arrepiento de todo corazón de la estúpida decisión que tomé en el baile. Sacó a la luz mi egoísmo y me hizo odiar al hombre en que me había convertido. Me hizo desear ser alguien nuevo. Así que te pregunto: ¿me aceptarás?

Selena miró hacia la puerta, temerosa de que alguien entrara en ese momento y, al mismo tiempo, esperando exactamente eso. No estaba preparada para dar una respuesta. ¿Qué lo había hecho cambiar de opinión? ¿Cómo podía estar segura de que duraría? Si Lucius había sido capaz de darle la espalda delante de todos en el baile, ¿qué garantizaba que eso no volvería a ocurrir? *¡O peor!* ¿Se arrepentiría de haberse casado con ella?

Cada viaje a Londres supondría un riesgo, ya que ella seguramente sería objeto de crítica y desprecio. Él le recordaría su baja posición en todo momento, haciéndolo dudar; y luego arrepentirse. Acabaría relegándola a alguna finca mientras él iba a Londres a reunirse con su amante. ¿No la había tratado con desprecio en su primer encuentro? Y todo el mundo hablaba de la reputación de Lucius. Un hombre no llegaba a algo así inocentemente.

Selena sacudió la cabeza, con los ojos ahora fijos en el suelo. No podía encontrarse con su mirada.

—No creo que pueda. No creo que llegue a casarme. No sabes lo superficial que es la *alta*; nunca seré bien recibida en ella.

—Selena —Lucius le sujetó las manos con firmeza y ella quedó unida a él, atados a escasos centímetros—. Soy parte de la *alta*. Sé cómo funciona. Pero está formada por personas, y cada persona actúa según su propia conciencia. La mía me dice que me harás feliz. Sólo di que serás mi esposa.

Selena se mordió el labio y se negó a contestar. Tal vez era algo infantil de su parte, o tenía miedo, o era tonta. Tal vez estaba siendo irrazonablemente testaruda. Pero no parecía posible que los sentimientos que él decía sentir por ella fueran a durar.

—Selena, mírame —ordenó Lucius.

Levantó lentamente los ojos hacia los suyos y, con una dulzura que ella no creía que Lucius pudiera poseer, él colocó los dedos a ambos lados de su cara, acariciándole las mejillas con los pulgares. Respiraba con dificultad y no podía moverse. No podía pensar.

—Voy a besarte —susurró él.

Lucius esperó, con sus ojos escudriñando los de Selena, y aunque todas las objeciones deberían brotar de sus labios, ella no pudo expresar ninguna. Ninguna era adecuada. El anhelo de conectar con él y de ser amada por él era demasiado grande.

Lucius se inclinó y presionó los labios contra los de ella, deslizándolos hacia atrás para cogerle la cabeza. La sensación de emoción, y de estar en casa, la impactó y la invadió al mismo tiempo. Debilitada por la nostalgia, Selena estaba dispuesta a aceptar cualquier cosa. Lucius profundizó el beso y deslizó una mano alrededor de su cintura para acercarla aún más. El tiempo se detuvo y Selena sólo pudo sentir la intimidad de sus brazos atrayéndola contra él y sus labios explorando los suyos.

—¡Selena!

Ella se recuperó de golpe, con la respiración entrecortada. ¿Qué había estado haciendo? Selena sintió calor en las mejillas y quiso apartarse; darse la vuelta para ver quién la había llamado, aunque en el fondo lo sabía, pero Lucius la retuvo. Él estaba mirando por encima de su hombro.

—Traidora —chilló Rebecca.

Selena oyó la voz de Rebecca a través del latido de su pulso en los oídos, pero no pudo verla hasta que se liberó del agarre de Lucius. Se volvió hacia la puerta, pero ya era demasiado tarde. Dio dos pasos tras Rebecca, pero Lucius fue demasiado rápido para ella. Tiró de su mano y la sujetó.

—Déjala. No le hará ningún daño darse cuenta de que no todos los hombres en los que pone los ojos la convertirán en objeto de su atención.

Sorprendida, Selena seguía mirando hacia la puerta, y él continuó:

—Si ella hubiera abierto los ojos mucho antes, habría visto que desde el principio pensé que valías diez veces más que ella. Ahora que te conozco mejor, no hay comparación posible —tiró suavemente de su mano, y ella se volvió hacia él—. Pero tú y yo tenemos algo que terminar.

Selena liberó su mano del agarre.

—El beso no, te lo imploro.

Lucius frunció las cejas.

—Pero, ¿por qué no? —preguntó en voz baja—. Si vamos a convertirnos en marido y mujer, nuestra primera prioridad será el uno hacia el otro, no tu pupila.

—No nos convertiremos en marido y mujer. Fue tonto y débil de mi parte haber permitido que esto llegara tan lejos. Te pido perdón —volvió la cara hacia la ventana y, aunque quería mover los pies, parecía que los tenía pegados al suelo. No podía poner fin a esta conversación como tampoco podía darle una respuesta favorable.

—¿Por qué? Sé que sientes por mí lo que yo siento por ti. Nadie que me devuelve el beso con tanta avidez puede pretender ser frío conmigo.

Selena se sintió inundada por la vergüenza. No tenía excusa para besarlo de la forma en que lo hizo, y se obligó a mirarlo.

—No le agradado a tu hermana. Y cada vez que alguien como el señor Downing, o algún otro antiguo conocido de Londres, se cruce por casualidad en nuestro círculo, me tratará con desdén. Recordarán mi desgracia y se preguntarán qué te poseyó en un momento de debilidad para haberme propuesto matrimonio. Y no deseo hacerte eso.

—Selena —pronunció su nombre con frustración.

Ella negó con la cabeza y se dio la vuelta para irse.

—Debo encontrar a Rebeca.



Selena salió a toda prisa del salón. Tenía que encontrar a Rebeca antes de que hiciera algo drástico.

¡Y oh! Esa chica no debía correr hacia lord Harrowden. Probablemente se lo contaría todo.

—¿A dónde corre con tanto frenesí? —Selena se volvió al oír la voz del conde y casi tropezó aliviada. No estaba con Rebecca.

—Yo... —Selena hizo una pausa. De pronto, comprendió que no sería prudente hacerle saber que Rebecca se había marchado alterada, porque él preguntaría la causa; eso, o correría tras ella. Una llamada a la puerta la salvó de tener que contestar.

¡Otra vez! Y sin lacayo. Lord Harrowden la miró, y ella supo que era inútil pedirle que abriera la puerta. Estaba por encima de ella en posición. Se acercó y la abrió de un tirón.

—Disculpe, señorita —uno de los caballeros la evaluó rápidamente y pareció haber juzgado que su posición no era la de una sirvienta inferior—. Tenemos una cita con lady Harrowden, y creo que también con sir Lucius Clavering. Aquí están nuestras tarjetas.

—Ah —el abogado y contable mencionados por sir Lucius. La incomodidad de la situación la sorprendió de inmediato. Él todavía estaba en el salón y se vería obligada a volver a verlo—. Adelante, por favor.

El conde avanzó.

—Buenas tardes. Soy lord Harrowden. ¿En qué puedo ayudarlos?

El mismo hombre intercambió una mirada con el otro, luego se inclinó.

—Buenas tardes. Hemos venido a ver a lady Harrowden...

—¿Sobre qué asunto? Le transmitiré vuestras intenciones. Es mi tía —dijo lord Harrowden en su tono más altivo. Selena creyó ver miedo en el fondo.

La puerta del salón se abrió y sir Lucius salió al pasillo.

—Me ha parecido oír ruidos de vuestra llegada —se dirigió a Selena con una leve inclinación de cabeza—. Señorita Lockhart, ¿podría darle estas tarjetas a lady Harrowden y decirle que yo también estoy aquí? Nos estará esperando, ya que le he enviado una nota.

—Por supuesto —dijo Selena, y escapó antes de que la situación pudiera volverse más incómoda. Dejaría que sir Lucius ahuyentara la curiosidad de lord Harrowden. Y ella misma huiría de la presencia de sir Lucius, que la perturbaba de tal manera que casi no podía reconocerse a sí misma.

Lady Harrowden estaba vestida y preparada para la reunión, y Selena huyó en cuanto pudo, yendo en busca de Rebecca. No la encontró, y su yegua había desaparecido, por lo que supo que

la muchacha había vuelto a montar a caballo, como solía hacer durante horas, sobre todo cuando estaba enfadada. Esta vez no había ni siquiera un criado que la acompañara.

Selena pasó la tarde en lo que podría describirse mejor como escondiéndose de lord Harrowden, escondiéndose de sir Lucius para cuando la reunión llegara a su fin, y mirando por la ventana, buscando señales del regreso de Rebecca. Finalmente, oyó el sonido del desenlace de la reunión y permaneció escondida hasta que sir Lucius y los caballeros se marcharon.

Lady Harrowden no la necesitaba, pero preguntó por Rebecca, y Selena prometió llevársela en cuanto regresara de su cabalgata. Siguió vigilando el exterior y, cuando vio a Rebecca cabalgando hacia la finca, Selena se envolvió en su pelliza y se dirigió a los establos, donde el mozo de cuadra estaba quitándole la silla al caballo.

—Rebecca —dijo Selena, acercándose a ella—. Tenemos que hablar.

—No quiero hablar contigo —Rebecca pasó a su lado a empujones y se dirigió hacia la salida.

Selena corrió tras ella. Se sentía tonta y culpable, y no el modelo a seguir que se suponía que debía ser. Era cierto que sir Lucius le había pedido que se casara con él, pero ella no había accedido. De hecho, había dicho que no. Y por lo tanto, no tenía excusa para haber estado besándolo, especialmente de una manera tan desenfadada. Era de lo más incómodo. Finalmente, se armó de valor y cogió al brazo de Rebecca.

—Escúchame. Lo que viste fue un error. No voy a casarme con sir Lucius.

Rebecca la miró con perspicacia.

—Bueno. Eso te dificulta actuar con ética, ¿no? ¿Lady Harrowden lo sabe?

Selena negó con la cabeza.

—No sabe nada de ningún apego —buscó y buscó en su mente la manera de intentar salvar la situación, aunque eso significara esconderse detrás de un altruismo cuyo fundamento era el engaño—. Por supuesto, puedes decírselo si quieres, pero eso no hará que sir Lucius se gane el cariño de lady Harrowden como un marido adecuado para ti.

Cada palabra que pronunciaba era como verter vinagre sobre una herida. La idea de renunciar a sir Lucius y entregárselo a alguien como Rebecca era dolorosa, aunque ella no podía imaginar que la conquista de Rebecca prosperara de verdad. Había muchas posibilidades de que sir Lucius *no* eligiera a Rebecca y, de hecho, no parecía que él fuera a hacerlo; pero Rebecca no perdería su oportunidad solo porque Selena se interpusiera en su camino.

Selena aún podría tener esperanzas de un futuro puesto como institutriz. Tal vez algún día una familia la amaría tanto como para quedarse con ella, y cuidaría incluso de los nietos. De una cosa estaba segura: no podía casarse con Sir Lucius. No era digna de él. Y no podía soportar ver la expresión de su rostro cuando él por fin decidiera que había cometido un error, cuando por fin los prejuicios que la sociedad, incluida su propia hermana, tenía contra ella fueran insoportables para él. Incluso sus negocios se verían afectados por su relación con ella. Selena no podía hacer eso.

Rebecca giró sin decir palabra y empezó a caminar hacia la casa, y Selena la siguió.

—Todo este tiempo y él podría haberme besado —dijo Rebecca mientras avanzaba—. Él demuestra una completa falta de gusto si elige ir tras de ti. Eres muy *ordinaria*.

Selena la siguió.

—No te precipites a juzgar, Rebeca. Aún estás a tiempo de formar una pareja perfecta —ni siquiera pretendía que la pareja perfecta fuera con sir Lucius—. Ven. Lady Harrowden ha estado solicitando tu presencia, y no sabía qué decirle. Ha querido verte desde hace más de dos horas.

Rebecca se giró y miró de frente a Selena.

—Y eso te ha resultado incómodo, ¿verdad? Me alegro. Espero que todos los días sean incómodos para ti, y pienso conseguirlo —pisó fuertemente hacia la casa.

El corazón de Selena se hundió aún más, pero no tenía fuerzas para discutir. Afortunadamente, Rebecca sí fue directamente al salón, donde la condesa estaba sentada con la mirada puesta en la ventana mientras reflexionaba.

Lady Harrowden se volvió hacia ella, y su tono malhumorado reveló más que nada su estado de ánimo.

—Por fin has considerado oportuno presentarte. No me gusta esta idea de que andes por ahí siempre que te apetezca. No es propio de una señorita.

Rebecca se cruzó de brazos y puso los ojos en blanco cuando lady Harrowden le dio la espalda, pero contestó con bastante resignación.

—Lo siento, milady —Selena se estremeció de alivio al ver que Rebecca no la había traicionado... todavía.

Lady Harrowden hizo un gesto.

—Siéntate, niña —dijo, y esperó a que Rebecca se sentara frente a ella. Selena ocupó la silla más alejada del fuego—. Tenemos mucho trabajo que hacer antes de que estés lista para ir a Londres, y he tomado una decisión. La señorita Lockhart, aquí presente, empezará a formarte.

—Ella —intervino Rebecca—. ¿Qué puede enseñarme? Es una pobre acompañante pagada.

Lady Harrowden respondió con firmeza:

—Pero ella ha sido formada como una dama, y eso es algo de lo que aún careces. Es hora de corregir tu educación.

Rebecca lanzó una mirada maliciosa a Selena.

—Ha sido formada como una dama, pero no sé si siempre se comporta como tal.

El corazón de Selena latió en su garganta.

Lady Harrowden continuó como si no hubiera habido interrupción.

—Y por eso no serás presentada esta temporada. Sólo faltan dos meses y no hay tiempo suficiente para prepararte. Debutarás la próxima temporada. Este año, te quedarás en la casa dote conmigo, y trabajarás en tu francés, bordado, tu dicción, tu postura, comportamiento, tus modales, y...

Con semejante artillería de disciplinas, a Selena no le sorprendió lo más mínimo que Rebecca se pusiera en pie de un salto.

—¡Quiere hacerme prisionera aquí! Y eso es justo lo que aceptaré. Tengo independencia económica y puedo hacer lo que quiera.

—Las mujeres nunca pueden hacer lo que desean —dijo Lady Harrowden—. Ahora, harás lo que yo desee porque soy tu tutora, y cuando te cases, harás lo que tu marido desee. Así es el mundo.

Rebeca se detuvo y se llevó una mano a la cadera.

—Sí, pero puedo tener control total sobre mi marido.

Selena contuvo la respiración mientras lady Harrowden se indignaba.

—Al paso que vas, muchacha, no encontrarás marido. Nadie te querrá, porque eres demasiado promiscua para tu propio bien.

—Discúlpeme, milady. Debo quitarme el traje de montar —Rebecca se dio la vuelta sin otra mirada y se fue. A Selena le resultó increíble que pudiera ser tan indiferente ante el respeto que merecía la condesa. Parecía que Rebecca había nacido sin ningún sentido de lo que era moralmente correcto.

Hubo silencio cuando la puerta se cerró tras Rebecca, y Selena permaneció donde estaba.

Estaba segura de que la condesa deseaba hablar con ella.

—Esa chica —el rostro de lady Harrowden estaba marcado por el disgusto—. Estoy tentada de echarla. No lo haré, aunque se lo merece por completo —suspiró fuertemente, y luego miró a Selenia con una luz de guerrera en los ojos—. Sir Lucius se ha manifestado al fin, y aunque mis cuentas están en orden; aparte de algunos cambios que habrá que hacer, la finca Harrowden no parece estarlo —se volvió hacia Selenia, quien se sorprendió de lo débil que pareció repentinamente—. Un escándalo se avecina —continuó Lady Harrowden—. Richard ha puesto en peligro a los inquilinos con planes insensatos y apuestas vergonzosas. Y ahora esta pupila mía está completamente fuera de control. Hay que hacer algo para disipar cualquier atisbo de escándalo en lo que a ella respecta. Cuento contigo para controlarla —lady Harrowden giró la cabeza, dando por terminada la conversación. Selenia dejó escapar el aliento de forma silenciosa.

—Haré lo que pueda, milady.



LUCIUS NO DEJÓ insatisfecha a lady Harrowden. Ella se había reunido con el contable y el abogado y, tras examinar sus cuentas y los detalles de sus bienes y su parte, determinaron que, aunque ella había estado soportando una cantidad desproporcionada de los gastos domésticos, sus ingresos no estaban afectados en gran medida. La casa dote era parte de sus bienes, por lo que podría mudarse. Ella tendría un lugar donde quedarse y unos ingresos, pero Lucius percibió la fragilidad de lady Harrowden ante el escándalo que se avecinaba y supo que no sería fácil. Y ahora, era el momento de asegurar su propio futuro.

Estaba extrañamente alegre, a pesar de haber sido rechazado en matrimonio. Sabía que Selenia lo amaba. No podría haberse fundido en su abrazo de esa manera si sintiera indiferencia hacia él. Pero su miedo al rechazo la retenía, y si el rechazo de la sociedad era una amenaza latente, el de su hermana era inmediato. La interferencia de María era una cosa que él tenía el poder de parar en seco; ¿y en cuanto a la opinión de la *alta*? Bueno, no importaba en absoluto, y él se encargaría de proteger a Selenia de ella.

Era hora de visitar a María.

Lo hicieron pasar al estudio, donde María estaba sentada con Holbeck, y se puso de pie con sorpresa.

—Lucius, no le he dicho a la cocinera que habría otro plato para la cena. No te esperábamos.

Entrando en la habitación, Lucius le dedicó un asentimiento de cabeza a Holbeck y respondió:

—No me quedaré a cenar. Mi misión será breve. He venido a decirte que tendrás que ser anfitriona de Philippa esta temporada porque yo me voy a casar.

María se dejó caer en su silla como aturdida, y juntó las manos.

—Qué buena noticia. Supongo que se trata de la señorita Woodsley. Los vi a los dos en la cena la otra noche.

Lucius ocupó el único sillón disponible.

—Me gustaría que te deshicieras de la idea de que tengo algún interés en la señorita Woodsley. ¿Te haría cambiar de opinión saber que fue a mi casa, sin compañía, con el propósito de seducirme? Es por eso que fue enviada a casa desde su escuela. Aparentemente, me vio una vez y determinó que yo era el que quería. ¿Ese es el tipo de esposa que elegirías para mí?

María miró a Holbeck, quien esquivó su mirada.

—Bueno, ella es joven. Simplemente carece de la formación adecuada, que está recibiendo

ahora con la señorita Lockhart. Y ha hecho evidente que está prendada de ti...

Lucius miró a su hermana con exasperación.

—¿Su fortuna es tan importante para ti como para pasar por alto semejante comportamiento? Debes estar perdida en tus ilusiones si crees que yo puedo ignorarlo. No, no es la señorita Woodsley.

María comprendió y chilló:

—Por el amor de Dios, Lucius. ¡No la señorita Lockhart!

Lucius entrecerró los ojos.

—De hecho, la señorita Lockhart es mi elección, y eso es lo que he venido a decirte, María. La recibirás con más calidez de la que le has mostrado hasta ahora. La recibirás en sociedad con toda la amabilidad de una cuñada, y le dirás a mamá que estás encantada con nuestro compromiso —dijo con severidad—. Mostrarás públicamente tu apoyo a este matrimonio, o no volveré a poner los pies en esta casa.

Él miró a Holbeck.

—Y retiraré todo apoyo a las políticas y proyectos de ley de Holbeck y animaré a mis amigos a hacer lo mismo.

María enrojeció, protestando:

—Lucius, estás loco.

Pero Holbeck levantó una mano y la hizo callar.

—Ahora, María, el escándalo Lockhart fue hace algunos años. Siempre estás diciendo que esperas que Lucius se case, y por fin tiene el deseo de hacerlo. Yo digo que lo dejes en paz. Es lo bastante mayor para saber lo que quiere.

María fulminó con la mirada a su marido y luego cruzó los brazos sobre el pecho. Lucius la estudió, ocultando su diversión. Había estado casi seguro del apoyo de Holbeck en cuanto habló de afiliaciones políticas y regalos económicos, con los que había sido generoso. María entraría en razón.

—Muy bien —contestó ella; muy a la manera de alguien que estaba siendo provocado más allá de lo que podía soportar.

A Lucius no le importó lo más mínimo.



Rebecca desapareció durante el resto del día, y Selena no la buscó. Le concedería a su pupila este día para superar su ataque de ira antes de reanudar las lecciones. Esto también dio tiempo a Selena para recuperar su propia compostura, pero después de semejante tumulto de emociones que incluía un beso embriagador —y un público—, no fue fácil *hacerlo*.

Cuando la señora Randall llevó una sencilla cena al comedor esa noche, informó a lady Harrowden y a Selena de que Rebecca no se encontraba bien y había pedido a Alice que le llevara una bandeja de cena a su habitación. Selena no se lo creyó ni por un momento, pero agradeció el alivio temporal. Al menos por esta noche, se ahorraría la hostilidad descarada y las insinuaciones crueles. Lord Harrowden no solía acompañarlas a cenar, y ella tampoco lo había visto después de las visitas de la mañana, aunque había estado demasiado absorta en sus propias reflexiones a lo largo del día como para pensar en él.

Naturalmente, la conversación de la cena de esa noche fue aburrida.

Selena se fue a la cama pensando en el beso. Todavía podía sentir el suave roce de sus labios sobre los suyos cuando cerraba los ojos, y sus nervios la estremecían, y sus sentidos gritaban por el recuerdo de haber sido estrechada contra él en un abrazo tan intenso. Sintió que se enamoraba.

¿Cómo sería decir que sí? ¿Cómo sería ser besada de manera cada vez que le apeteciera y que Lucius la mirara con tanta ternura? Ser querida, protegida y apartada del mundo. *Sentarse con él en esa pequeña mesa cerca del fuego y cenar juntos, hablando de temas mundanos sin preocuparse de nada.*

Selena se puso de lado y se hizo un ovillo mientras su naturaleza pragmática la devolvía a la realidad. Una lágrima se le escapó por el rabillo del ojo y cayó en su oreja. Qué sueño tan ridículo. ¿Una cena acogedora con Lucius junto al fuego? Ése era su pabellón de caza, donde iba para *escapar* de las mujeres, no para establecerse con una. Y no habría tal escape idílico del mundo. Evadir a la sociedad era imposible para un hombre con título como sir Lucius, y ella no lo alejaría de la *alta* aceptando una unión tan desigual. Ella no podía hacerle eso.

Pasó mucho tiempo antes de que Selena se durmiera esa noche.

Al día siguiente se despertó mucho más tarde de lo habitual. Se vistió, se peinó insensiblemente y bajó las escaleras, donde comió su sencillo desayuno en medio de una quietud que parecía invadir toda la casa. Por una vez, lord Harrowden no estaba allí para perturbar su complacencia. Pero la falta de sirvientes y de actividad era desconcertante. Era hora de que Selena encontrara a Rebecca y comenzara sus lecciones, aunque se preguntaba si alguna vez volvería a tener credibilidad con la muchacha.

Alice irrumpió en la sala del desayuno.

—Aquí está, señorita. No había podido encontrarla. La señorita Woodsley ha *desaparecido* —su mirada era frenética, y Selena se puso en pie.

—Por favor, más despacio. Comience de nuevo. ¿Qué quiere decir con que ha desaparecido? ¿No salió a dar un paseo a caballo?

—Su baúl más pequeño ha desaparecido, y ella también —dijo Alice, jadeando—. Esperaba que simplemente hubiera salido a dar una vuelta, aunque me sorprendió que no me llamara para que la vistiera. Yo estaba abajo en la cocina desayunando. Cuando por fin fui a su habitación para despertarla, vi que no estaba y que parte de su ropa había desaparecido.

La comida que Selena acababa de ingerir se sintió pesada en su estómago. Lo primero que pensó fue en lord Harrowden y en su posible paradero, pero no sabía a quién enviar a buscarlo. Por primera vez, comprendió lo extraño que era no haber conocido nunca a su ayuda de cámara. ¿Quizás él no tenía uno?

—¿Puede encontrar al lacayo y ver si es capaz de localizar a lord Harrowden? Tal vez el conde tenga alguna idea del paradero de Rebecca. Parece estar más al tanto que yo de sus horarios ecuestres.

La criada asintió con la cabeza y salió corriendo y, con un intenso presentimiento, Selena se apresuró a ir a la habitación de Rebecca. Allí encontró el desorden habitual, salvo que, al parecer, faltaban sus cepillos y artículos de tocador. Y su armario estaba abierto y desordenado.

Selena salió de la habitación y buscó frenéticamente por toda la casa, esperando —con la esperanza—, encontrarse con Rebecca en cualquier momento. ¿Dónde se había metido esa chica? Intentó mostrar una expresión de serenidad cuando se cruzó con Morgan de camino a los establos; sin embargo, la criada la detuvo.

—Lady Harrowden la busca, señorita.

Selena hizo una pausa. No sabía si debía interrogar a Morgan sobre el paradero de Rebecca. No quería crear un pánico innecesario, ni quería admitir que había perdido a Rebecca. Lady Harrowden había dado instrucciones explícitas. Bajo ninguna circunstancia Selena debía permitir que Rebecca se alejara por su cuenta o se metiera en algún tipo de problema; un mandato casi imposible de obedecer. ¿Qué puesto podría encontrar Selena después de esto sin una recomendación? ¡Ninguno! Su destino estaría sellado.

—Dígale a lady Harrowden que iré pronto —dijo Selena. Si pudiera ganar un poco más de tiempo, podría arreglar este lío. Pero, ¿dónde podía buscar ahora? No podía ni pensar en sacar uno de los caballos y buscar por el campo. Si no encontraba a Rebecca, tal vez no tendría otra opción.

—Milady ha sido muy específica, diciendo que usted debía darse prisa —le instó la criada—. Ella tiene algo importante que decirle.

Con eso, Selena cambió de rumbo y dirigió sus pasos hacia la habitación de lady Harrowden. Lo mejor era ir ahora. Cinco minutos no podían suponer ninguna diferencia en la búsqueda de Rebecca, y aún había esperanzas de encontrar una explicación creíble para su baúl y que simplemente se había ido a cabalgar.

Selena llamó a la puerta de la condesa y esperó a que la mujer le permitiera la entrada.

—¿Me llamaba, milady?

—Son más de las once. Debes presentarte a las once sin falta. Tu principal deber es conmigo y con esa chica problemática. No puedo imaginar qué te está impidiendo llegar a tiempo. Te pido muy poco.

Era como si cualquier avance que Selena hubiera hecho para agradarle a lady Harrowden

pudiera revertirse con un breve desliz. Era cierto que no había prestado atención a la hora. Pero había algo más importante de lo que necesitaba ocuparse. Tal vez podría asistir rápidamente a la condesa y ser enviada a continuar su búsqueda sin que nadie se diera cuenta.

—Le pido disculpas, milady. ¿Qué puedo hacer por usted? —vio que la condesa aún no se había vestido y esperó que eso le diera algo más de tiempo para echar un vistazo a los establos. Si corría, podría hacer ambas cosas.

—Me gustaría que me ayudaras a contestar parte de mi correspondencia antes de levantarme de la cama. Hay una pila de cartas con invitaciones que necesitan respuesta. Puedes empezar por la invitación de arriba.

Con una sensación de hundimiento, Selena se acercó a la pila y la cogió. Hizo una pausa, debatiendo si debía decir algo, pero no pudo aplazarlo más. La huida de Rebecca era un asunto demasiado serio, y también afectaba a la condesa.

—Milady, me temo que tengo noticias preocupantes. No encuentro a Rebecca. Alice dice que uno de sus baúles ha desaparecido...

Tras un segundo de asombro, lady Harrowden arrojó las mantas a un lado y empezó a levantarse.

—¿Qué es esto? ¿Cómo has podido perder a mi custodia? Sólo tienes una responsabilidad. ¿No te levantas ante ella?

Protestas desesperadas brotaron de los labios de Selena. Podía defenderse si tan sólo tuviera tiempo. ¿Y lady Harrowden no podía ver que Selena había recibido una carga injusta? Tenía dos roles en lugar de uno. Selena se esforzó por mantener la calma.

—En general, me levanto antes que ella, pero no la vi en el desayuno y no nos cruzamos en la casa. He mirado en su dormitorio y no está allí. No puedo hacer milagros, milady.

Lady Harrowden aceptó esto sin más reproches.

—Y mi sobrino... ¿lo has visto?

Selena negó con la cabeza.

—Por otra parte, no he tenido tiempo de buscar. Le he pedido a Alice que envíe a un lacayo a buscarlo, pero... —no quiso expresar su mayor temor.

—Llama a mi criada y dile que vuelva enseguida —dijo lady Harrowden—. No tenemos tiempo que perder.

La intensidad de la condesa impulsó a Selena hacia la puerta, sin necesidad de más estímulos. Al salir, hizo sonar la campana para llamar a Morgan y luego se dirigió a toda prisa hacia la escalera. Al final de ésta, fue hasta la entrada lateral, que era el camino más rápido hacia los establos.

Había dado dos pasos cuando el sonido de la aldaba resonó en toda la casa. ¡Podían ser noticias de Rebecca! Sin esperar a que alguien llegara, Selena corrió hacia la puerta y la abrió.

La cara de Lucius se iluminó cuando sus ojos se posaron en Selena. El pañuelo de cuello blanco anudado con más cuidado de lo habitual resaltaba el brillo de sus dientes blancos y sus ojos brillantes. El aliento de Selena siempre parecía abandonarla en su presencia.

—Selena.

—Rebecca ha desaparecido —las palabras le salieron a borbotones.

La sonrisa de Lucius se desvaneció y dio un paso adelante.

—¿Puedo pasar? Tal vez pueda ayudar de alguna manera.

—Te llevaré con la condesa de inmediato —respondió Selena, y luego se detuvo—. No, no está vestida. Le diré que la esperas en el salón.

—Puedo ir por mi cuenta. Hazle saber a lady Harrowden que estoy aquí y, si puedes, ven a

hablar conmigo antes de que ella llegue.

Selena no esperó más, sino que subió corriendo a la habitación de la condesa y llamó a la puerta. Lady Harrowden aún estaba desvestida y no se había peinado. La criada apenas le estaba atando el corsé.

—Sir Lucius está aquí y desea hablar con usted. ¿Qué debo decirle?

—¿Has encontrado a la chica?

—No —dijo Selena, dominada por la desesperación—. Empecé a buscar, pero entonces llegó Sir Lucius. No puedo estar en todas partes a la vez.

—Esfuézate más —espetó la condesa. Selena mantuvo la boca en una línea firme, y lady Harrowden añadió al cabo de un momento—: Dile a sir Lucius que enseguida estoy con él.

Cuando fue despedida, Selena se apresuró a bajar las escaleras, con el corazón latiéndole tanto por el miedo como por el esfuerzo. Se apresuró a entrar en el salón, donde Lucius estaba de pie, contemplando el paisaje nevado a través de la ventana. No se había sentado, sino que se volvió cuando ella entró y le tendió las manos, como si invitara a Selena a correr hacia adelante para que colocara las suyas allí. Era una propuesta tentadora, pero no podía confiar en sí misma.

En lugar de eso, ella dio dos pasos hacia adelante.

—Lady Harrowden ha dicho que vendrá enseguida.

Le pareció ver un destello de decepción en el rostro de sir Lucius, quien bajó los brazos a sus costados.

—Dime, ¿qué te tiene tan aterrada?

—Pero si ya se lo he dicho —dijo Selena, asombrada—. Rebecca se ha ido, y es culpa mía.

—¿Cómo puede ser tu culpa? —preguntó sir Lucius, elevando un poco la voz—. ¿Qué tienes que hacer si una damisela caprichosa no se queda quieta?

Él no entendía. La frustración de Selena hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas, pero las apartó al parpadear, clavándose las uñas en las palmas de las manos para contenerlas. No debía mostrar debilidad. Y si él no sabía que había sido su beso lo que había provocado el ataque de celos de Rebecca, ella no quería explicárselo con lujo de detalle.

—Por supuesto que es culpa mía. Me culparán de todo y no podré conseguir otro puesto.

—¿Seguramente lady Harrowden no te culpará por las decisiones tomadas por una joven sin carácter, que ha sido abandonada a una educación indiferente, y que no ha tenido tiempo de tener un sentido del decoro debidamente inculcado por ti? Es ridículo. Te preocupas por nada, Selena.

Había verdad en sus palabras, pero él no entendía que ella pagaría por ello con su posición si no hacía ningún esfuerzo por recuperar a Rebecca. Cuando pudo responder, lo hizo con voz suave por la emoción.

—Te equivocas. Lady Harrowden ya me ha dicho que me considera responsable. No se me dará carta de recomendación y no podré encontrar otro puesto.

Lucius hizo un gesto de impaciencia.

—¿Qué importa si lady Harrowden te da una referencia elogiosa? Seguro que hay algún otro puesto para ti además de institutriz.

—¿Y quién me dará esa recomendación? —desafió Selena—. ¿Tú? Si la *alta* no perdona fácilmente a un miembro que pertenece a ella, ¿cómo van a perdonar a alguien cuyo rango está por debajo de ellos?

Un músculo se crispó en la mandíbula de Lucius, ya tensa por la emoción.

—No sé a quién te refieres, Selena. Tú no estás por debajo de ellos. Eres la hija de un caballero.

—No importa —chilló—. Mi familia está envuelta en escándalos. Ellos echan un vistazo a tu

vestido y conocen tu situación financiera. Saben quién te ha lastimado y qué conexión existe todavía. Incluso si eres una aprovechada; y me niego a serlo, no hay futuro para una mujer empobrecida y sin referencias.

Lucius alzó la voz.

—Estás poniendo las mismas etiquetas a todos en la sociedad. No todos piensan así. No todos tienen esos prejuicios. Algunas personas miran más allá de las apariencias externas y juzgan el valor interior.

Selena negó con la cabeza.

—Imposible. Tú no has estado en mi lugar. Es igual en todas partes.

Lucius avanzó dos pasos y cogió a Selena del brazo.

—No, no lo es —su voz salió en un gruñido de frustración—. He estado intentando encontrar la forma de decirte que te *amo*, pero no me has dejado acercarme lo suficiente.

Lucius le soltó el brazo y exhaló con impaciencia.

—¿No has discernido ya que no me importa lo que piensen los demás? Si te he pedido que te cases conmigo es porque todo en mí te quiere como esposa. No quiero una posición o riqueza o alguien que esté libre de escándalo; uno que no ha sido de tu propia creación, debo añadir. Sólo te quiero a ti, y no voy a cambiar de opinión.

Selena cerró los ojos. No se dejaría convencer por sus tentadoras palabras. Después, sólo le dolería mucho más.

—Pronto cambiaré de opinión... sir.

Tras una breve pausa, Selena abrió los ojos y levantó la mirada hacia la suya. Vio sorpresa y —pensó—, un destello de dolor. Él siguió mirándola fijamente y los segundos pasaron en silencio.

Por fin, Lucius sacudió la cabeza y dijo con voz suave:

—No había pensado que pudieras ser tan obstinada. Parece que no quieres escuchar. Creo que no es la *alta* la que tiene prejuicios, Selena. Creo que eres *tú* quien los tiene. Y si te empeñas en clasificar a la gente por rangos, para poder determinar dónde perteneces, nadie podrá convencerte de lo contrario. Y *eso* sería una tragedia.

Selena se quedó callada. La verdad le atravesó el corazón como un asta. Lo miró.

—Lucius, yo...

La puerta se abrió.



El bastón de lady Harrowden golpeaba el suelo a cada paso que daba mientras entraba en la habitación. Para alivio de Lucius, no pareció darse cuenta de su proximidad a Selena ni de la tensión que irradiaban.

—Parece que esa chica ha huido con mi terrible sobrino. Alice dice que el lacayo no encuentra a Richard y que su carruaje ha desaparecido.

Lucius se encontró brevemente con la mirada de Selena. Había demasiadas cosas sin terminar entre ellos. Aunque ella lo había rechazado *de nuevo* y él la había regañado, su esperanza de convencerla no vacilaba. Ella había reconocido la verdad en sus palabras y entraría en razón, él estaba seguro.

Selena abrió la boca para responder a la condesa, pero no tuvo oportunidad.

—Es una huida hacia la frontera, os lo aseguro —dijo Lady Harrowden, echando chispas por los ojos—. Debéis hacer algo. Esta casa ya está sumida en el escándalo, con comerciantes que acuden a la puerta principal y se niegan a entregar algo tan simple como carne. Si Richard ha arruinado esta finca, como sospecho, no podemos añadirle una fuga con una joven que se suponía que estaba bajo mi custodia. Selena, te hago personalmente responsable de encontrarla. Debes impedir que se celebre este matrimonio.

Lady Harrowden se volvió hacia Lucius.

—Lo conozco desde que era un niño. Si quiere enmendar su error de no cumplir su promesa, puede hacerlo ahora. Lleve con usted a la señorita Lockhart y encuentre a esa chica. Detenga esta fuga.

Lucius la miró sin inmutarse. Sí, había faltado a su promesa, pero pensaba que lo había compensado con creces al averiguar noticias de su sobrino y contratar a un abogado para que supervisara sus asuntos. Sin embargo, le bastó una fracción de segundo para calcular que la orden de la condesa encajaba con precisión en su objetivo. Si se quedaba a solas con Selena en un carruaje durante horas mientras perseguían a la pareja errante —a la que no encontrarían a tiempo, de eso estaba seguro—, tendría tiempo de insistir en su petición.

Las razones de Selena para negarse se basaban en heridas del pasado y en el miedo, pero no representaban los deseos de su corazón. Tenía que convencerla de que él podía protegerla, y de que cualquiera que la despreciara por las transgresiones de su padre no era alguien con quien él tendría trato alguno. La satisfacción que Selena traería a su vida valía cualquier precio, aunque éste fuera cortar lazos con la sociedad para mantenerla allí. Sólo necesitaba tiempo para conquistar a Selena.

—Muy bien, milady. Pero lo haré correctamente. Traeré a mi cochero y a mi lacayo y un carruaje cerrado. No voy a someter a la señorita Lockhart a la incomodidad del clima de finales de enero en un carruaje abierto, ya que es probable que cabalguemos durante horas en él.

—Es la primera palabra sensata que dice —refunfuñó lady Harrowden.

Lucius se volvió para marcharse y ella añadió:

—Quédate un momento, Lucius. Esos tontos tendrán que casarse ahora, y supongo que su fortuna salvará la finca de la ruina inmediata. Pero su matrimonio no debe hacerse por fuga. Resulta que sé que el arzobispo está en Hertfordshire de visita, en Graveley. Te escribiré una nota para que se la lleves y le pidas una licencia especial.

Lucius abrió los ojos, sorprendido.

—Con mucho gusto. Pero debo advertirle que hay pocas posibilidades de que los encontremos antes de que hayan ido demasiado lejos. Parece que llevan varias horas de ventaja.

—Sin embargo, lo intentarás. Si conozco a los dos, Rebecca querrá detenerse en todo momento, y Richard no tendrá dinero antes de que abandonen el condado, o conducirá su carruaje a una zanja o algo parecido —lady Harrowden se dirigió al escritorio y se sentó—. Tengo esperanzas de que los encuentren.

Escribió una breve nota, la alisó y la selló, y se la entregó a Lucius, quien la cogió. Se volvió hacia Selena.

—Señorita Lockhart, si me acompaña a la puerta, tengo que darle algunas instrucciones para el viaje —la vio tragar saliva con aprensión, pero lo siguió. Cuando llegaron a la puerta principal, que estaba afortunadamente vacía debido a la falta de sirvientes, él se inclinó hacia ella—. No tengo ninguna expectativa de alcanzar a esta pareja. Te acompañaré para satisfacer la petición de lady Harrowden. Pero no comprometeré tu reputación de ninguna manera, incluso si eso significa abandonar la persecución. Y... —él capturó su mirada y la sostuvo—. Estoy deseando continuar nuestra conversación —vio cómo sus ojos se abrían de par en par antes de que ella se alejara a toda prisa.

CUANDO ÉL LLEGÓ una hora más tarde, Selena estaba de pie en la entrada, vestida con su ropa más abrigada, con la criada de la señorita Woodsley a su lado. Lucius, sin embargo, no tenía intención de permitir que la incómoda presencia de una criada interfiriera en su cortejo. Estaba decidido a conseguir la mano de Selena, y tendría que hacerlo sin ese impedimento.

Se dirigió a ambas damas.

—Lamento decir que no tenemos sitio para la criada. Llevaremos a la señorita Woodsley en nuestro carruaje una vez que los alcancemos, pero también irá apretada con su equipaje. Señorita Lockhart, le aseguro que su reputación estará perfectamente a salvo, ya que tengo a mi cochero y a mi lacayo.

Los labios de Selena formaron una línea delicada que lo dijo todo. Él sabía que a ella no le gustaba que la manipularan, pero Lucius iba a ganar este asalto, sobre todo si eso significaba luchar para convencerla de que sería más feliz casada con él que en una vida de servicio.

Selena se volvió hacia la criada de la señorita Woodsley.

—Dígale a lady Harrowden que nos hemos marchado. Haré todo lo posible por traer a la señorita Woodsley a casa.

Lucius la ayudó a subir al carruaje y luego la siguió antes de cerrar la puerta tras ellos y golpear el techo. Los caballos se pusieron en marcha.

Se apoyó en la esquina del asiento y, con una mirada de ligera diversión, él dijo:

—No esperaba ayuda de gente como lady Harrowden. Pero ella prácticamente te ha entregado a mí.

Selena se recostó enarcando una ceja. Parecía cautelosa pero sin miedo mientras se frotaba una mano enguantada sobre la otra.

—Espero que no hayas tramado algún propósito nefasto para estar a solas conmigo, Lucius. Había creído que podía confiar en ti.

—Sabes muy bien que puedes confiar en mí, querida. Tengo intenciones honorables. Pero aquí puedo convencerte de que te conviertas en mi esposa, sin temor a interrupciones.

—Puedes hablar —dijo ella, mirando al frente, y él creyó ver un hoyuelo en su mejilla—. Pero sigo siendo dueña de mi propia mente.

—Sí, pero la tuya parece estar trastornada de alguna manera, porque parece pensar que por algo que hizo tu padre hace años, debes resignarte a una vida de solterona. Y aquí has recibido una oferta de matrimonio perfectamente respetable y hasta ahora la has rechazado. No puedes convencerme de que esto dice mucho de tu cordura.

—Si tanto te preocupa mi cordura —replicó ella, con los labios temblorosos por un atisbo de sonrisa—, me sorprende que quieras casarte conmigo.

Lucius se cruzó de brazos y sus labios se curvaron hacia arriba.

—No me cabe la menor duda de que recobrarás la cordura. Una vez que hayas aceptado convertirte en mi esposa.

—Vaya —exclamó ella—. Una vez que te obsesionas con un tema, no lo abandonas fácilmente.

—No. Pero como he prometido proteger tu reputación y no puedo, sinceramente, besarte; lo que la experiencia me dice que hace el mejor trabajo para convencerte, debo usar sólo mis palabras.

Un pequeño jadeo escapó de los labios de Selena, quien levantó la mirada hacia el cielo.

—Tu control insinúa que eres un caballero, pero un caballero no aludiría a un asunto tan delicado como un beso caprichoso —dijo con severidad.

Él se rio.

—Lucius —Selena se volvió hacia él con toda seriedad—. Soy consciente del honor que me concedes al pedirme que sea tu esposa. No dudo de la sinceridad de tu oferta. Más bien creo que no sabes lo que me pides. El incidente que ocurrió en el baile fue sólo un ejemplo de lo que me espera si vuelvo a entrar en la sociedad. Y...

Selena hizo una pausa, y él esperó, preguntándose qué más habría en su adorable mente. Ella se mordió el labio.

—Sé que has expresado tu arrepentimiento por no haber acudido en mi ayuda, pero te aseguro que no te guardo rencor. Sólo creo que éste es un pequeño incidente de los muchos que nos esperan si me convierto en tu esposa. Lo que temo es ver cómo el afecto que ahora puedes sentir por mí se convierta en arrepentimiento cuando debas compartir en todas partes el desprecio que caerá sobre mí.

El arrebato de optimismo de Lucius descendió bruscamente y la cogió de la mano.

—Ah, ahora hemos llegado a la esencia del asunto. Cuando Downing se atrevió a humillarte delante de todos, no tenías protectores. Yo debería haber sido uno, pero aún no había decidido asumir ese papel. Me equivoqué y lo lamento de todo corazón. Al principio creí que era sólo mi conciencia la que me atormentaba por no haber salido en tu defensa, pero pronto supe que mis sentimientos eran más profundos de lo que sospechaba. No es afecto lo que siento por ti, Selena; el afecto tiene raíces tan superficiales que se puede arrancar. Lo que siento por ti es amor.

Se volvió hacia él, con sus serios ojos grises estudiándolo.

—Y no dejaré que esto vuelva a ocurrir. No te enfrentarás a murmullos cuando yo sea tu protector. La sociedad sabrá que debe responder ante mí por cualquier maltrato que se atreva a infligirte. No te presionaré para que respondas ahora, pero quiero que sepas que, una vez decidido, no soy el hombre voluble que crees que soy.

Lucius le estrujó la mano, luego apartó la suya y se volvió para mirar por la ventana el camp montañoso. Él era lo bastante listo como para saber que el silencio y el darían más fuerza a su argumento que una avalancha de palabras. Sin embargo, su cuerpo parecía instar al carruaje a avanzar —no para encontrar a Rebecca—, sino para acercar a Selena a la respuesta que sabía que ambos deseaban.



Selena se dejó mecer por las sacudidas del carruaje mientras recorrían la distancia restante hasta Graveley, que, según le habían dicho, ya no faltaba mucho para llegar, aunque se habían detenido brevemente en varias posadas del camino para preguntar por los fugitivos.

No sintió ninguna inquietud al alejarse cada vez más de la finca Harrowden. Al contrario, se sentía libre. ¿Cómo sería estar bajo la protección de un hombre como Lucius? Bajo su exterior sardónico, él se había revelado amable. Hacía tiempo que no encontraba a alguien con quien fuera tan fácil hablar; y él la hacía reír.

—¡Y ese beso! El corazón de Selena dio un vuelco cuando pensó en ello. Si aceptaba su propuesta, ella se despertaría con eso todos los días. Selena tiró de las puntas de sus guantes, jugueteando con las costuras. Cada vez le resultaba más difícil negarse o recordar por qué debería hacerlo.

Al poco rato, llegaron al pueblo de Graveley, y los sonidos de la actividad humana al aire libre irrumpieron en sus pensamientos. Lucius abrió la puerta del carruaje y ayudó a Selena a bajar, antes de guiarla hasta la casa de postas.

—Como sabes, lady Harrowden me ha encargado un asunto aquí. Veré al arzobispo tan pronto como pueda y dejaré a mis sirvientes contigo como protección —se dirigió al posadero y conversó con él durante varios minutos, luego regresó—. Te he conseguido un salón privado mientras estoy fuera, y ya tengo las indicaciones de dónde ir. La mujer del posadero está preparando un almuerzo para ti, y no tardaré.

SELENA, sola en el salón, comió de la deliciosa comida que había sido colocada frente a ella, y aunque era propensa a sentirse nerviosa por haber emprendido una misión tan imprevista, experimentó una sorprendente cantidad de paz. La comida sabía mejor que cualquier cosa que recordara haber probado, el sol brillaba alegremente a través de la ventana del salón, estaba bajo la protección de un hombre honorable y...

Apoyó la barbilla en la mano. *Y espero quedarme siempre con él.*

Estoy enamorada. La realidad golpeó a Selena como un rayo.

Como si respondiera a la llamada de su corazón, Lucius entró en la habitación en ese momento.

—Selena, no creo...

Se detuvo en seco y la estudió mientras ella lo miraba con melancolía. Selena sabía que sus sentimientos por él estaban reflejados por todo su rostro. Llegó a la mesa en tres zancadas, donde se sentó junto a ella, estrechándole las manos entre las suyas.

—Querida, ¿qué pasa?

Ella sonrió y negó con la cabeza. No era nada que pudiera expresar.

—¿No crees *qué*, Lucius?

Él mantuvo la mirada clavada en ella durante unos segundos más, pero cuando Selena no le aclaró nada, Lucius sonrió y se llevó una de sus manos a los labios.

—No creo que debamos continuar con esta loca persecución. El carruaje de Harrowden pasó por aquí a primera hora de la mañana. Ni siquiera se detuvo, pero uno de los caballerizos reconoció la cimera cuando pasaron. Nunca los alcanzaremos, y me niego a comprometer tu reputación por ellos.

Selena seguía afectada por su beso en la mano, deseando algo que no podía identificar. No respondió de inmediato. Finalmente, ella levantó la mirada.

—En cierto modo, estoy de acuerdo contigo. No podemos ir mucho más lejos y aun así volver a Harrowden antes del final del día. No deseo mancillar mi nombre con el escándalo si ellos están decididos a no ser capturados —ella frunció las cejas—. Sin embargo, creo que debemos hacer todo lo posible para intentar detenerlos. Quién sabe, tal vez su carruaje ha volcado y ahora necesitan ayuda. ¿Y no has conseguido una licencia especial para que se casen? Tal vez no sea demasiado tarde para alcanzarlos —fue un atrevimiento por su parte, pero Selena alargó el brazo para tocar su mano enguantada—. ¿Por qué no continuamos un poco más y vemos si podemos encontrarlos? Y si realmente se han ido, volveremos a casa.

Había una mirada en los ojos de Lucius que Selena no pudo identificar del todo cuando él respondió.

—Muy bien. Haremos lo que sugieres. Y para responder a tu pregunta, sí he tenido éxito y he conseguido una reunión con el arzobispo, que me ha concedido una licencia especial —él sonrió, y ella pudo haber jurado que vio picardía acechando en sus ojos.

—Eres sorprendentemente dócil al aceptar mi plan sin discutir —Selena entrecerró los ojos—. Si algo he aprendido de ti es que disfrutas defendiendo lo tuyo. ¿Estás tramando algo?

Lucius se puso en pie.

—Siempre estoy tramando algo. Hay que estar preparado —le guiñó un ojo mientras le tendía la mano, y Selena permitió que la ayudara a levantarse. A pesar de su aire misterioso, ella no pudo evitar confiar plenamente en él.

Subieron al carruaje y él dio unos golpecitos en el techo. Pronto el carruaje pasó de los adoquines al camino de tierra, y Selena se sintió arrullada por el movimiento oscilante. Estaba tan relajada que casi se quedó dormida. Cuando sintió el contacto de la mano de Lucius sobre la suya, lo miró, sobresaltada.

—Querida, aparte de la libertad que me he permitido de cogerte de la mano, no te haré ninguna insinuación desagradable mientras estés bajo mi protección. Te doy mi palabra.

El pulso de Selena latía erráticamente en su garganta. El contacto de Lucius no era precisamente *desagradable*, pero no deseaba más, pues ella sabía que su propia reputación no se recuperaría. Tampoco estaba segura de poder confiar en sí misma para poner fin apropiado a las cosas. Selena miró al frente, pero no apartó la mano de su lugar bajo la suya.

Ante su silencio, Lucius entrelazó cuidadosamente sus dedos con los de ella, y Selena fue consciente de la sensación de calor que se deslizaba por su mano enguantada y se extendía por todo su ser. La luz del día empezaba a llegar a su fin, y su voz retumbó en las sombras del

carruaje.

—Estoy muy decidido a convertirme en mi esposa, Selena. Si he aceptado el descabellado plan de perseguir a dos simplones como Harrowden y la señorita Woodsley, ha sido sólo por la oportunidad de pasar tiempo contigo, sin que nadie me lo impidiera. Y veo que no me equivoqué al hacerlo, o no estaría sentado a tu lado, cogiéndote la mano ahora.

Él le estrujó suavemente la mano, y su contacto hizo que a Selena se le acelerara el pulso. Él se recostó en el asiento y no dijo nada más. Ella empezó a acostumbrarse al calor y al peso de su mano y volvió a sentirse somnolienta.

De repente, el carruaje se detuvo bruscamente y se inclinó hacia un lado. Selena cayó encima de Lucius cuando el vehículo volcó por completo, y él le rodeó la cintura con un brazo y sonrió cuando ella abrió los ojos, alarmada.

—Tranquila, cariño. No hay nada que temer. Estás conmigo —con mucho cuidado, él se liberó de su abrazo y se levantó para abrir la puerta del carruaje, que ahora era el techo. Se impulsó hacia arriba, salió del carruaje y se sentó en un lado de éste. Sus botas se balanceaban alegremente por encima de Selena, y a ella le pareció que se estaba divirtiendo. A pesar de sí misma; y de su incómoda posición, Selena sonrió.

—Sí —exclamó—. Worley, esta es tu primera vez. Ahora estamos en un aprieto, ¿no? —ella oyó las disculpas masculladas del cochero, quien parecía estar explicando que había intentado esquivar a algún animal pequeño y había lanzado el carruaje a una zanja. Lucius interrumpió sus protestas.

—Eso no importa. Jim, desengancha los caballos y yo cogeré el que tiene silla —bajó la mirada hacia Selena, quien se había enderezado hasta quedar sentada; las botas de Lucius colgaban no lejos de su cara. Él balanceó las piernas fuera del carruaje, luego flexionó la cintura y se inclinó hacia la parte interior del vehículo.

—Levántate y te sacaré —ordenó, con el rostro iluminado por la diversión.

—¿Así como así? —respondió Selena con una sonrisa. Estaba claro que ella se había lastimado la cabeza en el accidente si encontraba un motivo para sonreír.

—Así como así—repitió él.

Ella se levantó y Lucius se inclinó y la cogió por la cintura. Mientras se deslizaba hacia abajo por el exterior del carruaje, la levantó, teniendo cuidado de no herirla con el borde del mismo. Aterrizó en el suelo, y Selena seguía inclinada sobre el costado del vehículo de la manera menos digna. Él se rio sin poder evitarlo.

—Lucius, esto es de lo más vergonzoso. Insisto en que me bajes de inmediato —ordenó.

Lucius, con los labios aún estirados en una amplia sonrisa, la sacó del carruaje y la dejó en el suelo. Al cabo de un momento, él le quitó las manos de la cintura. Ella se apartó de él para mirar el accidente, y cuando vio el estado del carruaje, todo su humor desapareció. Las dos ruedas de un lado estaban rotas, y el mozo estaba desenganchando uno de los caballos del carruaje.

—Esto es terrible. ¿Cómo volveremos a Harrowden esta noche?

—No temas —dijo Lucius—. Tengo un plan —hizo una señal al muchacho para que trajera uno de los caballos ensillados, y lo sujetó por la brida—. Vamos a montar. Yo subiré y te llevaré delante de mí.

Lucius llamó al cochero.

—Worley, ¿a qué distancia está el pueblo más cercano de aquí?

El cochero levantó la mirada de la rueda.

—Yo diría que unos tres kilómetros más, sir.

Lucius se subió a la silla, se inclinó y le tendió las manos a Selena.

—Mira hacia afuera y tiraré de ti hacia arriba.

Selena lo hizo y sintió sus manos en su cintura desde atrás. Entonces, sin darse cuenta, terminó sentada cómodamente contra el pecho de Lucius, con las piernas a un lado y metida en sus brazos.

El mozo de cuadra estaba revisando los menudillos de uno de los otros caballos, y Lucius volvió a llamar al cochero:

—Quiero que Jim y tú estabuléis los otros caballos en el pueblo de al lado. Enviad a alguien a arreglar el carruaje y tenedlo todo listo para que volvamos dentro de dos días. Esto debería bastar para vuestras necesidades —lanzó un pequeño saco de monedas a su cochero.

—Sí, señor —dijo Worley.

Selena sintió que la aprensión le recorría la espalda cuando empezaron a cabalgar. Estaba tan cerca de Lucius; nunca había estado así de cerca de ningún otro hombre.

—¿Dos días? —dijo en voz baja.

Él se inclinó hacia abajo para mirarla.

—No tengas miedo, Selena. No dejaré que te pase nada.

Sus ojos se fijaron en el atisbo de una barba incipiente en su barbilla.

—¿Cómo puede suceder, si no volveremos a Harrowden hasta dentro de dos días? Aunque no te aproveches de mi situación, mi reputación no se recuperará. No sólo seré rechazada en todas partes; aún peor que mi situación actual, sino que... —tiró de la solapa de Lucius—. Lucius, no conseguiré otro puesto en ningún sitio. Estaré desahuciada. No creo que hayas pensado detenidamente en las implicaciones de mi situación.

—Tu situación me ha fastidiado durante mucho tiempo —dijo Lucius, estrechando su agarre en torno a ella—. No soporto ver que hombres como Downing te traten con desdén, o que estés bajo la insolente mirada de lord Harrowden; o incluso que lady Harrowden y chicas tontas como la señorita Woodsley te den órdenes. Como ya te he dicho, no descansaré hasta que seas mi esposa, y aprenderás que no soy un hombre que se rinde fácilmente.

Se inclinó y le besó la frente.

—No vaciles más. Selena. Di que serás mi esposa; y no porque debas hacerlo para salvar tu reputación, sino porque lo deseas.

Sus defensas se derrumbaron, y Selena suspiró con fuerza.

—Seré tu esposa, entonces —añadió con voz más tímida—, y porque lo deseo —lo miró con una expresión de pánico antes de bajar la mirada. Sus sentimientos habían sido evidentes.

Por favor, no te burles de mí.

Lucius le rodeó la cintura con el brazo y, cuando ella lo miró, su rostro tenía tal expresión de alegría que transformó por completo sus facciones. Él se inclinó y le plantó un beso en los labios.

—Mira el camino, Lucius —lo amonestó, curvando los labios hacia arriba.

Selena inspiró bruscamente al darse cuenta.

—Pero, Lucius, ¡aún no hemos resuelto el problema! Aunque te cases conmigo, pasaré la noche en tu compañía sin chaperona; aunque no estemos en la misma habitación. Eso por sí solo arruinará mi reputación. Oh, ¿por qué no hemos traído a Alice? Podríamos haber encontrado fácilmente una habitación para ella.

—Maldita sea Alice. Ella habría *estado de más*. No he subestimado el peligro para tu reputación, querida, pero como he dicho; siempre vengo preparado —una sonrisa se dibujó en sus labios, mientras miraba al frente—. En el bolsillo de mi abrigo, tengo una licencia especial...

—Para Rebecca y lord Harrowden —exclamó Selena—. ¿De qué nos puede servir eso?

—¿Crees que perdería la oportunidad de conseguir una licencia especial para ellos y no pedir

una para nosotros? Eso habría sido una tontería.

Selena lo miró con asombro. A ella nunca se le había ocurrido algo así.

—Ya es bastante difícil convencerte; como la chica testaruda que eres, de que te cases conmigo —continuó él—. Es algo imposible con mi hermana sembrando constantemente la duda; aunque puedes estar segura de que ella y yo hemos hablado y ahora nos entendemos perfectamente, y hombres cobardes como Downing haciéndote dudar de tu valía. Su Alteza me ha dado la dirección del vicario en Campton, y me casaré contigo esta noche —le mostró una sonrisa orgullosa—. Ahora que por fin has dicho que sí.

Acurrucada en sus brazos, Selena se sintió inundada de alegría. No podía creer que semejante alegría le perteneciera.

—Oh, Lucius —respiró mientras abría los ojos de par en par hacia él.

Él detuvo bruscamente el caballo y la miró fijamente.

—¿Por qué te has detenido? —preguntó ella.

Con una mano alrededor de su cintura y con las riendas enrolladas en la otra, él tiró de ella para acercarla.

—Por esto —Lucius la besó hasta que ella se sintió desfallecer de anhelo, presionada contra él y metida entre sus brazos. Finalmente, él se separó, respirando con rapidez y con los ojos brillantes en la oscuridad. Una sonrisa se dibujó en sus rostros mientras sostenían miradas.

—Entonces, ¿dónde encontramos a este vicario? —preguntó tímidamente Selena.



Dos días después, sir Lucius y lady Clavering llegaron a la finca Harrowden, y Selena lanzó a Lucius una mirada llena de recelo. Habían pasado los dos días siguientes a su improvisada ceremonia de boda siendo egoístas más allá de lo permitido, Selena le había dicho a su marido más de una vez, pero él desterró sus objeciones con facilidad.

—Ya es hora de que alguien piense en ti, y ése es ahora mi papel —le había dicho Lucius.

Sin embargo, había llegado el momento de afrontar las consecuencias. Lady Harrowden probablemente estaría indignada, y tenía todo el derecho a estarlo. Poco importaba que Selena contara con la protección de su marido; ella sabía que se habían equivocado.

Lucius la vio preocupada y le cogió la mejilla.

—No te preocupes por nada —se rio repentinamente al recordarlo—. No creo que ella pueda *devorarte* —eso hizo sonreír a Selena.

Mientras Lucius la ayudaba a bajar del carruaje, oyeron el ruido de otro carruaje crujiendo sobre la nieve derretida. Él levantó la mirada y se volvió hacia Selena, con los ojos brillantes.

—Esto debería resultar interesante. Es mi hermano George y, por lo que parece, Philippa también. Supongo que si voy a presentar a mi esposa a mi familia, me gustaría más empezar con estos dos.

—¡Lucius! —George detuvo al caballo y saludó a Lucius con una mirada de alivio—. Ya estás aquí. Briggs fue sorprendentemente cerrado sobre tu paradero, y como sé que no te marchaste a Londres, ni irías a visitar a madre sin absoluta necesidad, pensé que, tal vez, podría encontrarte aquí.

De repente, George se detuvo cuando sus ojos se posaron en Selena, pero fue Philippa quien habló.

—Los dos estáis vestidos para viajar —exclamó ella—. ¿Qué ha ocurrido? Esta mañana, María oyó el rumor de que la señorita Woodsley se había escapado con lord Harrowden. ¿Supongo que os habéis dejado convencer para ir tras ellos? Buenas tardes, señorita Lockhart. ¿Habéis tenido éxito?

Selena apretó los labios y miró a Lucius en busca de apoyo. Él le cogió la mano y la estrujó, y tanto George como Philippa abrieron los ojos con sorpresa.

—Lucius, tienes algo que contarnos —dijo Philippa, ampliando su sonrisa.

—Sí. Ya no os dirigireis a ella como señorita Lockhart. Podéis llamarla Selena, pues ahora es lady Clavering.

—Caray, Lucius —dijo George con asombro—. Por fin estás emparejado.

Lucius extendió el brazo, y Selena deslizó la mano por él en busca de consuelo.

—Emparejado no es exactamente el término que utilizaría —dijo con ironía—. Ha sido un matrimonio por amor.

George se cubrió la boca con la mano.

—Disculpe, señorita... lady Clav... Selena —logró decir al fin.

—Tu éxito con las damas está asegurado, George —dijo Lucius con voz divertida.

Philippa aplaudió.

—¡Oh, lo sabía! Por la forma en que os mirabais, me di cuenta de que os ibais a casar.

Lucius la miró con el ceño fruncido.

—No sabías nada —objetó—. Te aseguro que no fui tan evidente.

—Quizá no por la forma en que la abandonaste a su suerte, Lucius —replicó secamente Philippa—. Pero yo sabía que no tardarías en entrar en razón.

Selena respiró hondo.

—Supongo que no hay mejor momento que el presente para informar a lady Harrowden de que nuestra misión no ha tenido éxito.

Lucius le estrujó la mano en señal de ánimo.

Empezaron a caminar hacia la casa cuando George habló desde atrás.

—Y María —añadió—. A menos que ya se haya marchado, ella debe estar aquí visitando a la condesa.

Selena se mordió el labio y miró a Lucius, pero no dijo nada.

La puerta se abrió ante ellos y entraron en la casa. Para sorpresa de Selena, Mullings había regresado, y se preguntó si se había producido un cambio en la situación financiera de la finca. La breve mirada que el mayordomo dirigió a Selena mostró desaprobación, y ella deseó aclararle las cosas. No se merecía una mirada tan crítica.

—Mullings —dijo Lucius—. Ten la amabilidad de informar a lady Harrowden de que estamos aquí.

Mullings avanzó con aire imponente y abrió la puerta del salón.

—Sir Lucius Clavering, el señor George Clavering, la señorita Lockhart, la señorita Philippa Clavering —abrió más la puerta y Lucius condujo a Selena al salón.

Lady Harrowden no les permitió llegar lejos.

—Esto está muy fuera de lugar. Habéis vuelto, pero después de haber dejado en casa a la chaperona de la señorita Lockhart, ¿crees que será bienvenida aquí? Tu reputación ha quedado manchada, Selena —amonestó la condesa—. Y por lo que veo, no habéis encontrado a mi sobrino y a Rebecca. En conjunto, no habéis hecho más que estropear todo el asunto.

María se puso en pie cuando entraron.

—De verdad, Lucius. No me gusta la idea de que comprometas a ninguna joven, aunque te hayas marchado a petición expresa de lady Harrowden —se volvió hacia la condesa—. Milady, usted admitirá que esto es así. Ahora tendrán que casarse.

—A menos que sea posible inventar alguna excusa —dijo lady Harrowden—. No pensé que fueras tan torpe, Lucius. ¿Quién te ha visto? ¿Dónde has dormido estas dos noches?

—*Hm* —Lucius bajó la cabeza, y Selena supo que era para ocultar la sonrisa que había aparecido en sus labios. Él parecía estar disfrutando. *Me alegro de que alguien lo haga*, pensó exasperada—. El vicario en Campton nos vio —informó a la condesa—, justo antes de casarnos. Y el posadero nos vio en la posada Blue Bell, cuando nos indicó nuestra habitación.

Aunque Philippa y George parecían divertidos, lady Harrowden volvió un rostro indignado hacia Selena, y ella sintió que el familiar pánico enviaba un rubor a sus mejillas. Despreciaba ser

objeto de cualquier tipo de escrutinio, especialmente del tipo negativo.

María, quien parecía muy incómoda, se levantó y avanzó hacia Selena.

—Bienvenida a nuestra familia —estiró los labios sobre los dientes en una mueca y se quedó inmóvil. George tosió repentinamente detrás de ellos.

—Lucius, ¿cómo te atreves a contrariarme casándote con ella? —dijo lady Harrowden—. No has pedido mi permiso, y la señorita Lockhart trabaja para mí. Yo habría dicho que no.

Lucius abrió los ojos, pero habló en tono mesurado.

—Milady, difícilmente puede darle órdenes, ya que es mayor de edad. Pero yo no necesitaba su aprobación, y lady Clavering tampoco. Me he casado con ella por medio de una licencia especial para evitar objeciones tan ridículas como éstas, y debo agradecerle, por cierto, por haber sido de ayuda para obtenerla.

Lady Harrowden jadeó.

—Me he casado sólo para hacerme un favor a mí mismo —añadió Lucius. Selena miró a su marido y se calentó bajo la protección de su cariñosa mirada.

Él se volvió hacia la condesa.

—Es cierto que no tuvimos éxito en lo que respecta a su sobrino y su custodia, pero creo que estaban muy decididos a casarse a su manera. Sin embargo, como usted ha dicho, los ingresos de la señorita Woodsley permitirán hacer frente a las deudas más apremiantes de la finca, y podemos esperar que su sobrino haya aprendido la lección. Por lo poco que sé de él, no le entusiasma perder su posición elevada en la sociedad, y creo que no le apetecerá hundirse en la ruina ahora que tiene esta segunda oportunidad.

Lucius miró hacia la puerta de la entrada, con una expresión interrogante en los ojos.

—Por cierto, veo que Mullings ha regresado. ¿Cómo es posible?

Lady Harrowden frunció los labios arrugados e hizo una pausa antes de contestar.

—Mi sobrino había despedido a Mullings porque pensaba que me era demasiado leal. Tu abogado descubrió el malentendido y lo ha traído de vuelta para que sirva aquí hasta que pueda seguirme a la casa dote. Aunque —continuó mordazmente—, no veo cómo podré trasladarme allí ahora sin una acompañante —lanzó una mirada acusadora a Selena.

—Creo que tengo a alguien que puede ocupar el lugar de lady Clavering —dijo María—. Permítame contarle lo que he planeado.

Lucius se movió, revelando que el interrogatorio había llegado a su fin.

—Supongo que usted verá a lord y lady Harrowden en cuestión de un par de semanas. Mientras tanto, enviaré a una criada a recoger las posesiones de lady Clavering. Y ahora, es momento de que volvamos a casa.

Philippa bajó la cabeza como si intentara no sonreír. Los miró de reojo cuando pasaron junto a ella en dirección a la puerta. George ofreció solo un gesto y Philippa y él fueron a sentarse junto al fuego con María y lady Harrowden.

Selena y Lucius se marcharon mientras lady Harrowden especulaba con acento conmovido sobre qué era más escandaloso; la fuga de lord Harrowden y la señorita Woodsley, o el matrimonio sospechosamente repentino de Lucius y Selena sin que siquiera se hubieran leído las amonestaciones. María se esforzaba por calmar la agitación de la condesa.

Mullings abrió la puerta principal para mostrarles la salida y Lucius se inclinó hacia ella.

—La próxima vez que visitemos a la condesa, puedes presentar a la señorita Lockhart como lady Clavering —hizo una pausa para ponerse a la misma altura del viejo mayordomo y lanzarle una mirada directa a los ojos—. Y espero que lo hagas de una manera digna de mi esposa.

El mayordomo abandonó su postura rígida y estudió el suelo.

—Sí, señor.

Selena y Lucius salieron de la mansión, adentrándose en un paisaje invernal cubierto de nieve y con un viento fresco que derretía los montículos a medida que soplaba. Subieron al carruaje que los esperaba y Lucius dio un golpecito en el techo para que se pusiera en marcha.

Se estiró y suspiró con profundo agradecimiento antes de volverse hacia Selena, quien no podía ocultar su mirada de adoración. Él abrió los brazos y ella se deslizó dentro. Se produjo un silencio confortable mientras avanzaban, y una enorme sensación de felicidad lo hizo sonreír.

Lucius apoyó las botas en el asiento de enfrente.

—Lady Clavering, no creo que conozca mi pabellón de caza, donde residiremos hasta que podamos trasladarnos a mi finca. Espero que sea de su agrado. Es cierto que de vez en cuando hay damiselas en apuros que llaman a la puerta a horas intempestivas, pero por lo demás, es bastante tolerable, se lo aseguro.

ACERCA DEL AUTOR



Jennie Goutet es la autora más vendida de doce novelas románticas de la Regencia, entre ellas las Crónicas Clavering, Propuestas Memorables y la serie Hijas de la Nobleza. Sus libros han recibido el primer lugar en romance histórico en los New England Reader's Choice Awards y han alcanzado el puesto número uno en la categoría Romance de la Regencia en Amazon. Han aparecido en BookBub y Hoopla, y están traducidos a cinco idiomas.

Jennie es una anglófila nacida en Estados Unidos que vive con su marido francés y sus tres hijos en una pequeña ciudad a las afueras de París. Su imaginación reside en la Inglaterra de la Regencia, donde sus romances están ambientados. Puede obtener más información sobre los libros de Jennie y suscribirse a su boletín informativo en su página web: jenniegoutet.com o comprar sus libros en jenniegoutetbooks.com.

Photo: Caroline Aoustin